

FERRY



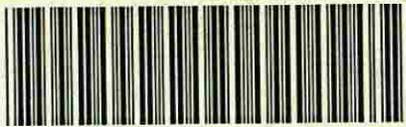
EL INDIO
COSTAL

RALD

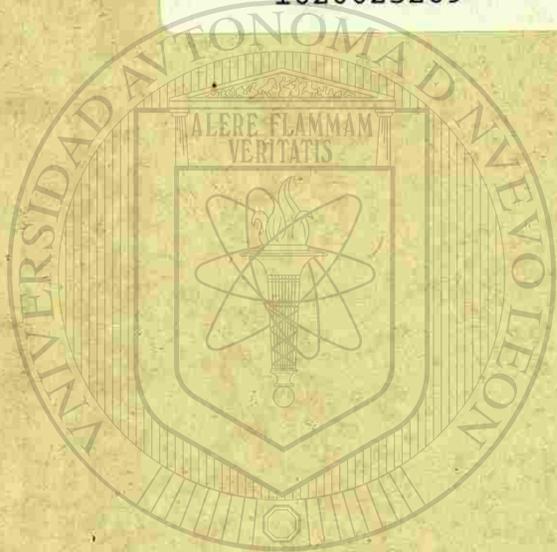
F1213

B4

R. C.



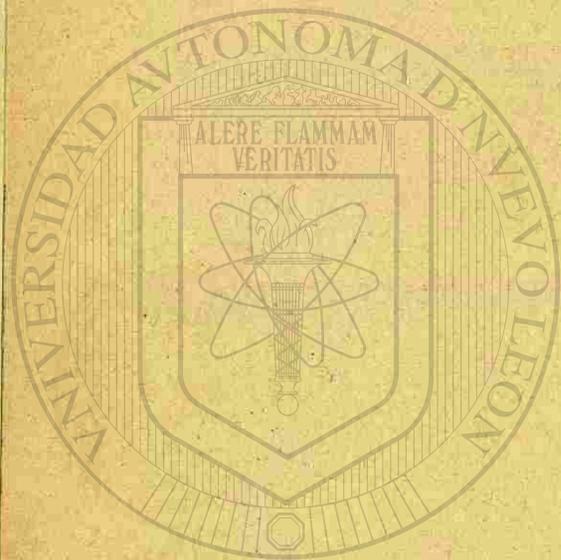
1020025269



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL INDIO COSTAL

ó

EL DRAGÓN DE LA REINA

ESCENAS

DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

POR

GABRIEL FERRER

(LUIS DE BELLEMARE)

Con un prefacio de JORGE O'NEILL



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

088701

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
LIBRERÍA DE LA V^{da} DE CH. BOURET

PARÍS

23, rue Visconti, 23

MÉXICO

14, Cinco de Mayo, 14

1908

33397

M. 863
I.

F 1213

B 4



Quedan asegurados los derechos conforme á la ley.

GABRIEL FERRY

SU VIDA Y SUS OBRAS

Gabriel Ferry nació en Grenoble en 1809; su padre, el barón Ferry de Bellemare, había emprendido negocios de comercio con el nuevo mundo. Después de concluir brillantemente sus estudios en el colegio de Versalles, Gabriel Ferry fué enviado á México á la casa de comercio de su padre.

Mas bien pronto el joven se sintió arrebatado por el ardor de conocer y poseer como artista, ese mundo tan extraño, tan pintoresco y tan revuelto; esa civilización que él mismo calificara de *dudosa* y cuyos dramas, ya burlescos, ya terribles, ha descrito con tanto fuego, tanto colorido y tanta exactitud.

Quiso recorrer aquel vasto territorio por entero y penetrar aún hasta el desierto inmenso que lo separa de los Estados Unidos. Un negocio importante que su padre había emprendido en California, casi ente-

ramente salvaje entonces, le dió ocasión para atravesar Sonora; ver en seguida y de paso las pocas cabañas que veinte años después debían ser San Francisco; penetrar hasta el desierto en medio de los peligros de todo género en esos caminos mal frecuentados; explorar una parte del litoral, y consagrar, en fin catorce meses á un paseo á caballo de mil cuatrocientas leguas!

Actor ó testigo ocular de las aventuras que refiere, se gloriaba de no haber inventado casi nada y de deber más á la fidelidad de su memoria que á la fecundidad de su imaginación. Esa doble facultad le adornaba, sin embargo; y su rica observación se une generalmente al hilo conductor de una ingeniosa ficción. Escribe bien; es sobrio, rápido y colorista. Tiene *sal*; ve de prisa y lo abarca todo. Observador exacto, no debe ser considerado simplemente como un artista: sus novelas tienen un valor serio; la historia de las costumbres le deben mucho. Narrador atractivo, y viajero verídico, no le ha faltado la popularidad; y es justa.

Gabriel Ferry visitó después á España. Escribió sólo en los últimos cinco años de su vida. Su debut fué notable y apreciadísimo en la *Revue des Deux Mondes* (1). Aún no pensaba en hacer novelas; pero esbozaba con mano segura los acontecimientos y las personalidades históricas que le habían llamado la atención y que se proponía estudiar bien. Escribió

(1) En 1846, MM. Molé, Guizot, Cuvillier-Fleury, Mignet y otros ilustres colaboradores de aquella revista, fueron los primeros en reconocer y aplaudir la originalidad de esas narraciones.

las *Escenas de la vida salvaje en México*; las de la vida social y las de la vida militar. Sus recuerdos tomaron entonces forma de novela. El *Corredor de los bosques* (1), su obra principal, *El Indio Costal*, los *Squatters*, etc., tuvieron gran resonancia y cautivaron á toda clase de lectores.

La novela de costumbres contemporáneas y la novela histórica le tentaron también: *Pancredo de Châteaubrun* y su *Caza á los Cosacos* (2) atestiguan la flexibilidad de su talento.

Sin embargo, no escribía sino á ratos perdidos, porque ante todo era hombre de acción y su espíritu aventurero é intrépido, soñaba siempre con lejanas expediciones. Había comprado el cargo de corredor de seguros marítimos, el cual abandonó para desempeñar la dirección de una compañía fundada con el mismo objeto. En 1851 el Gobierno francés le confió la misión de ir á San Francisco California á recibir á los numerosos inmigrantes que la fiebre del oro amontonaba sin previsión y sin recursos sobre las playas californianas. Era una misión honrosa, delicada, casi heroica. Las dificultades y los peligros que entrañaba estimularon al generoso explorador.

¡ Y partió! ay; para jamás volver!

(1) El *Corredor de los bosques*, de la cual decía León Gozlan: « Coloca á su autor en el primer lugar al lado de Cooper », ha tenido una docena de ediciones y ha sido traducida al alemán, al español, al danés y muchas veces al inglés.

(2) Publicada en *La Patria* en 1853, durante la guerra de Oriente, esta novela tuvo un éxito más; la actualidad. A propósito, digamos que la novela que siguió á la *Caza á los Cosacos* y que tuvo un éxito igual fué la de *Los Cazadores de Toros* de Paul Duplessis, sobrino de Gabriel Ferry.

Antes de embarcarse escribió á su joven hijo la conmovedora carta siguiente :

« Southampton ; 1.º de enero de 1852.

« Ayer te prometí escribir, hijo de mi alma ; y cumplo mi palabra tratando de hacerlo lo más legible que pueda.

« ¿ Qué has pensado, querido hijo mío, al ver que partía tu papá sin decirte que no iba á regresar ?

« Es la primera vez que te engaño, pobre niño mío, y será la última, pues si lo hice fué por no hacerte sufrir.

« Piensa cuánto he debido sufrir los últimos días cuando los veía transcurrir uno á uno y me decía : Ya no tengo más que cinco días, más que cuatro, sólo tres ; y en fin, cuando me dije el lunes : éste es el último día y voy á abrazar á mis pobres hijitos por la postrera vez para mucho tiempo.

« Reservé para mí solo este espantoso dolor y no quise que Udes. participaran de él.

« Te diré que partí sin M. B... que saldrá el miércoles. Estaba solo en mi wagón y he atravesado solo 70 leguas de hielo y de nieves. ¡ Ah ! ¡ No era el aspecto lúgubre de esta naturaleza, unida á mi soledad, propio para disipar mi melancolía !

« Me fué imposible comer en toda la jornada, cuando me vi solo, lejos de Udes, después de haber atravesado el mar la misma tarde.

« ¡ Cuán triste estaba, Dios mío ! Apenas pude tomar una taza de té con pan y mantequilla.

« Pasé la noche en Douvres, Inglaterra y á la mañana siguiente, á las seis, salí para Londres donde apenas estuve diez minutos y dos horas después llegué aquí.

« Escribí á tu madre indicándole que el 10 lleve sus cartas á M. Marzion. Espero que haya alguna tuya, querido hijo, pues no serás perezoso.

« Hete pues, niño mío, como jefe de la familia por la ausencia de tu padre por tu calidad de primogénito ; no des á tu mamá sino motivos de satisfacción y labrando tu dicha, labrarás la suya propia. Dios quiere que del bien nazca siempre el bien ; y que aquel que hace felices á los otros, lo sea él también...

« ... ¡ Adiós, hijito querido ! Te abraza con ternura infinita

« Tu padre, G. F. »

El 2 de enero de 1852, tomó pasaje á bordo del *Amazonas*, magnífico paquebot de la compañía inglesa.

Cuarenta y ocho horas después, cuando apenas acababan de perderse de vista las costas de Inglaterra, un incendio se declaró á bordo del navío. Dos chalupas en que la gente se precipitó confusamente se sumergieron. Una tercera contenía veinte pasajeros ; ¡ pero Gabriel Ferry no estaba en ella !

Había previsto y asistido á la suerte de las dos primeras embarcaciones ; no se apresuró á buscar en la tercera la última probabilidad de salvación ; y cuando la barca estuvo llena, contestó á los que le precisaban para tomar lugar :

« ¡ Morir por morir, prefiero quedarme aquí ! »
Tomó esta decisión con extraordinaria tranquilidad, tal vez con el secreto sentimiento de un voto heroico. Así se ha dicho. Su entereza de alma durante las angustias del drama del incendio, ha autorizado á sus compañeros para pensarlo y decirlo, pues aquella noble y terrible muerte, ha pasado á la categoría de leyenda.

La chalupa que contenía los últimos restos del pasaje, y que erraba á la ventura en las tinieblas á merced de un mar tempestuoso, oyó como á las cinco de la mañana una explosión formidable. ¡ Era el *Amazonas* que estallaba con el resto de sus pasajeros !...

Gabriel Ferry más egoísta ó menos estoico, habría podido salvarse, pues la chalupa fué encontrada y los pasajeros fueron recogidos al cabo de algunas horas por una goleta holandesa.

JORGE SAND.

EL INDIO COSTAL

INTRODUCCIÓN

EL MÚSICO DE LA SIERRA MADRE

En una de estas viejas galerías de residencia feudal y sobre los muros ennegrecidos por el tiempo, adornados por larga fila de retratos históricos, se ve, al declinar el día, las sombras de la tarde borrar gradualmente los rostros de los héroes que fueron, inmóviles sobre sus lienzos. ¡ No sería maravilloso ver surgir de repente del fondo de cada cuadro y agitarse, las figuras, menos solemnes pero quizás más verdaderas, de los personajes secundarios que fueron los instrumentos de la gloria de esos héroes, que han vivido, obrado, conversado con ellos ! Sería la crónica colocada frente á la historia y prestándole todo el atractivo de sus revelaciones.

He dicho ya cómo encontré al capitán don Ruperto Castaños en los llanos de Calderón (1). He reproducido el relato de esta sangrienta jornada de la guerra de independencia mexicana, hecho por el viejo guerrillero sobre el campo mismo de batalla donde él combatiera todo un

(1) *Revue des Deux Mondes* — cuaderno del 15 octubre 1850.

« ¡ Morir por morir, prefiero quedarme aquí ! »
Tomó esta decisión con extraordinaria tranquilidad, tal vez con el secreto sentimiento de un voto heroico. Así se ha dicho. Su entereza de alma durante las angustias del drama del incendio, ha autorizado á sus compañeros para pensarlo y decirlo, pues aquella noble y terrible muerte, ha pasado á la categoría de leyenda.

La chalupa que contenía los últimos restos del pasaje, y que erraba á la ventura en las tinieblas á merced de un mar tempestuoso, oyó como á las cinco de la mañana una explosión formidable. ¡ Era el *Amazonas* que estallaba con el resto de sus pasajeros !...

Gabriel Ferry más egoísta ó menos estoico, habría podido salvarse, pues la chalupa fué encontrada y los pasajeros fueron recogidos al cabo de algunas horas por una goleta holandesa.

JORGE SAND.

EL INDIO COSTAL

INTRODUCCIÓN

EL MÚSICO DE LA SIERRA MADRE

En una de estas viejas galerías de residencia feudal y sobre los muros ennegrecidos por el tiempo, adornados por larga fila de retratos históricos, se ve, al declinar el día, las sombras de la tarde borrar gradualmente los rostros de los héroes que fueron, inmóviles sobre sus lienzos. ¡ No sería maravilloso ver surgir de repente del fondo de cada cuadro y agitarse, las figuras, menos solemnes pero quizás más verdaderas, de los personajes secundarios que fueron los instrumentos de la gloria de esos héroes, que han vivido, obrado, conversado con ellos ! Sería la crónica colocada frente á la historia y prestándole todo el atractivo de sus revelaciones.

He dicho ya cómo encontré al capitán don Ruperto Castaños en los llanos de Calderón (1). He reproducido el relato de esta sangrienta jornada de la guerra de independencia mexicana, hecho por el viejo guerrillero sobre el campo mismo de batalla donde él combatiera todo un

(1) *Revue des Deux Mondes* — cuaderno del 15 octubre 1850.

largo día. Gracias á sus recuerdos, la historia se despojaba de su manto de austeridad para alegrarse con los encantos de la tradición. El cuadro histórico se engrandecía sin alterarse; y esta tradición adornada, por boca de un testigo ocular, con todos los atractivos que habrían podido darse á la ficción, evocaba, al lado de los principales personajes, las figuras contemporáneas que animaban y llenaban los vacíos de la tela.

Eran estas evocaciones familiares las que yo deseaba continuar sin saber si la casualidad, que tan bien me había servido ya, me favorecería aún. Estaba resuelto, sin embargo, á solicitarlas, á provocarlas sin descanso.

La relación de nuestro viaje (que yo remontó á nuestra posada en la *venta de la Sierra Madre*, entre las ciudades de Tepic y Guadalajara) hará ver hasta qué grado mis esfuerzos se vieron coronados por el éxito. El capitán don Ruperto, dormía aún con profundo sueño en uno de los ángulos del cuarto que ocupábamos juntos, cuando me levanté muy de mañana. Sin ruido hice de mi colchón un manto; es decir, que me envolví en mi *sarape*, el cual me había servido de cama y salí sin despertar á mi compañero de camino.

Los viajeros y los dueños de la venta adentro, y los muleteros y criados fuera, reposaban todos á esa hora matinal. El silencio era profundo, silencio imponente y solemne en medio del solemne é imponente silencio de la Sierra Madre.

Atravesaba el valle en que la venta se elevaba. La luna no dejaba caer sino una neblina luminosa hacia el fondo del profundo abismo formado por dos cadenas de montañas gigantescas que corren paralelas, á la cima de una de las cuales me encontraba.

La pálida claridad permitía apenas distinguir, esparcidas bajo los grandes árboles, algunas cabañas que dijéranse humildes como manojos de hierba. En compensación, brotaban de los puntos más elevados de la sierra, agudos los unos, redondeados los otros, las claridades lunares como relámpagos parecidos á los que envía el

hierro de una lanza ó un casco de acero pulido. Más allá, hacia el otro lado, esos fulgores iluminaban una inmensa extensión del país sobre la cual no aparecían sino como lianas entrelazadas sobre el suelo, las ramificaciones de las montañas que cubren á México por todas partes.

Nada había despertado á mi alrededor, si no fuese la voz de las montañas que no duermen jamás, á la cual se unía el rumor de las cascadas y de los arroyos. En medio del silencio de la noche las corrientes perpetuas parecidas á los fuelles de un órgano siempre en movimiento, dijérase que establecían entre los picos más elevados y las más profundas simas, eternos y misteriosos diálogos.

Era todo oídos á los rumores de los valles y de las montañas, cuando de repente parecióme que los susurros se hacían menos vagos y que á ellos se mezclaban sonidos humanos, cual si del fondo de los lechos de los arroyos, las notas aún lejanas de una trompa de caza, se elevasen hasta la cima de la sierra. Me imaginé que era el juguete de una ilusión: las notas eran tan duras, tan roncadas á pesar de su lejanía, que no atinaba de qué instrumento caprichoso ó extravagante pudiesen escaparse. No tardó el silencio en suceder á estos sonidos extraños, á los cuales la hora y el lugar daban un tinte lúgubre y casi sobrenatural.

Si la Sierra Madre hubiese tenido alguna leyenda de *cazador negro*, habría creído oír el estampido de su cuerno; pero era forzoso atribuir un origen menos fantástico á esta música singular. Después de algunos minutos de profunda calma, la misma extraña melodía se dejó oír otra vez más distintamente, pues hallábase ya más cerca. Tenía algún parecimiento con las cornetas de los vaqueros suizos. Mientras tanto, el instrumentista estaba aún invisible, si es que no era una de las voces de la montaña ignorada hasta entonces por mi oído.

Avancé hasta los últimos límites del llano, al lugar mismo en que el capitán Castaños me había hecho la visita, para el terrible y singular relato de su encuentro con el

coronel Garduño; pero no vi en el fondo del abismo, sino los reflejos de la luna que plateaba las cuencas escarpadas. Y sin embargo, era de esta dirección de donde partían aquellos sonidos tan melancólicos á la vez que tan potentes. Un atento examen me hizo al fin percibir algo como sombra humana destacándose sobre un mar de luz blanca; luego, la sombra desapareció tras una saliente de la roca, no sin que una vez más, la misma cadencia fúnebre se hubiese elevado desde las profundidades del abismo hasta mí. Desde ese instante, no tuve más sino resignarme á esperar algunos momentos para ver surgir en el llano al nocturno músico. Pasó un cuarto de hora; luego, gracias á las sinuosidades del camino que serpenteaba sobre los flancos del precipicio, apareció un hombre de repente, casi á mi lado, en un lugar diametralmente opuesto á aquel sobre el cual había fijado los ojos.

La presencia del viajero, me reveló desde luego su condición: era un Indio á pesar de que sus vestidos y la altura de su cuerpo, le diesen una apariencia bien diferente de la de los indios que hasta entonces había visto. La fiereza de su aspecto, la expresión de su rostro, sus miembros atléticos, su catadura extraña, nada, en una palabra, recordaba en él el carácter degenerado de los antiguos señores de México. Por tal motivo, no sabía reconocer á qué raza india pertenecía. Después de la áspera cuesta que acababa de subir con tanta ligereza, se detuvo un instante para tomar aliento; y entonces pude, á la luz de la luna, distinguir que llevaba cruzado el instrumento que yo acababa de oír: era una concha marina, larga, delgada y retorcida cuyo nácar brillaba sobre su pecho.

Después de todo y á pesar de su notable fisonomía, este personaje que tan extrañamente había señalado su presencia, me hizo experimentar algo así como una decepción: me lo había imaginado enteramente otro, no sé por qué; ó por mejor decir, mi fantasía había ido demasiado aprisa, excitada por la solemnidad de la escena

que me rodeaba. Sin embargo, no quise dejar ir á este indio sin cambiar con él algunas palabras.

— Buen tiempo para viajar, amigo mío, le dije con el fin de entrar en conversación.

— Sobre todo para un hombre cuya edad entorpece ya las corvas, repuso el Indio.

Había creído ver flotar sobre sus hombros una espesa cabellera negra y le miraba de nuevo con más atención: no me había equivocado. Sus cabellos tenían el reflejo azulino peculiar al matiz del ébano más obscuro. Sus facciones bronceadas eran angulosas; su piel parecía fuertemente pegada al rostro; pero no tenía huellas de esas profundas arrugas con que los años surcan de ordinario el rostro humano. Sin duda el Indio notó mi asombro, pues añadió mientras le miraba:

— Hay cuervos que han visto cien veces renovarse las estaciones; y sin embargo, no tienen una pluma blanca.

— ¿Qué edad tienes? le pregunté.

— No sé, señor; desde que estuve en aptitud de distinguir la estación seca de la estación de las lluvias, quise contar cuántas había visto de las unas y de las otras y me he enredado en la cuenta. Desde que hube visto la quincuagésima... por razones muy particulares... no di á eso importancia alguna; y hace mucho tiempo que no me ocupo en ello. ¿Qué me importa á mí el curso de los años? Un cuervo vino á graznar sobre el techo de la cabaña de mi padre en el instante en que nací y en el instante mismo en que uno de los parientes dibujaba sobre el suelo del rancho la figura de una de estas aves; debo entonces vivir tanto tiempo como el cuervo que vino á posarse sobre el techo paternal. Desde entonces, ¿á qué contar lo que debe ser incontable?

— Así pues, ¿crees que tu vida está ligada á la del cuervo que se perchó sobre el techo de tu choza cuando naciste?

— Es la creencia de mis padres los Zapotecas (1) y esa

(1) Una de las antiguas tribus indias de México.

es también la mía — respondió gravemente el indio. No tenía yo por qué combatir las supersticiones del Zapoteca; y así, limitéme á preguntarle si era para alegrar el fastidio del camino para lo que él llevaba su trompa marina; ó si ella se vinculaba á alguna otra creencia de sus padres.

El Indio vaciló un momento.

— Es un recuerdo del país, replicó después de un corto silencio. Cuando escucho los ecos de la sierra repitiendo los sonidos de mi concha, me imagino estar siempre en los montañas de Tehuantepec en la época en que cazaba el tigre á causa de mi oficio de *tigrero*; ó bien me figuro oír la señal de llamada que reunía á los buzos del golfo, cuando yo era buzo de oficio; pues he hecho la guerra á los tigres de mar que guardan los bancos de perlas bajo las aguas, como á los de tierra que asuelan nuestros rebaños en las sabanas. Pero el tiempo vuela, señor caballero; y yo debo estar en la *hacienda de Portezuelo* á mediodía. ¡Que Dios lo proteja!

Los miembros medio desnudos del Indio, humeaban aún como los de un caballo de carrera. Sin dar tiempo á disiparse á los ligeros torbellinos de vapor que la frescura de la noche condensaba á su alrededor, el Zapoteca tomó de nuevo el paso gimnástico peculiar á todas las razas indias; y bien pronto le vi descender por el camino opuesto á la otra extremidad de la llanura. Algunos minutos después, oí, en medio del silencio de la noche, ya menos profundo, las notas rónicas y vibrantes de la concha marina del viajero indio.

— ¿Qué es este ruido infernal? exclamó el capitán don Ruperto saliendo de su cuarto.

Conté al capitán el encuentro que acababa de tener con un Indio Zapoteca, así como sus respuestas singulares á propósito de sus creencias.

— No me extraña eso, replicó Castaños; estos indios de Tehuantepec no tienen curas en sus aldeas, sino en la apariencia; es una ganga completa para estos buenos padres pues los Zapotecas son más idólatras que cristia-

nos y más apegados que ninguna otra raza india á las prácticas supersticiosas de sus antepasados. Este viajero hace alusión á una costumbre en vigor en su país: cuando una india está para dar á luz, el padre y sus amigos, reunidos en la choza, dibujan en el suelo y borran alternativamente groseras figuras de animales; la que subsiste en el instante del nacimiento del niño, es lo que ellos llaman su *tona*. Piensan que la vida del recién nacido, está ligada á la del animal en cuestión y que debe morir al mismo tiempo que aquél; y el niño al crecer, busca su *tona*, la cuida, se une á ella y la respeta como un *fetiche*.

— Presumo, dije al capitán, que los Zapotecas tienen entonces el cuidado de no dibujar sino animales notables por su longevidad, sino...

El honrado capitán no respondió á propósito de mis observaciones, sino asegurándome que, por lo demás, estos indios son bravos, que se pliegan fácilmente á la disciplina y llegan á ser, en fin, excelentes soldados; con lo cual fuéme forzoso contentarme.

La plataforma de la sierra, tan tranquila hasta aquel instante, comenzaba á llenarse de ruido. Los viajeros albergados en la venta, se apresuraban á partir, pues ya el alba tenía el horizonte de una claridad de amarillo pálido. Los indios sacudían el sueño y ceñían sus cinturas para marchar; los muleteros sacaban sus mulas de las caballerizas; los criados ensillaban los caballos relinchantes; los cuervos revoloteaban rasgando la niebla matinal; y el sonido de las campanillas de las bestias de carga, se confundía con los ladridos de los perros que se correspondían desde las dos cimas paralelas de la sierra. En una palabra: fué aquella una de esas alegres escenas de viaje cuyo recuerdo me será siempre grato.

Cada cual se encaminaba hacia su destino; y bien pronto en efecto, todas esas sombras indecisas que el sol debía aclarar un instante después, se esparcieron por todos lados, las unas en una dirección, las otras en otra; y no tardó la plataforma de la sierra en quedar ani-

mada sino por la presencia del ventero que barría los cuartos para los nuevos pasajeros.

Partimos á nuestra vez. Lo confieso, sentía algo de tristeza en el corazón : esta imagen, en miniatura, del viaje de la vida en que se cambia á cada instante de hostería, en que se deja lo cierto para correr tras lo ignorado, entraba por mucho en la impresión penosa que experimentaba.

Para arrojar muy lejos estas melancólicas ideas, nada mejor podía hacer que poner á contribución los recuerdos de mi compañero de viaje. Entre los más gloriosos campeones de la independencia mexicana, había uno sobre el cual me faltaban noticias precisas y sobre todo íntimas : era el general Morelos, quien, más que ningún otro, levantó victoriosamente la bandera de la independencia.

— ¿Puede Ud. darme algunos detalles acerca del general Morelos? pregunté de repente al capitán.

— Morelos era un gran capitán, respondió el viejo guerrillero, que con una facilidad que yo admiraba, me precedía en el escarpado sendero de la montaña; solamente en el curso del año de 1811, libró con los españoles veintiséis batallas; ganó completamente veintidós é hizo honrosas retiradas en las otras cuatro; hizo....

El capitán habría quizás continuado largamente si yo no le hubiese interrumpido.

— Yo sé todo eso, le dije, mi querido capitán.

— ¿Entonces?

— Usted me relata la historia; y yo quiero la crónica; es decir: deseo saber de Morelos lo que los historiadores no dicen; ó que, á lo más, no hacen sino esbozar.

— Le comprendo: tenga entonces la bondad de escuchar.

Don Ruperto refrenó su caballo para que el mío pudiera fácilmente seguirle; y continuó:

— Era después de la toma de Guanajuato, en los momentos en que el ejército de los insurgentes, en número

de más de sesenta mil hombres, se extendía bajo las órdenes de Hidalgo (entonces en el pináculo de su poder) como un torrente que nada podía contrarrestar. Debíamos ir á pasar la noche en Valladolid; y mientras que todo el ejército continuaba su camino, los jefes y su estado mayor, del cual formábamos parte Albino y yo, recibían hospitalidad por breves momentos en una casa particular de la pequeña aldea de San Miguel Caro, á cuatro leguas de Valladolid. Comimos alegremente, como se come en país conquistado, en una sala muy baja. Hidalgo y Allende estaban sentados aparte á una mesita y se entretenían en comer un bocado. Usted querrá saber lo que comían.

— Estoy seguro: tortillas de maíz y frijoles bayos con chile.

— Durante ese tiempo un personaje de aire tímido y como asombrado de verse en tan numerosa y buena compañía, entró á la sala y se aproximó á los dos generales. Este personaje era de estatura mediana pero robusto. Era de color pálido y moreno; la cabellera espesa y ruda, cubríasle la frente y largas patillas se juntaban en su boca; tenía chata la nariz, bastante grueso el labio superior y lo único que realzaba su rostro, eran dos ojos negros vivísimos bajo severas cejas que formaban una sola línea.

« Este hombre se aproximó á Hidalgo y á Allende con paso tímido y algo embarazado. Al verle, Hidalgo dejó escapar un gesto de contrariedad; y por más que fué evidente que le reconocía, preguntóle con aspereza lo que deseaba. El recién llegado balbució, tartamudeó algunas palabras, concluyendo por decirle que deseaba la plaza de capellán del ejército insurgente. « Yo haré algo mejor por Ud. » dijo el generalísimo contestando, sin haberlas escuchado, algunas observaciones que aventurara el solicitante.

« El fin manifiesto de Hidalgo era enviarle lejos de él. Pidió una hoja de papel que no se le procuró sin dificultad; y después de escribir algunas líneas, la entregó al

recién venido diciéndole con voz que resonó por toda la sala: « He aquí sus despachos de coronel y la misión de revolucionar los estados del sur, comenzando por tomar Acapulco. »

« Las provincias del sur eran las más fieles á la corona de España. Acapulco era una de las plazas más fuertes del virreinato; así pues, á tales palabras, una risa burlesca, aunque disimulada por el respeto al venerable Hidalgo, recorrió toda la sala, en tanto que el nuevo coronel palidecía, no de cólera sino de orgullosa alegría, y salió guardando el silencio que producen las grandes emociones y las resoluciones heroicas.

« El obscuro sacerdote iba simplemente á colocarse en el deber de llenar su misión.

« ¿ Tengo necesidad de decir á Ud. — continuó Castaños — quién era este hombre sencillo y modesto á quien recibieron la duda y la ironía? Era el cura de la pequeña aldea de Necupetaro y Carácuaro, el ilustre Morelos. ¿ Pertenece esto á la crónica?

— Seguramente; y espero el final.

— No volví á ver á Morelos; y no podría hoy sino recaer bajo los dominios de la Historia. Pero si mi amigo don Cornelio Lantejas está aún en Tepic, él podrá completarle la crónica de Morelos, que él ha servido fielmente hasta la muerte de este grande hombre.

En los momentos en que el capitán terminaba de abrirme esta perspectiva, asegurándome que podría escuchar el relato de uno de los compañeros del más notable de los jefes de la independencia, llegábamos al fondo de la inmensa barranca desde el cual debíamos subir hasta el borde opuesto. Había allí una aldehuela (1) encerrada entre las dos cadenas de la cordillera. El disco del sol resplandeció de repente en la cima de la gigantesca muralla de montañas que nos faltaba franquear. De una á la otra cima de la Sierra Madre, los rayos de un púrpura pálido, se esparcían por encima de

(1) Plan-de-Barrancas.

nuestras cabezas en tejido luminoso, como las cuerdas temblorosas de una arpa de oro, mientras que el fondo de la cañada inmensa, hallábase aún sumergido entre la niebla de azur. Instantes después, las azulinas sombras de la mañana se desvanecieron, y olas de luz inundaron hasta las más hondas grietas de las montañas.

Bien pronto alcanzamos el nivel de la cañada; después de dar un instante de reposo á nuestros caballos bajo los bananeros de Plan-de-Barrancas, donde no había sino raros habitantes bociosos, principiamos á subir la segunda muralla de Sierra Morena. La gran cordillera estaba franqueada; y tres días después, estábamos en Tepic.

Cinco ó seis mortales días habían transcurrido desde nuestra llegada á esta última población y yo debía permanecer allí por lo menos otros seis días en espera de mis muleteros. Todo viajero sediento que se halla en una ciudad en que no hay monumentos públicos, religiosos ó profanos que visitar, donde no se conoce á nadie, donde hay pocos rótulos y ni un cartel de anuncio para distraerse, podrá formarse idea de la largura de los días por mí sufrida. Mi compañero de camino ocupaba casi todo el tiempo en sus negocios; y sabe Dios qué negocios! No era fácil adivinarlo; pero érame difícil resistirme á creer que el digno capitán hacia el comercio como había hecho la guerra, á la emboscada y un poco fuera de las vías legítimas. ¿ Qué me importaba después de todo? Apesar de sus correrías le había sido imposible encontrar á su amigo don Cornelio Lantejas, á quien nadie conocía en Tepic; y ya me inclinaba á suponer que la existencia de este hombre era tan problemática como los negocios del capitán, si felizmente la casualidad no me hubiese puesto sobre las huellas del compañero de Morelos.

— Don Ruperto se desfila, me dijo la mañana del siguiente día nuestra casera doña Faustina con aire evidentemente contrariado; comerá sus tortillas enchiladas y sus frijoles bayos fríos, y por consiguiente detestables.

— En efecto, respondí sentándome solo á la mesa para almorzar; el capitán partió tan temprano esta mañana que no lo sentí vestirse; pero en cuanto á su comida...

No concluí por cortesía; pero pensaba que poco me habría importado comer caliente ó fría la horrible comida á que todo viajero está condenado en tierra mexicana.

— Respecto á las costumbres irregulares del señor Castaños, dije, no hay que extrañarlas; no es posible sujetar á un viejo guerrillero de la independencia á tanta exactitud.

— Eso no importa, respondió doña Faustina; aquí tenemos al presbítero don Lucas Alacuesta que, para haber hecho en partida todas las campañas del ilustre Morelos, no es hoy un mal modelo de canónigos.

— ¡Un compañero de Morelos! — exclamé. — ¿Por qué no me lo ha dicho Ud. antes?

— ¿Qué interés tiene Ud. en eso?

— El de satisfacer un deseo que ha nacido en mí sobre el campo de batalla del puente de Calderón. Se me ha puesto en la cabeza, desde hace algunos días, encontrar testigos oculares y actores de la guerra de independencia que puedan contármela desde su principio hasta el fin. He registrado al capitán como una vieja crónica, lo he agotado y busco nuevo libro viviente para hojearlo. ¿No conoce Ud. al señor don Cornelio Lantejas?

— Absolutamente.

— ¡Pues bien, don Lucas le reemplazará!

En esto, cuando terminaba de almorzar, llegó don Ruperto de regreso.

— ¡Al diablo las tortillas y los frijoles! — exclamó el capitán respondiendo á los reproches de la hostelera. Acabo de comer á mi gusto y rociado con una añeja botella de vino de Cataluña que se corta por bocados como una sandía. He almorzado como un canónigo. ¿No sabe Ud. en casa de quién? — agregó el guerrillero dirigiéndose á mí.

— Donde don Lucas Alacuesta, — contesté á la ventura.

— Precisamente; ó de otra manera, en casa de don Cornelio Lantejas que ha cambiado de nombre al cambiar de condición; es decir que si no es por una casualidad, á la cual no es Ud. extraño, no lo hubiera encontrado aquí ni el día del juicio, pues este diablo de canónigo no sale nunca. ¿Quién me hubiera dicho que un viejo soldado de la independencia pudiera cambiar así? El hecho es que hemos tenido tantos curas que han llegado á ser generales, que es muy natural ver á un capitán de insurgentes hacerse cura en compensación.

Como próximo complemento de todas estas noticias, don Ruperto me anunció que ambos estábamos invitados para comer ese mismo día en casa de su amigo el canónigo, quien ponía bondadosamente á mi disposición su mesa y sus recuerdos.

Me apresuré á aceptar el galante ofrecimiento que se me hacía; y tres horas más tarde, me dirigí, conducido por el capitán, á la casa del señor don Lucas Alacuesta. Se hallaba situada á la extremidad de la población y contigua á un vasto jardín, todo rodeado por una larga y alta cerca de órganos.

Suprimo todos los detalles inútiles para no hablar sino del huésped que hallé. Era un hombrecillo como de cincuenta años, vivo, afable hasta el extremo, muy poco dado á los intereses del capítulo de que era miembro y, en desquite, dedicado con ardor á los cuidados de la jardinería y á la busca de insectos para enriquecer su colección; nada recordaba en él, como en el guerrillero Castaños, al antiguo insurgente que había tomado gloriosa participación en una larga guerra de exterminio.

Asimismo, no hablaré de la comida para llegar cuanto antes al momento en que, como á las cinco de la tarde, el canónigo, don Ruperto y yo, fuimos á sentarnos á una rústica mesa colocada al fondo del jardín bajo un emparrado de flores de la Pasión. Alrededor, las dalias salvajes (se sabe que México es su patria) izaban sus tallos delgados y sus flores multicolores; bajo el emparrado, magníficos naranjos encorvados bajo el peso de

su fruto, formaban doble y deliciosa sombra. Sobre la mesa humeaba el café en tazas de China; y un brasero de plata cuyos carbones ardientes se cubrían poco á poco de ceniza blanca, invitaba á encender los cigarros de Guayaquil apilados sobre un platillo como una pira odoriferante.

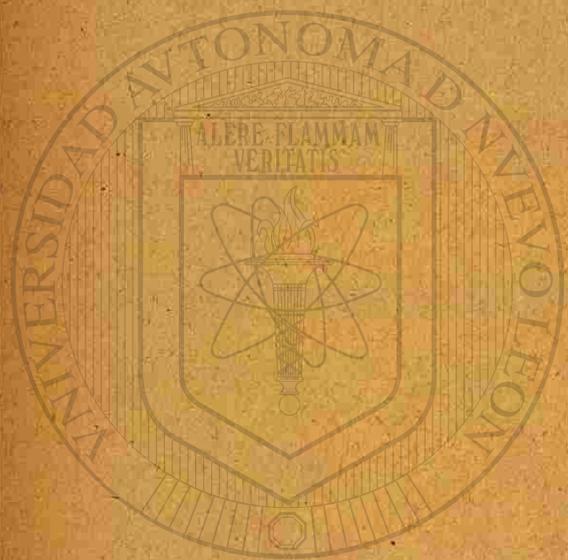
— ¿Me atreveré á preguntar, señor don Lucas, dije al canónigo para entrar en materia — si es un voto especial lo que ha convertido en Ud. al soldado en hombre de Iglesia?

— Todo lo contrario — respondió el canónigo; en el instante en que me disponía á ordenarme, sin pensar que hubiese en mí tela de soldado, una serie de casualidades singulares, me ha lanzado siempre, pese á mí, durante cinco años al tumulto de las batallas. En verdad, si la obstinación de la suerte en alejarme constantemente de mi propósito en el momento en que me hallaba cerca de alcanzarlo; hubiera tenido que combatir contra una vocación menos firme, sin duda que la habría extinguido. Pero las circunstancias lucharon contra la naturaleza; y la naturaleza concluyó por triunfar de las circunstancias por obstinadamente extraordinarias que estas últimas hubiesen sido.

Pensé que este preámbulo iba á abrir la historia del canónigo en la cual debía figurar necesariamente Morelos; silenciosamente encendí un cigarro; el capitán me imitó mientras que don Lucas concluía de vaciar su taza.

No me había equivocado: el señor Alacuesta comenzó un relato que no interrumpió sino cuando la noche se hubo hecho enteramente. De buen grado me prometió continuarlo el siguiente día, haciéndolo así durante muchos días consecutivos, siempre con la misma complacencia. En gran parte es de esta serie de relatos de que he tomado los hechos diversos que voy á exponer al lector. Las aventuras del canónigo tenían para mí doble atractivo. Ante todo, acababan de iniciarme en los principales acontecimientos de la guerra de independencia y además, hacían pasar sucesivamente ante mis ojos los

retratos del natural de extraordinarios ó raros personajes que fueron unos, los ilustres fundadores, actores ignorados los otros. Entre esos personajes que han legado un nombre glorioso á la Historia, descuella en primer término el general Morelos; en seguida, en el número de quienes la Historia no registra el sacrificio, encontré, sin haber sido de ningún modo educado para ello, al singular viajero de la Sierra Madre, Costal; el indio zapoteca, figurando de una manera extraordinaria en la extraordinaria epopeya del canónigo Alacuesta.



PRIMERA PARTE

EL DRAGÓN DE LA REINA

CAPÍTULO PRIMERO

LOS DOS VIAJEROS

Las ideas revolucionarias que la Francia lanzó á la Europa en 1789, no debían tardar en atravesar los mares y extenderse por toda la América española, si es que el ejemplo de libertad anteriormente dado por los Estados Unidos, no hubiese hecho soñar á las colonias de España, la proclamación, á su vez, de la independencia de la metrópoli.

En efecto, la América del sur á principios de este siglo, sacudió el yugo de la corte de Madrid, que ya no poseía en el nuevo mundo, al menos sin combates, sino el Centro de América y México.

Para prevenir toda tentativa de sublevación, el virrey de Nueva España, don José Iturrigaray, sabiamente creyó necesario otorgar á México muchas y grandes concesiones políticas y hacer un llamamiento á los criollos mexicanos al goce de los derechos que hasta entonces se les habían negado. Desgraciadamente los peninsulares establecidos

en el país consideraron estas concesiones como la ruina de sus antiguos privilegios, se sublevaron contra el virrey, se apoderaron de su persona y le enviaron á España para que diese cuenta de su conducta. Todas las franquicias por él concedidas se abrogaron y México quedó otra vez sumergido en el antiguo orden de cosas.

Se verificaban estos acontecimientos en 1808; y aunque uno ú otro día debía esperarse ver á la colonia tratando de reconquistar los derechos que se le habían arrebatado, dos años de aparente quietud habían tranquilizado los espíritus tan completamente, que la conspiración de Hidalgo y el levantamiento que promovió en 1810, causaron profunda estupefacción.

España había dominado á México durante trescientos años principalmente por medio de los clérigos; habrían de ser los clérigos también quienes por justa reciprocidad de las cosas de aquí abajo, debían libertar á México del yugo de España. A principios del siguiente mes de octubre el cura Hidalgo contaba ya con más de cien mil combatientes, es verdad que mal armados; pero su número no dejaba de hacerlos temibles. Esta masa de insurgentes que se derramó por todas partes como un torrente amenazando crecer más, llevó la consternación á México, asiento del gobierno colonial, y llevaba alguna confusión en las ideas de los mismos criollos. Todos los hijos de españoles, unos en consideración á los lazos de la sangre creíanse obligados á combatir la insurrección; los otros, no pensando sino en la libertad del país que les había visto nacer, creían de su deber tomar partido por los insurgentes. Por lo demás, esta divergencia de opiniones no se encontraba sino entre las familias criollas ricas ó poderosas; el pueblo, blanco, mestizo ó indio, no vaciló en afiliarse al lado de Hidalgo.

Los indios sobre todo, más esclavizados que los criollos, esperaban que una nueva era se abriría para ellos; y había algunos que ya soñaban con la vuelta de su antiguo esplendor.

Tal era el estado político y moral de la Nueva España

en la época en que principia este relato, es decir, á los comienzos del mes de octubre de 1810.

Una mañana, á esa hora en que, bajo los trópicos el calor del día sucede bruscamente á la frescura de la noche, como á las nueve, un jinete seguía solitario, no el camino pues no los hay distintamente trazados, sino los llanos sin fin que conducen de los límites del Estado de Vera-Cruz al de Oajaca. Para atravesar un país en guerra civil y en el cual, aparte de los merodeadores de profesión siempre listos para despojar á los viajeros sin excepción de partido, se está continuamente expuesto á encontrar un enemigo, el viajero en cuestión iba muy pobremente armado y más pobremente montado.

Un sable curvo en una vaina de hierro tan mohosa cual si por largo tiempo hubiese permanecido en el fondo de un río, pendía entre la pierna y el arzón de la silla para evitar así las mortificaciones que el peso de semejante arma haría sufrir al caballero. Este sable era el único medio de defensa de que éste parecía poder disponer, en el supuesto, desde luego, de que el moño no hubiese clavado la hoja á la vaina.

El caballo en el cual caminaba penosamente al paso, no obstante los espolazos que no economizaba, había pertenecido sin duda á algún picador de toros, á juzgar por las numerosas cicatrices que le surcaban el pecho y los ijares. Era por lo menos, una bestia de desecho, flaca y reacia; y seguramente, quien la hubiese comprado por cinco pesos, habría pagado el doble de su valor.

Llevaba el caballero un vestido de tela blanquiza, calzonerías de pana aceitunada y zapatos de piel de cabra, imitación del cuero de Córdoba. Era pequeño, delicado y débil, pareciendo tener veintidós años á lo más; su sombrero de hoja de palma daba sombra con sus anchas alas á un rostro de dulce y simpática expresión y de excesiva candidez, si dos ojos vivos y espirituales brillando dentro de órbitas hundidas, no realzaban la expresión. Era evidente que esta natural bondad, nacía de la manse-

dumbre del carácter y no de falta de inteligencia. Una boca fina, á veces sarcástica y en perfecto acuerdo con la vivacidad de la mirada, indicaba que el joven viajero podía, si era necesario, hacer una réplica cáustica al servicio de una gran finura de observación.

Por el momento, la expresión dominante de su fisonomía era la de una completa contrariedad mezclada con gran dosis de inquietud.

El paisaje ayudaba á justificar este recelo de parte de un viajero solitario como éste.

Llanos sin fin se extendían delante de él; un terreno calcáreo erizado de áloes y de cactus espinosos con los cuales se mezclaban algunas hierbas amarillas, daba el más triste y monótono de los aspectos. De trecho en trecho, ligeros torbellinos de un polvo blanquizco, se levantaban y se hundían alternativamente. Las chozas diseminadas en lontananza, vacías y abandonadas; el ardor del sol, la falta de agua y la soledad profunda de estas estepas polvorientas, infundían el desaliento y el temor en el alma del joven caballero.

Por más que fustigaba al caballo con impaciencia, el animal fatigado, no dejaba su paso sino para tomar durante uno ó dos minutos solamente, un trocillo desagradable que parecía ser su más fogosa andadura. Los esfuerzos del caballero no daban otro resultado que cubrirle la frente de un sudor de aniquilamiento y de angustia que á cada instante le era forzoso enjugar con el pañuelo.

— ¡ Maldita bestia! — exclamaba á veces con furor. Pero el caballo era tan insensible á las injurias de su amo, como á las incesantes sollicitaciones de sus espuelas. Volviéndose sobre la silla, comparaba con tristeza el espacio recorrido con el que le faltaba aún atravesar para salir de las sabanas desoladas; y entonces se resignaba con una especie de desesperación, á la andadura pacífica de su caballería.

El joven caminó aún largo tiempo en esta situación alternativa de exasperación y desaliento, hasta el mo-

mento en que el sol, lanzando perpendicularmente sus rayos, anunció la hora del mediodía. Aumentaba el calor á medida que se elevaba el sol; y para colmo de desdichas, la brisa cesó de levantar el polvo. Los tallos secos de la hierba, se habían quedado en completa inmovilidad; y el caballo aniquilado, tenía trazas de quedarse tan inmóvil como aquéllos.

Devorado por la sed, abrumado de fatiga, el caballero echó pie á tierra; y dejando las riendas sobre el cuello del caballo, incapaz de traicionar su confianza escapándose, dirigióse hacia un montón de nopales con la esperanza de hallar algunas frutas que apaciguasen su sed. Quiso la casualidad que no se frustrasen sus esperanzas; y después de haber cogido y despojado de su espinosa corteza una docena de tunas cuya pulpa insípida pero jugosa refrescó su sedienta boca, el caballero montó de nuevo sobre su bestia para continuar la interrumpida marcha.

Eran ya cerca de las tres de la tarde cuando el viajero solitario distinguió al fin una aldea situada á alguna distancia de los interminables llanos que acababa de recorrer. Pero como en todas cuantas había encontrado desde hacía un día, las chozas estaban abandonadas y desiertas; sin poderse saber el motivo de esta general deserción, el viajero continuó su camino.

¡ Cosa rara! Lejos de todo río ó de toda corriente de agua, veía de tiempo en tiempo y con profundo asombro, canoas, piraguas sostenidas en la copa de los árboles ó suspendidas de sus ramas y nadie para explicarle tales extravagancias.

En fin, con gran contento suyo, el ruido de los cascos de un caballo vino de repente á turbar el lúgubre silencio de aquellas soledades. La tierra endurecida resonaba detrás de él. Era señal de que otro viajero, invisible aún gracias á las revueltas de un camino que rodeaba dos taludes escarpados, iría bien pronto á juntársele.

Al cabo de algunos momentos, en efecto, apareció un caballero que no tardó en colocarse á su lado en lo ancho

del camino, justamente de anchura suficiente para que dos caballos pudieran caminar de frente.

— ¡ Santos días ! — dijo el recién llegado llevándose la mano al sombrero.

— ¡ Santos días ! — respondió cortésmente el segundo levantando á su vez la suya.

El encuentro de dos viajeros en medio de una inmensa soledad, es siempre un acontecimiento; y éstos se miraron con mutua curiosidad.

Era el caballero un joven que parecía á lo más de veinticuatro ó veinticinco años; y esta conformidad de edades era la única que los viajeros tenían entre sí. La estatura del segundo, era elevada, robusta y llena de elegancia á la vez. Sus facciones regulares y vigorosamente acentuadas, el fuego de sus ojos negros, la movilidad de sus bigotes espesos y su color bronceado, indicaban violentas pasiones y el sello enérgico de la sangre árabe de donde han salido tantas familias españolas.

Montaba un caballo retinto cuyas formas esbeltas y nerviosas traicionaban el mismo origen oriental del jinete. Le manejaba éste con perfecta facilidad y parecía inmovible sobre su silla de cuya manzana pendía un mosquete; un espadón de dos filos y con vaina de cuero, pendía del gancho de su cinturón, de piel de tigre como los brodequines, armados de largas espuelas,* que calzaban los pies bajo grandes calzoneras de terciopelo violeta.

Un vestido de género crudo, apropiado al calor del clima, y un sombrero de vicuña galoneado de oro, completaban el uniforme, medio militar y medio paisano.

— ¿ Tiene Ud. que hacer larga jornada en ese caballo ? — preguntó echando una ojeada de soslayo sobre la escuálida cabalgadura del viajero con quien acababa de juntarse, al mismo tiempo que refrenaba el ardor de la suya.

— ¡ No, á Dios gracias ! — respondió éste; pues, si no me equivoco, debo estar á menos de seis leguas de la hacienda de San Salvador, que es el término de mi viaje.

— ¿ No está vecina á la de las Palmas ?

— Á lo sumo están á dos leguas.

— Entonces, llevamos el mismo camino, — respondió el recién llegado — sólo me temo que sigamos á alguna distancia entre uno y otro, porque su caballo no parece apresurado por llegar, — añadió sonriendo.

— Es verdad — respondió el joven sonriendo también — y he maldecido durante el viaje más de una vez la economía con que mi padre juzgó conveniente proporcionarme un caballo escapado de los cuernos de los toros de la plaza de Valladolid, lo que hace que el pobre animal no pueda ver una vaca en el horizonte sin darse inmediatamente á la fuga.

— ¿ Y viene Ud. de Valladolid en esta infeliz bestia ?

— En línea recta, caballero, pero en dos meses de camino.

En este momento el escuálido caballo del joven caminante, animado por la presencia de un compañero, pareció picársele su honor; é hizo un esfuerzo que, secundado por la complacencia del caballero de los mostachos negros, le permitió colocarse á su nivel. Los dos viajeros tuvieron así ocasión de continuar su comenzada conversación.

— Á cortesía, cortesía y media — replicó el recién llegado. — Ud. ha tenido la bondad de decirme que viene de Valladolid; yo le diré á mi vez que vengo de México y que mi nombre es don Rafael Trés Villas, capitán de los Dragones de la Reina.

— Y el mío Cornelio Lantejas, estudiante de la Universidad de Valladolid.

— ¡ Muy bien, señor don Cornelio ! ¿ Podría Ud. decirme un enigma que no he podido preguntar á nadie, pues desde hace dos días que no encuentro alma viviente en esta maldita tierra ? ¿ Cómo explica Ud. esta soledad completa, estas aldeas sin habitantes y estas canoas suspendidas de las ramas de los árboles en un lugar en que pueden caminarse diez leguas sin hallar una gota de agua ?

— No me lo explico enteramente, señor don Rafael; y me contento con tener miedo horrible de esta singularidad inexplicable — respondió gravemente el estudiante.

— ¡Miedo! ¿Y de qué? — exclamó el dragón.

— Tengo la mala costumbre de mantenerme asustado por los males que no conozco, aún más, si es posible, que por aquellos que no ignoro. Temo que la insurrección se haya ganado también esta provincia, aunque me había asegurado de que estaba tranquila, y que los habitantes espantados, hayan abandonado sus viviendas para huir de alguna partida de insurgentes que merodea por los campos.

— Los pobres diablos no acostumbran á huir de los merodeadores — replicó el capitán — pues las gentes del campo no temen á los que siguen la bandera de la insurrección; y en todo caso, no es para navegar por estas llanuras arenosas para lo que se han colgado de las ramas de los árboles esas canoas y piraguas; así pues, debe ser otra la causa del pánico general que parece haber soplado un espíritu de vértigo en este país: confieso, en fin, que no la adivino.

Ambos viajeros continuaron en silencio por un instante, su camino, preocupados, uno y otro, del singular misterio que parecía envolverles y del cual ninguna explicación se ofrecía á su espíritu.

El dragón tomó primero la palabra:

— Ud. que viene de Valladolid, señor don Cornelio — le dijo — ¿puede darme alguna noticia más reciente que la que tengo, de los progresos y de la marcha de Hidalgo y de su ejército?

— Ninguna — replicó Lantejas. Ud. olvida que gracias á la lentitud de mi caballo, hace dos meses que estoy en camino. Á mi salida de Valladolid, no se pensaba más en la insurrección que en el diluvio; y no sé sino lo que he oído por el rumor público, tanto cuanto puede divulgarse sin temor á la santísima inquisición; ahora, si debemos de creer la pastoral de Mgr. el Obispo de

Oaxaca, la insurrección no debe encontrar muchos partidarios.

— ¿Y por qué? — dijo el dragón con cierta altivez que probaba que sin haber dado á conocer aún sus opiniones políticas, la causa de la emancipación del país, no debía contar con un enemigo en su persona.

— ¿Por qué? — replicó cándidamente el estudiante — porque Monseñor Bergosa y Jordán los excomulga y asegura que pronto cada insurgente será reconocible por los cuernos y por los pies hendidos que no dejarán de salirle.

Lejos de sonreír de la cándida credulidad del joven estudiante, el capitán sacudió la cabeza con aire de descontento, mientras que su mostacho negro se erizó de indignación.

— Sí, dijo como si hablara consigo mismo; así es cómo nuestros clérigos saben combatir: con la calumnia y la mentira y pervirtiendo los espíritus de los criollos por el fanatismo y la superstición. » En seguida añadió en alta voz: « Así pues, señor Lantejas, ¿temería Ud. engrosar las filas de los insurgentes por no cargar con esos ornamentos diabólicos? »

— ¡Dios me libre! — exclamó el estudiante. ¿Acaso no es eso un artículo de fe? ¿Y quién, desde luego debe saber mejor estas cosas que un respetable obispo como Monseñor de Oaxaca? Por lo demás — se apresuró á agregar en vista del relámpago de cólera que brilló en la mirada de su compañero de viaje — yo soy de un carácter muy pacífico; y estoy próximo á recibir las santas órdenes; cualquiera que sea el partido que abraza, únicamente trataré de hacerle triunfar por la oración. La sangre causa horror á la Iglesia.

Mientras que el estudiante hablaba así, el oficial le lanzaba una mirada que parecía expresar poco sentimiento de no poder afiliarse al partido que se había ganado sus secretas simpatías á un campeón flaco y débil como ese joven.

— ¿Y es para presentar su tesis para lo que Ud. va á Oaxaca? — preguntó el dragón.

— No — respondió Lantejas. Si voy á la hacienda de San Salvador es por obedecer la voluntad paterna. Esta rica finca pertenece á uno de mis tíos, un hermano de mi padre, quien me envía hacia él para recordarle que es viudo, rico y sin hijos y que tiene media docena de sobrinos á quienes subvenir. ¿Qué hacer? Mi honrado padre tiene la debilidad de ser más apegado á los bienes de este mundo de lo que quizás convendría; y he debido resignarme á caminar doscientas leguas para sondear las disposiciones en que, con respecto á nosotros, se encuentre el tío en cuestión.

— ¿De modo que el valor de la hacienda, sin duda...?

— ¡Oh! Acerca de este punto, sabemos perfectamente á qué atenernos, bien que jamás hayamos ido allí ni los unos ni los otros — respondió el joven estudiante con una franqueza que hacía más honor á su corazón que á su discreción. Mientras tanto, jamás sobrino más hambriento se presentará ante un tío; pues gracias á esta deserción inexplicable de las aldeas que he atravesado y al cuidado que tomaron sus habitantes de llevarse hasta el más escualido pollo, hay pocos chacales en estos alrededores más en ayunas que yo.

El dragón estaba en el mismo caso que el estudiante: como él desde hacía dos días no había podido alimentarse sino con las frutas salvajes de estos llanos desiertos, en tanto que su caballo al menos, pudo hartarse á voluntad de la hierba de los campos, de los tiernos retoños de maíz ó, en su falta, de las hojas de los árboles.

El recuerdo de su situación actual, alejó de repente hasta la última idea de disentiimiento político y la más completa armonía reinó entre los dos hambrientos viajeros.

Por su parte el dragón contó al estudiante que después de la prisión del virrey Iturrigaray, su padre, gentilhombre español, se había retirado á su dominio del Valle á donde iba él á juntársele y que este dominio le era aún desconocido. Menos expansivo aún que el estudiante de Valladolid, el capitán de los dragones de la

Reina no decía cuáles eran, en el fondo, los verdaderos motivos de su viaje, según se verá adelante.

Mientras tanto el ardor momentáneo del caballo de don Cornelio se calmaba paso á paso; y poco á poco también el estudiante ocupado en el incesante cuidado de manejar el látigo y la espuela, dejó languidecer la conversación gracias á la cual se engañan las largas horas del viaje. El sol comenzaba á declinar en el horizonte hacia el ocaso, y ya las sombras de los caballeros se alargaban sobre el camino polvoriento mientras que en lo alto de las palmeras, los cardenales de plumaje escarlata y las cotorras verdes principiaban á silbar sus canciones de la tarde.

La sed, cuyas angustias son más dolorosas aún que las del hambre, redoblaba el malestar de los dos viajeros; de tiempo en tiempo, el dragón echaba una mirada de impaciencia sobre el caballo del estudiante, y cada vez notaba que el pobre animal aniquilado por la falta de agua, aflojaba más y más el paso.

Allá en su interior pensaba don Cornelio que su compañero de viaje, resistía generosamente al deseo de alargar las riendas á su cabalgadura y de ganar en algunos momentos de galope, la hacienda, de la cual apenas tres leguas le separaban; y esta aprensión le hacía redoblar sus esfuerzos para mantener á su caballo de *picador* al nivel del bayo retinto del capitán de los dragones de la Reina.

Así continuó el viaje durante una media hora más ó menos, hasta el momento en que fué evidente para el estudiante, que su bestia se hacía de minuto en minuto menos capaz de echar el trote de camino más ordinario.

— Señor estudiante, dijo al fin el capitán; ¿ha leído Ud. tal vez, esas relaciones de naufragios en las cuales los infelices atormentados por el hambre, echan suertes entre ellos para decidir quiénes serán los que se coman á los otros?

— ¡Ay, sí! respondió Lantejas con cierto terror; pero

no pienso que hayamos llegado nosotros á tan espantosa situación.

— ¡Caramba! — replicó muy seriamente Tres Villas — me siento con una hambre capaz de devorar á un pariente cercano muy rico, sobre todo si le heredo, como Ud. al tío de la hacienda de San Salvador.

— Pero no estamos en el mar, señor capitán y en una canoa de la cual no se pueda salir.

El capitán había creído poder divertirse un poco á expensas del joven bastante crédulo para prestar fe á las amenazas fulminadas por el obispo Bergosa y Jordán en una pastoral que se había hecho ya célebre; pero estaba bien lejos de pensar que su cándido compañero de viaje, tomase tan seriamente una broma cuyo único fin era hacerle comprender la necesidad imperiosa de separarse el uno del otro en interés mismo del que se quedaba atrás. La intención del dragón era, en realidad, de tomar la delantera y de enviar al estudiante, desde la cercana hacienda, un caballo de remuda con agua y algunas provisiones.

Don Cornelio echó una mirada de angustia á su alrededor; y al aspecto de profunda soledad que le envolvía, así, como de la desproporción entre sus fuerzas y las del robusto capitán, exclamó sin poder disimular un temblor nervioso:

— Espero, señor capitán, que Ud. no habrá llegado á este grado de perversidad. En cuanto á mí, si yo me hallase en su lugar, montado en un caballo del vigor del suyo, lo espolearía hasta la hacienda de las Palmas ó de San Salvador, sin detenerme; y desde allí enviaría socorros al compañero de camino que hubiera dejado detrás de mí.

— ¿Es esa su opinión?

— No sabría tener otra.

— Bien pues — dijo el dragón — voy á seguir su consejo, porque, á decir verdad, sentía algún escrúpulo, de dejarlo tan pronto sin mi compañía.

Don Rafael tendió la mano al estudiante.

— Señor Lantejas, continuó — no dejemos de ser amigos; ojalá que jamás nos encontremos como enemigos! ¿Quién puede prever el porvenir? Ud. parece dispuesto á ver con malos ojos las tentativas de emancipación de un pueblo esclavizado desde hace trescientos años; y yo quizás le ofreceré mi brazo y si es necesario mi vida para ayudarle á conquistar su libertad. Adiós; no me olvidaré de enviarle los socorros.

Y diciendo estas palabras, el oficial estrechó vigorosamente la débil mano del estudiante de Teología, aflojó la rienda á su caballo y sin tener necesidad de hacerle sentir la espuela, no tardó en desaparecer entre una nube de polvo.

— ¡Vive Dios! — se dijo Lantejas exhalando un suspiro de alivio — este hambriento Lestrígón hubiera sido capaz de devorarme. En cuanto á hallarme alguna vez en un campo de batalla en frente de este Goliat ó de cualquiera otro, desafío al diablo y á sus cuernos á que haga de mí un soldado para ó contra la insurrección.

Y el estudiante continuó solo su camino, relativamente contento de hallarse solitario después del peligro que se imaginaba haber corrido, sin pensar que, á menos de tener una firmeza de alma á toda prueba, jamás sabe el hombre la vispera, lo que se verá obligado á hacer al siguiente día.

Nubes rojas teñían ya el horizonte hacia el poniente, cuando el viajero distinguió, á larga distancia, á un indio; y con la esperanza de obtener de él algunas provisiones, ó al menos noticias acerca de las particularidades que no había podido explicarse hasta entonces, trató de hacer caminar más de prisa á su caballo.

El Indio arriaba dos hermosas vacas lecheras cuyas tetas hinchadas pudo distinguir el estudiante; y este espectáculo no hizo sino acrecentar su deseo de alcanzarle.

— ¡Hola José! — gritó don Cornelio con todas sus fuerzas.

A este nombre de José, que es al que un Indio res-

ponde siempre como un irlandés al de *Paddy*, el Indio volvió la cabeza asustado.

Desgraciadamente (y era fácil prever el caso, después de lo que se ha dicho antes) apenas hubo el caballo advertido á las dos vacas, cuando con un vigor de que no parecía capaz, se puso á trotar con el más desagradable de sus trotes en una dirección enteramente contraria á aquella en que se le conducía.

Don Cornelio no cesó menos en sus esfuerzos para lograr que el Indio se detuviera. Pero á la vista de un caballero que le llamaba, alejándose con rapidez, el Indio contestó con un aullido de espanto y huyó á la carrera acompañado de sus dos vacas que tomaron el galope.

— ¿Qué vértigo se ha apoderado de esta gente? se dijo al encontrarse otra vez en completa soledad, más hambriento y más inquieto que nunca; y siguió pacíficamente su marcha.

Al fin, á la caída de la tarde, llegó hasta un grupo de dos ó tres cabañas desiertas como todas las que hasta entonces había encontrado. Aniquilado de cansancio, lo mismo que su caballo, el viajero decidió hacer alto en ese lugar para esperar los socorros que el oficial le prometiera.

Una ancha hamaca de hilos de maguey suspendida entre dos tamarindos á siete ú ocho pies del suelo, parecía expresamente para él. Como el calor era aún sofocante, en vez de encerrarse en una de las chozas, Lantejas desensilló su caballo para que pudiera pacer libremente; y luego haciendo escala del tronco de uno de los árboles, saltó sobre la hamaca donde se acomodó lo mejor que pudo.

En esto se hizo de noche; y el estudiante, con el estómago sublevado por el hambre, prestaba atentamente la oreja á los ruidos que podían anunciarle la aproximación de los socorros que esperaba.

El silencio se hizo profundo: la naturaleza dormía á su alrededor; y en vez de las pisadas del caballo que

esperaba oír, la solemne quietud de la noche fué bien pronto turbada por los más extraños rumores.

Era una explosión continua, sorda como de tempestad lejana; llegaban otros ruidos semejantes á los bramidos de un mar tormentoso. A veces, también, aunque el aire estaba en calma, el viajero creía oír el mugido de los vientos desencadenados; y roncos aullidos se mezclaban á sus extrañas notas. Presa de un terror indescriptible, escuchaba estos silbidos del viento, esas fúnebres voces, aquellos rumores de tempestad. Al fin el cansancio triunfó sobre la inquietud; y se durmió con sueño de piedra.

CAPÍTULO II

EL DESCENDIENTE DE LOS CACIQUES

A la misma hora en que el estudiante de Teología se decidía á hacer alto en la hamaca en que lo hemos dejado, es decir, una hora antes de la caída del sol, dos hombres aparecían en las riberas de un pequeño río.

Era á medio camino entre el punto en que el dragón se despidió del estudiante y la hacienda de « Las Palmas » hacia la cual se dirigía.

A mitad de un estrecho valle, el río de que hablamos bordeado de fresnos y de sauces hasta cuyas ramas trepaban serpenteando haces de lianas en flor, deslizaba sus aguas límpidas sobre fina arena, al nivel del césped de sus orillas. A poca distancia del punto en que se detuvieron los dos nuevos personajes que van á entrar en escena, el río no parecía sino un espejo inmóvil hecho para reflejar el límpido azul del cielo ó un rincón del manto estrellado de la noche. Más allá, su aspecto volvíase salvaje entre rocas elevadas y cubiertas de vegetación en pleno vigor.

Desde la engramada orilla á donde habian llegado aquellos dos hombres, se oía distintamente, como la resaca del mar, el ruido imponente de una catarata del río.

El color y el vestido de uno de los dos interlocutores,

que parecían sostener una conversación llena de interés, revelaban claramente que era indio. Llevaba sobre el hombro una tosca carabina de cañón corto y enmohecido; dos gruesas trenzas de cabellos negros pendían de su cabeza sobre una especie de túnica de lana grisácea, rayada de negro, con mangas cortas que permitían ver sus brazos nerviosos color de cobre rojo; esta túnica, descendiendo hasta las caderas, estaba ceñida al talle por un cinturón de cuero. Las desnudas piernas del indio, salían de unos calzones cortos de piel de fiera; calzaban sus pies una especie de coturnos de cuero y cubría su cabeza un sombrero de junco tejido.

Era de gran estatura para un hombre de su raza; y sus facciones finas y vivas, nada tenían de esa expresión de servilismo común á los indios mansos. Los bigotes bastante espesos y un haz de barbas que sombreaban su rostro, daban á su fisonomía cierto aire de salvaje distinción.

Su compañero era un negro harapiento que nada tenía de notable, si no era el aire de credulidad estúpida con que escuchaba los discursos del Indio. De vez en cuando la expresión de su rostro denotaba un espanto mal contenido.

En el momento en que aquí presentamos al Indio y al negro, el primero se inclinaba, marchando con precaución hacia un lugar de la orilla despojado de hierba y cubierto de tierra arcillosa.

— Cuando yo decía — exclamó — que no tardaría media hora en encontrar sus huellas. ¿No decía bien? ¡Espérese, mire!

Y al pronunciar estas palabras con un aire de triunfo del que su compañero no parecía participar, el Indio le mostraba sobre la tierra húmeda, huellas muy recientes, capaces de causar, en efecto, sensación desagradable á un hombre que no hacia un oficio de la caza de fieras.

Eran grandes huellas en que cada dedo se hallaba fuertemente impreso en el suelo barroso. Se veía hasta una veintena de diferentes tamaños. Lo que concluía por

hacer particularmente terrible este descubrimiento, era que el agua de una laguneta vecina del río, estaba aún amarillenta, lo que indicaba que no había habido tiempo de que recobrase su limpidez primitiva.

— No hará media hora que han venido á beber aquí — continuó el Indio — porque el agua está agitada aún, como Ud. mismo puede verlo. Trate de contar cuántas hay.

— Preferiría irme — replicó el negro por cuyos ojos pasó una nube y que en vano procuraba obedecer al Indio contando las pisadas. ¡ Jesús María ! ¡ Toda una proce-
sion de tigres !

— ¡ Oh ! Ud. exagera. ¡ Vamos, contemos ! Uno, dos, tres, cuatro : el macho, la hembra y dos cachorros. No hay más, nada más. ¡ Ah, esto es magnífico para un *tigrero* !

— ¿ Así le parece á Ud. ? — dijo el negro con lamentable tono.

— Sí ; y sin embargo no los cazaré ahora : tenemos algo mejor que hacer los dos.

— ¿ No podríamos darnos cita para otro día y regresar á la hacienda ? Tengo curiosidad por ver las cosas maravillosas que Ud. me ha prometido...

— ¡ Consentir en diferir por un día ! Eso no se puede, porque eso sería partida postergada para un mes, ahora mismo le diré por qué ; y dentro de un mes estaremos lejos de aquí. Sentémonos.

Y juntando la acción á la palabra, el Indio se sentó á algunos pasos del lugar en que sostenían este diálogo ; y de buen ó mal grado, el negro tuvo que imitarlo. Sin embargo, parecía poner una atención tan distraída, y tanto erraban sus ojos con ansiedad visible por todos los puntos del horizonte, que el *tigrero* creyó deber tranquilizarlo de nuevo.

— Nada tiene Ud. que temer, Clara, se lo aseguro — repitió el Indio al negro. El tigre, la tigre y sus dos cachorros, como tienen todo el curso de este río para apagar su sed, no se aconsejarán para venir á beber junto á

nosotros y mucho menos para buscarnos camorra ; ¿ acaso no acaban de beber ?

— He oído decir que son muy ávidos de la carne de negro — dijo el negro extravagantemente llamado con el nombre femenino de Clara.

— Es una preferencia de que Ud. se enorgullece vanamente.

— Diga Ud. mejor que le tengo un miedo horrible.

— ¡ Pues bien ! Esté Ud. tranquilo : no hay en todo el Estado un jaguar tan tonto para preferir una piel negra y dura como la suya, á la carne de las terneras ó de las pollas que puede procurarse á su gusto y sin peligro alguno. Los jaguares que viven por aquí, se reirían mucho si le entendieran á Ud.

— Se reirían más de Ud. — replicó el negro que parecía querer excitar las pasiones del Indio y jugar una mala partida á los animales feroces que lo inquietaban.

— ¿ Y por qué ? Sepa Ud. que ni hombres ni tigres se reirían impunemente de Costal.

— ¿ Por qué ? ¡ Demonio ! porque hallarían muy divertido que Ud. que es *tigrero* de oficio y pagado por el señor don Mariano Silva para cazar y destruir á los jaguares que devoran su ganado tierno, no se pusiera en persecución de esta pareja cuyas huellas acaba Ud. de enseñarme en las orillas de este río.

— Esté Ud. seguro de que nada perderán con esperar : yo sabré siempre encontrar otra vez sus huellas ; y jaguar cuya guarida encuentro, es jaguar muerto. Pero no me pondré á la caza antes de mañana. Hoy es día de luna nueva, día en que, sobre la espuma de las cataratas y en la superficie de los lagos desiertos, aparece, á los que se atreven á invocarla con valiente corazón, la Sirena de los cabellos torcidos.

— ¿ La Sirena de los cabellos torcidos ? — repitió el negro.

— La que revela el lugar de las cuevas de oro en los llanos ó en medio de las montañas y que indica los bancos de perlas en las costas del mar.

— ¿Y está Ud. seguro de eso? ¿Quién se lo ha dicho? — preguntó Clara en un tono en que la credulidad combatía con la duda.

— Mis padres me han transmitido este secreto — respondió el Indio solemnemente — y Costal cree más en la palabra de sus padres que en la de los padres cristianos, aunque aparente creer lo que ellos le enseñan. ¿Por qué Tlalóc y Matlacueze, las divinidades de las aguas y de las montañas, no habían de ser dioses tan poderosos como el Cristo de los blancos?

— No diga eso tan alto — dijo vivamente el negro persignándose con devoción ante tal blasfemia; — los padres cristianos lo oyen todo y la inquisición tiene calabozos para los hombres de todos los colores.

Al recuerdo de la inquisición evocada por el negro, el Indio bajó la voz involuntariamente.

— Mis padres me han enseñado — continuó — que las divinidades de las aguas no se aparecen jamás á un hombre solo: es preciso que sean dos para invocarlas, dos hombres de valor igual, pues á veces su cólera es terrible. ¿Quiere Ud. ser el compañero que yo necesito?

— ¡Hum! — dijo Clara — puedo vanagloriarme de no haber tenido demasiado miedo de los hombres; no diría lo mismo de los tigres; y en cuanto á esas divinidades, que bien podrían ser el diablo en persona, no me atrevería á afirmar...

— Ni hombres, ni tigres, ni diablo deben causar miedo á quien tiene el corazón verdaderamente fuerte — replicó Costal — sobre todo cuando el precio de su valor debe ser el oro, que de un pobre Indio puede hacer un señor.

— ¿Y de un negro también?

— Sin duda.

— Diga más bien que el oro no serviría mejor á un Indio que á un negro, esclavos los dos; y á quienes sus dueños despojarían — dijo el negro con desconsuelo.

— Ya lo sé; pero la esclavitud de los Indios toca á su fin. ¿No ha oído Ud. decir que en tierra adentro, un

padre ha proclamado la emancipación de todas las razas, la libertad para todos?

— No — respondió Clara demostrando su absoluta ignorancia de los asuntos políticos.

— Sepa pues que se aproxima el momento en que el Indio será igual al blanco, el criollo al español, y en que un Indio como yo, será su superior — añadió Costal orgullosamente; el esplendor de nuestros padres va á renacer, y he aquí por qué tengo necesidad de ser rico y por qué pienso ahora, después de haberlo desdeñado hasta hoy como cosa inútil en las manos de un esclavo, en buscar el oro que en manos de un hombre libre, le servirá para levantar la gloria de sus antepasados.

Clara no pudo menos de echar una mirada de asombro sobre Costal; no le sorprendió menos la expresión de salvaje grandeza que revelaba la fisonomía del tigrero, vasallo de la hacienda de Las Palmas, que su pretensión de renovar el esplendor de su familia.

No escapó esta mirada al cazador de jaguares.

— Amigo Clara — dijo al instante — escuche Ud. un secreto que, en la humilde condición en que me ve, he guardado durante un número de años suficiente para ver cincuenta veces sucederse la estación de las lluvias á la estación seca y que podrán confirmarle, si fuese necesario, todos los de mi casta y de mi color.

— ¡Ud. ha visto cincuenta veces la estación de las lluvias! — exclamó el negro sorprendido y viendo atentamente al Indio, cuyo rostro y cuyos miembros no parecían acusar más de treinta años.

— Todavía no — dijo Costal sonriendo — pero poco falta; y yo veré otras cincuenta, pues los presagios me han dicho que llegaré á la edad de los cuervos.

Luego, mientras el negro cuya curiosidad era excitada por las revelaciones que oía, le escuchaba con atención, el tigrero continuó, describiendo con el brazo extendido un círculo que comprendió los cuatro puntos cardinales:

— De todo el espacio que un jinete pudiera recorrer desde que sale el sol hasta que se pone, del este al oeste,

del sur al norte, no saldría de la tierra en que durante largos años, antes de que los barcos de los blancos hubiesen abordado nuestras costas, los caciques zapotecas reinaron como señores soberanos. Los dos mares que bañan las riberas opuestas del Istmo de Tehuantepec, eran los únicos límites de sus dominios; millares de guerreros seguían su bandera y se apiñaban tras las plumas de su penacho de guerra. Del océano del norte al océano del sur, les pertenecían los bancos de perlas y las cuevas de oro; el metal que codiciaban los blancos, brillaba en sus armaduras y en las sandalias con que se calzaban: no sabían qué hacer con él, en tanta abundancia lo tenían! ¿Qué ha sido de los caciques de Tehuantepec, tan poderosos en otro tiempo? Sus súbditos han sido asesinados por los cañones de los blancos ó enterrados en las minas; y los conquistadores se repartieron á los que han sobrevivido. Cien aventureros se han convertido en señores poderosos, tomando cada cual un jirón de los vastos dominios conquistados; y hoy, el último descendiente de los caciques, se ve reducido para subsistir, á ser esclavo de un señor, á exponer diariamente su vida por destruir los tigres que asuelan los rebaños de que están llenos los llanos y las montañas, antes de propiedad de sus padres, y en las cuales, apenas si el lugar en que se halla su choza le pertenece!

El Indio habría hablado aún largo tiempo sin que el negro osase interrumpirle. El asombro y una especie de respeto involuntario, le tenían mudo. Quizá no había sabido nunca que una raza poderosa y civilizada, había sido reemplazada por los conquistadores españoles; y en todo caso, estaba muy lejos de esperar con encontrarse en el tigrero, más pagano que cristiano que le inculcaba sus supersticiones indias, al descendiente de los antiguos señores de Tehuantepec.

En cuanto á Costal, la descripción á la vez pomposa y verdadera que acababa de hacer del poderío de sus abuelos, le sumergió en un sombrío silencio. Con los ojos bajos hacia la tierra, como aquellos que hacen un

recuerdo profundo del pasado, ni se fijaba en el efecto que producían sus revelaciones sobre su compañero de aventuras.

El sol se inclinaba más y más hacia el horizonte cuando un prolongado y agudo maullido terminado por un rugido cavernoso que parecía surgir de los montes más lejanos, sobre la orilla del río, vino á retumbar en los oídos de ambos interlocutores y á hacer pasar al negro del asombro, al más vivo de los espantos.

El Indio no se movió ni hizo un gesto, en tanto que el negro saltó sobre sus pies exclamando:

— ¡Jesús María! ¡El jaguar!

— ¡Y bien! ¿qué? — dijo tranquilamente Costal.

— ¡El jaguar! — repitió Clara.

— ¿El jaguar? Ud. se equivoca.

— ¡Dios lo quiera! — exclamó el negro, atreviéndose apenas á creer que se hubiese engañado.

— Se equivoca Ud. en el número: hay cuatro, contando con los dos cachorros.

Convencido de su equivocación á este respecto, Clara, con los ojos encendidos por el terror, hizo ademán de huir hacia la hacienda.

— ¡Cuidado! — dijo Costal que parecía divertirse con el miedo de su compañero — dicen que los tigres son muy ávidos de la carne de negro.

— Ud. me ha dicho lo contrario.

— Quizás tenga yo falsos datos acerca de las costumbres de estos animales; pero lo que sé positivamente por haber hecho cien veces la experiencia, es que cuando el macho y la hembra están juntos, es muy raro que bramen así cerca del hombre: hay probabilidad de que están separados. Ud. correría el peligro de encontrarse entre dos fuegos, á menos por su puesto, de que no quiera procurarles el gusto de cazarlo.

— ¡Dios me ampare!

— Entonces, lo mejor que Ud. puede hacer es quedarse aquí junto á un hombre que no les tiene miedo.

El negro vacilaba aún, cuando un segundo bramido

no menos cavernoso que el primero, se dejó oír en dirección contraria, confirmando las aseveraciones del tigrero.

— Ya ve Ud. que están en campaña, que se han dividido el terreno y que se dan la voz de alerta. Ahora, si el corazón se lo dice — agregó Costal haciendo con la mano seña al negro de que podía huir — librese!

Convencido Clara de que el peligro estaba por delante y por detrás, pálido á la manera de los negros, es decir: el rostro transformado de negro en gris obscuro, se aproximó temblando todo á su imperturbable compañero cuya mano ni un ademán había hecho hacia la carabina que á su lado reposaba sobre la hierba.

— Este camarada no me parece muy bravo — se dijo el Indio; pero me contentaré con él hasta que encuentre uno más intrépido. Luego, volviendo al curso de sus pensamientos, interrumpido por los bramidos de los jaguares, agregó en alta voz: ¿Quién es el Indio, quién es el negro que no ofrecerá su brazo al padre sublevado contra los opresores que han hecho de los Zapotecas, de los Mexicanos, de los Aztecas esclavos para servirlos? ¿No han sido ellos con nosotros más feroces que los tigres?

— Esos me dan menos miedo — murmuró el negro.

— Mañana diré al señor que busque otro tigrero — continuó Costal — é iremos á unirnos con los insurgentes del Oeste.

— Ud. debería librarlo para lo de adelante de estos dos animales — dijo Clara que les conservaba rencor.

No bien hubo concluido el negro, cuando los jaguares de que hablaba, cual si hubiesen querido poner una última prueba á la paciencia del tigrero zapoteca, lanzaron un tercer bramido que se dejó oír en la misma dirección, es decir aguas arriba del río que corría á los pies de los dos amigos.

A los terribles acentos que retemblaron en sus oídos como un grito de desafío, los ojos del Indio se dilataron y la fiebre irresistible de la caza brilló en sus pupilas.

— ¡Por el alma de los caciques de Tehuantepec! gritó — es demasiado tentar la paciencia humana; y voy á enseñar á estos dos habladores, á no conversar tan alto de sus asuntos. Venga, Clara, va Ud. á saber lo que es un jaguar visto de cerca.

— Pero yo no tengo armas — exclamó el negro espantado quizá más de ir á cazar á los tigres que de dejarse cazar por ellos. Cuando le hablé de purgar las tierras de la hacienda de estos dos demonios, no fué para acompañarlo: lo juro por todos los santos del paraíso.

— Escuche, Clara; el animal que bramó primero es el macho que llama á su hembra. Debe estar muy lejos de aquí río arriba; y como no hay en toda la extensión de la hacienda una corriente de agua en que no tenga, para las necesidades de mi oficio, una piragua ó una canoa...

— ¿Tiene Ud. aquí? — interrumpió Clara.

— Seguramente; y nos va á servir para remontar el río. Tengo mi idea; Ud. verá; pero esperando, no corre Ud. ningún peligro.

— Dicen que los jaguares nadan como focas — murmuró el negro.

— No lo puedo negar. Vamos, venga de prisa.

Diciendo estas palabras, el tigrero se lanzó al punto en que estaba amarrada la embarcación; y Clara, prefiriendo el peligro de acompañar al cazador al de quedarse solo, le siguió al trote, maldiciendo en el fondo de su alma la imprudencia que cometiera excitando á Costal para ponerse á la caza.

Algunos instantes después, el Indio desataba los nudos de la cuerda que retenía su piragua á las raíces de un sauce. Era un *cayuco* vaciado en el tronco de un árbol; pero bastante grande para contener dos personas en caso necesario. Dos remos cortos servían para manejarlo en los pasos más anchos como en los más estrechos. Un pequeño mástil provisto de una estera de cañas para hacer las veces de una vela en caso de necesidad, se hallaba

depositado en el fondo de la pequeña embarcación. Costal la arrojó sobre la orilla como inútil en esta ocasión; y colocándose adelante mientras el negro se sentaba atrás, dió á la piragua tan vigoroso impulso, que la hizo deslizarse en medio del río remontando la corriente.

Los sauces y los fresnos alargaban ya sus grandes sombras sobre las aguas que muy pronto iluminarían los últimos rayos del sol. Las cañas que bordeaban las orillas temblaban á impulsos de la brisa del desierto que sopla en libertad como el viento de los mares y parece llevar con ella el embriagante perfume de la independencia.

Indio y cazador, Costal la aspiraba por todos sus poros.

En cuanto á Clara, si temblaba como los juncos de las orillas, era más de miedo que de entusiasmo; y el espanto impreso en sus facciones, contrastaba tanto con el calmado continente del tigrero, como las masas negras proyectadas por la sombra de los árboles con las nubes de púrpura que retrataba el río en su curso.

La embarcación siguió desde luego las sinuosidades de las riberas que limitaban la vista de los navegantes. A veces, los árboles encorvados retorcián sus troncos sobre las aguas; y el negro esperaba ver lucir en cada uno de ellos, los ojos de una bestia feroz próxima á lanzarse sobre la piragua.

— ¡ Por Dios! — decía el negro temblando cada vez que la embarcación se aproximaba á esos árboles inclinados sobre el agua — no pasemos tan cerca. ¿ Quién sabe si el enemigo está escondido tras esos matorrales?

— Tengo mi idea — respondía Costal.

Y el Indio hacía bogar su canoa con brazo vigoroso, sin parecer inquietarle los peligros que los bravíos sauces pudieran ocultar.

— ¿Cuál es su idea? — preguntó por fin Clara.

— Una idea muy simple que Ud. aprobará.

— ¡ Veamos!

— Hay dos jaguares; no hablo de los pequeños; como

Ud. no tiene armas, aquéllos le verán y entonces Ud. coge uno en cada mano por la piel de la nuca y les hará pedazos los cráneos golpeando al uno contra el otro. Nada más simple.

— Por el contrario, eso me parece complicadísimo; y además, ¿ cómo podría yo correr bastante de prisa para cogerlos?

— Ellos le economizarán á Ud. este trabajo arrojándose sobre Ud., pues indudablemente dentro de un cuarto de hora, tendremos á los cuatro sobre los brazos.

— ¡ Los cuatro! — exclamó el negro saltando tan violentamente que imprimió á la débil piragua un movimiento de oscilación que por poco la hace zozobrar.

— Sin duda — replicó Costal ladeándose rápidamente para hacer contrapeso. Tal es mi idea como la única manera de abreviar la lentitud de la cacería. ¿ Qué quiere Ud.? Cuando el tiempo precisa, se hace lo mejor que se puede. Así pues, como decía cuando Ud. me interrumpió, hay dos tigres, uno á la izquierda y el otro á la derecha. Como estos animales quieren juntarse, así lo indican sus voces, es claro que si nos ponemos entre los dos, se lanzarán al mismo tiempo sobre nosotros. Lo desafío á que me pruebe lo contrario.

A decir verdad, no pensaba más en ello; una convicción profunda de la infalibilidad de las predicciones de Costal le hacía guardar completo silencio.

— ¡ Atención, Clara! — Vamos á doblar esa punta en que los árboles ocultan la vista de la llanura; Ud. me dirá si se ve el animal que buscamos.

En efecto, en la posición que ocupaban los dos compañeros en la piragua, sentado atrás el negro, no tenía que hacer sino mirar hacia adelante, mientras que el Indio se veía obligado á volverse á cada momento. Por lo demás, el rostro del negro era para él como un espejo que le advertía fielmente lo que le interesaba saber.

Hasta allí, los ojos del negro no habían expresado sino un vago terror, sin causa determinada, cuando en el instante en que la canoa hubo franqueado el último codo

de la orilla, una angustia profunda y súbita se pintó en todas sus facciones.

El Indio que estaba en guardia, volvió rápidamente la cabeza. Un llano inmenso, en que el río se deslizaba sin barreras entre dos orillas sin árboles, se extendía á izquierda y á derecha sin que nada impidiese á la vista hundirse en el horizonte ilimitado. Muy lejos de los dos cazadores, el río casi se replegaba sobre sí mismo, para formar un delta verde al extremo del cual pasaba el camino que conducía á la hacienda de las Palmas.

— Vea, Clara — dijo soltando los remos en las manos del negro y arrodillándose en el fondo de la canoa y tomando en la mano la carabina — jamás sus ojos han contemplado un espectáculo tan hermoso.

Clara tomó maquinalmente los remos y no respondió nada. Dilatados los ojos, la boca entreabierta, mudo ante el cuadro que devoraban sus ojos, parecía fascinado como el pájaro por la serpiente de cascabel.

Asido al cadáver flotante de un búfalo al que devoraba, uno de los jaguares, aquel cuya voz había advertido á su hembra, se dejaba dulcemente arrastrar por la corriente de las aguas. Alargada la cabeza, apuntado con sus patas delanteras, replegadas las de atrás bajo el vientre y el dorso hinchado en una ondulación potente y flexible á la vez, el animal, rey de los llanos de América, dejaba reverberar á los rayos moribundos del sol, su piel vivida, constelada de manchas negras.

Era una de las más bellas escenas salvajes que las sabanas presentan diariamente á los ojos del cazador y del Indio, magnífico episodio del poema eterno que el desierto rumora á sus oídos.

Un estertor profundo terminado por un rugido semejante al trompetazo desapacible de un oficleide, se escapó del pecho del jaguar y deslizándose por la superficie de las aguas, llegó hasta los dos navegantes. Había advertido á sus enemigos y les desafiaba. Costal le respondió con un grito de reto, como el sabueso que oye la trompa de caza repercutir sus sonos al eco de los bosques.

— Es el macho — dijo con voz temblorosa.

— ¡Tírele! exclamó el negro encontrando por fin la palabra.

— ¡Tírarle! respondió Costal; mi carabina no llega tan lejos; y además no soy diestro sino disparando á boca de jarro. Y luego, no podría coger á la hembra; mientras que esperando un minuto, Ud. la verá saltar á nuestro lado escoltada por sus dos cachorros.

— ¡Dios me ampare! — murmuró el negro, espantado del plan de Costal que se realizaba en parte, pues un lejano bramido precedió en un segundo la aparición del otro jaguar á la extremidad de la sabana. Algunos saltos dados por la hembra con soberana agilidad, la pusieron á doscientos pasos de la orilla y de la piragua.

Allí se detuvo, la nariz al viento sorbiendo el aire, vibrantes las corvas como una flecha que tiembla aún después de ensartarse en el blanco, al mismo tiempo que sus dos cachorros se agrupaban á sus lados.

Mientras tanto, la canoa privada de sus remos, derivaba dulcemente en remolino, guardando siempre la misma distancia con el tigre acurrucado sobre el cadáver del búfalo medio hundido entre el agua.

— ¡Por todos los diablos! — exclamó el Indio impaciente — mantenga la canoa al haz de la orilla; de otra suerte, no nos juntaremos nunca el jaguar y yo. Allá... muy bien; ¡enhorabuena! firme la mano; es preciso que no se desvíe la mía. Es necesario que mate al animal del primer tiro; de otra suerte, uno de nosotros es perdido, pues tendríamos que luchar con el macho herido y con la hembra llena de vida.

El jaguar descendía tranquilamente en la corriente del río sobre su pedestal flotante; y la distancia iba estrechándose poco á poco entre la piragua y él. Ya se podían distinguir claramente sus ojos de fuego rodando dentro de las órbitas y las ondulaciones de su cola que se agitaba como una serpiente. El Indio le apuntaba al morro, é iba ya á soltar el gato de la carabina, cuando la pira-

gua comenzó á moverse tan extraordinariamente que parecía agitada por las olas del mar.

— ¿Qué diantres está Ud. haciendo, Clara? — exclamó el Indio con cólera; así me será imposible coger toda una manada de tigres.

Pero sea que Clara lo hiciese de intento, sea que el terror turbase sus sentidos, las oscilaciones se hacían más y más violentas bajo su convulso remo.

— ¡El diablo se lo lleve! — exclamó de nuevo el Indio — lo tenía allí entre los dos ojos!

Y soltando la carabina, arrancó los remos de manos de Clara.

Hasta que hubo transcurrido un largo minuto, pudo reparar la torpeza de su compañero; é iba ya á tomar otra vez su arma, cuando el jaguar lanzó un formidable rugido; luego hundiendo sus filudas garras en el cadáver del búfalo arrancó un pedazo sangriento, dió un salto terrible y en tanto que el cuerpo flotante se hundía arremolinándose entre el agua, para reaparecer diez pasos más allá, el tigre llegó á tierra de un brinco, en la orilla en que estaba la hembra.

El Indio soltó un vano juramento de pagano; ya no era tiempo: algunos saltos más y el tigre estuvo pronto junto á su compañera, lejos del alcance de la carabina.

La feroz pareja pareció vacilar un momento; y lanzando un doble rugido de amenaza, al cual se unieron los de los dos cachorros, al fin los cuatro se alejaron corriendo á saltos hacia los límites del horizonte.

— ¡Vayan, vayan, pícaros! Ya los encontraré otra vez! — gritó Costal sin poderse contener, á pesar de su contrariedad, de seguir con los ojos á esos habitantes del desierto que, en su rápida carrera, parecían apenas rozar la hierba de la llanura.

— ¡Es igual! — dijo el Indio dirigiéndose á Clara, cuyos ojos brillaban de contento — puede Ud. lisonjearse de haberme hecho desperdiciar una hermosa pareja de jaguares.

Y Costal remó con más vigor para ganar otra vez el punto en que se habían embarcado.

El río arrastraba aún el cadáver del búfalo en sus aguas sombrías; y ya los dos jaguares habían desaparecido entre la bruma roja...

CAPÍTULO III

EL GENIO DE LA CASCADA

La pequeña piragua en que iban el negro y el Indio, continuaba su descenso silencioso por la corriente del río, el primero felicitándose de haber escapado de las garras de los tigres; el segundo, absorto en los pensamientos á los cuales la infructuosa cacería diera momentánea tregua.

Un resto de temor se mezclaba sin embargo en la satisfacción de Clara. Los jaguares habían huído ciertamente; ¿pero por qué lado? Fué el primero que rompió el silencio para dirigir esta pregunta á Costal.

— Ud. quiere saber qué dirección tomaron — respondió el Indio: — un sencillísimo razonamiento se lo dirá. Un búfalo muerto no se encuentra todos los días; y no es sino con sentimiento, esté Ud. cierto de ello, que el tigre soltó su presa; sabe por instinto hacia qué lado arrastra el río aquel cadáver é irá á esperarlo aguas abajo, al pie de la cascada cuyo rumor se oye desde aquí. »

El imponente murmurio de las aguas, ya percibido por Clara, se hacía en efecto más distinto, á medida que la piragua avanzaba en su camino.

— No digo desde luego — continuó el Indio — que la cascada se lo devuelva entero: he visto los troncos de

los árboles hechos pedazos rodando de arriba abajo.

Esta perentoria respuesta, no aclaraba sino á medias las dudas de Clara; sin embargo, como la piragua llegaba á tierra en aquel momento mismo, guardó silencio.

Los dos compañeros saltaron; y en pocos momentos amarraron la piragua en las raíces del sauce de que fuera antes desatada.

— Así pues — siguió el negro — Ud. cree que los jaguares...

— Estoy casi seguro de lo que digo; y tal vez no se pasará una media hora sin que Ud. oiga de nuevo sus voces en el fondo del barranco en donde tendremos que hacer en seguida.

— ¿Y no teme Ud. que busquen el desquite?

— Me importa un ardite; pero ya hemos pensado demasiado en esos animales: por fortuna que sólo el tiempo se ha perdido. Ya le había dicho que todo un día no es bastante para darles caza, á menos que una casualidad abreviase la faena: Ud. no lo ha querido. Ahora, pensemos en nosotros, Clara. Ya la luna nueva se va á levantar: permítame invocar á Tlaloc, el dios de las aguas, para que envíe las riquezas á los hijos de los caciques de Tehuantepec.

Y al decir estas palabras, el Indio se alejó algunos pasos de Clara.

— ¡No se vaya muy lejos! — gritó éste pensando en los temibles vecinos que vagaban por allí.

— Le dejó mi carabina.

— ¡Bonito préstamo, caramba! — un tiro para cuatro tigres, murmuró el negro.

El Zapoteca avanzó lentamente hacia la orilla del río, subió sobre el tronco de un sauce que se inclinaba sobre las aguas; y de pie, los brazos extendidos hacia adelante, comenzó á cantar con extraña melodía una especie de invocación india cuyas palabras llegaban hasta el negro sin que pudiese comprender su significación.

Clara escuchaba con espanto de otra naturaleza la invocación á los dioses del paganismo zapoteca; y su miedo

se redobló cuando un rugido apenas perceptible, se dejó oír á lo lejos, cual si la voz de Satanás respondiese á su adorador. Se oyó, como había dicho el Indio, en dirección de la cascada. En medio de las sombras que la noche principiaba á extender, la coincidencia de las salvajes plegarias del pagano y de los lúgubres rugidos del tigre que parecían ser el acompañamiento infernal, debía ser, en realidad, espantosa para un hombre de la ignorante y supersticiosa raza de Clara. Creyó ver lucir ojos de fuego delante de él entre el monte salvaje; le pareció que la sombra indecisa de la Sirena de los cabellos torcidos se levantaba lentamente de la superficie de las aguas y voces misteriosas le pareció que se unían al lejano rumor de la cascada.

Un doble temblor cruzó por su piel negra desde los pies hasta la raíz de su cabello crespo.

— ¿Está Ud. listo? — dijo Costal reuniéndosele.

— ¿A qué?

— A acompañarme hasta el salto de agua y á invocar como le diré luego á la divinidad que se dejará ver.

— ¿Allá abajo, en la cascada donde los tigres están bramando? — dijo el negro asustado.

— El oro se consigue á este precio, replicó Costal.

— ¡Vamos! — exclamó el negro después de un momento de silencio; soy desde ahora, servidor del genio de los placeres de oro.

El Indio recogió su carabina y su sombrero; y Clara envolviéndose en la pieza de indiana hasta que le servía de manto, se puso tras los pasos de Costal, estrechándose á él y dividido entre el temor y la avaricia.

Ambos comenzaron á seguir el curso del río, en dirección al lugar en que tronaba la cascada.

A medida que avanzaban, las riberas se hacían más escarpadas y estrechas y los árboles de las orillas entrelazaban sus copas formando bóveda espesa y sombría. Las aguas, presas en su estrecho cauce erizado de rocas y cuyo desnivel se hacía más y más rápido, borbotaban en la superficie. De repente, el lecho falta; y el torrente

se precipita en catarata de ciento cincuenta pies de altura hasta el fondo del barranco profundo con tan terrible estrépito, que á su lado el ruido del Océano en furor que rompe sobre nuestras costas bravas las rocas de la orilla, no parece sino débil rumor.

Blanca y terrible como una avalancha, la catarata se despeñaba desde un arco de bóveda formado por las copas entrelazadas de dos *ahuehuétes* (1).

Sus ramas negras y flexibles, los enormes copos de *musgo español* que la brisa balanceaba en sus extremidades, las lianas suspendidas que á ellas se arrollaban en festones, rozaban de cuando en cuando la espumosa curva que describía la cascada. Entre una nube de vapor esos dos grandes árboles de barbas grises y flotantes, parecían los genios envejecidos en la guarda de las aguas.

Allí hicieron alto los dos compañeros. Aunque el último rugido del jaguar se oyó más ó menos de ese lado, el negro parecía más tranquilo que algunos momentos antes. El miedo á las bestias feroces y á los espíritus del otro mundo, se había evaporado frente á la avaricia.

— Ahora — dijo Costal — escuche con atención las instrucciones que voy á darle; pero ante todo, acuérdesse bien de que; si la Sirena de los cabellos torcidos se le aparece, si á su presencia Ud. siente un terror verdadero sucederse al estremecimiento que el hombre más bravo experimenta en presencia de un genio que se hace visible, estará Ud. perdido.

— ¡Bueno! — replicó el negro — el conocimiento de una mina de oro, vale bien la pena de hacerse torcer el pescuezo: hable que yo escucho.

Y al decir estas palabras, estaba el negro, al menos en apariencia, tan firme como el mismo Costal. El Indio y él se sentaron sobre uno de los bordes del hondo barranco á cuya sima el río recobra su apacible curso en medio de árboles frondosos y casi impenetrables á los rayos del sol.

(1) En indio, *ahuehuete* significa señor de las aguas.

Sin embargo, si ambos buscadores de aventuras no hubiesen estado tan absortos en su conversación, habrían visto lo que pasaba en el fondo del barranco, no obstante la tupida vegetación de árboles y lianas que lo cubrían y extendían la obscuridad. Casi á sus pies acababa de sentarse un hombre, en el lugar en que las aguas del río, no ha mucho tan furiosas, tranquilas ahora, acariciaban muellemente los largos tallos de las plantas acuáticas que bordaban la ribera y cuyas hojas largas y brillantes, se desenvolvían en forma de parasoles. Este hombre que parecía contemplar con curiosidad el espectáculo imponente de la cascada, no era otro que el capitán de los dragones de la reina que conocemos ya y á quien una singular casualidad parecía haber conducido hacia aquel lugar salvaje.

En consideración al papel que representa en este relato el oficial, debemos decir dos palabras, mientras Costal da sus instrucciones á Clara, acerca de cómo había llegado cerca de los dos compañeros.

Cuando el capitán de los dragones de la reina don Rafael Tres Villas, se separó del cándido estudiante de Teología que por un momento le tomara por devorador de carne humana, un Lestrigón, como le llamaba en el recuerdo clásico de su Odisea, no perdió el tiempo en buscar la explicación á las rarezas que había encontrado á lo largo del camino. Se lanzó rápidamente en su caballo á quien el instinto advertía la proximidad de la caballeriza y que respondió á la prisa del caballero.

Por desgracia, el oficial, aunque criollo, no había visto nunca esta parte del país inmenso que le vió nacer; y llegado á un punto en que el camino que seguía se bifurcaba en dos, aunque más ó menos en la misma dirección, vaciló sobre cuál de los dos debería de tomar.

La misma soledad reinaba á su alrededor; nadie había para sacarle de su incertidumbre; y falto de todo informe, optó por abandonarse al que escogiera su caballo.

Sin duda el animal tenía más sed que hambre; y después de haber olfateado el aire, sus narices aspiraron las

frescas emanaciones de un río lejano. Abandonadas las riendas al cuello, escogió el camino de la derecha.

Esta elección fué feliz para el estudiante que se había quedado en su hamaca, como pronto se verá; pero extravió al oficial.

En efecto: el camino de la izquierda le habría conducido á doblar una de las curvas del río, sin verse en la necesidad de atravesarlo, y habría seguido por el camino recto de la hacienda de « Las Palmas » á donde por más de un motivo, tenía prisa grande por llegar.

Después de algunos instantes, el ruido sordo de una caída de agua llegó á sus oídos; y al cabo de media hora de trote tan rápido como un corto galope de caza, el camino quedó bruscamente interrumpido delante inextricable arboleda, tras la cual rugía el agua con el estrépito de un trueno.

Ya el lector conoce este lugar; pero el viajero se hallaba completamente desorientado; y aunque algunos minutos de marcha le separasen apenas del lugar casi vadeable del río en que Costal mostrase á Clara las huellas de una familia de jaguares, tal era el espesor del bosque en las dos orillas, que no supuso que tan cerca se hallase el río.

Para vencer esta dificultad, de la que le era necesario salir, el oficial echó pie á tierra, amarró al caballo de la brida y ganó la cresta del torrente no sin pena.

No supo desde luego el viajero por qué lado abordar ese tenebroso laberinto, cuyo suelo tapizaba un espeso colchón de detritus amontonado durante largos años por la caída de las hojas y en el cual se hundía casi hasta las rodillas. Cansado de los inútiles esfuerzos que hacía por avanzar, iba ya á volver sobre sus pasos, cuando distinguió una especie de vereda formada por las aguas de las lluvias ó quizás por las bestias feroces y á ella se deslizó con la esperanza de encontrar al fin algún paso para él y para su caballo.

La pendiente era rápida; pero el suelo estaba firme y el oficial comenzó á descenderla. Las lianas que serpen-

teaban de árbol en árbol, aseguraban sus pasos, como las cuerdas que sirven de pasamanos en ciertas escaleras; ó bien cayendo desde lo alto de los árboles, semejaban los cordajes de los mástiles de un navío. Al fin pudo llegar al fondo del torrente.

Allí, lo hemos dicho ya, las aguas impetuosas de la cascada, tomaban otra vez su curso tranquilo y apacible.

Por más precisado que estuviese el dragón, la vista de esta magnífica catarata, una de las más pintorescas é imponentes que se pueden hallar en América, le arrancó un grito de sorpresa y de admiración.

Sentóse sobre uno de los fragmentos de roca alrededor de los cuales las aguas murmuraban alegremente para contemplar un instante, más á sus anchas, la masa espumosa que se precipitaba delante de él; pero las espesas nubes de moscos sedientos de sangre, no tardaron en turbar su contemplación.

Iba ya á huir el oficial para evitarse sus dolorosas picaduras, cuando un espectáculo imprevisto cautivó su atención y le hizo quedarse en su lugar.

Entre las olas de vapor que lanzaba la cascada, no aparecían sino vagamente las copas de los dos ahuehetes que le hacían corona. Sobre el tronco inclinado de uno de ellos, creyó percibir algo como la máscara de bronce florentino de una figura india.

A esta aparición siguió casi inmediatamente una segunda: sobre la horquilla formada por dos gruesas ramas del otro cedro, un segundo rostro dejóse ver. Era negro como la noche.

Eran sin duda, un negro y un Indio que surgían de repente ante sus ojos.

¿Por qué singular casualidad se hallaban reunidos los tres principales tipos de la raza humana en aquellos lugares desiertos? Don Rafael se explicaba bien la presencia suya; pero imposible explicarse la de los otros.

Bien pronto aparecieron los cuerpos del Indio y del negro.

La audacia de estos dos hombres era espantosa. Ya

separados, ya juntos avanzaban por encima de la mugiente cascada, se suspendían de las ramas de los cedros y mojaban los pies en la espuma ó se inclinaban sobre el manto de agua con tal atrevimiento que causaba al oficial una especie de vértigo. Con la mirada fija en las furiosas aguas, aquellos dos extraños personajes no veían á don Rafael. Este creía que algo invisible debía atraer su vista; y de buen grado se habría imaginado que era alguna ninfa de las aguas cuya conquista intentaba el negro, á juzgar, al menos por la pretenciosa expresión de sus gestos y de su fisonomía. Su enorme boca, abriéndose hasta las orejas con grotesca coquetería, dejaba ver la doble hilera de sus dientes, cuya blancura contrastaba con el ébano de su rostro. Alargaba la cara negra cuanto podía sobre el manto de la cascada, cual si el objeto que quería coger, hubiese estado oculto bajo la espumosa bóveda.

Por su parte el Indio se entregaba, pero con más dignidad, á las mismas muecas y á las mismas actitudes que el negro, seguramente con un fin parecido. Con toda su alma habría querido el oficial ver la cascada en toda su grandeza, mas no veía sino la blanca masa de su espuma.

De repente el Zapoteca, suspendiéndose con una mano en el abismo, hizo señal á su compañero de cesar las contorsiones; y el negro entonces dejó ver su rostro inmóvil y serio.

El Indio extendió un brazo hacia adelante y principió una especie de solemne y mágica invocación acompañada de cantos perdidos entre el estrépito de las aguas. El oficial veía en efecto con toda claridad, por el juego de los músculos de la boca del Indio que cantaba á pleno pulmón.

Costaba mucho á la curiosidad de don Rafael interrumpir esta extraña escena; pero el deseo de saber al fin en dónde se hallaba y qué camino debía seguir, le decidió á gritar con todas sus fuerzas para llamar la atención de los dos hombres. Pero cualquiera que hubiese

sido la potencia de sus pulmones, el ruido ensordecedor de la cascada le impidió hacerse oír. Entonces resolvió llegar al punto en que el negro y el Indio se le aparecieron y regresó por el camino por el cual había llegado.

Don Rafael subió penosamente hasta el arco formado por los dos cedros encima de la catarata; pero ya los dos personajes habían desaparecido. Subió con mucho tiento sobre uno de los dos grandes árboles; y miró atentamente la cascada, esperando descubrir algo que justificase las maniobras del negro y del Indio. No distinguió sino lo que ya había visto: la sabana de espuma y largos hilos de agua que serpenteaban en las ranuras de la roca para ir á confundirse con la masa común.

Sin embargo, los lugares que el oficial acababa de dejar no eran desiertos á juzgar por una ondulación bien marcada en medio de la selva espesa del barranco. El follaje agitado en una línea tortuosa, demostraba que, como lo había hecho él, alguien se apoyaba en los troncos de los árboles para bajar, pero en el lado opuesto al que él había ocupado.

El sol bajaba sensiblemente; sus últimos reflejos acababan de extinguirse en el espumoso manto de la catarata; y á pesar del tinte crepuscular que súbitamente invadió el fondo del torrente, el dragón reconoció desde luego, en los dos hombres que salieron de repente de la espesura del bosque, al negro y á su compañero.

El aire de estos dos individuos era grave y aun solemne; el del negro sobre todo, no parecía exento de un secreto espanto.

— ¡Llévese el diablo á estos pillos que parecen huir cuando yo me acerco! — exclamó el oficial.

A un gesto de su compañero, el negro colocó sobre la plataforma de uno de los peñascos desmoronados sobre el lecho del río, un montón de ramas secas recogidas en una de las orillas y le pegaron fuego.

Bien pronto un brillante resplandor empurpuró el agua que corría alrededor de las peñas; y lanzó reflejos

rojizos de que se tiñó también la blanca espuma de la catarata.

Mientras el negro quedó inmóvil contemplando los fulgores de la hoguera que centelleaba sobre el agua, el zapoteca se quitó el sombrero de junco, desató las trenzas de su cabellera y se despojó de la especie de saya que cubría su pecho y sus hombros. Olas de cabellos negros como el ala del cuervo de que pretendía esperar la longevidad, se extendieron sobre su cuerpo musculoso y bronceado y velaron en parte su busto.

El oficial vió entonces por la primera vez, que el Indio soplaba en una concha marina cuyos sonidos roncós y bruscos imitaban los que el jaguar exhala cuando tiene hambre ó sed.

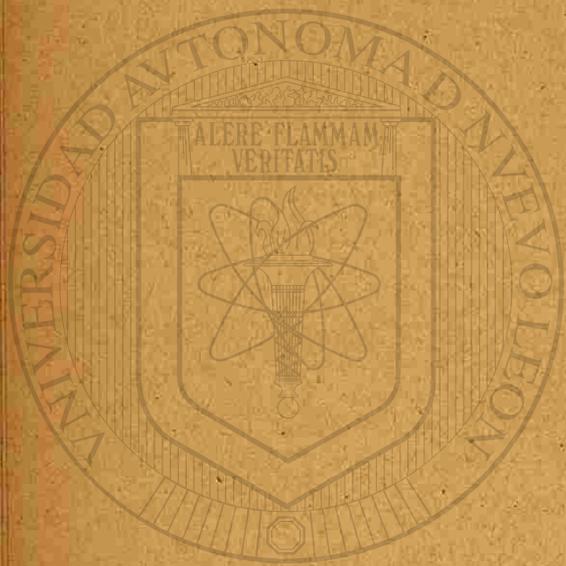
Cuando creyó haber despertado lo suficiente al espíritu de la catarata, cuya respuesta dijérase transmitida por la voz de los ecos que repetían esta lúgubre y estrepitosa armonía, el Indio colocó su concha en bandolera y comenzó alrededor de la roca en que ardía la hoguera, una especie de danza salvaje, entre las aguas bajas del río que sus piernas golpeaban con fuerza.

La escena se hacía más extraña á medida que la obscuridad crepuscular se tornaba más densa. El Indio se agitaba frenéticamente, mientras que el negro estaba inmóvil como una estatua. Extrañas tintas reflejaban sobre ellos los resplandores de la hoguera. La catarata parecía lanzar olas de fuego. Era una escena salvaje é imponente al mismo tiempo.

— ¡Vive Dios! — se dijo el oficial: querría saber en honor de qué divinidad pagana se entregan á tales extravagancias estos dos salvajes; pero tengo más deseo de rogarles que me pongan en buen camino.

Entonces, para suplir la voz, amortiguada por el ruido de la catarata, don Rafael juntó varios puñados de piedrecillas que arrojó á los lados de los dos compañeros. El medio fué sin duda eficaz pues de repente el Indio barrió de un revés los sarmientos inflamados de la hoguera que súbitamente se extinguió entre el agua. Todo

se hizo obscuro en el fondo del torrente; el negro y el Indio (en los cuales se había reconocido á Costal y á Clara) desaparecieron entre las tinieblas en medio de las cuales rugía siempre la cascada.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

CAPÍTULO IV

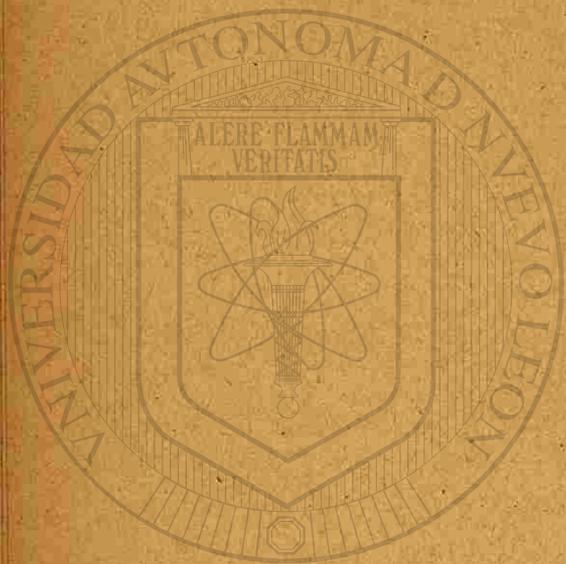
LA INUNDACIÓN

Mientras que los dos compañeros, el Indio y el negro, realizaban las extrañas ceremonias que someramente hemos descrito, tal como las veía el capitán de los dragones de la reina, la luna se levantaba radiosa como sucede siempre en estos hermosos climas.

Acababa de ver don Rafael por propia experiencia que un hombre ágil no podía emplear menos de un cuarto de hora en ascender, á través de la espesa vegetación que los obstruía, los flancos del barranco en el fondo del cual se sucedieron las extrañas escenas de que la casualidad le hiciera testigo. Había también notado que los dos actores que en aquéllas tomaron participación, se mantenían en la ribera opuesta á la que él ocupaba.

Aunque, gracias al descubrimiento del río, le fuese más fácil, atravesándole en algún lugar vadeable, ponerse más ó menos en su camino y que, en rigor, pudiera pasarse sin informes, no por eso trató menos de obtenerlos de aquellos dos personajes: resolvió, pues, aprovechar el tiempo que gastaban en remontar, para buscar su caballo, pasar á nado el río si era preciso y esperarlos cerca de la cascada donde él suponía que regresarían. La luna iluminaba espléndidamente el río y

se hizo obscuro en el fondo del torrente; el negro y el Indio (en los cuales se había reconocido á Costal y á Clara) desaparecieron entre las tinieblas en medio de las cuales rugía siempre la cascada.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

CAPÍTULO IV

LA INUNDACIÓN

Mientras que los dos compañeros, el Indio y el negro, realizaban las extrañas ceremonias que someramente hemos descrito, tal como las veía el capitán de los dragones de la reina, la luna se levantaba radiosa como sucede siempre en estos hermosos climas.

Acababa de ver don Rafael por propia experiencia que un hombre ágil no podía emplear menos de un cuarto de hora en ascender, á través de la espesa vegetación que los obstruía, los flancos del barranco en el fondo del cual se sucedieron las extrañas escenas de que la casualidad le hiciera testigo. Había también notado que los dos actores que en aquéllas tomaron participación, se mantenían en la ribera opuesta á la que él ocupaba.

Aunque, gracias al descubrimiento del río, le fuese más fácil, atravesándole en algún lugar vadeable, ponerse más ó menos en su camino y que, en rigor, pudiera pasarse sin informes, no por eso trató menos de obtenerlos de aquellos dos personajes: resolvió, pues, aprovechar el tiempo que gastaban en remontar, para buscar su caballo, pasar á nado el río si era preciso y esperarlos cerca de la cascada donde él suponía que regresarían. La luna iluminaba espléndidamente el río y

sus riberas; la bravía selva era impenetrable solamente en la cresta y en los flancos del torrente. El oficial esperaba hallar un paso más fácil dando una ligera vuelta y sin pérdida de tiempo puso en ejecución su propósito.

Las cosas pasaron como lo había imaginado; y menos de diez minutos después, se hallaba de vuelta con el caballo al cual tiraba de las bridas, buscando en la orilla un lugar por el que fuese fácil descender á su cabalgadura y atravesar el agua.

En el intervalo y á través del murmullo de la cascada de que se alejaba, creyó oír una especie de grito fúnebre, resonar del lado del río á que tenía intención de llegar. Esta voz ronca que no podía confundir con los gáñidos de los chacales que tantas veces en el curso de sus viajes habían golpeado sus oídos, se parecía, por cierta entonación cavernosa, á los mugidos del toro, haciéndole sufrir una vaga sensación de malestar: era aquella la primera vez que oía semejantes notas fúnebres; y sin darse cuenta de qué especie de peligro, sentía instintivamente que algún peligro le amenazaba. Su caballo parecía participar de las mismas aprensiones, á juzgar por el temblor de sus narices.

Para hallarse listo á todo acontecimiento, don Rafael desató las correas del mosquetón suspendido de los arzones y continuó su marcha. No tardó en encontrar una pendiente suave, tal como la deseaba. Entonces, sin inquietarle si el río era profundo ó no, saltó á la silla y lanzó su caballo que, mitad andando y mitad á nado, atravesó hasta la otra orilla, mientras que el caballero, con las rodillas recogidas, ponía el mosquete por encima de su cabeza para evitar que se mojase.

Decidido á acechar durante algún tiempo la presencia de los dos únicos seres vivientes que encontrara en aquellas soledades desde su separación del estudiante, el dragón volvió á bajar la corriente de agua lo mejor que pudo.

Ya allí, para mayor seguridad de hallar á los que buscaba, golpeó su eslabón, encendió un cigarro y luego in-

móvil como una estatua ecuestre entre dos de los árboles que inclinaban sus ramas sobre el río, esperó la llegada del negro y del Indio.

La luna dejaba caer sobre las rocas, por entre la selva espesa, sus blancos resplandores que argentaban la superficie de las aguas y el espumoso arco de la cascada. Aquellos fulgores, quebrados por la red apretada del ramaje, daban aspecto misterioso á la soledad llena sólo por el ruido de trueno de la cascada; y por instantes, el recuerdo de las extrañas escenas que sus ojos acababan de contemplar en el fondo del barranco, mezclado á los acentos ignorados por su oído y de que aún le parecía oír la lúgubre resonancia, hacía sufrir al oficial, involuntarios estremecimientos. A veces también sentía el dragón que su caballo temblaba; y así no podía menos de creer que acababa de asistir á alguna evocación del príncipe de las tinieblas del cual serían la voz aquellas notas fúnebres.

Don Rafael era criollo; y por consiguiente educado en la ignorancia y en la superstición. Se acordaba de haber oído decir que en presencia de los espíritus del otro mundo, los animales experimentaban un temblor, parecido al que acababa de notar en su caballo. Pero don Rafael era quizás de esos corazones fuertes de que hablaba el Indio, á quienes el temor puede visitar sin dominarlos jamás; y se quedó en el lugar que había escogido, sin dar á conocer sus aprensiones sino por las precipitadas aspiraciones de sus labios contra el cigarro, cuya brasa brillaba en las tinieblas.

Durante ese tiempo, el Indio y el negro, turbados en sus invocaciones al genio de la cascada, remontaban la escarpada cuesta del torrente abriéndose penosamente el camino á través de la vegetación que lo obstruía.

El Indio exhaló su despecho en amenazas contra el intruso cuya presencia impidió sin duda la aparición del espíritu que invocaba; Clara juraba también; pero en el fondo de su corazón estaba menos contrariado de lo que parecía.

— Así pues, ¿sólo en los momentos en que se levanta la luna nueva, aparece la Sirena de los cabellos torcidos? — dijo el negro pegándose á los talones de su compañero.

— Sin duda — respondió Costal — no hay más que un instante que hay que apresurarse á aprovechar; pero si por allí se encuentra algún profano, y por profano entiendo un blanco, el espíritu rehúsa mostrarse.

— ¿Tendrá quizás miedo á la Inquisición? replicó el negro.

Costal se encogió de hombros.

— Ud. es un tonto, amigo Clara. ¿Cómo diablos quiere que el espíritu de las aguas tenga miedo de los monjes de larga túnica? Serían ellos los que temblarían en su presencia y se postrarían, la cara en tierra.

— ¡Diantre! si el espíritu tiene miedo á un solo blanco y por su causa no se atreve á mostrarse, con mayor razón tendrá miedo de una turba de monjes que, preciso es confesar, son horrorosamente feos.

— ¡Que un rayo parta en dos al infiel que frustró el efecto de mis conjuraciones! — exclamó el Indio con tanta mayor cólera cuanto que se sentía derrotado por los razonamientos del negro; algunos minutos más, y el genio de las aguas se habría mostrado ante nuestros ojos.

— Ud. hizo mal en precipitarse á apagar el fuego, amigo Costal.

— Quise ocultar á la vista de los profanos el misterio que iba á realizarse. Sabía que el genio de la cascada ya no se haría visible.

— ¿De modo que Ud. persiste en creer que alguien nos ha visto?

— Estoy seguro.

— ¿Y que de él provinieron las piedras que se nos lanzaron?

— Ciertamente.

— ¡Pues bien; á fe de negro! ¡Yo creo otra cosa!

— ¿Qué cree Ud.? — preguntó el Indio apoyándose en el tronco de un zumaque para tomar aliento.

— Pienso, respondió Clara imitando á su compañero, que un poco más de paciencia de parte de Ud. habría dado éxito al negocio. Apostaría — agregó con profundo aire de convicción — que en los momentos en que el manto de agua de la cascada lanzaba una lluvia de brillantes fulgores hasta los troncos de los dos ahuehuetes que la coronan, vi aparecer por en medio de ella algo como una diadema de oro chispeante. Ahora, yo pregunto, ¿quién puede llevar una diadema de oro en el corazón de estos bosques, si no es el espíritu de las aguas?

— Ud. se equivoca, Clara; eso no es posible.

— Estoy seguro de que he visto lo que digo; y pienso también que lo que Ud. tomó por piedras, eran sin duda algunas pepitas de oro que nos lanzaba la Sirena de los cabellos torcidos.

— ¡Y Ud. me permitió dejar el fondo del barranco sin oponerse! — exclamó vivamente el Indio conmovido por las palabras del negro.

— Hemos gastado nuestro último pedazo de mecha; no podemos pues, encender otra vez el fuego.

— Habríamos buscado á tientas.

— Sí, replicó el negro con ironía; ¡es cosa fácil de distinguir en la obscuridad de todos los diablos que reina en el fondo de la cañada, un pedazo de oro como una piedrecilla!

— Por el peso, era fácil.

— Sin contar — replicó Clara dejando ver esta vez lo íntimo de su pensamiento — que buscando nuestros pedacitos de oro, corríamos el riesgo de encontrarnos con esos pícaros tigres que buscarían por su parte bocados de búfalo y que se habrían encantado de hallarnos en su camino.

— ¿Quién se cuida de los jaguares? — dijo el tigrero con desdén.

— ¡Yo, caramba! — respondió Clara.

— Quien se atreve á enfrentarse con el espíritu de las aguas ¿tiene miedo de dos jaguares vagabundos?

— Si se corre el riesgo de ser estrangulado, contestó el negro — se tiene por lo menos la fortuna de obtener la revelación de un tesoro; y esto ya es una compensación. Pero con los tigres no hay ninguna. Si lo he dejado partir, fué porque reflexioné que tendríamos tiempo de volver mañana á la salida del sol á comenzar de nuevo nuestras investigaciones.

El Indio no respondió nada; y tomó otra vez el camino. El negro, un poco tranquilizado, le seguía siempre como su sombra. De repente se detuvo y exclamó golpeándose la frente:

— Mañana temprano ya no será tiempo; y aun, agregado con aire de alarma, haríamos bien en dejar estos desfiladeros cuanto antes.

— ¿Y por qué? — preguntó vivamente el negro asustado por la inquietud que revelaba el tono de Costal que parecía no espantarse de nada.

— Hoy es luna nueva; y se me había olvidado que en esta estación se crecen siempre los ríos del Estado, se unen é inundan año con año la campiña. Ud. sabe que la inundación llega como el rayo. ¿No oye Ud. ya á lo lejos sus rumores sordos?

— No oigo, á Dios gracias, sino los de la catarata que nos obligan á los dos á gritar para oírnos; pero apresurémonos.

— ¡Oh! — continuó Costal — una vez fuera de esta cañada, no tenemos gran cosa que temer; la copa de un árbol nos daría abrigo si la inundación viniera á sorprendernos.

— ¡Muy bien! ¿Pero aquí?

— Aquí, estaríamos perdidos.

Los dos aventureros subieron en silencio la cuesta escarpada con doble celeridad por el temor de un peligro al cual nada les hubiera podido sustraer, ya en el fondo, ya en los flancos del barranco en donde el torrente habría de hundirse como en un canal con una violencia imposible de resistir por ninguna fuerza humana.

Ayudándose con los pies y con las manos para facilitar

la ascensión, Costal exhalaba su cólera contra el infiel que había hecho abortar sus esperanzas, mientras que el negro grababa en su memoria como uno de los días más nefastos de su vida, aquel en que se había visto obligado á afrontarse á los jaguares, á los espíritus del otro mundo y á los riesgos de la inundación. Bien pronto el Indio llegó hasta la cresta del talud; y Clara exhaló un suspiro de alivio al poner pie, á su vez, en la cima del inmenso y profundo barranco.

De repente agarró los brazos de Costal con un temblor nervioso; y con el dedo le señaló un objeto que le parecía extraño.

Era algo negro, inmóvil en medio de los árboles que bordaban la ribera y por encima de la cual un vivo fulgor que brilló un instante para extinguirse en el acto, acababa de mostrarle la misma diadema que le había sorprendido ya.

— ¡La diadema del espíritu! — dijo aproximando sus labios al oído del Indio para que el ruido de la cascada no apagase su voz.

Costal miró en la dirección indicada por el negro; y al súbito fulgor que iluminó de nuevo, vió brillar en efecto algo como un círculo de oro en medio de las tinieblas.

No tardaron mucho el negro y el Indio en saber á qué atenerse respecto á esta aparición inesperada. A un movimiento del caballo del dragón, un rayo de luna cayó sobre el caballero cuyo busto se destacó de repente con toda claridad.

Un largo galón de oro que, según la moda mexicana, rodeaba las anchas alas de su sombrero de vicuña, había causado, al iluminarse con los reflejos sucesivos del cigarro, la equivocación de Clara.

— Cuando decía — exclamó Costal — que un blanco infiel había impedido al espíritu mostrarse, ¿me equivocaba acaso?

— Es verdad — respondió el negro muy confuso por la equivocación que quizás había desvanecido su reciente

creencia en el espíritu de las aguas, sin la excusa alegada por el Indio para justificar la falta de éxito.

— Sin duda es un oficial — replicó el Indio en vista de la apariencia militar de don Rafael, quien con el mosquetón en una mano y las riendas y el cigarro en la otra, continuaba inmóvil sin cuidarse de la curiosidad de que era blanco.

Pero ya el dragón principiaba á encontrar largo el tiempo, y un juramento atestiguó su impaciencia, cuando una voz, bastante fuerte para hacerse oír á pesar del ruido de la cascada, un poco amortiguada sin embargo por la brisa, llegó á sus oídos arrancándole un gesto de sorpresa.

— ¿Quién va? — gritó la voz en tono amenazante.

— Diga: ¿quién está allí? — respondió don Rafael sintiéndose con todo su valor delante de seres humanos, aunque fuesen enemigos.

Al mismo tiempo aparecieron dos hombres en los cuales el dragón reconoció á los que él llamaba sus salvajes.

— Al fin, me siento feliz de poder hablarles, mis amigos — dijo con una desenvoltura enteramente militar y haciendo ejecutar á su caballo un movimiento brusco que le puso cara á cara de los dos desconocidos que desembocaban tras él sobre la orilla alta del río.

— Tal vez no lo somos — contestó Costal con tono brusco y pasando, no sin ostentación, su carabina de un hombro al otro.

— ¡Vive Dios! me desconsolaría — replicó el dragón enseñando una franca sonrisa que vagó bajo sus espesos bigotes — porque no soy egoísta y no gusto de estar contento cuando me hallo sólo.

Y al decir estas palabras con un tono de buen humor que impresionó al Indio, don Rafael envolvía las correas de su mosquetón como una arma inútil, á pesar de la actitud casi hostil de sus dos interlocutores.

— Tal vez — agregó registrándose la bolsa del chaleco — me guardan ustedes rencor por las piedras que les

tiré en el fondo del barranco, en donde estaban Udes. muy ocupados en cosas que no me importan; pero Udes. perdonarán á un viajero extraviado cuya voz apagaba la cascada y que no hallaba cómo llamarles la atención. Además, Udes. harán justicia á la delicadeza y á la atención con que he puesto empeño en esperarlos.

Apenas concluyó esta apología, el dragón sacó de su bolsa un peso y se lo ofreció al Indio.

— Gracias — dijo éste mientras que Clara cogía la pieza que no brilló sino un instante á los rayos de la luna; ¿adónde va Ud.?

— A la hacienda de « Las Palmas ». ¿ Estoy muy lejos ?

— Eso, según el camino que Ud. quiera tomar.

— Quiero el más corto: estoy preciso.

— El camino que lo conducirá á Ud. con mayor seguridad, es decir sin temor de perderse, es el que Ud. hallará remontando el curso del río, dijo Costal que á pesar de su rencor contra el oficial, no se atrevía á dar falsos informes á un viajero que iba hacia la hacienda en que servía. Ese camino corta una de las vueltas del río; ahora si Ud. quiere ir más recto...

Uno de esos acentos roncós y bruscos que durante aquella tarde habían ya asombrado al oficial, llegó á interrumpir los informes que daba el Indio.

— ¿Qué es eso? — preguntó el oficial.

— Es la voz del jaguar que busca su presa — contestó Costal.

— ¡Ah! dijo el dragón; temía... que fuese otra cosa. Ya he oído con frecuencia estos rugidos.

— El camino más corto es por allí — continuó Costal indicando con el cañón de su carabina el punto del horizonte de donde partían los bramidos del tigre.

— ¿Ud. dice que ése es el más corto?

— Sí.

— ¡Muy bien! Gracias. Lo tomo.

Y diciendo estas palabras, tiró de las riendas de su caballo con la mano izquierda disponiéndose á seguir la dirección indicada, cuando el Indio le detuvo.

— Oiga, señor caballero, dijo con más amabilidad de la que hasta allí había demostrado, no siempre basta ser valiente, como Ud. lo parece, para escapar de toda clase de peligros; es necesario estar advertido de los que se pueden correr.

Don Rafael Tres Villas contuvo su caballo.

— Hable, amigo mío — le dijo — ya le escucho y le doy las gracias desde luego.

— Ante todo — continuó Costal — para llegar de aquí á la hacienda de las Palmas sin extraviarse y sobre todo sin entretenerse en dar vueltas, tenga Ud. cuidado de tener siempre la luna á la izquierda, de modo que su sombra se proyecte á su derecha un poco oblicua, exactamente como Ud. está en este instante. Ahora, no se detenga Ud. por nada del mundo antes de hallarse en la casa de don Mariano Silva. Si acaso encuentra un barranco, un foso ó un cerro, atraviéselo en línea recta sin tratar de rodearlo.

Había tanta precisión y tanta solemnidad en las recomendaciones y en la voz del Indio, que el dragón se sorprendió.

— ¿Cuál es, pues, el espantoso peligro que me amenaza? — preguntó en tono de chanza.

— Un peligro ante el cual el de todos los tigres que puedan aullar ó rugir en estas llanuras, no es sino un juego de niños: la inundación que antes de una hora quizás, las cubrirá de olas mugientes, y hará de estos llanos un mar furioso en el cual rodarán en confusión los mismos tigres, á pesar de su agilidad, á menos que encuentren un árbol en que salvarse. El arriero y sus mulas lo mismo que el pastor y sus rebaños serán igualmente tragados si no se han asilado en la hacienda á donde Ud. va.

— Tendré muy presentes sus recomendaciones — dijo el oficial que se acordó del estudiante abandonado á dos leguas de allí, historia que contó al Indio en pocas palabras.

— Está Ud. tranquilo, mañana le llevaremos á la ha-

cienda, si es que vive aún. Piense sólo en Ud. y en los que podrían llorar su muerte. En cuanto á los jaguares, no se inquiete: si su caballo se asusta y no quiere caminar en línea recta, grítele; si los jaguares lo sitian muy de cerca, hábleles también: la voz humana ha sido hecha para infundir respeto en todos los animales, aun los más feroces. Los blancos no saben eso porque no es su oficio combatirlos como el del hombre rojo ó el del hombre negro; y yo podría citarle una de mis aventuras de esta clase con un jaguar...; Ah!; Bah!; Se fué!

El Indio se detuvo porque en efecto, Tres Villas ya no le oía; preocupado de escapar á la inundación, saltaba ya por la sabana iluminada por la luna en dirección á la hacienda y lejos de Costal.

— Es bravo y franco — dijo éste — sería lástima que le sucediera algo. Es sensible que se haya visto obligado á interrumpirnos: es un contratiempo y ya está; en su lugar, habría hecho yo lo mismo. No se ha perdido todo, por lo demás; y podremos...

— ¡Hum! — interrumpió Clara. — Me parece que son ya bastantes aventuras para un día; mientras que esté en la vecindad de los tigres...

— ¡Quita allá, Clara!; Ud. debía tener vergüenza! Mire á este valiente joven que jamás ha visto un tigre en su vida; y que se preocupa tanto de ellos como de una manada de ratas de los campos.

— ¡Sea!; ¡Y bien!; ¿qué podríamos hacer aún? — respondió Clara en tono bastante mal humorado.

— El espíritu de las aguas — replicó el Indio, no se digna mostrarse solamente entre la espuma de las grandes cataratas. También se aparece á veces á los que lo invocan á los sonidos de la concha marina entre las olas amarillentas de la inundación y en el henchido lecho de los torrentes; mañana lo buscaremos.

— ¿Y ese joven que nos ha recomendado el viajero?

— Iremos á su lado, replicó Costal; y esperando llevaremos en un instante la piragua á la cumbre del « Cerro de la Mesa », en donde pasaremos tranquilamente la

noche, al abrigo de los tigres y de la inundación.

— Eso será magnífico, porque tengo mucho sueño — dijo el negro enteramente serenado por la perspectiva de una noche de reposo.

Mientras tanto, don Rafael galopaba en dirección de la hacienda de « Las Palmas ».

Durante la primera media hora de camino, estaba la llanura tan apacible bajo los rayos de la luna, las palmeras se balanceaban con tanta suavidad bajo el cielo tachonado de estrellas, en tanto que la brisa llevaba los penetrantes perfumes de los guayabos, que bien pudo creer que el Indio había querido burlarse de su credulidad. Así pues, moderó el paso de su caballo casi involuntariamente, dejándose llevar por ese delicioso sueño que suscita el encanto de una de esas hermosas noches tropicales en que se siente la alegría de vivir al abandonar el oído á las nocturnas armonías que se envían cielo y tierra, como himnos que cantan por turno.

Mas de repente se acordó el viajero de las cabañas abandonadas á lo largo del camino, de las embarcaciones suspendidas de las copas de los árboles como último medio de ponerse á salvo contra la sorpresa de una súbita inundación. Entonces su éxtasis se evaporó y aceleró de nuevo la marcha de su cabalgadura.

Una segunda media hora transecurrió; y como por encanto las cigarras cesaron sus canciones bajo la hierba, la llanura entera pareció sumirse en el silencio; y á la brisa émbalsamada, rítmica como la respiración de la naturaleza dormida bajo el manto estrellado de la noche, sucedió otra brisa impregnada de olores pantanosos, brusca, jadeante como el soplo del terror.

Este sombrío silencio fué de corta duración: bien pronto el viajero creyó oír rumorar aún el ruido lejano y sordo de la catarata que acababa de dejar. Solamente que le parecía que aquel murmullo alejado, había cambiado de lugar: no provenía de atrás: lo oía hacia el horizonte al cual se dirigía.

Creyendo haber equivocado el camino, quiso regresar;

pero la luna á su izquierda y su sombra y la de su caballo á la derecha, le indicaron que iba en buena vía. Entonces su corazón latió más rápidamente, porque, á creer al Indio, un peligro se acercaba, un peligro contra el cual ni su mosquete ni su espada de fino temple ni aquel corazón fuerte que el oficial ponía al servicio de su brazo vigoroso, le serían de alguna utilidad. Las nerviosas piernas de su caballo eran su única defensa, la tabla última de salvación.

Felizmente el largo camino no había agotado las fuerzas del animal que, por su parte, alargaba las orejas y aspiraba con sus narices enormemente abiertas, el viento húmedo que las aguas enviaban como un mensajero precursor.

Aquello habría de ser una lucha entre el caballero y la inundación, acerca de quién de los dos ganaría primero la hacienda de « Las Palmas ».

El oficial aflojó la brida, las moletas sonoras de sus espuelas de hierro, resonaron contra los flancos de su caballo: la lucha de velocidad comenzaba. La sabana parecía correr como rápida corriente bajo las piernas del dragón. A su derecha y á su izquierda se hubiese creído ver la huida de los zarzales y de las palmeras de la selva.

La inundación marchaba del este hacia el oeste. El caballero corría del oeste hacia el este y la rapidez de sus carreras opuestas debía reunirlos muy prontamente: ¿pero en qué lugar?

La distancia entre ambos disminuía de segundo en segundo. El ruido, sordo y vago en un principio, se aproximaba más y más y parecíase al de una tempestad que, después de tronar en el horizonte, viene ya para estallar á rugir por encima de nuestras cabezas. La llanura y las palmeras, seguían huyendo al galope del caballo, sin que el campanario de la hacienda se dibujase por encima de la recta línea que limitaba su vista. Sin embargo, aún no aparecía la amenazadora masa de las aguas.

El caballo no aflojaba el paso; pero sus ijares se in-

chaban, estaba jadeante y el aire que hendía con tanta rapidez, se arremolinaba penosamente en sus narices. Algunos segundos más, y ese mismo aire faltaría á sus pulmones. El dragón se detuvo un instante : la respiración de su caballo parecía obstruida y el ruido ronco de su aliento acompañaba lúgubramente al rugido á cada instante más terrible de las aguas que avanzaban.

Don Rafael escuchó esta triste armonía casi desesperando de salvarse, cuando le pareció oír, á lo lejos, el sonido precipitado de una campana. Sin duda era la de la hacienda que daba en los campos el aviso supremo del peligro.

El oficial se acordó de estas palabras del Indio : « No piense sino en aquellos que podrían llorar su muerte. » Había allá, en la hacienda donde le esperaban, alguien que hubiese debido llorarle más amargamente que los otros! A este recuerdo, el viajero se alzó contra la suerte que le amenazaba y resolvióse á hacer el último esfuerzo para escapar.

Sin embargo, para intentarlo con alguna probabilidad de éxito, era indispensable dar á su caballo algunos segundos de descanso; y el oficial había conservado, á pesar del peligro que corría, toda su sangre fría para reconocer esta imperiosa necesidad. Echó pie á tierra y alojó algo la cincha de la silla para dar mayor libertad á la respiración jadeante del caballo.

Contaba con angustia los minutos que transcurrían, cuando el eco le llevó el ruido de los pasos de otro caballero que seguía el mismo camino y que corría el mismo riesgo. Volvióse inmediatamente; un hombre, montado en vigoroso alazán quemado, parecía devorar el espacio. En un abrir y cerrar de ojos llegó aquel caballero junto á él; y conteniendo bruscamente la fogosidad de la carrera:

— ¿Qué hace Ud.? — le dijo. — ¿No oye Ud. la campana de alarma? ¿No sabe Ud. que el torrente va á invadir el llano?

— Lo sé — respondió el oficial — pero ya el aliento falta á mi caballo: y espero...

El desconocido echó una rápida mirada sobre el bayo retinto de don Rafael; y se lanzó de su silla á tierra.

— Tenga mi caballo, dijo al oficial tirándole las bridas; y luego, aproximándose al del dragón, apoyó la mano sobre el pecho del animal para apreciar las pulsaciones.

— ¡Bien! agregó — como un médico satisfecho del pulso de su enfermo.

Entonces recogió un guijarro del tamaño de un puño y se puso á friccionar vigorosamente el pecho y las piernas humentes del caballo de don Rafael.

Este mientras tanto, examinaba curiosamente al desconocido, bastante descuidado de su propia vida para ocuparse con tanta solicitud y generosidad en prestar auxilios al caballo de un viajero que le era totalmente extraño. El recién llegado vestía al estilo de los muleteros: un humilde sombrero de fieltro groserísimo, una especie de casacón de lana grisácea de rayas negras por encima del cual se suspendía un pequeño mandil de cuero grueso, calzoneras flotantes de tela y zapatos de piel de cabra en sus desnudos pies, es decir, sin calcetines. Era de pequeña talla; su color moreno nada quitaba á la dulzura de su fisonomía; y á pesar de la terrible solemnidad del momento, una calma profunda brillaba en su frente.

Don Rafael le miraba hacer sin interrumpirle pero con inmensa gratitud. Cuando el muletero creyó haber friccionado suficientemente al caballo para darle momentánea flexibilidad:

— El animal está listo — dijo — aún no está cansado porque no se le siente ninguna pulsación en la cruz, aunque las narices y los ijares tengan un movimiento simultáneo. Sólo se trata de abrir á su respiración una vía más grande. Venga á ayudarme en lo que le voy á decir y marchémonos porque el ruido siniestro ruge allá abajo y la campana de alarma suena á toques redoblados.

Era demasiado cierto; y la brisa llevaba con rumores extraños, el tintineo precipitado de la campana, fúnebres

señales de agonía para anunciar á cuantos erraban por los campos, que se salvarsen mientras fuese tiempo.

— Tápele los ojos al caballo con su pañuelo — continuó el muletero.

Y mientras que el dragón se apresuraba á obedecer, sacó del bolsillo de su mandil de cuero una cuerda que envolvió fuertemente alrededor de la nariz del animal por encima de las ventanillas.

— Coja Ud. esta cuerda con todas sus fuerzas — dijo á don Rafael.

En seguida el muletero desenvainó un cuchillo afilado con el cual hirió el tabique transparente de las narices del caballo.

La sangre saltó; el animal, á pesar de los esfuerzos de su dueño para mantenerle quieto, se encabritó quedándose con el cuchillo ensartado en la herida y cayó otra vez sobre sus pies. Apenas sus cascos tocaron la tierra cuando el muletero cogiendo la punta sangrienta del cuchillo, tiró de él violentamente por la hoja arrastrando el mango tras ella. Pareció que el aire se abismaba en las narices del caballo por la ancha abertura que acababa de hacerse.

— Ahora — dijo — su caballo podrá correr por lo menos tanto cuanto sus ijares soporten; si Ud. puede salvarse, así será.

— ¿Su nombre? — exclamó don Rafael tendiendo su mano al muletero; — ¡su nombre para que no lo olvide nunca!

— Valerio Trujano, un pobre arriero á quien le cuesta mucho ocuparse en sus negocios; pero que se consuela cumpliendo con su deber y dejando á Dios lo demás. Mi deber era no dejarlo perecer aquí por falta de un consejo ó de un auxilio — agregó con sencillez. Ahora, bendita sea la voluntad del Altísimo; nuestra vida está en sus manos: roguémosle que aparte lejos de sus servidores el peligro más terrible que hayan corrido jamás.

Y diciendo estas palabras con sorprendente solemnidad,

Trujano se arrodilló sobre la arena, se quitó el sombrero que dejó ver una selva de negros cabellos vigorosamente ensortijados; y luego, levantando los ojos al cielo y con una voz cuyos acentos varoniles repercutieron hasta lo hondo en el corazón del oficial, pronunció las palabras siguientes:

De profundis clamavi ad te, Domine! Domine, exaudi vocem meam!

Cuando hubo concluido el segundo versículo del salmo funeral, mientras el dragón apretaba fuertemente la cincha á su caballo para empeñar la partida suprema, el muletero montó en su silla. Don Rafael hizo otro tanto; é inclinados sobre la flotante crin de sus caballos, se lanzaron juntos á lo largo de la llanura. El viento húmedo que enviaban las aguas desbordadas, silbaba entre sus cabellos; y al sonido de la campana, se unía el siniestro ruido de las montañas de agua que se aproximaban de momento á momento.

CAPÍTULO V

LA HACIENDA DE LAS PALMAS

Algunos grandes ríos como el río *Blanco*, el *Playa Vicente*, el *Coatzacoalcos* y el *Papaloapán* por no citar sino los principales de una inmensa red fluvial surcan el Estado de Vera-Cruz á corta distancia los unos de los otros. Fuera de éstos, las vertientes de la Sierra Madre dan nacimiento á numerosas corrientes de agua que costean ó que se juntan á estos ríos.

Libres como los caballos salvajes en la sabana, estos ríos y arroyos que ningún dique contiene en las planicies que riegan, lanzan olas apresuradas y rápidas sin ningún obstáculo: ya se sabe con qué violencia caen en los trópicos, las aguas del cielo en la estación que se llama la *estación de las lluvias*. Es el invierno en los países de América situados bajo estas latitudes. Comienza en junio y ordinariamente concluye en octubre. En esta época del año, las aguas engrosadas por las lluvias torrenciales de cada día ó más bien de cada noche, demasiado abundantes en lo de adelante para poderse contener dentro de sus lechos, salen de madre con furor y se desbordan por todas partes. Franqueando el espacio con la velocidad de un caballo de carrera, cual si fueran lanzadas por el soplo de un demonio, desbaratan

cuanto se opone á su paso, y por todas partes llevan el espanto y la desolación. ¡Desgraciados de los seres vivientes que no han podido huir ante ellas! Bien pronto, sin embargo, extendidas por un vasto terreno, se aplaca su furor, corren apaciblemente en todas direcciones y concluyen por reunirse en una sola sabana de agua. La parte de tierra inundada, no es desde entonces, sino un lago inmenso cubierto de despojos esparcidos y de cadáveres de animales de todos géneros. Su tranquila superficie presenta en lo de adelante el aspecto más extraño: aldeas aprisionadas entre las aguas sobre las cuales reinan; árboles medio sumergidos de que no se ve sino el follaje; y barcas empavesadas, bulliciosas, tumultuosas que compiten en valocidad ó en lujo llenas de muchachas coronadas de flores, que cantan al son de las mandolinas y de las arpas. ¡Feliz indiferencia de la juventud! Después de haber llevado por todas partes el terror y la muerte, la inundación concluye por convertirse en un objeto de placer!

El lugar destinado á la construcción de la hacienda de Las Palmas, había sido escogido en previsión de estas inundaciones; la planicie sobre que se levantaba, no tenía por un lado, límites perceptibles á la simple vista; es decir que se extendía casi á vista perdida en la dirección del este al oeste y en la de oeste al sur; pero del lado del norte se hallaba limitada por una cadena de colinas bastante elevadas. A sus pies extendíanse otras colinas más bajas en insensible inclinación hasta el nivel del suelo inferior. Haciendo desaparecer las desigualdades del terreno, se había hecho de la cima de estas colinas un anfiteatro más largo que ancho, dominado en toda su anchura por la cadena á cuyo pie se elevaba y dominando el mismo anfiteatro toda la planicie.

Adosada á las colinas, cuyas terrazas planas alcanzaban casi la mitad de la altura, aún el campanario cuadrangular excedía de su cresta, la hacienda de Las Palmas hallábase construída en uno de los extremos del anfiteatro; en la extremidad opuesta se habían levantado

vastas caballerizas y habitaciones espaciosas para los *peones* ó trabajadores de la hacienda, entre los cuales se hallan los *vaqueros*, y los criados especialmente destinados al servicio de los amos. Una alta y fuerte muralla afianzada con sólidos contrafuertes de piedras talladas, unía la hacienda á las dependencias y bordeaba el anfiteatro en todo lo largo de la planicie. Una puerta gruesa y maciza practicada en la mitad de este paredón, servía de entrada, á la cual se llegaba por una cuestecilla de suave inclinación guarnecida por una balaustrada de calicanto.

En esta posición, la hacienda de Las Palmas, así llamada por los grupos de palmeras de que estaba salpicada la llanura, se hallaba al abrigo de las inundaciones y formaba además, una especie de fortaleza casi inexpugnable.

Tenemos necesidad de regresar una vez más hacia atrás y de transportarnos, este mismo día, á la hora que precede á la caída del sol; es decir: á aquella en que el dragón y el estudiante se separaban en el camino y en que el negro Clara se encontró tan fatalmente transformado en cazador de tigres en campaña del Indio Costal.

La campana de la hacienda tocaba la oración de la tarde; y al repique del *Angelus* que daba la señal de la plegaria é indicaba el fin del trabajo diario, un movimiento inusitado se observaba en el llano y en el patio del vasto edificio de que era propietario el señor don Mariano Silva.

Con aquella rigurosa exactitud de los hombres que no quieren trabajar un minuto más del tiempo prescrito, los peones indios al primer campanazo, se dejaron caer como si súbita parálisis se hubiese apoderado de sus brazos, el uno con su piocha levantada, el otro con el largo aguijón para picar los bueyes, quienes acostumbrados también á los hábitos de sus conductores, se detuvieron de repente dejando temblorosa la reja del arado en el surco aún no concluido.

Los *vaqueros* corrían al galope hacia las caballerizas y

desensillaban sus caballos humeantes; los trabajadores entraban de todas partes; la campiña se vaciaba, las habitaciones de los jornaleros y las caballerizas se llenaban, en tanto que las amas extendían sobre las planchas calientes del *comal*, las *tortillas* ó galletas de maíz que reemplazan al pan, y preparaban la comida de la tarde; y los *vaqueros*, los *peones* y las amas de casa, mientras comenzaban ó terminaban sus trabajos, murmuraban todos, al sonido de la campana, las oraciones del *Angelus*.

El sol brillaba aún; y sus últimos rayos con que parecía incendiar la llanura, irradiaban sus dorados resplandores á través de los espesos barrotes y los rombos del verde enrejado de una ventana colocada en el primer piso de la hacienda. Un viajero que viniese del lado del oeste, habría podido ver, desde la llanura y en su caballo, temblar los pliegues de una cortina blanca, tras el enrejado.

Pero la llanura estaba desierta; nadie había á excepción de los *peones* retrasados: ningún viajero se veía entre la luminosa niebla que la envolvía.

Algunos minutos más tarde, en los momentos en que el sol descendiendo gradualmente cesó de iluminar los barrotes, la blanca cortina se apartó dejando penetrar una ola de luz al cuarto iluminado por aquella ventana enrejada casi á lo oriental. Por más que se hubiera enderezado sobre su silla el viajero que viniese del oeste, no habría podido contemplar el cuadro que ofrecía el interior de aquel cuarto.

Tres mujeres se hallaban allí en aquel momento. Dos de ellas eran hermanas á juzgar por el aire de familia más que por su parecido. Eran las hijas de don Mariano; la otra era la mujer encargada de servir las.

Se puede en Europa condenar la indolencia de las criollas de los países cálidos de la América; pero quien las ha visto; aquel que no sueña con la *rehabilitación* política de la mujer; quien piensa que la mujer fué hecha por Dios para dar descanso al hombre en sus tra-

bajos y no para participar de ellos; que el reposo, la calma, el retiro y un cierto *sensualismo* deben añadirse á su hermosura porque se armonizan con su naturaleza, éste digo, no sabría acusar á las criollas americanas de no pensar, de no ocuparse sino en ser bellas.

Las dos hijas de don Mariano Silva ofrecían en aquel instante, pero en grado diferente, un ejemplo de esa sensual indolencia que diríase prestada á los harenes del Oriente si no fuese por la castidad que la realza y la purifica.

Una de ellas, con las piernas cruzadas al estilo oriental, hallábase sentada sobre una alfombra de China; largos cabellos negros, pocos momentos antes arreglados en trenzas de que conservaban aún las profundas ondas, caían negligentemente formando como un velo que la cubría toda entera. La joven parecía abandonarlos maquinalmente en manos de su camarera.

¿Quién podría decir los cuidados diarios que una criolla española da á esa cabellera, jamás profanada por el hierro de las tijeras y que la primera infancia transmite intacta á su juventud? Mas sin embargo, en aquellos momentos, con la cabeza inclinada pensativamente, sin duda que la virgen pensaba poco en aquellos cabellos cuyas olas se esparcían por la alfombra y que el cepillo desparpajaba ó la mano reunía en manojos, permitiendo á la mirada ó escondiendo las líneas onduladas de su garganta, los albos contornos de sus hombros y una oreja que dijérase una de esas rosadas conchas que la mar arroja sobre las playas de Tehuantepec.

El dulce rostro que rodeaban los negros y relucientes bucles de esta cabellera, reunía todos los rasgos distintivos de la belleza criolla sin los defectos que á veces la deslucen; y su expresión fiera y tranquila á la vez, indicaba el entusiasmo ardiente que ocultan casi siempre esas apariencias de indolente serenidad.

La elegante finura de la raza española, se traslucía también en las manos blancas de forma casi ideal y en un primoroso pie de que las mexicanas y las mujeres de

la América del Sur, parecen tener el privilegio exclusivo, cualquiera que sea la clase á que pertenezcan. Un ligerísimo zapato de satén, encerraba este pie desnudo y encantador.

Esta joven era doña Gertrudis, la mayor de las dos hermanas. Aunque doña María, su hermana menor, no la cediese en nada, su belleza era de distinto género: coquetuela y sonriente, sus ojos vivos y brillantes contrastaban con la mirada lánguida y tranquila de su hermana mayor; y las impresiones debían resbalar con tanta facilidad sobre aquella superficie móvil, como debían penetrar profundamente á través de la rígida superficie de doña Gertrudis. Era ésta como los volcanes de su patria que se ocultan siempre bajo un manto de nieve.

En fin, por más que la mayor no contase sino diez y siete años y la menor apenas diez y seis, las dos habían adquirido ya ese desarrollo de la belleza femenina, á que el tiempo presta el encanto al alterar la armonía de las formas.

Mientras la cabellera de Gertrudis se abandonaba á los cuidados de la mujer que la rizaba, Marianita disponía en gracioso lazo, sobre su media de seda, las cintas de satén atadas al zapato que aprisionaba su precioso piecillo.

Los acontecimientos políticos habían estallado en medio de esta familia como entre tantas otras; pero con más probabilidades de provocar disentimientos de opinión, pues en la época en que principia esta narración, estaba proyectado un matrimonio entre doña Marianita y un joven español de los alrededores.

Antes de la revolución mexicana, el deseo más ardiente de una joven criolla, era desposarse con algún recién llegado de la madre patria; y sin embargo, Gertrudis había rehusado ese honor. Rechazado por ella, el pretendiente español la emprendió con Marianita, que se hallaba orgullosa de aceptarlo. ¿Por qué era Gertrudis una excepción de la regla general? La continuación de este relato lo dirá.

Digamos también que, á causa de la llegada de dos huéspedes que se esperaban en el transcurso de la tarde, se hacían á aquella hora los preparativos de la toilette. Estos dos huéspedes eran, el uno, el novio español y el otro, el capitán de los dragones de la reina don Rafael Tres Villas. El primero apenas tenía que atravesar á caballo dos leguas y llegaría de un instante á otro; este acababa de recorrer más de doscientas y aunque había anunciado con seguridad su llegada para aquel día, era razonable suponer que en tantos días de camino, un incidente cualquiera habria equivocado sus cálculos y retardado su llegada por un día. ¿Era esta la causa por la cual Gertrudis no había principiado su toilette cuando Marianita concluía la suya? ¿Era don Rafael el único hombre á cuyos ojos quería Gertrudis parecer bella? Todo se dirá á su tiempo.

Entre los cuidados diarios que las criollas prestan á su abundante cabellera, uno de los principales es el de esparcir sobre sus hombros las trenzas deshechas, á fin de que el aire vivificante pueda circular entre aquellas matas espesas, largo tiempo cautivadas por el peine. Cuando la mujer encargada de esta cotidiana tarea la hubo concluido, salió del cuarto dejando solas á las dos hermanas.

Hay ciertos objetos de conversación que las muchachas de todo país no tratan sino entre ellas en el santuario oculto.

Apenas la sirvienta hubo salido, cuando Marianita, que acababa de prender entre sus negras trenzas y la concha de su peine unas flores de granado de púrpura brillante, se lanzó hacia la ventana.

Sus ojos interrogaron el horizonte inmenso de la llanura. Mientras tanto, su hermana dejóse caer sobre un sillón de cuero; y sujetando sobre cada hombro, con la mano y gracias á un movimiento brusco de la cabeza, el flotante velo de sus cabellos, quedóse inmóvil y meditabunda.

— He mirado muy bien: la llanura está desierta —

exclamó Marianita — y no veo ni á don Fernando ni á don Rafael. Mi pobre Gertrudis, se me figura que he hecho gasto inútil en mi toilette. Dentro de media hora habrá caído el sol.

— Don Fernando vendrá — dijo Gertrudis con voz dulce y tranquila.

— Bien se ve en tu acento de calma que no esperas á tu novio como yo. ¿Y por qué no he de decir que sufro una impaciencia nerviosa que me hace desesperar de verle venir? ¡Tú no sabes lo que es eso, Gertrudis!

— En tu lugar, yo sentiría más tristeza que impaciencia.

— ¡Tristeza! ¡Oh no! Si don Fernando no viene esta tarde, él perderá el placer de verme con este vestido blanco que tanto le gusta y con estas flores en el pelo que me he puesto porque le agradan, porque por mi gusto, prefiero las flores blancas de mejorana. Pero yo he oído decir que la mujer no debe vivir sino en el sacrificio.

Y diciendo estas palabras, Marianita sonó sus dedos como castañuelas sin la menor muestra de melancolía, por el contrario, con la satisfacción de una conciencia tranquila.

Gertrudis no respondió nada; pero exhaló un suspiro, en tanto que la brisa fresca de la tarde hacía temblar las grandes ondas de sus cabellos y su desnudo pieecillo balanceaba el zapato de satín negro.

— Es demasiado fastidiosa esta vida del campo — continuó Marianita. — La verdad es que el día es corto para peinarse, para dormir la siesta: pero en la tarde, dar oídos á la brisa de la noche, pasearse solas en los jardines, esto es triste, muy triste, en vez de cantar y de bailar en tertulia. Estamos aquí como las princesas cautivas de esa novela de caballería que principié el año pasado y que todavía no he concluido... ¡Ah! Distingo allá lejos en el horizonte una nubecita de polvo... En fin: ¡he allí un caballero! ¡Qué dicha!

— ¡ Un caballero ! — exclamó Gertrudis con vivacidad — ¿ de qué color es su caballo ?

— Su caballo es una mula. ¡ Ay ! ¡ No es un caballero andante ! Me parece haber oído decir que ya no los hay.

Gertrudis suspiró de nuevo.

— Ya lo distingo, es un padre, prosiguió Marianita. Eso es mejor que nada sobre todo si canta y toca tan bien la vihuela como aquel que pasó dos días en la hacienda. Viene al galope de su mula : buena seña. Pero no ; tiene la fisonomía triste y severa. ¡ Ah ! me ha visto porque hace un ademán con la mano. Iré á besársela inmediatamente... ¡ Tengo tiempo !

Y diciendo estas palabras, la joven y bella criolla, á quien su educación prescribía besar la mano del primer sacerdote que llegase, frunció mohinamente sus frescos labios, rojos como la flor del granado.

— Pero ven á verlo, Gertrudis ; ya está en la puerta de la hacienda.

— Tengo tiempo, como dices tú, Marianita ; pero dime, ¿ no ves á algún otro caballero ? ¿ Don Fernando... ? dijo Gertrudis como para engañarse ella misma engañando á su hermana.

— ¡ Ah, sí ! don Fernando... transformado por algún encantamiento en mozo de mulas que azota su recua como si disputase el premio de una carrera... Es todo cuanto veo. Vamos, ya viene aquí como el padre. ¿ Pero por qué galopan estas gentes ? Se diría que un vértigo los lanza.

El ruido de las puertas de la hacienda que se abrían y el tumulto que subía desde el patio hasta las muchachas, probaban que no solamente el padre sino hasta el muchacho muletero con sus mulas contra toda costumbre, recibían hospitalidad de don Mariano Silva.

El lector sabe, lo que ignoraban las dos hermanas, el grave peligro que amenazaba á los viajeros en la llanura.

Un movimiento más ruidoso aún, no tardó en hacerse en la hacienda. Las escaleras resonaban con el ruido de

los pasos de los criados que iban y venían precipitadamente y que las dos hermanas oyeron muy pronto retembar en las terrazas, por encima de su cuarto.

— ¡ Jesús María ! ¿ Qué es esto ? — exclamó Marianita haciendo el signo de la cruz. ¿ Va á ser sitiada la hacienda ? ¿ Van á atacarnos los pícaros insurgentes del oeste ?

— ¿ Por qué llamar pícaros á hombres que combaten para ser libres y de quienes los mismos padres son los jefes ? — contestó Gertrudis con su voz armoniosa y suave.

— ¿ Por qué ? Porque son los enemigos de los españoles y la sangre de nuestras venas es la suya, porque, en fin, ¡ yo amo á un español ! — exclamó Marianita á quien esta palabra amar había encendido el fuego impetuoso de su sangre criolla.

— Tú crees amarle, Marianita — replicó dulcemente Gertrudis. Según mis ideas, el amor presenta síntomas que no encuentro en ti.

— Y aunque sea así ¿ qué importa si él me ama ! ¿ No soy yo el bien que le va á pertenecer ? ¿ Debo yo pensar de diferente modo que él ? — agregó la muchacha obedeciendo á esa voz de apasionada consagración que las mujeres de su país prodigan á quien las ama y que no conoce límites cuando ellas aman.

Las vibraciones súbitas y precipitadas de la campana de la hacienda tocando alarma, sobresaltaron á las dos hermanas y pusieron fin á esta conversación que amenazaba arrojar entre ellas los gérmenes funestos de las disensiones que engendran las guerras civiles y que rompen los más estrechos lazos de la sangre y de la amistad.

Cuando Marianita se disponía á salir para averiguar la causa de todo aquel tumulto, la camarera abrió la puerta, y sin esperar que la interrogasen :

— ¡ Ave María, señoritas ! — exclamó. ¡ La inundación llega ! ¡ Un vaquero acaba de avisar que las aguas están á tres ó cuatro leguas de aquí !

— ¡ La inundación ! — exclamaron las dos hermanas,

Marianita persignándose de nuevo y Gertrudis levantándose precipitadamente y haciendo un torzal de sus cabellos esparcidos que en vano trataba su mano trémula de fijar en la cabeza y en el cual rehusaban prenderse los dientes del peine.

— ¡Jesús, señorita! — dijo la camarera dirigiéndose á la última — cualquiera diría que Ud. quisiera lanzarse á la llanura á socorrer...

— ¡Don Rafael! ¡Tened piedad de él, Dios mío! exclamó Gertrudis aterrada.

— ¡Don Fernando! — exclamó temblando Marianita.

— El llano va á convertirse en un lago inmenso — dijo la sirvienta. — ¡Infeliz de aquellos á quienes la inundación sorprenda! Pero Ud. puede estar tranquila, doña Marianita: el vaquero que trajo la fatal noticia, fué enviado por don Fernando para avisar á nuestro amo don Mariano, que no vendrá sino hasta mañana en su canoa.

Y al decir estas palabras, la sirvienta salió.

— ¡En canoa! — exclamó Marianita pasando con la misma rapidez de la angustia á la alegría. De veras, Gertrudis; pasearemos en canoa por el llano y nos coronaremos de flores en nuestra barca empavesada.

Pero bien pronto Marianita se arrepintió de este acceso de frívolo egoísmo al ver á su hermana que, envuelta en su larga cabellera, que ya ella no se cuidaba de sujetar, se había arrodillado como la virgen de los siete dolores y rogaba á los pies de una madona por la salvación de don Rafael.

Marianita comprendió entonces lo que hasta entonces no había comprendido; y es que la mujer no ruega con tanto fervor sino por el hombre que ama. Se arrodilló al lado de su hermana y juntó sus oraciones á las suyas, en tanto que los lúgubres repiques de la campana continuaban enviando su siniestro aviso á los cuatro puntos del horizonte.

— ¡Oh, mi pobre Gertrudis! — exclamó Marianita apretando á su hermana tiernamente entre sus brazos.

Luego, sirviéndose de su cabellera para enjugar sus lágrimas: Perdóname no haber adivinado que mientras mi corazón se regocijaba, se hacía pedazos el tuyo. ¿Amas entonces á don Rafael?

— ¡Si él muere, yo moriré! ¡Eso es todo lo que sé! — replicó Gertrudis.

— Dios lo protegerá, ten la seguridad: ¡quizás le envíe á uno de sus mensajeros para salvarlo! — dijo Marianita en el entusiasmo de su fe sencilla.

Marianita mezcló algún tiempo aún sus palabras de consuelo á los sollozos de su hermana, sus oraciones á las suyas; y como la obscuridad no tardaría en hacerse:

— ¡Ponte en la ventana, mientras que yo rezo! — le dijo Gertrudis; — interroga á la llanura, que las lágrimas nublan mi vista.

Marianita obedeció; y Gertrudis volvió á arrodillarse ante la santa imagen.

Pero la neblina dorada de la llanura se tornaba en violeta pálido; y ningún caballero aparecía en el desierto horizonte.

— ¡El caballo que monta debe ser su bayo retinto! — dijo Gertrudis interrumpiendo sus fervientes oraciones. Don Rafael sabe cuánto quiero á este noble animal, su caballo de batalla en las guerras indias. Es ese el que él habrá querido montar para venir hacia mí; pues él sabe bien que con frecuencia he desatado las flores de mis cabellos para suspenderlas en su frente. ¡Oh Virgen santa! ¡Oh Jesús, mi dulce dueño! Don Rafael, mi hermoso caballero, ¿quién te traerá hasta mí? continuaba la joven alternando sus raptos de pasión con los raptos de sus ruegos.

La llanura se obscurecía; Gertrudis continuaba orando; luego la luna dejó caer desde lo alto del cielo sus rayos pálidos y serenos, sin que se diseñase la sombra de un ser viviente al lado de la sombra de las palmeras, proyectada sobre el terreno gris.

— Habrá sido prevenido á tiempo y no se habrá puesto en camino — dijo Marianita.

— Te equivocas, te equivocas — respondió Gertrudis retorciendo sus manos crispadas por la angustia. Lo conozco y juzgo su corazón por el mío : habrá desafiado el peligro por verme algunas horas antes.

Sabe el lector si el corazón engañaba á la joven criolla.

De repente, mientras la campana continuaba vibrando con fuerza, los lejanos murmullos que el mismo don Rafael había de oír bien pronto, se mezclaron con la fúnebre voz del bronce; y súbitamente también, en medio del siniestro diálogo que sostenían las vibraciones temblorosas de la campana de alarma con el sordo rugido de las aguas desencadenadas, una claridad rojiza, débil al principio, disputó el terreno de la llanura á la blanca claridad de la luna.

Muy pronto después aquella claridad pareció palidecer; chisporroteos parecidos á los del sarmiento que se inflama, llegaron hasta los oídos de las dos hermanas y el fulgor rojo reinó solo, dominando la superficie de la llanura y enviando sus reflejos de fuego hasta la cima de las palmeras.

Sobre la cresta de las colinas inmediatas á la hacienda y sobre las terrazas, acababan de encenderse grandes hogueras por orden de don Mariano, como faros que debían guiar á los errantes viajeros de la sabana hasta el puerto de salvación de su hospitalaria casa.

La vista y el oído se advertían á la vez para conocer el peligro y poderlo huir. Sombras gigantescas, las de los hombres encargados de mantener las hogueras, se proyectaban á lo lejos sobre el llano; y estas siluetas inmensas, las rojizas claridades en que aparecían sumergidas, el rugido de las aguas que parecía querer sofocar los gritos de auxilio de la campana, llenaban de terror profundo el espíritu de ambas jóvenes.

Largos minutos transcurrieron así. La luna subía lentamente en el cielo y el murmullo lejano, el ruido sordo iba haciéndose más agudo al aproximarse, hasta semejar el estruendo de una tempestad. Algunos instantes más y

el agua de los ríos desbordados iría á depositar su espuma al pie del anfiteatro de la hacienda. Gertrudis interrumpió sus oraciones.

— ¡ Oh, Marianita ! — dijo — ya no puedes ver nada porque las aguas se aproximan y suben de minuto en minuto !

Marianita no contestó, pero sus miradas erraban por el horizonte, tratando de penetrar en las tinieblas lejanas, allá en la línea en que expiraba la claridad de las hogueras.

Un grito se escapó de su boca.

— ¡ Oh ! ¡ desgracia, desgracia ! — exclamó. ¡ Distingo dos caballeros ! Virgen Santa, haz que no sean sino sombras ! pero no : las sombras se hacen más distintas... ¡ Madre de Dios ! Sí, son dos caballeros... vuelan como el viento... pero, por de prisa que vayan, llegarán demasiado tarde !

Un clamor de angustia partió de las terrazas de la hacienda sobre las cuales se habían agrupado amos y criados. Era en realidad espectáculo conmovedor, el de la lucha desesperada de dos hombres contra la masa espantosa de las aguas cuyas ondas lejanas veían avanzar y de que ya distinguían los penachos de espuma empurpurados por el fulgor de las hogueras.

Mientras tanto, otros á horcajadas sobre el caballete del muro, se habían provisto de largas cuerdas para arrojarlas á los náufragos en el momento oportuno. Las dos hermanas no podían ver desde la ventana de su cuarto estos preparativos de socorro.

Marianita, temblando con esa ávida curiosidad que nos obliga con frecuencia á nuestro pesar, á contemplar un espectáculo desgarrador, á las mujeres sobre todo, se colgaba con una especie de voluptuoso terror, á los barrotes de la ventana.

— Ven, Gertrudis — le gritó sin desprender los ojos, á pesar de los latidos de su corazón — ven á verlos. Si uno de ellos es don Rafael á quien no conozco, tus ojos lo distinguirán y tu voz le dará valor.

— ¡Oh no, no! No puedo... respondió la joven cuya frente inclinada barriá humildemente el suelo á los pies de la madona... — No podría ver sin desmayarme ese espectáculo terrible. ¿Y quién rogaría entonces por don Rafael? ¡Es él! Me lo dice el corazón!

— Esos dos caballeros montan caballos negros como la noche — replicó Marianita — uno está firme en la silla como un centauro; pero es pequeño... ¡Ah! su vestido es de muletero; ya ves que no es don Rafael.

— ¡El otro! ¿Distingues al otro? dijo Gertrudis con voz tan débil que apenas se oía.

Marianita guardó silencio durante un minuto.

— El otro — respondió — tiene la cabeza más alta que el primero; está inclinado sobre el cuello de su caballo; no le veo la cara. ¡Ah! levanta la cabeza y está tan firme en su silla como el otro. Tiene un rostro orgulloso, y espesos bigotes y desde aquí, sus ojos parecen chispear bajo el galón de oro de su sombrero. El peligro no le intimida. ¡Ah! es un noble y bravo caballero!

— ¡Es él! dijo Gertrudis lanzando un grito penetrante que dominó el rugido de las olas.

Rápidamente se levantó obedeciendo á irresistible impulso como para lanzarse hacia la ventana para ver por última vez al que iba á morir; pero sus fuerzas traicionaron su voluntad; y cayó de rodillas en actitud suplicante.

— ¡Jesús! — gritó Marianita helada por el espanto — un salto de sus caballos y están salvados! ¡Ah! ya no hay tiempo — agregó con angustia — ¡Ya están aquí las aguas! ¡Virgen del paraíso! ¡Qué horrosas están con sus crestas de espuma roja y sus rugidos! ¡Ya golpean contra el muro! ¡Madre de Dios, protégeme á esos dos intrépidos! Se dan la mano... Hunden las espuelas en los ijares de sus caballos... Miran la muerte cara á cara... Hunden la frente altiva entre las aguas, como los caballeros que cargan al enemigo... ¿Oyes Gertrudis? Uno de ellos, el pequeño, eleva un cántico como los primeros cristianos delante de los leones en el circo romano!

Las dos hermanas oyeron en efecto una voz varonil que dominaba el tumulto de las aguas: « *In manus tuas, Domine, commendo animam meam...* »

— ¡Ya no los veo! — exclamó Marianita anhelante — las olas han cubierto caballos y caballeros!

Hubo un momento terrible de silencio en el cuarto que las aguas llenaban con sus mugidos.

De rodillas siempre, pero sin fuerzas para continuar su plegaria ardiente, Gertrudis hallábase postrada bajo la ola de sus cabellos esparcidos. La pobre joven no levantó la cabeza sino á la voz de Marianita que continuó:

— ¡Ah! los veo aún; reaparecen. ¡Dios mío! Ya no hay más que uno en su silla, es el grande! ¡Dios del cielo! ¡Qué vigoroso brazo le has dado! Se inclina sobre los arzones y coge al más pequeño por los vestidos... lo levanta como á un niño... lo coloca atravesado en su caballo... ¡Qué resoplido enorme se exhala de las narices del animal! pero parece tan poderoso como su dueño... el doble peso que lleva no le impide hender las aguas... ¡Gertrudis, Gertrudis! Las aguas serán vencidas por este hombre; ellas que arrancan de raíz los árboles del bosque! ¡Virgen Santa! ¿Dejarás perecer á un caballero tan fuerte y tan valiente?

— ¡Oh sí! Sólo él podría realizar este prodigio de fuerza y de valor! exclamó Gertrudis encontrando alientos en el raptó de orgullo apasionado que le inspiraban las palabras entusiastas de su joven hermana.

Su corazón volvió á hacerse pedazos cuando ésta continuó con voz llena de angustia:

— ¡Desgracia, desgracia! Avanza contra ellos un árbol enorme que voltigea y que golpeará al caballo y á los caballeros...

— ¡Arcángel que llevas su nombre, protégeme! — dijo Gertrudis. ¡Virgen María! ¡aplaca la rabia de las aguas y doy mi cabellera por su vida!

Era la ofrenda más preciosa de que podía disponer y no vaciló en hacer el sacrificio que creía propicio para desarmar la cólera del cielo.

Cual si ese voto acabase de ser aceptado, Marianita, que no lo había oído, continuó después de una corta pausa :

— ¡Bendito sea Dios, Gertrudis! ¡Bendito sea el que puede convertir en instrumento de salvación un instrumento de perdición! Diez lazos han aprisionado al mismo tiempo las raíces y las ramas del árbol; está como una almadía flotante y nada puede ya contra él, el furor de las aguas. El guapo caballero podría agarrarse á su tronco; pero no quiere abandonar ni al noble animal cuyo vigor le salvó ni al hombre á quien tiende los brazos. El torrente ruge á su alrededor; sus olas le cubren la cabeza... no suelta la presa...

— ¡Acaba, Marianita, ó me muero! — murmuró Gertrudis.

— Se nublan mis ojos — contestó aquella — parece que las aguas lanzan olas de fuego... Está orgullosa del que amas, Gertrudis, el noble caballero ya nada tiene que temer... ¡Escucha esos gritos de triunfo! Todos se han salvado : los caballeros y el caballo que montan.

Una aclamación de alegría que llenó los ámbitos de la hacienda, hizo explosión al mismo tiempo sobre las terrazas y á lo largo de la muralla confirmando las palabras de Marianita.

Las dos hermanas se abrazaron estrechamente por un instante : luego Marianita reuniendo en su mano un haz de los largos y sedosos cabellos de Gertrudis y acercándolo tiernamente contra sus labios :

— ¡Oh! dijo — lanzando un suspiro de dolor — tus pobres hermosos cabellos que valen un reino!

— ¿No ves tú — replicó Gertrudis — que por lo menos será él quien los corte de mi cabeza?

CAPÍTULO VI

DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA

A un cuarto de legua en los alrededores de la cascada de que se ha hablado, se levantaba, como es frecuente en México, una pequeña colina cuya cumbre, sea por un capricho de la naturaleza, sea más probablemente por la mano del hombre, hallábase aplanada y nivelada.

Los anticuarios de la provincia pretendían que el *cerro de la Mesa* era un pedestal en que en otros tiempos se había erigido un templo á alguna divinidad zapoteca.

Por esta razón era sin duda que Costal tan fiel á los recuerdos como al culto de sus padres, por muy cristiano que fuese, había hecho de este lugar elevado, una de sus citas de cacería.

Se había construido allí una cabaña al estilo nacional; es decir : que sus paredes consistían en doble enrejado de cañas revestidas de barro por la parte interior.

El techo, muy inclinado para facilitar el deslizamiento de las aguas pluviales, hallábase cubierto por largas cepas que constituyen el tronco del bananero, dispuestas en canales al modo de tejas romanas.

En sus incesantes cacerías de jaguares, que son tan numerosos en Oaxaca que cada hacendero emplea uno ó dos tigreros para destruirlos y proteger las crías del

Cual si ese voto acabase de ser aceptado, Marianita, que no lo había oído, continuó después de una corta pausa :

— ¡Bendito sea Dios, Gertrudis! ¡Bendito sea el que puede convertir en instrumento de salvación un instrumento de perdición! Diez lazos han aprisionado al mismo tiempo las raíces y las ramas del árbol; está como una almadía flotante y nada puede ya contra él, el furor de las aguas. El guapo caballero podría agarrarse á su tronco; pero no quiere abandonar ni al noble animal cuyo vigor le salvó ni al hombre á quien tiende los brazos. El torrente rugé á su alrededor; sus olas le cubren la cabeza... no suelta la presa...

— ¡Acaba, Marianita, ó me muero! — murmuró Gertrudis.

— Se nublan mis ojos — contestó aquella — parece que las aguas lanzan olas de fuego... Está orgullosa del que amas, Gertrudis, el noble caballero ya nada tiene que temer... ¡Escucha esos gritos de triunfo! Todos se han salvado: los caballeros y el caballo que montan.

Una aclamación de alegría que llenó los ámbitos de la hacienda, hizo explosión al mismo tiempo sobre las terrazas y á lo largo de la muralla confirmando las palabras de Marianita.

Las dos hermanas se abrazaron estrechamente por un instante: luego Marianita reuniendo en su mano un haz de los largos y sedosos cabellos de Gertrudis y acercándolo tiernamente contra sus labios:

— ¡Oh! dijo — lanzando un suspiro de dolor — tus pobres hermosos cabellos que valen un reino!

— ¿No ves tú — replicó Gertrudis — que por lo menos será él quien los corte de mi cabeza?

CAPÍTULO VI

DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA

A un cuarto de legua en los alrededores de la cascada de que se ha hablado, se levantaba, como es frecuente en México, una pequeña colina cuya cumbre, sea por un capricho de la naturaleza, sea más probablemente por la mano del hombre, hallábase aplanada y nivelada.

Los anticuarios de la provincia pretendían que el *cerro de la Mesa* era un pedestal en que en otros tiempos se había erigido un templo á alguna divinidad zapoteca.

Por esta razón era sin duda que Costal tan fiel á los recuerdos como al culto de sus padres, por muy cristiano que fuese, había hecho de este lugar elevado, una de sus citas de cacería.

Se había construido allí una cabaña al estilo nacional; es decir: que sus paredes consistían en doble enrejado de cañas revestidas de barro por la parte interior.

El techo, muy inclinado para facilitar el deslizamiento de las aguas pluviales, hallábase cubierto por largas cepas que constituyen el tronco del bananero, dispuestas en canales al modo de tejas romanas.

En sus incesantes cacerías de jaguares, que son tan numerosos en Oaxaca que cada hacendero emplea uno ó dos tigreros para destruirlos y proteger las crías del

ganado errantes en las llanuras; en sus cacerías, decimos, el Indio pasaba con frecuencia largas horas en medio de esta soledad.

Costal descendía en línea recta, como había dicho á Clara, de los antiguos caciques de Tehuantepec; y el objeto de sus meditaciones era siempre la eclipsada grandeza de su antigua y poderosa familia. Profundamente indiferente á las querellas políticas de los blancos, si había acogido con entusiasmo la noticia de la insurrección de Hidalgo, era por aprovecharla y tratar, con el oro con cuyo descubrimiento soñaba tan locamente, hacer revivir en su persona el título de cacique y la dominación que ejercieran sus antepasados. Las creencias paganas en que fuera educado, la soledad en que constantemente vivía á causa de su oficio, la familiaridad con el océano inmenso cuyas profundidades había explorado siendo buzo, todo había contribuido á dar á su carácter, ya extravagante, una exaltación supersticiosa que tocaba los lindes de la manía.

El visionario Indio había concluido por tener tal ascendiente sobre el negro Clara, que el don Quijote zapoteca, diferente en eso del gentilhomme manchego, hubiera hecho tomar tan fácilmente á su negro escudero los molinos de viento por gigantes, como á un capitán de los dragones de la reina por la Sirena de los cabellos torcidos.

Es allí, en la cima del cerro de la *Mesa* en donde volvemos á encontrar á los dos aventureros, una hora poco más ó menos después de la partida de don Rafael Tres Villas.

Acababan de transportar sin gran fatiga la ligera piragua de Costal á la plataforma de la colina y de colocarla con la quilla arriba, á lo largo de las paredes de la cabaña de que hemos hablado.

— ¡Uf! — dijo el negro sentándose sobre la embarcación — creo que bien hemos ganado un instante de descanso. ¿ En qué piensa Ud., Costal?

— ¿ No ha recorrido Ud. muchas veces la provincia de

Valladolid? — interrogó el Indio sin contestar la pregunta ociosa del negro.

— Sin duda; y la de Acapulco también; conozco las dos y también otras desde el más escondido extravío hasta los caminos reales más frecuentados por haberlos recorrido en calidad de *mozo de mulas* con mi patrón don Valerio Trujano á quien no he dejado sino para hacerme propietario en la provincia de Oaxaca — añadió recalcando con cierta fatuidad la palabra propietario.

Clara hacía alusión á un *jacal* de cañas que había construido sobre algunos pies de tierra concedidos por el dueño de la hacienda de Las Palmas á quien se arrendaba para las cosechas de cochinilla, lo que explica el estado de independencia ociosa que el negro gozaba durante una parte del año.

— ¿ Por qué me hace Ud. esas preguntas? — replicó.

— Porque no nos conviene afiliarnos como soldados en el ejército del padre Hidalgo. El descendiente de los caciques de Tehuantepec, muy bien puede servir en calidad de cazador de tigres á un propietario de su país; pero no consentiría jamás en llevar el uniforme.

— Sin embargo, es muy bueno tener pompones rojos, casaca verde y pantalones amarillos como el más hermoso *juacamayo* de estos bosques. Dudo, por lo demás, que el señor cura generalísimo y capitán de la América Hidalgo, tenga bastantes uniformes á su disposición para incomodarlos á Ud. Pero á menos de afiliarnos como capitanes, no veo qué haremos si no somos soldados...

— ¿ Lo que haremos? — interrumpió Costal; nos presentaremos como guías, como exploradores puesto que Ud. conoce al dedillo una parte del reino. De esta manera iremos y vendremos á nuestra voluntad en busca de la diosa de las aguas.

— La diosa de las aguas está entonces en todas partes.

— Sin duda: puede aparecerse á sus fieles servidores en cualquier parte donde encuentre una fuente para

mirarse, un río ó una cascada para bañarse, ó el mar para buscar las perlas que adornan su larga cabellera.

— ¿Nunca la ha visto Ud. cuando hacía la pesca de perlas en las riberas del golfo de Tehuantepec? — preguntó Clara echando una mirada sobre la llanura iluminada por la luna en tanto que el sordo y lejano murmullo de la inundación daba á ésta un solemne aspecto.

El negro bajaba involuntariamente la voz.

— Sin duda — respondió Costal — más de una vez por la noche, sobre las playas de los placeres de perlas, he visto á la Sirena torcer á la claridad de la luna, sus largos cabellos cantando y hermohear su garganta con las perlas que buscábamos en vano. Más de una vez también, sin que mi carne temblara, la he llamado para que me revele los ricos yacimientos de perlas; pero ha sido inútil no sentir temblar el corazón en su presencia pues es preciso que sean dos para que la sirena de los cabellos torcidos lo acoja.

— Eso se concibe — dijo Clara — su marido es celoso y no le permite las citas.

— A decir verdad, amigo Clara — continuó Costal sin felicitar al negro por su perspicacia — no espero obtener su aparición ante nosotros, antes de que tenga cincuenta años cumplidos. Si entiendo bien las tradiciones algo oscuras que me han transmitido mis padres, jamás Tlaloc y Malacuezc se aparecieron al hombre que aún no ha vivido medio siglo. El cielo ha querido que desde los caciques hasta mí, ninguno de mis antepasados viviese más de cuarenta y nueve años. Solamente yo he pasado de esa edad; y sólo en mí, de todos los miembros de mi familia, puede verificarse la tradición conservada entre nosotros de padres á hijos; no espero ya para eso sino un día: el de la luna llena que seguirá al solsticio de verano del año en que haya cumplido mis cincuenta. Sin embargo, quiero tentar la fortuna mientras espero, haciendo á los españoles la guerra más encarnizada y reservando toda mi independencia para el gran día del solsticio de verano.

— ¡ Ah! — exclamó el negro — ahora me explico el por qué han sido inútiles nuestros esfuerzos de esta tarde por ver á la diosa. ¿Cuándo entonces habrá llegado Ud. á los cincuenta?

— Dentro de algunos meses; respondió el Indio; pero suceda lo que suceda, está convenido que partiremos mañana para Valladolid. Nos serviremos de la piragua para regresar á la hacienda y despedirnos de don Mariano, como deben hacerlo los servidores respetuosos.

— Está convenido; pero olvidamos una cosa esencial.

— ¿Cuál?

— A ese pobre diablo de estudiante á quien la inundación va á sorprender y que aquel oficial dejó cerca de los *tamarindos*.

— No lo he olvidado; iremos á buscarlo, si vive aún; es decir, si ha tenido la presencia de ánimo de subirse á un árbol para salvarse de la inundación: lo conduciremos á la hacienda donde le dejaremos.

— Sí, si es que vive aún. ¿No oye Ud. con qué furor rugen las aguas allá abajo? ¿Quién sabe si el mismo oficial ha tenido tiempo de escapar?

— El hecho es, respondió Costal — que él habría hecho mejor pasando aquí la noche con nosotros; ¡pero parecía tan apresurado por llegar á Las Palmas! Tal vez tenía sus razones: también es cierto que no le propuse quedarse.

— Es bueno asegurarse aquí — dijo el negro — y si á este propósito tuviera Ud. olvidado en cualquier rincón de la choza algún bocado de *tasaño*, me vendría muy bien con un vaso de agua.

— Esté tranquilo: tengo lo necesario para satisfacerlo.

La respuesta del Indio puso fin á la conversación. Entró á la choza seguido de Clara.

Un fuego claro de malezas no tardó en chisporrotear sobre la piedra de la hoguera. Cuando no quedaron más que brasas, Costal puso en ellas algunos pedazos de carne secada al sol, cecina; y muy pronto gozando del

profundo sentimiento de la seguridad en que se hallaban en la cima del cerro, los dos compañeros pusieron a saborear su frugal comida.

Después se acostaron en el suelo y se dejaron arrullar por el ruido más y más próximo de la inundación.

Dormían; y el ruido que anunciaba las aguas invadiendo con terrible torbellino la llanura, no tuvo poder para arrancarles de su sueño. Sin embargo, Clara se agitada de vez en cuando creyendo oír los rugidos de los jaguares, que tanto le habían asustado, mezclarse con el murmullo de las aguas de que tenía confusa percepción.

Si se hubiese despertado, habría visto, en efecto, á la salvaje familia de los tigres rozar á saltos por el pie del cerro de la Mesa. Los cuatro animales rugieron al oler que dos hombres se hallaban en la cima; pero llenos de profundo terror por las aguas que los perseguían y de las cuales sólo su ligereza podría salvarles, huyeron no tardando en desaparecer y precediendo á la montaña líquida cuya rapidez casi igualaba á la suya.

Aprovecharemos el sueño del Indio y del negro, para volver un momento hacia el pobre estudiante don Cornelio Lantejas, después de haberlo dejado tanto tiempo; y cerrar así los acontecimientos de aquel día en que dan principio sus aventuras.

Lo hemos dejado durmiendo en la hamaca que su buena estrella le proporcionó tan oportunamente.

De repente se despertó sobresaltado con los miembros helados por un frescor repentino y vióse suspendido en su hamaca por encima de un mar furioso que se hinchaba en olas enormes á medio pie de distancia de su cuerpo. El estudiante lanzó un grito terrible al cual respondieron desde la copa de los tamarindos, sordos murmullos y agudos silbidos.

Cornelio paseó su vista espantada á su alrededor tan lejos como pudo; y no vió sino un lago enorme de ondas espumosas. Desde entonces, todo se lo explicó: la huida de los habitantes del campo y las canoas suspendidas de

los árboles. Los ruidos que oía tenían por causa la aproximación de una de esas inundaciones anuales que se verifican casi en día fijo en la provincia de Oaxaca en que se hallaba y que habría evitado en casa de su tío sin la desesperante lentitud de su caballo de picador.

¿Qué iba á ser del viajero? — Apenas sabía nadar; y aunque hubiese podido rivalizar con uno de los pescadores de perlas de Tehuantepec, de nada le habría servido toda su habilidad en medio de un lago que todo lo invadía y por encima de cuya superficie, solamente surgían las copas de los tamarindos entre los cuales se hallaba suspendido.

Su situación, ya de por sí espantosa, no tardó en serlo más.

Los ojos de fuego que el estudiante vió brillar como dos luciérnagas, ó por mejor decir, como dos carbunclos encendidos, entre el follaje de los árboles, pronto le explicaron la naturaleza de los sordos rugidos que acababa de oír: algunos animales feroces, jaguares indudablemente, se habían refugiado en los tamarindos para huir de la inundación. Solamente ellos podían encaramarse así. No haremos el relato de sus terrores durante aquella terrible noche en que se vió suspendido en medio de tan espantoso vecindario, sobre un océano que podía crecer más y arrastrarlo.

Diremos que al fin llegó el día y que toda una nidada de jaguares, macho, hembra y cachorros, se le apareció en la copa de los árboles entre los cuales se hallaba; y que no lejos de aquéllos, largas y horrorosas serpientes se enrollaban en las ramas.

Por debajo, se extendía un mar agitado, de olas amarillentas en que rodaban árboles arracandos de raíz que llevaban gamos amedrentados sobre los cuales volaban las aves de rapiña lanzando penetrantes gritos.

Por todos lados el espectáculo de la desolación y de la muerte: con frecuentes intervalos, el instinto feroz de los jaguares hambrientos luchaba contra su espanto, á vista de una presa casi al alcance de sus garras; pero el

terror prevalecía, y Lantejas les veía cerrar los ojos como para escapar á la tentación de devorarlo.

Luego las serpientes por su parte, enrollaban y desenrollaban sus cuerpos viscosos, aterrorizadas por la presencia del hombre y de los jaguares.

Muchas y largas horas habían transcurrido en que el lago aunque henchido, fué haciéndose menos agitado, cuando le pareció oír sobre la superficie de las aguas, un ruido que esta vez no supo cómo definir. Retumbaba como las notas de un clarín de guerra, ó bien era grave como los rugidos que de cuando en cuando lanzaban los dos formidables vecinos del estudiante.

En esta extraña melodía se habrá reconocido el sonido de la concha marina de Costal, quien, siguiendo su camino, evocaba, por si acaso, la presencia de la diosa de las aguas.

Bien pronto el estudiante distinguió en lontananza, y bailando sobre las olas, la pequeña embarcación montada por los dos compañeros. De cuando en cuando el Indio, acostumbrado á esta peligrosa navegación, dejaba los remos para tocar su instrumento, cuya inexplicable armonía llegaba hasta Lantejas.

Absortos en su singular preocupación, ni Costal ni Clara distinguieron á Cornelio escondido entre su hamaca en que no se atrevía á hacer movimiento alguno; sin embargo, el grito sofocado de una voz humana, llegó hasta sus oídos.

— ¿Ha oído Ud., Costal? — exclamó el negro.

— Si, como un grito; sin duda es ese pobre diablo de estudiante que nos llama. Pero ¿en dónde está? No veo sino una hamaca colgada entre dos tamarindos, allá lejos. ¡ Ah! él está dentro, ¡ caramba!

Costal dejó oír una formidable carcajada que el estudiante acogió como música del cielo. Lo habían visto, á no dudarlo, y elevó á Dios ferviente oración de gracias.

Clara participaba de la hilaridad del Indio, cuando una música de género bien diferente, heló la risa en sus labios.

— ¡ Otra vez! — murmuró con espanto oyendo gruñir por encima de la superficie de las aguas un trozo de coro modulado por los cuatro jaguares, apostados sobre la cabeza del estudiante.

El grito que exhalara, excitó los rugidos de los tigres á los cuales rugidos se mezcló también el silbido de las serpientes arrolladas á las ramas de los árboles.

— ¡ Es extraño! — dijo el Indio. — ¡ Esos rugidos parten del mismo lado que la voz de ese hombre! ¡ Eh! señor estudiante — gritó á Lantejas — ¿ está Ud. solo haciendo la siesta á la sombra de esos tamarindos?

El estudiante respondió á Costal con un grito ininteligible; hallábase incapaz de pronunciar una sola palabra, tal era y tan profundo el terror que paralizaba su lengua.

Su brazo tembloroso se levantó por encima de la hamaca para señalar al Indio los terribles huéspedes de sus dos tamarindos. La espesura del follaje que ocultaba los jaguares á la vista de Costal, hizo el gesto del estudiante tan poco inteligible como su grito.

— ¡ Poco á poco, por el amor de Dios! — dijo Clara, á quien el miedo hacía más prudente que á Costal. — Tal vez los tigres se han refugiado en esos tamarindos.

— Razón de más para ir á ver. ¿ Habríamos de dejar á ese pobre joven resfriarse en esa hamaca hasta que las aguas hayan escurrido?

Y diciendo estas palabras, Costal cogió los remos y remó hacia el estudiante, mientras que Clara repetía en tono lastimoso:

— Si estos son nuestros tigres de ayer, como me parece reconocerlos en los maullidos de los pequeñuelos, piense cuán furiosos deben hallarse contra nosotros estos animales.

— ¿ Y Ud. cree que no lo estoy yo contra ellos? replicó Costal sin dejar de remar.

Algunos golpes más de remo, le colocaron á distancia suficiente del estudiante para poderse formar idea de la crítica posición en que se hallaba.

Eran cerca de las siete de la mañana y el desgraciado teólogo había contado más de ocho mortales horas en aquella hamaca en que parecía acostado indolentemente como un sátrapa bajo aquel dosel de tigres y de serpientes de cascabel.

A través de las mallas de la red de la hamaca, seguía con mirada llena de ternura las maniobras del Indio. Le vió enseñar con el dedo á su compañero el extraño cuadro que presentaban los tamarindos. Después, en tanto que el negro veía con ojos espantados, don Cornelio oyó al Indio, incapaz de moderar los entusiasmos de su alegría, abandonarse á intempestivas carcajadas.

El estudiante no pensaba sin embargo en formalizarse, por más que le pareciese que su posición y el espantoso estudio de tigres á que se dedicaba tan involuntariamente desde el principio del día, no dieran tan amplio motivo de risa.

— ¿Si nos fuéramos para pensar lo que debe hacerse? — balbució el negro con voz mal segura.

— ¡Irnos para pedir consejo! — exclamó el Indio recobrando su seriedad. No puede haber dos partidos que tomar.

— Es verdad — replicó Clara, hay que tirar al grande; será tarea de un momento.

Entonces el Indio, con la misma sangre fría que había demostrado antes, arrojó los remos al fondo de la piragua y tomó la carabina para renovar el cebo.

— ¿Qué va Ud. á hacer? — preguntó el negro.

— ¡Apuntarle, caramba! respondió Costal; va Ud. á ver.

Y tomando otra vez los remos, se puso en línea recta por debajo de uno de los dos jaguares.

— Esté Ud. tranquilo, señor estudiante — dijo á Lantejas que se mantenía inmóvil y mudo de espanto.

Uno de los jaguares lanzó un rugido cuyos ecos resonaron é hicieron temblar de terror todos los músculos de Clara; luego, desgarrando con sus garras aceradas la corteza del tamarindo, abiertas las fauces y los labios

arremangados por encima de los agudos dientes, el animal fijó la vista sobre el hombre. Una mirada furiosa brotó de aquellas pupilas dilatadas; pero el cazador no sufrió la fascinación de aquellos ojos. Tranquilamente se acomodó para disparar; é hizo fuego. La bestia feroz cayó pesadamente en el agua cuya corriente la arrastró. Era el macho.

— ¡Rápido, Clara; un golpe de remos para alejarnos! Y al mismo tiempo desenvainaba un filudo puñal y se ponía en guardia.

Pero por más diligencia que hubiera puesto Clara á quien el miedo turbaba las facultades, ya no era tiempo.

La hembra, furiosa por la muerte de su compañero y llena de cuidado por sus cachorros, exhaló un corto y horrendo rugido, y olvidando su miedo, se lanzó de un salto por encima de la cabeza del estudiante y cayó como un rayo sobre la canoa.

La embarcación zozobró. Cazador, negro y jaguar desaparecieron en un instante entre el agua. Felizmente para el negro, el viejo pescador hendía el agua como un pez y en un abrir y cerrar de ojos se colocó entre él y el tigre con el puñal entre los dientes.

Los dos enemigos se midieron con los ojos: el hombre tranquilo y resuelto; el animal rugiendo de furor.

De repente el cazador se sumergió; y el tigre asombrado de la desaparición de su enemigo púsose á nadar en dirección al árbol en que había dejado á sus cachorros cuando se le vió revolverse cual si algún torbellino le atrajera, hundirse hasta la mitad, y luego reaparecer sin vida, con el vientre abierto y arrojando un hilo de sangre que alrededor del cadáver se mezclaba al fangoso color de las aguas.

El cazador reapareció á su vez; lanzó una mirada á su alrededor y nadó hacia la canoa que ya arrastraba la corriente. La alcanzó; y algunos instantes después, remontado ya en su barca puesta á flote, se dirigió hacia el estudiante.

Lantejas no se había aún repuesto de la sorpresa y de

la admiración que le causaran la audacia y la sangre fría de aquel desconocido, cuando, con el mismo cuchillo con que había despanzurrado al tigre, el Indio cortó el fondo de la hamaca para dar al estudiante fácil salida hacia la canoa.

— ¡Y las pieles de los tigres que Ud. deja irse! — exclamó Clara. ¡Por lo menos veinte pesos tirados al agua!

— ¡Y bien! corra tras ellas — respondió el Indio sacando á Lantejas más muerto que vivo, del fondo de su red de cuerdas.

— ¡Dios me libre! — exclamó el negro. — Las pieles ya no sirven. ¡Que vayan al diablo! Y vea, Costal, hágame el favor de remar hacia mí; no tengo muchas ganas de subir á la canoa bajo esos festones de serpientes de cascabel.

— ¿Ve Ud. á la *petilmetra*? — dijo el Indio dirigiendo la piragua hacia Clara que por poco la vuelca al montarla.

— ¡Jesús Dios! — suspiró don Cornelio recobrando al fin el uso de la palabra, mas con los sentidos aún tan turbados, que no se veía sino con algo de desconfianza entre aquellos dos desconocidos, rojo el uno y negro el otro, ambos chorreando agua y con el pelo cubierto de lodo amarillento.

— ¡Eh, señor estudiante! — replicó Clara — en tono de buen humor, ¿eso es todo lo que Ud. dice á Costal para darle las gracias por el servicio que acaba de prestarle!

— ¡Perdóneme Ud. ! ¡ Tenía tanto miedo! — respondió Lantejas, quien recobrado que hubo la tranquilidad de espíritu, comenzó con gran fervor á manifestar sus agradecimientos al tigrero, concluyendo por felicitarle por la suerte que tuvo de escapar á los peligros que acababa de correr.

— A fe que es verdad — replicó el Indio. Estoy bañado en sudor; y esa agua que viene de las montañas es tan fría, que fácilmente he podido atrapar una pleuresía.

El estudiante miró con cándido asombro á aquel hombre tan intrépido que creía que el único peligro que corrió durante la lucha en el agua con un animal furioso, fue el de una fluxión de pecho.

— ¿Pero quién es Ud.? — exclamó.

— El tigrero del señor don Matías de la Zanca, antes; ahora del señor don Mariano Silva.

— ¿Don Matías de la Zanca? — dijo el estudiante; es mi tío.

— Me alegro mucho. Sin embargo, si á Ud. le parece, no lo conduciré á su hacienda situada en las montañas, porque sería muy difícil llegar á ellas en piragua. Además Ud. ya no tiene caballo.

— Se lo habrá llevado la corriente; pero tengo buenas razones para no sentirlo.

— No diré lo mismo de mi escopeta que apenas falta una vez de cinco. Ud. comprende que no puedo abandonarla así en el fondo del agua; y con su permiso, señor estudiante, ahora que ya no estoy sudando...

Y diciendo estas palabras, el tigrero comenzó á desnudarse; y cuando se quitó el último trapo, se puso á examinar con atención el lugar en que la piragua había zozobrado y rogó al negro que remara hasta allí. Apenas Clara hubo remado un poco en la dirección conveniente, el Indio se lanzó cabeza abajo y desapareció bajo las aguas.

Transcurrió un espacio de tiempo que á los dos espectadores pareció prodigiosamente largo, antes de que el Indio reapareciera. El hervor del agua indicaba las activas diligencias que hacía en busca de su incomparable escopeta. Al fin apareció la cabeza por encima de la superficie temblorosa del lago; y viósele nadar hacia la piragua con una mano, mientras sostenía en la otra el arma de que el Zapoteca hiciera tan pomposo elogio, elogio tan justamente merecido.

Mientras tanto, el tiempo había transcurrido; y ya quemaba el sol cuando el negro, el estudiante y el Indio, tomaron de nuevo el camino, ó mejor dicho, la dirección de la hacienda de Las Palmas.

Ya en camino, don Cornelio interrogó á sus dos libertadores sobre las causas que les habían conducido hacia él.

— Fué un caballero que parecía muy precisado por llegar á la casa de don Mariano — dijo Costal — el que nos envió hacia Ud. á los tamarindos. Falta saber si él ha tenido tanta suerte como Ud. y si ha escapado á la inundación. Sería una lástima que no hubiera podido llegar á tiempo á la hacienda, porque es un joven valiente y son tan pocos los valientes!

— ¡ Dichosos los que lo son! — dijo el estudiante.

— ¡ Vamos! — aquí está Clara que no teme á los hombres y que tiene miedo á los tigres como un niño.

Aunque el primitivo furor de las aguas se hubiese aplacado, no por eso era fácil remontar la corriente en una pequeña piragua como la que llevaba á los tres navegantes. Las olas aún estaban recias; y era preciso gran cuidado para evitar el choque con los árboles que rodaban, así como con aquellos cuyas raíces permanecían inmóviles bajo el agua.

Era casi medio día cuando á través de la verde copa de las palmeras parecidas á ramos de verdura cuyos troncos se bañaban en el lago inmenso, apareció el campanario de la hacienda de Las Palmas; luego, el mismo edificio pareció surgir poco á poco del seno de las aguas. Don Cornelio se regocijó ante aquella vista, porque el hambre le devoraba y la abundancia estaba detrás de aquellos muros.

De repente los sonidos claros de una campana que parecía invitar al refectorio, llegaron hasta sus oídos en alegres bandadas, como el canto de los pájaros. Era el *Angelus* del mediodía.

Al mismo tiempo dos barcas con distinta carga, se ofrecieron á las miradas del estudiante.

La primera llevaba dos remeros, un caballero en traje de camino y una mula ensillada y enfrenada.

En la segunda se hallaba sentado don Mariano con sus dos hijas cuyas cabezas cubrían espesas coronas de

claveles rojos y flores de granado y cuyas delicadas manos manejaban los remos, siguiendo el uso del país; y en séguida, en fin, al lado de don Mariano, don Rafael Tres Villas.

Las dos barcas se dirigían hacia las montañas que limitaban la llanura sumergida del lado del norte; y bien pronto, la que llevaba al caballero y á su mula, tocó la orilla. La mula saltó después del caballero, quien dijo adiós con la mano á los que habían ido á acompañarlo, montó y alejóse á los gritos varias veces repetidos de:

— ¡ Adiós, adiós, señor Morelos!

Antes de que la segunda barca tomase otra vez la dirección de la hacienda y la de Costal siguiera la misma ruta, el estudiante de Teología pudo apreciar bien su gracioso aspecto y la belleza de las que la montaban.

Los tapices de damasco de seda punzó de que se hallaban cubiertos los bancos de la pequeña chalupa se replegaban sobre sus bordas y se reflejaban en tonos purpúricos sobre la amarillenta superficie de las aguas. Hundiendo en el lago su remo pintado de diversos colores, doña Marianita dejaba caer á su alrededor una lluvia de claveles y de flores de granado desprendidas de su cabellera, en tanto que, bajo la sombra de su corona de púrpura, doña Gertrudis lanzaba de cuando en cuando tiernas miradas al oficial sentado al lado de su padre.

— Señor don Mariano, este es un huésped que conduzco á su señoría, dijo Costal designando á don Cornelio Lantejas.

— Bien venido sea respondió don Mariano.

Y bien pronto saltaron todos á tierra, frente á la puerta de la hacienda, sobre el talud que batían las ondas.

CAPÍTULO VII

EL AMOR EN LOS TRÓPICOS

Don Luis Tres Villas, padre de don Rafael, aunque español, fué uno de los primeros en comprender la necesidad de otorgar á los criollos mexicanos las concesiones que les había acordado don José Iturrigaray en interés de la misma España. Así pues, había aplaudido las medidas liberales tomadas por el virrey á cuyo servicio se había dedicado; y cuando la ejecución de tales medidas causó su caída, don Luis, pensando con razón que este desastre rompería para siempre los lazos que unían á los criollos con los españoles, envió su dimisión de capitán de la guardia de Iturrigaray y se retiró á su hacienda del Valle.

Se hallaba situada esta hacienda al dorso de las colinas á cuya base se elevaba la de don Mariano Silva. Los dos se habían conocido en México; y la vecindad hubo de estrechar los vínculos de una amistad pasajera.

Tan pronto como estalló la insurrección de Hidalgo, don Luis se apresuró á enviar un mensaje expreso á su hijo para ordenarle que fuese á su lado. Don Rafael había obtenido licencia; y obedecía las órdenes de su padre cuando se encontró con el estudiante, como hemos visto en el primer capítulo. Sin embargo, no creía faltar á la

obediencia filial pasando un día ó dos en la hacienda de las Palmas á donde se dirigía entonces.

Durante dos ó tres meses que don Mariano había pasado en México, en el curso del año anterior, el joven oficial bosquejó con doña Gertrudis (Marianita se había quedado en Oaxaca en casa de uno de sus parientes cercanos) uno de esos sueños de amor á los cuales la conformidad en las edades, la igualdad de fortuna y de posición social, las conveniencias todas, en una palabra, no tardarían en conducir á la prosaica realidad del matrimonio. Una brusca ausencia obligada por las exigencias del servicio militar, durante la cual también don Mariano dejó repentinamente á México, había sido el único impedimento para la realización de aquel desenlace.

Es verdad que don Rafael no había declarado su pasión formalmente á quien era el objeto de ella; pero se había atrevido á esperar que la joven le hubiese comprendido suficientemente y que quizás acogiera su declaración sin enojo. Por lo demás, no se había abierto con don Mariano, pues no creía deber hacerlo sin el consentimiento de doña Gertrudis.

Poco á poco, cuando se halló lejos, el recuerdo de los indicios favorables que había creído notar en ella, se debilitaba á medida que crecía la impresión de su belleza que á su fantasía llegaba adornada con los seductores colores del prisma de la distancia; y tembló de haber sido demasiado presuntuoso. Muy pronto pasó de la duda cruel á la certidumbre más cruel aún: la de no ser amado. Don Rafael quiso olvidar el recuerdo de Gertrudis diciéndose que jamás la había amado. Entonces notó el imperio sin límites que la joven ejercía sobre él, cayendo lejos de ella en una profunda melancolía.

En estas disposiciones de espíritu sorprendió al joven oficial el primer grito de independencia lanzado por Hidalgo. Imbuído en las ideas liberales que le transmitiera su padre, las que llevaba á más alto grado; conociendo además el ardor apasionado con que don Mariano y su hija acogieron la esperanza de emancipación y bien

seguro de la aprobación de los tres, resolvió, en su negra pena, ir atrevidamente á ponerse bajo la bandera de la insurrección y hacerse romper la cabeza en el primer encuentro que se verificase entre las tropas reales y las independientes, libertándose así de una existencia que era para él pesada carga.

Felizmente el mensajero enviado por su padre sorprendió á don Rafael en los momentos en que iba á emplear este torcidísimo medio de llegar á la posesión de la que amaba tan tiernamente. Para decirlo de paso, aquel mensaje simplemente ordenaba al oficial reunirse á su padre para transmitirle cosas demasiado importantes para confiarlas al papel ó trasladárselas por boca de un criado.

Dados los antecedentes de su padre, no dudó don Rafael que si le ordenaba ir á su lado, era para comprometerlo á ofrecer su brazo á la causa de la independencia mexicana.

Este mensaje de tan misteriosa significación colocó al oficial en el camino del sentido común y vió en el viaje que se le obligaba emprender, un medio muy natural de sondar las disposiciones del corazón de doña Gertrudis, haciéndole saber el estado del suyo. Después, renunciando á las ideas caballerescas que le impidieron en México abrirse á don Mariano sin el consentimiento de su hija, resolvió declararle ante todo, su pasión por Gertrudis, deseando mejor, en suma, deber á la obediencia filial la posesión de la mujer sin la cual no podía vivir, que renunciar á esa posesión tan ardentemente ansiada.

Se concibe ahora con qué impaciencia febril don Rafael devoró las cien leguas que separan á México de Oaxaca; y cómo, por temor de llegar un día después, prefirió correr el riesgo de perecer, ganando la misma tarde la hacienda de las Palmas.

¿Hay necesidad de decir que de antemano había calculado todas las jornadas; y que, al enviar á su padre el mensajero que recibiera, le había encargado de decir, al pasar por la hacienda de don Mariano, el día y casi la

hora en que llegaría á pedirle hospitalidad por una noche y un día? Sin saber la importancia que don Rafael daba á esta visita, don Mariano la concedió como una cortesía debida al hijo de su vecino de campo y de su amigo.

En cuanto á los sentimientos de doña Gertrudis, ya nada tenemos que decir. ¿Qué no hubiera dado don Rafael por conocer el secreto gusto con que se le esperaba y el ardor de los votos que elevaran en su favor á causa del terrible peligro á que acababa de escapar?

Hacia poco que la insurrección había penetrado en Oaxaca, cuando él llegó á ese Estado. En el momento en que se mostró tal cual era, Hidalgo envió agentes á todas las provincias para sublevarlas al mismo tiempo que la de Valladolid. Los que llegaron á Oaxaca, eran dos campesinos llamados de López y de Armenta; pero ambos fueron presos por las autoridades españolas, y ejecutados; y sus cabezas se expusieron, para escarmiento de los insurgentes, en el camino real de Oaxaca.

No por eso dejó de estallar el movimiento de insurrección; y á pesar de tales medidas de rigor otro campesino de nombre Antonio Valdés, se puso á la cabeza con todos los hombres que pudo reclutar en los campos. Ya la sangre de los españoles que cayeron en sus manos, había corrido en varias ocasiones: Valdés los sacrificó sin piedad.

No tenemos necesidad por ahora, de escudriñar el pasado de nuestros diversos personajes; y tomamos de nuevo el relato de los acontecimientos á medida que van desarrollándose ante nuestra vista.

Eran las cuatro de la tarde y acababa de concluir la comida cuando llegó aquel mismo día don Cornelio Lantejas á la hacienda de las Palmas.

En su salón del piso bajo, adornado muy simplemente con algunos muebles de manufactura española, y al cual daban acceso dos grandes puertas que se abrían hacia un vasto jardín cultivado de granados y de claveles, se hallaban reunidos casi todos los huéspedes y habitantes de la hacienda.

Sólo el estudiante de Teología y Marianita se hallaban ausentes.

El primero, recordando ahora que se hallaba en completa seguridad, la espantosa noche pasada bajo una corona de tigres y de serpientes de cascabel y los riesgos no menos terribles que había corrido mientras Costal trabajaba por libertarlo, se había dejado atacar por un acceso de fiebre que le retenía en el lecho.

La segunda, Marianita, con el pretexto de dar un vistazo al valle convertido en enorme lago; pero en realidad para ver si aparecía á lo lejos la barca de don Fernando, se impacientaba en la terraza, al espectáculo del inmenso llano inundado y desierto, en el cual solamente volaban gritando las aves de rapiña.

Don Mariano, con la doble tranquilidad de espíritu de los propietarios cuyas riquezas aseguran el porvenir, por lo menos según los sucesos ordinarios de la vida, y del hombre á quien la edad aparta del yugo de las pasiones juveniles, fumaba su cigarro abandonándose á las oscilaciones de una silla mecedora de cuero. A su lado se hallaba una mesa en que, en tazas de Filipinas, humeaba el café que los españoles llaman café de siesta por anti-frasis sin duda, pues corrientemente es de calidad tal que pone en fuga al sueño durante veinticuatro horas.

De pie, á la entrada del jardín, don Rafael, tranquilo en apariencia, pero con el corazón conmovido á la idea de la conversación que iba á provocar, ya confiado, ya temeroso, parecía contemplar con la atención de un naturalista, las palomas torcaces que volaban haciendo evoluciones en la cima de los árboles.

Gertrudis con la cabeza inclinada y también tranquilo el rostro, se ocupaba en bordar una de esas grandes bandas de batista blanca que los caballeros mexicanos dejan flotar sobre sus hombros, como las capuchas blancas de los árabes, para amortiguar el ardor de los rayos del sol.

A despecho de la aparente tranquilidad de la actitud del hacendado, una sombría nube pasaba á veces sobre su frente; y el rostro de don Rafael, pálido y cuidadoso

por intervalos, desmentía también de cuando en cuando, el aire distraído que afectaba.

Gertrudis no estaba tampoco más tranquila. Una voz secreta le decía que don Rafael iba á hablar al fin: ya esta voz cantaba á sus oídos un vago preludio de amor, y sin embargo, ocultaba los estremecimientos repentinos de su sangre criolla y los rápidos temblores que subían de su corazón á sus mejillas bajo esa máscara de serenidad femenina que el ojo de un hombre no sabría penetrar.

Un solo personaje presentaba una actitud en armonía con sus pensamientos: era Valerio Trujano, el muletero.

Con el sombrero en la mano y de pie delante del hacendado, venía á pedirle permiso y á darle las gracias por la hospitalidad que había encontrado bajo su techo.

A la libertad de maneras y de lenguaje, típica en las clases inferiores de toda la América Española, se unía en el arriero, un aire de austeridad imponente de que, solamente los ojos, á su voluntad, atemperaban la rígida expresión. A despecho de su posición social (no era republicana entonces la Nueva España), Valerio Trujano no era un huésped vulgar ni para don Mariano ni para su hija. Independientemente de la reputación de probidad sin tacha, de la piedad profunda de que gozaba en todo el país, la generosidad y la sangre fría que había demostrado olvidándose de sí mismo en un momento de peligro terrible, para auxiliar á don Rafael, le habían conquistado la estimación y el reconocimiento de los habitantes de la hacienda.

Aunque el oficial de dragones hubiese pagado su deuda arrancándole á su vez de una muerte cierta cuando las aguas lo arrastraban, nadie aminoraba el mérito del arriero; y doña Gertrudis mezclaba en sus pensamientos amorosos, oraciones para aquel á quien ella consideraba con justicia, como el salvador de don Rafael.

El hombre á quien el sitio de Huajapam debía inmortalizar más tarde, tenía entonces cosa de cuarenta años; pero en el momento en que le hallamos, la finura de sus

facciones y su negra y abundante cabellera le daban un aspecto mucho más joven aún.

— Señor don Mariano — dijo Valerio — vengo á rogarle que reciba mis agradecimientos y mi adiós.

— ¡Y qué! ¿Tan pronto nos deja Ud.? — exclamaron á un tiempo el hacendado, Gertrudis y don Rafael.

— El hombre que vive de su trabajo no se pertenece, señor don Mariano; cuando su corazón le lanza á la derecha, las necesidades de la vida le arrojan á la izquierda. El hombre endeudado, se pertenece menos todavía.

— ¿Debe Ud. entonces una suma muy considerable? — dijo vivamente don Rafael avanzando hacia él con la mano tendida. — ¡Diga y cualquiera que sea la suma!...

— Eso sería un mal medio, prestar al uno para pagar al otro — dijo el muletero sonriendo — porque yo no aceptaría sino un préstamo. No es por orgullo sino por deber: no se ofenda Ud. No, no, la suma no es considerable... algunos cientos de pesos; y puesto que Dios quiso que mis mulas encontrasen un asilo contra la inundación en casa de don Mariano, voy á tomar de nuevo por la montaña el camino de Oaxaca donde el dinero que obtendré de la venta de mi recua, me dejará enteramente libre de la deuda; así lo espero.

— ¡Qué! — exclamó don Mariano, ¿Va Ud. á vender su modo de ganar el pan para pagar?

— Si, por ser mío y para ir adonde mi vocación me llama — respondió sencillamente el muletero. — Ya lo habría hecho si hasta hoy mi vida no hubiese pertenecido á mis acreedores y no á mí. No tenía el derecho de exponerla.

— ¡Exponer su vida! — dijo Gertrudis con dulce acento de interés.

— He visto las cabezas de López y de Armenta en la cima de la cuesta de San Juan del Rey. ¿Quién sabe si la mía no estará pronto con las suyas? Hablo aquí con el corazón abierto, como delante de Dios, porque un huésped no descubre sino á Dios los secretos que se le confían.

— Sin duda — replicó don Mariano con la hospitalaria

sencillez de las edades primitivas. Pero aquí todos somos partidarios de la independencia del país y hacemos votos por los que quieren libertarlo.

— Haríamos mejor ofreciéndoles nuestro brazo para sostenerlos — dijo Tres Villas á su vez — es el deber de todo hombre que puede manejar una espada y montar un caballo de batalla.

— ¡Que todos cuantos levanten su brazo en favor de España — exclamó Gertrudis con los ojos brillantes de fogoso entusiasmo — sean cubiertos de infamia y de vergüenza! ¡Que no encuentren un techo que les acoja ni una mujer que les sonría! ¡Que el desprecio de los que aman sea el premio para los traidores á su patria!

— Si todas las jóvenes bellas como Ud. piensan así, replicó Trujano, nuestro triunfo no se hará esperar. ¿Quién no se sentirá feliz de desenvainar la espada por una sonrisa de su hermosa boca y una mirada de sus lindos ojos?

Y diciendo estas palabras, el arriero miró al capitán de los dragones de la reina para significarle que no tenía el atrevimiento de atravesarse en su camino. Gertrudis por su parte, bajó la cabeza, feliz por el homenaje rendido á su belleza delante del hombre por el cual le importaba ser bella.

Trujano continuó:

— ¡Dios y Libertad! ¡He aquí mi divisa! Si hubiese estado libre para abrazar antes la causa de mi patria, lo hubiera hecho, aunque no fuese sino para evitar los excesos que principian á manchar su santidad. Ud. lo sabe, señor don Mariano.

— Sí — replicó el hacendado á quien tales excesos causaban tan profundo disgusto, que no contribuían poco á amontonar las nubes que ya hemos hecho notar sobre su frente.

— Ya ha corrido la sangre de españoles inocentes — continuó el muletero — y el único sostén hasta aquí en la provincia, de la santa causa de la emancipación de la Nueva España, ese miserable de Antonio Valdés...

— ¡Antonio Valdés! — exclamó don Rafael interrumpiendo á Trujano. ¡Qué! ¿El vaquero de don Luis Tres Villas, mi padre?

— El mismo — contestó don Mariano con zozobra. — ¡Plegue á Dios que recuerde que su amo, siempre estuvo lleno de humanidad para él!

— ¿Cree Ud. entonces que mi padre, cuyas ideas liberales no son un misterio para nadie, pueda correr algún peligro? — exclamó el oficial alarmado.

— No, sin duda.

— ¿Cuántos combatientes tiene este hombre, este Valdés, bajo sus órdenes, don Valerio? — preguntó don Rafael.

— Se decía que unos cincuenta; pero sus tropas deben habérselo engrosado con muchas gentes de los campos que sufren más que las otras la opresión española.

— Señor don Mariano — dijo el oficial con voz conmovida — era preciso nada menos que una noticia semejante para hacerme abreviar los momentos en que era tan feliz estando en esta casa.

Con ese heroísmo del corazón de la mujer, doña Gertrudis sofocó un grito de angustia próximo á exhalarse de sus labios á la noticia de aquella precipitada partida; y con sus grandes párpados abatidos, escondió la nube de desaliento que empañó de repente su mirada.

— Cuando un padre está amenazado — continuó don Rafael — aunque no corra más que el riesgo de serlo, ¡el lugar de un hijo está cerca de él! ¿No es así, doña Gertrudis?

— ¡Sí! — respondió la joven con voz baja pero firme.

Hubo un instante de silencio durante el cual un negro presentimiento se apoderó de los cuatro personajes reunidos en el salón. La guerra civil principiaba ya á hacer sentir su huracán homicida.

Trujano rompió el silencio. Sus ojos brillaron con una llama de inspirado, como en otros tiempos los de los profetas á quienes visitaba el Espíritu de Dios.

— Esta mañana — dijo — un humilde servidor del Altísimo, un padre obscuro de un pobre lugarejo, no ha dejado para ir á ofrecer á los insurgentes los socorros de sus oraciones; ahora, otro instrumento no menos humilde, pide permiso para ir á ofrecer su brazo y su sangre. Ruegue por ellos, bella y santa madona, continuó dirigiéndose á Gertrudis conmovida ante esta exaltación religiosa y poética que formaba el fondo de su carácter — y quizás el Señor se dignará aún demostrar que es del seno del polvo de donde se complace en hacer surgir el brazo que depone á los poderosos de sus tronos.

Y diciendo estas palabras, Valerio Trujano estrechó respetuosamente las manos que se le tendían y salió del salón acompañado de don Mariano Silva.

Tal vez éste tenía sus razones para dejar solos durante algunos instantes á su hija y á don Rafael cuya partida se verificaría pronto.

La voz de los muleteros que acababan de aparejar las bestias de carga para la marcha del arriero, llegó apenas á los oídos de doña Gertrudis y de don Rafael, tan emocionados el uno como la otra de la repentina soledad en que se hallaban por primera vez desde la llegada del oficial á la hacienda de Las Palmas.

El sol doraba las copas de los granados llenos con los arrullos de las palomas torcaes; y la brisa tibia que acariciaba los árboles del jardín, llevaba hasta el salón los perfumes de mil diversas flores. El momento era decisivo, solemne. Feliz y temblorosa al mismo tiempo ante las palabras de amor que presentía, Gertrudis, como las palomas que para dormir esconden su cabeza bajo las alas en las copas de los árboles, recogió sobre su rostro los pliegues de su rebozo de seda.

Un dulce estremecimiento, esta vez más fuerte que su voluntad, hacía temblar sus manos sobre el bordado que hacía, el cual colocó sobre una mesa que estaba á su lado para que don Rafael no notase la turbación de que era la causa.

Era el último esfuerzo, la tentativa última de resis-

tencia del púdico orgullo de la virgen antes de confesarse vencido.

— ¡Gertrudis! — exclamó don Rafael imponiendo silencio á las palpitations de su corazón; ¡he hablado á su padre! ¡Oh! se lo suplico; ¡que este último instante que voy á pasar cerca de Ud., se consagre todo él á las explicaciones sin reticencias, sin ambages!

— Se lo prometo; ¿pero qué misterioso secreto ha dicho Ud. á mi padre? — respondió la joven con dulce acento de chanza.

— Le he dicho que traje aquí un corazón lleno por Ud.; que la orden de mi padre que me llama, fué para mí como un mensaje que me convidó á la dicha porque me aproximaba á Ud.; he dicho que he devorado con febril impaciencia la distancia sin fin que acabo de recorrer y que por verla una hora antes, he oído sin conmoverme los aullidos de los jaguares á mis lados y los rugidos de las aguas delante de mí.

Don Rafael se detuvo; y Gertrudis le escuchaba aún como una melodía que hubiera querido oír siempre.

— Y cuando Ud. dijo á mi padre que Ud... me amaba — continuó ella después de un momento de silencio — ¿no se manifestó asombrado por esta inesperada revelación?

— No — dijo el oficial.

— Es que yo ya se lo había dicho — replicó la joven con una sonrisa no menos dulce que su voz. ¿Y qué ha respondido mi padre?

— « Mi querido don Rafael — me ha dicho — yo vería « con gusto que mi familia se uniera á la suya; tendría « dos hijos y Ud. sería el más querido. Pero... esto no « podría ser sin el consentimiento de Gertrudis, sin el « beneplácito de su corazón y he visto que ese corazón « no se abre para Ud. » ; Tal es la sentencia terrible que he oído de su boca! ¿La confirmará la de Ud., Gertrudis?

La voz de don Rafael temblaba; y ese temblor del hombre enérgico que no sabe temblar ante la muerte,

era demasiado delicioso al corazón de Gertrudis para que ella se apresurase á ponerle término.

A la respuesta dada por su padre á don Rafael, la púrpura de sus labios se hizo más viva, pues los apretaba para no sonreír; pero bien pronto tomó un aire de gravedad que asustó más aún al oficial.

— Don Rafael — dijo Gertrudis — Ud. ha hecho un llamamiento á mi franqueza y si le hablo con el corazón en la mano, como hablaría á mi madre, ¿jura Ud. no hacer un crimen de una sinceridad que corre el riesgo de parecerle sin remedio?

— ¡Lo juro, Gertrudis! Hable sin rodeos aunque su franqueza haga pedazos este corazón tan lleno de Ud. — respondió Tres Villas fijando sus miradas ardientes sobre la joven.

— Pero con una condición; y es que mientras hablo, Ud. fijará los ojos sobre las copas de esos árboles que están allá lejos; de otro modo, Ud. correría el riesgo de no oír cosas que... en fin, una confesión... tal como Ud. la quiere...

— Trataré de hacerlo, replicó don Rafael levantando los ojos hacia las cimas de los árboles como para estudiar las costumbres domésticas de las palomas torcaces que seguían volando por encima.

Gertrudis comenzó con voz tímida y temblorosa á su vez:

— Un día, dijo — hace mucho tiempo de eso — una joven hizo un voto á la Virgen para salvar de un peligro inminente á un hombre de que se creía amada. ¿Era querido ese hombre, en concepto de Ud.?

— Eso, según la naturaleza del voto, respondió el oficial.

— Va Ud. á verlo. Esa joven prometió á la Virgen que si el hombre que la amaba, escapaba del espantoso peligro, se haría cortar por él, sobre su cabeza... ¡oh! si Ud. me mira así, no podré continuar... ella se haría cortar por él, sobre la cabeza, la larga cabellera que tanto gustaba á su apasionado. ¿Era muy querido ese hombre, don Rafael?

— ¡Oh! ¿Quién no sería feliz de serlo así? exclamó don Rafael con ardor y lanzando á Gertrudis una mirada que penetró hasta el fondo de su alma.

— No he concluido — dijo ella temblando. — Mire hacia arriba ó no oirá Ud. el final de mi historia y eso tal vez... no le agradaría. Cuando la joven, que no vaciló en sacrificar por ese hombre su cabellera objeto de su constante cuidado, aquellas largas trenzas que rodeaban su cabeza como una diadema de reina y que,... tal vez eran lo único que la embellecía á sus ojos; cuando esa pobre muchacha los corte... los haya cortado quiero decir ¿cree Ud. que su amante... míreme ahora don Rafael, se lo permito,... cree Ud. que la amaré siempre?

Don Rafael se volvió impetuosamente, no porque entreviese aún la verdad, sino porque el acento de melancolía y de dicha de Gertrudis le había hondamente conmovido.

Una lágrima de ternura, una lágrima de envidia por la suerte de ese desconocido tan tiernamente amado, brillaba en sus ojos, cuando respondió:

— ¡Oh Gertrudis! No es con amor con que se pagaría semejante sacrificio; y por bella que fuese. esa joven, es ahora más bella que un arcángel á los ojos de su adorador.

Gertrudis apoyó la mano sobre su corazón para contener la ola de felicidad que lo invadía.

— ¡Bien! dijo ella con voz desfalleciente; tengo necesidad de que... por la última vez eleve Ud. los ojos al cielo: vamos á dar gracias.

Mientras don Rafael obedecía, Gertrudis dejó caer el velo sobre los hombros; sus dedos desprendieron de la peineta la corona que formaban sus dos largas trenzas, orgullo de su belleza; y tomando las tijeras de la mesa y ocultando con una mano el rubor encendido de sus mejillas mientras con la otra levantaba el instrumento fatal que debía realizar el sacrificio:

— ¡Rafael! — dijo con voz que resonó en el oído de su amante como la voz de un ángel, ¡cumpla Ud. mi voto, cortando estas dos trenzas de mi cabeza!

— ¡Yo! — exclamó aturdido á la vista de aquella encantadora mano que le tendía las tijeras para cortar aquel pelo que se retorció en el piso en negros anillos. ¡Yo!

— Los he prometido á la Virgen santísima por su salvación ayer tarde — replicó la joven siempre inclinada. ¿Comprende Ud. ahora Rafael, mi adorado Rafael?

— ¡Oh Gertrudis! Ud. debía, por piedad, haberme preparado más dulcemente para tanta dicha! — exclamó don Rafael con una emoción casi dolorosa, más elocuente que todas las protestas de amor que hubiera podido hacer. ¡No importa! ¡Soy muy feliz! — agregó para tranquilizar á la joven asustada.

Y luego, arrodillándose ante ella, tomóle una mano que no se le esquivó y que con todo gusto hizo la mitad del camino para juntarse temblando á su boca.

— ¿Es culpa mía — continuó Gertrudis dejando á don Rafael enrojecer el raso de su mano bajo la presión de sus labios — si los hombres no saben nunca comprender á medias palabras? Después de un largo cuarto de hora, me siento avergonzada por no haberme hecho adivinar y no haber encontrado cómo prepararlo para eso que Ud. llama su dicha...

Luego, dejando aquel tono festivo: — He hecho un voto, Rafael y le toca á Ud. realizarlo.

— ¿Por qué este voto? exclamó el oficial.

— No tenía nada más precioso á mis ojos que ofrecer á cambio de su vida — replicó Gertrudis con adorable sencillez; la mía tal vez! ¡No he tenido valor para ello! Tenga estas tijeras, Rafael.

— Pero jamás acabaré con este débil instrumento — replicó Tres Villas para ganar tiempo.

— ¡Vamos Rafael! ¿Debe Ud. quejarse de que el trabajo dure mucho tiempo? — dijo Gertrudis inclinando hacia el oficial, aún de rodillas ante ella, su encantadora cabeza que rozó la suya. ¡Tome las tijeras, le digo!

Don Rafael las tomó con mano temblorosa, como el leñador que, ya con el hacha levantada para herir, se

compadece por la suerte del rey de la selva que debe derribar. Gertrudis quiso sonreír para infundirle valor ; pero en el momento de ver rodar bajo el filudo acero aquella opulenta cabellera tan amorosamente alisada cada mañana y cuyos haces esparcidos podían cubrirla como un velo, la pobre niña no pudo evitar que una lágrima acompañara á su pálida sonrisa.

— ¡Un instante aún! dijo coloreándose sus mejillas de un rojo más encendido que el de la granada. — Mi Rafael, yo había soñado muchas veces, como una felicidad suprema, enlazar con estas pobres trenzas, al hombre que yo amara algún día ; y...

Y antes de que ella concluyese, don Rafael besó ardientemente aquellas trenzas perfumadas que acababan de ceñir el cuello de Gertrudis.

— Ya estoy lista — dijo ella.

Pero don Rafael no se daba prisa por desatar los dulces lazos que le envolvían con sus pliegues ; y cuando con dulce violencia Gertrudis hubo puesto en libertad á su cautivo :

— ¡Jamás tendré este espantoso valor! exclamó él arrojando con fuerza las tijeras que se hicieron astillas contra las loças.

— ¡Es preciso Rafael ; es preciso ! ¡Dios me castigaria ! ¡Quizás me castigaría arrebatándome su amor !

— ¡Más tarde cumpliremos este voto fatal ! Yo no suplico sino retardar su cumplimiento. ¡A mi regreso, Gertrudis, por favor !

Las instancias apasionadas de don Rafael obtuvieron una prórroga cuyo término se fijó para el día de su regreso, que debía verificarse tres días después, tan pronto como se hallase tranquilo acerca de la suerte de su padre.

De repente Gertrudis se levantó precipitadamente como un cervatillo que abandona su guarida perfumada de helechos, á los primeros sonidos del cuerno de caza.

— ¡Oigo ruido ! — exclamó. — ¡Es mi padre ! — En un abrir y cerrar de ojos la joven reparó el desorden de

su peinado ; pero cuando su padre entró seguido de su hermanita, no se había aún borrado de sus mejillas ni escondido de sus ojos, la llama de felicidad radiante que los incendiaba.

— ¡Ah ! exclamó aturdidamente Marianita — mi pobre hermana tiene todavía sus hermosos cabellos arrollados á su cabeza !

— ¡Cómo ! dijo el hacendado sorprendido y asustado á la vez. ¿ Ha pensado Gertrudis en cortarse la cabellera ?

— ¡No es nada, padre mio ! replicó Gertrudis arrojándose en los brazos de don Mariano ; esta loca de Marianita... Luego añadió entre dos besos : que hace alusión á lo que Ud. adivinó tan bien... ¿ Sabe Ud. , padre mio ?

— Pero, niña mía, yo he adivinado muchas cosas en mi vida — replicó don Mariano que no adivinaba aquello ; pues me precio de cierta perspicacia.

— ¡Pues bien ! lo que dice Marianita — continuó Gertrudis — se refiere... á la perspicacia con que Ud... había adivinado que yo no amaba á don Rafael...

Y diciendo estas palabras, Gertrudis ocultó su rostro en el seno de su padre, no sin haber lanzado una mirada de inefable ternura á don Rafael que creía soñar despierto y temía á cada instante que una palabra, una nada llegase á disipar aquel sueño encantador.

— Es decir entonces — dijo don Mariano con alegría — que Gertrudis...

El hacendado no concluyó : un estremecimiento de la hija que estrechaba en sus brazos y un grito de Marianita le interrumpieron ; y resonó en sus oídos al mismo tiempo que un ruido de fusilería, allá en la cima de las colinas que estaban detrás de la hacienda.

Todos escucharon asustados ; don Rafael más aún que las dos mujeres porque la demasiada felicidad enerva el corazón de un hombre. El más profundo silencio reinó después de aquella súbita detonación que llevó al alma de los asistentes, el mismo terror que hubiese producido el graznido de un milano entre las palomas que ya con la cabeza bajo el ala, dormían en las copas de los árboles.

CAPÍTULO VIII

HAZ LO QUE DEBES, SUCEDA LO QUE PUEDA

Don Mariano, el oficial de los dragones de la reina, y las dos hermanas se precipitaron fuera del salón, presas de un negro presentimiento.

Desde el patio de la hacienda, donde se agrupaban ya las gentes de la casa, la vista llegaba sin obstáculos hasta la cima de las colinas; y un doloroso espectáculo se ofreció á los ojos de todos.

En la extremidad superior del camino que conducía de la hacienda de Las Palmas á la del Valle, un caballo y su jinete, ambos en apariencia mortalmente heridos, yacían el uno al lado del otro; el hombre haciendo esfuerzos por levantarse sin poderlo conseguir, y el caballo en la más completa inmovilidad.

— ¡ Pronto ! exclamó don Mariano, que vayan por ese desgraciado en una litera para traerlo aquí.

— Querria que mis ojos se engañaran, — dijo el oficial, cuyo pálido rostro denotaba una profunda inquietud, — y no creer que ese pobre hombre es el viejo Rodríguez, el más antiguo de los servidores de mi padre.

La cabeza del herido estaba cubierta, en efecto, de cabellos canos.

— Ese nombre de Antonio Valdés, continuó don

Rafael, me recuerda no sé qué historia, vieja ya, de un castigo infligido á ese hombre; y ese recuerdo confuso hace nacer en mí un presentimiento horroroso. ¡ Se recuerdan tantas cosas en la guerra civil ! ¡ Ah ! Señor don Mariano, agregó tendiéndole la mano, ojalá que tanta dicha...

Rafael no pudo concluir; devorado por esa impaciencia que hace siempre correr al encuentro de la desgracia, el oficial sin poderse dominar, se lanzó hacia la puerta que se abría hacia el camino de las montañas, y precedió en el sendero á las gentes de la hacienda que ya se habían puesto en marcha con una litera.

Después de algunos instantes, don Rafael no dudó que aquel hombre fuese el que él llamaba Rodríguez; y cuando llegó cerca del herido, adquirió de ello la completa certidumbre; pero, aunque su corazón saltaba de impaciencia, le fué preciso reprimir por algunos instantes su ardiente curiosidad.

Agotado por la pérdida de sangre y por los esfuerzos que había hecho para levantarse, el viejo Rodríguez acababa de perder momentáneamente el conocimiento.

— Esperad, dijo el oficial á los hombres que se preparaban á ponerlo en la litera; este pobre diablo no podría soportar la fatiga del camino; toda su sangre brota por esta herida.

Tendido sobre el costado, el hombre dejaba ver en el vestido que le cubría una desgarradura manchada de sangre abierta por una bala entre los dos hombros.

Don Rafael había ganado sus dos galones en las guerras sangrientas con los indios salvajes del Norte y del Oeste. Había visto la muerte del soldado en todas sus fases, y las heridas más horrosas. Su experiencia le puso en condiciones de prodigar los primeros auxilios al moribundo. Restañó fuertemente con su pañuelo el orificio de la herida, y la sangre cesó de correr al ser vendada con su cinturón de crespón de China; pero era evidente que, á pesar de sus cuidados, si el herido recobraba por un instante el conocimiento, no por ello su

suerte sería menos fatal. Por eso fué que antes de arriesgar la conducción del herido hasta la hacienda, trayecto en el cual podría el moribundo expirar, Don Rafael trató de reanimarlo.

Aquel hombre llevaba indudablemente un mensaje; y cualquiera que fuese, era de la mayor importancia que lo conociera el oficial.

Largo rato transcurrió sin que el infeliz abriese los ojos. Al fin una de las gentes de la hacienda que tenía una calabaza llena de aguardiente de caña, le frotó ligeramente las sienes, y le introdujo algunas gotas en la boca. El moribundo recobró entonces el conocimiento por algunos momentos.

Rodríguez abrió los ojos que cerró inmediatamente; los abrió de nuevo, y su primera mirada cayó sobre su joven amo.

— Rodríguez, dijo el oficial á sus oídos, hable si es que tiene alientos. ¿Qué hay?

— ¡Bendito sea Dios que lo pone en mi camino! respondió el herido cuando se aseguró de que hablaba al hijo de don Luis Tres Villas; la hacienda del Valle...

— ¿La han quemado?

El herido hizo un signo negativo.

— ¿La tienen sitiada?

— Sí, dijo Rodríguez.

— ¿Y mi padre? preguntó el oficial con dolorosa opresión de su alma.

— Vive. Es él... quien me envía allá... á casa de don Mariano... á pedir socorros... cuando perseguido yo mismo por los... insurgentes... una bala... Corra... si sucede una desgracia... es Antonio Valdés... ¿Oye Usted? ¡Antonio Valdés que se venga...! ¡Adiós...! Ruegue por el pobre viejo Rodríguez, que lo ha visto... cuando era niño...

El viejo mensajero no pudo decir otra palabra; y cayó desvanecido para no recobrar nunca más el conocimiento.

No llegó en la litera á la hacienda sino un cadáver ya casi frío.

— ¡Ah! ¡Si Costal estuviese allí! exclamó don Mariano, cuando don Rafael, dando ya la orden de que ensillaran pronto su caballo, le comunicó la triste noticia. — Pero esta mañana vino con Clara, un negro que no siento mucho, á despedirse de mí dimitiendo sus funciones de tigrero, y á anunciarme que los dos se iban á ofrecer sus servicios á Hidalgo, en calidad de guías. ¡Hola! continuó el hacendado, que venga el mayordomo.

El mayordomo llegó pocos instantes después.

Se equivocaría de medio á medio, quien se imaginara á este mayordomo con corbata blanca, peluca blanca, y un bastoncito en la mano. El hombre encargado de la vigilancia general de una hacienda, que á veces es tan extensa como uno de nuestros departamentos, debe ser un jinete infatigable, siempre á caballo, ó listo para montar.

El mayordomo se apeaba en el instante en que don Mariano le mandó llamar.

Era un mocetón de rostro bronceado, con botas y espuelas, cuyas enormes rodajas le obligaban á andar sobre las puntas de los pies. Su cabellera en desorden, le caía en largas guedejas negras sobre la nuca, parecida á la crin de los caballos semi-salvajes en que montaba diariamente.

— Déles orden á dos de mis vaqueros, Bocardo y Arroyo, de ensillar inmediatamente sus caballos para acompañar á don Rafael.

— Hacíe ocho horas que no veo ni á Arroyo ni á Bocardo, replicó el mayordomo.

— Usted los pondrá cuatro horas en el cepo á cada uno, cuando regresen.

— Dudo que regresen, señor don Mariano.

— ¿Se han juntado entonces con Valdés?

— Lo supongo, replicó el mayordomo; ese par de pícaros que Usted no debe sentir, ha de haberse largado á hacer guerrilla por su cuenta; ó más bien á merodear;

y creo que jamás regresarán. En cuanto á Sánchez, su Señoría sabe que está en cama medio quebrado por las patas del potro que cayó sobre él la primera vez que lo montó.

— De modo, dijo el hacendado de mal humor, que de seis servidores que tenía ayer, no puedo poner á su disposición más que al mayordomo; porque ni hablo de esos brutos de los peones indios.

— Que se quede, dijo el oficial. Al cabo prefiero correr solo al auxilio de mi padre. Debe tener bastantes combatientes; pero quizá les falte un jefe.

Después de esta respuesta, el mayordomo fué despedido.

Mientras que ensillaban á toda prisa el caballo retinto del capitán de los dragones de la reina, las dos hermanas, Gertrudis y Marianita, se habían retirado al cuarto donde las encontramos por primera vez.

Preocupada por la noticia que creyó comprender de la desgracia que acababan de anunciar á don Rafael, y por la transacción de conciencia que hizo por complacerle, aplazando el momento de entregar su cabellera al filo de las tijeras, la joven criolla acababa de realizar ella misma aquel piadoso y doloroso sacrificio.

Con la cabeza cubierta con su chal de seda, su dulce y pálido rostro se mostraba aún adornado por dos negros rizos que eran lo único que quedaba de su espléndida cabellera. Consolaba á Marianita, cuyos ojos se hallaban bañados de lágrimas, mientras que los suyos brillaban con melancólica satisfacción.

— No llores, mi pobre Marianita, decía; si yo no hubiese tenido la culpable debilidad de consentir en aplazar el cumplimiento de mi voto, quizá esta desgracia no le pasaría. Ahora estoy tranquila acerca de su suerte. Cualquiera que sea el peligro que corra, Dios me devolverá á mi Rafael sano y salvo. Corre á decirle que lo espero aquí para decirle adiós; tráele aquí y quédate con nosotros. Te quedarás con nosotros, ¿oyes? Porque desconfío de mi debilidad... ¡ No lo dejaría partir! Anda,

enjuga tus ojos, continuó abrazándola; y regresa pronto.

Marianita trató de sonreír, devolviendo á su hermana caricia por caricia; se pasó el pañuelo por sus húmedos ojos, y salió.

Gertrudis se quedó solá, y echó una mirada dolorosa sobre las dos largas trenzas que estaban sobre la mesa y que no volverían á enlazar con sus negros anillos el cuello de su amante; ya le habían estrechado una vez al menos; los labios de don Rafael las habían acariciado, y á este recuerdo, Gertrudis besó tiernamente aquellas dos reliquias de amor; después se arrodilló para recobrar en la oración sus fuerzas próximas á desfallecer.

La joven oraba aún, cuando, precedido de Marianita, don Rafael entró en el santuario de las dos jóvenes hermanas, en donde, á excepción de su padre, jamás hombre alguno había penetrado.

Una rápida ojeada indicó á don Rafael que el doloroso sacrificio estaba consumado. El dragón se puso tan pálido que más no podía ser.

Gertrudis se levantó y se sentó sobre uno de los sillones; Marianita tomó asiento en otro en un ángulo del cuarto: solo don Rafael quedó de pie.

— Venga acá, cerca de mí, don Rafael, dijo Gertrudis; arrodílese delante de mí... No... sólo en una rodilla... no se postran las dos rodillas sino ante Dios. Bueno, así .. sus manos en mis manos... sus ojos en mis ojos...

Don Rafael obedeció pasivamente estos dulces mandatos. ¿ Qué más podía pedir que inclinarse así delante de la que amaba; estrechar sus delicadas y blancas manos entre las suyas nerviosas; aspirar á pleno pulmón, en los húmedos ojos de la joven, el amor?

— ¿ Se acuerda Ud. de lo que me decía hace un momento, Rafael? « ¡ Oh, Gertrudis! no hay amor capaz de recompensar tal sacrificio, y por bella que fuese, esta joven es ahora más bella que un arcángel á los ojos de su amante. » ¿ Piensa Ud. siempre...? Bien, dijo ella, con adorable sonrisa, y poniendo la mano sobre los la-

bios de don Rafael... ¡Chut! Déjeme continuar. Sus ojos... qué hermosos ojos, mi Rafael... me dicen bastante que Ud. lo piensa siempre, sin que su boca me lo afirme.

Estos cándidos y tiernos homenajes tributados á la belleza de un amante, parecerán sin duda muy atrevidos á las mujeres que desean hacer creer que no se prendan sino de los encantos del espíritu ó de las cualidades del corazón. No discutiremos este punto. Narradores fieles, debemos pintar en toda su exaltación el amor de una joven criolla con sus ardores ingenuos, y sus llamas inflamadas por el sol de los trópicos.

Ya tranquilizada del temor de parecer menos bella á los ojos del que amaba, continuó la joven:

— No me diga que Ud. me ama más, Rafael; es para mí demasiado dulce creer que su amor no puede aumentar... Sin embargo... Aquí la voz de Gertrudis tembló, sus ojos se humedecieron... Sin embargo vamos á separarnos... Yo no sé... cuando se ama se teme siempre... Lleve una de estas trenzas que habría tenido tanta dicha de adornar con flores para Ud. Ella le recordará... suceda lo que suceda... que Ud. jamás debe dejar de amar á una pobre muchacha cuya ternura no ha podido encontrar nada más precioso que ofrecer á Dios á cambio de su vida... Ya he dicho por qué no he ofrecido la mía. Conservo la otra trenza como un talismán... ¡Oh! es espantoso lo que voy á decirle... Si algún día deja Ud. de amarme... lo que sabré, sin duda alguna, júreme por su honor que cualquiera que sea el lugar en que Ud. se encuentre, cualquiera que sea su posición, si quiero verlo una vez más, Ud. obedecerá el misterioso mensaje que le llevará esta trenza. Este mensaje querrá decir: « La mujer que le envía esta prenda, no ignora que Ud. no la ama ya; pero no ha podido, á pesar de todos sus esfuerzos, arrancar el amor de su corazón; y quiere verlo todavía una vez más de rodillas como ahora. »

— Lo juro, exclamó don Rafael; aunque yo tuviera el puñal suspendido sobre mi más mortal enemigo, mi

mano se quedará suspensa sin descargar el golpe, por seguir á su mensajero.

— ¡ Su juramento queda escrito en el cielo! exclamó Gertrudis. Ahora el tiempo urge. Lleve también este tapasol que he bordado para Ud. Cada hilo de seda que forma el bordado le recordará un pensamiento, una oración, ó un suspiro de que Ud. ha sido el objeto. Adiós, mi Rafael bien amado; parta, ¡ quizás las horas de su padre están contadas! ¿ Qué vale una amante ante un padre? »

— Sí, es verdad, debo partir, replicó el oficial; y sin embargo se quedaba de rodillas á los pies de Gertrudis. El tiempo transcurría; y así como en el océano la ola sucede eternamente á la ola, así los adioses se sucedían á los adioses, y don Rafael no partía.

— ¡ Pero dile que se vaya, Marianita! exclamó Gertrudis con voz desfalleciente; ¿ no ves que yo no tengo valor para decirselo? »

Don Rafael se levantó al fin después de un último adiós.

— Que sus labios estrechen los labios de su novia, dijo la joven, inclinando la cabeza hacia don Rafael — y que sea ésta la prenda...

Bajo la presión ardiente de los labios del joven oficial, su voz murió y falta de fuerzas, dejó caer su cabeza sobre el respaldo del sillón, próxima á desfallecer, á la vez de dolor y de dicha.

Cuando volvió en sí, don Rafael había partido.

Los últimos rayos del sol doraban la cima de las colinas cuando éllas franqueó. Para reponer el tiempo perdido, lanzó impetuosamente á su caballo que descendió la bajada opuesta casi al galope con aquel ronco relinchar característico en él desde la operación que le hiciera sufrir el muletero.

Cuando hubo llegado al nivel de la llanura, don Rafael aguzó el oído. Esperaba oír los gritos de los combatientes, el tumulto de un sitio; pero el más profundo, el más triste silencio reinaba en el valle.

Sombría la frente y palpitante el corazón, el oficial continuó su marcha con su mosquete en la mano. Siempre el mismo silencio: ni un grito en aquella soledad, ni el resplandor de un fusil en la sombra crepuscular.

Todo parecía dormir el sueño de la muerte. Nunca había ido don Rafael á la mansión paterna. Por un instante creyó haberse equivocado de camino, aunque los lugares eran como se los habían descrito: una alameda bordada de fresnos y sùchiles y la hacienda del Valle en su extremo.

Su caballo franqueó como una flecha toda la longitud de la avenida.

Un vasto edificio se levantaba ante él desierto y silencioso como una tumba; la puerta se hallaba medio cerrada.

De repente el caballo dió un violento reparo. En la obscuridad, ó mejor dicho en el trastorno de sus ideas, don Rafael no había visto el objeto que asustaba al animal: era un cadáver.

La cabeza faltaba al cuerpo inanimado. A este horrible espectáculo el oficial exhaló un grito solamente contestado por los ecos. Llegaba demasiado tarde; todo estaba consumado. La rabia, la desesperación, todas las pasiones furiosas que desgarran al corazón del hombre se habían condensado en aquel terrible grito.

La cabeza del cadáver se hallaba suspendida de los cabellos, de uno de los postigos entreabiertos de la puerta; y no estaban tan desfiguradas sus facciones para que don Rafael dejara de reconocer en ellas las de su padre. A pesar de su repugnancia forzó al caballo á aproximarse.

Con las venas de la frente hinchadas, y los ojos empañados, miró de nuevo.

Sí, aquella era la espantosa realidad. El español había sido víctima de los insurgentes que no habían respetado su inofensiva ancianidad. Los autores del crimen se enorgullecían de él. Por debajo se hallaban escritos dos nombres con yeso:

Arroyo, Antonio Valdés, leyó el oficial con voz ronca. Y su cabeza se inclinó sobre su pecho en actitud meditabunda. Luego, en respuesta á su secreto pensamiento, la levantó bien alta y exclamó con voz que estrangulaban agudas emociones:

— ¿Pero dónde hallarlas, cómo tenerlas, estas dos cabezas que necesito clavar en el lugar de ésta?

— Tomando partido y haciendo causa por España — respondió esa segunda voz interior que el hombre oye con frecuencia dialogar con la primera.

— ¡Viva entonces España! — exclamó el dragón con voz estentórea. ¿Podrá un hijo combatir bajo la misma bandera que los asesinos de su padre?

El dragón se apeó del caballo y se arrodilló piadosamente:

— ¡Cabeza venerable y querida — dijo — juro sobre vuestros blancos cabellos manchados de sangre, dedicar todos mis esfuerzos para sofocar en su cuna, por el hierro y por el fuego, esta *insurrección maldita* uno de cuyos primeros actos os ha costado la vida! ¡Dios me ayude!

En seguida, al murmurio de la voz interior del amor que le repetía muy bajo estas palabras de su bella amada:

— ¡Que todos cuantos levanten el brazo en favor de España, sean marcados de vergüenza y de infamia; que no encuentren un techo que los acoja ni una mujer que les sonría! ¡Que el desprecio de los que aman, sea la recompensa de los traidores á su patria!

Otra voz, la del deber, respondió:

— ¡Haz lo que debes, suceda lo que pueda!

Cerca del mutilado cadáver de su padre, el hijo no escuchó sino la última....

La luna estabaya bien alta cuando don Rafael concluyó la penosa tarea de abrir una fosa. Allí tendió respetuosamente el cuerpo y la cabeza.

En seguida, sacando de su pecho la larga trenza de los cabellos de Gertrudis, y quitando de sus hombros el blanco tapasol bordado por sus manos, depositó en

menos piadosamente estas dos prendas de amor al lado de los restos venerandos de su padre.

Entonces, con sus manos convulsas, arrojó á la fosa la tierra amontonada á su alrededor. Acababa de sepultar en la misma tumba sus más caras esperanzas.

No fué sino con honda pena que él se apartó de aquel lugar doblemente consagrado por la piedad filial y por el amor. En fin, montando bruscamente á caballo con el corazón hecho pedazos por el dolor, se lanzó al galope en dirección de Oaxaca.

SEGUNDA PARTE

EL FAROL DEL PUENTE DE HORNO

CAPÍTULO PRIMERO

EL CURA DE CARÁCUARO

Más de un año después de su primera explosión, es decir, á fines de 1811, no era la insurrección mexicana, sino como uno de esos incendios que estallan de repente en medio de las llanuras inmensas ó de los vastos bosques de América y cuyo foco aísla la mano del hombre. En vano las llamas brotaban por todas partes en busca de alimento que devorar: el vacío se hacía á su alrededor. Muy pronto el crujido de los grandes árboles ó el chisporroteo de la maleza se extingue; y todo se abisma bajo la nube de humo que se eleva del montón de cenizas negras.

Tal había sido la insurrección suscitada por el padre Hidalgo. Desde el pueblecillo de Dolores, se propagó con rapidez de uno á otro extremo del reino de Nueva España; pero bien pronto los jefes, el mismo Hidalgo á la cabeza, fueron presos y fusilados. Estrechada gradualmente por las tropas españolas y por los esfuerzos del

menos piadosamente estas dos prendas de amor al lado de los restos venerandos de su padre.

Entonces, con sus manos convulsas, arrojó á la fosa la tierra amontonada á su alrededor. Acababa de sepultar en la misma tumba sus más caras esperanzas.

No fué sino con honda pena que él se apartó de aquel lugar doblemente consagrado por la piedad filial y por el amor. En fin, montando bruscamente á caballo con el corazón hecho pedazos por el dolor, se lanzó al galope en dirección de Oaxaca.

SEGUNDA PARTE

EL FAROL DEL PUENTE DE HORNO

CAPÍTULO PRIMERO

EL CURA DE CARÁCUARO

Más de un año después de su primera explosión, es decir, á fines de 1811, no era la insurrección mexicana, sino como uno de esos incendios que estallan de repente en medio de las llanuras inmensas ó de los vastos bosques de América y cuyo foco aísla la mano del hombre. En vano las llamas brotaban por todas partes en busca de alimento que devorar: el vacío se hacía á su alrededor. Muy pronto el crujido de los grandes árboles ó el chisporroteo de la maleza se extingue; y todo se abisma bajo la nube de humo que se eleva del montón de cenizas negras.

Tal había sido la insurrección suscitada por el padre Hidalgo. Desde el pueblecillo de Dolores, se propagó con rapidez de uno á otro extremo del reino de Nueva España; pero bien pronto los jefes, el mismo Hidalgo á la cabeza, fueron presos y fusilados. Estrechada gradualmente por las tropas españolas y por los esfuerzos del

general don Felix Calleja, se halló concentrada en un solo punto, la plaza de Zitácuaro en donde mandaba el general mexicano don Ignacio Rayón. Allí se había establecido una Junta que organizaba un simulacro de Gobierno independiente de la metrópoli y lanzaba proclamas tan impotentes como los resplandores del incendio reprimido.

Pero si ese incendio es la obra de las pasiones del hombre; si es la consecuencia de una voluntad firme y absolutamente resuelta y no la de un caso fortuito, debe esperarse verle estallar de nuevo en otro punto de la selva ó de la sabana. Eso fué lo que no tardó en suceder. Otro campeón de la Independencia, más obscuro si es posible en sus primeros pasos que sus predecesores, iba á aparecer en la escena abierta por ellos, con un esplendor que debía eclipsar el de aquellos que no habían brillado sino un instante.

Este fué el cura de Carácuaro, á quien los historiadores dan hoy el nombre del insigne Morelos.

Los historiadores mexicanos no precisan la fecha del nacimiento de don José Maria Morelos y Pavón. No creo sin embargo equivocarme al afirmar, según los retratos suyos que he visto y aproximando las fechas, que tendría de treinta y ocho á cuarenta años cuando estalló la revolución en la aldea de Dolores. Así pues, habría nacido por los años de 1773 á 1775 en un lugar llamado Tahuejo, cerca del pueblo de Apatzingo, hoy en jurisdicción del Estado de Valladolid, ó mejor dicho, de *Morelia*, nombre derivado de el del más ilustre de sus hijos.

El único patrimonio del futuro héroe de la Independencia mexicana, consistía en unas mulas que le había dejado su padre. Mulétero como él, largo tiempo se contentó con este humilde y penoso oficio, cuando le vino la idea de tomar las órdenes sagradas. ¿Cuál fué la causa de tal resolución? La historia no lo dice; el hecho es que Morelos, con la perseverancia que le caracterizaba, concluyó por poner en ejecución su proyecto.

Después de vender sus mulas, se consagró por entero,

en un colegio de Valladolid, á los estudios rigurosamente indispensables para llegar al punto de sus ambiciones, es decir, algún barniz de latín y de Teología. Cuando hubo adquirido ese grado de instrucción, se le confirieron las órdenes; pero Valladolid era muy vasto teatro para el nuevo sacerdote; y se retiró á la aldea de Uruapam donde vivió penosamente con la ayuda de algunas lecciones de latín que daba. Entretanto, el curato de la aldea de Carácuaro se encontró vacante

Carácuaro era una aldea tan malsana como pobre; nadie quería residir en semejante lugar, y sin embargo Morelos no lo obtuvo sin dificultad.

En aquel destierro vivió pobre é ignorado hasta el instante en que lo hemos hecho entrever en la hacienda de Las Palmas.

Con el pretexto de hacer visita al obispo de Oaxaca, pero en realidad para fomentar la insurrección, Morelos había estado en la lejana provincia de ese nombre; y acababa de dejarla para ir á solicitar cerca de Hidalgo la plaza de capellán de su ejército, cuando lo hemos visto despedirse de don Mariano Silva.

El capitán Castaños nos dió á conocer el resultado de su petición en el capítulo que sirve de preámbulo á esta narración, cuyo teatro se halla trasladado de la provincia de Oaxaca á la de Acapulco, sobre las costas del Océano Pacífico. Quince meses separan pues, los acontecimientos que hemos relatado de los que siguen; pero las lagunas dejadas entre la primera y la segunda parte se verán llenas poco á poco.

En los primeros días de enero de 1812, quince meses después que el oficial de los dragones de la reina, el capitán Tres Villas dejó la hacienda de Las Palmas, dos hombres se hallaban en presencia uno de otro: el primero sentado ante una mesa coja cubierta de papeles y de cartas geográficas; el segundo respetuosamente de pie, con su sombrero militar en la mano.

Pasaba esta escena bajo la menos mala y más extensa de las tiendas de un campo atrincherado á las orillas del

rio Sabana, á corta distancia de Acapulco, algunas horas antes de la puesta del sol.

El personaje sentado, de quien no haremos el retrato porque lo conocemos ya, tenía la cabeza cubierta con un pañuelo á cuadros de hilo de algodón, y una banda de batista blanca sobre los hombros: era el general don José Maria Morelos, á quien se verá, no sin sorpresa, mandando tropas de insurgentes y sitiando la ciudad de Acapulco que irónicamente le encargaran de tomar.

A pesar de los bruscos cambios que las guerras civiles producen en la posición de ciertos hombres, no será sino con gran asombro que, en el personaje que se hallaba de pie y muy elegantemente aprisionado dentro de su uniforme de subteniente de caballería, reconozcamos al tímido estudiante de Teología don Cornelio Lantejas.

Tenía una carta en la mano y parecía muy embarazado.

— ¡Y qué, amigo don Cornelio! ¿Piensa Ud. dejarnos? le dijo el general con una sonrisa de bondad que lo hizo enrojecer.

— La necesidad es la que me obliga, mi general. Sin eso... Lantejas no concluyó porque mentía y sentía vergüenza de su mentira. Luego continuó: Yo haría á un lado los intereses de familia; pero debo confesarlo á Vuestra Excelencia: no tengo vocación para el oficio de soldado; yo nací para ser cura; y ahora que el éxito corona vuestras armas; me doy prisa por continuar mis estudios y entrar en la carrera hacia la cual me empujan mis inclinaciones.

— ¡Vive Cristo! — exclamó Morelos — es Ud. un campeón demasiado valeroso de la Iglesia militante para que yo lo deje partir. Como aquel bravo servidor de un rey de Francia y cuyo nombre no recuerdo bien, Ud. es un hombre que desearía dejarse ahorcar, si yo tomara Acapulco sin Ud. Lo rehuso. Esto le contraría, bien lo veo — agregó el general para aminorar el disgusto del oficial. — Lo rehuso porque estoy muy satisfecho de sus

servicios. Ud. es el primer soldado que esté junto á mí. No sabe Ud. lo que se dice? que los tres soldados más valientes de nuestro pequeño ejército son don Hermenegildo Galeana, Manuel Costal y Ud. Y note Ud. que lo que lo hace más digno de mi afecto, es que Ud. escoge precisamente para abandonarme, el momento en que la fortuna parece colmarme de favores, bien al contrario de los que no abandonan sino á los amigos desgraciados. El capitán don Francisco González fué muerto en el ataque de Tonaltepec; Ud. le reemplazará. ¡Vamos, capitán!

El nuevo capitán se inclinó en silencio. Diremos luego qué fatalidad lanzó al estudiante bajo las banderas de la insurrección y cómo, á causa de las apariencias de que tantos otros son víctimas frecuentemente, pero que, respecto á él, las hallaba de una parcialidad desesperante, el pacífico Lantejas se veía transformado en un guerrero de importancia, cuyo brazo se disputaban la insurrección y el virrey. Iba á salir, cuando Morelos cambió de idea.

— Quédese Ud. capitán — le dijo — tengo todavía que hablarle. Me han dicho que Ud. tiene relaciones de familia en Tehuantepec; para realizar allá una misión, tengo necesidad de un hombre inteligente y de valor: he pensado en Ud. para enviarlo allí, tan pronto como haya tomado Acapulco, que espero no tardará en suceder.

En el instante en que el capitán iba á saber por boca del general cuál era el objeto de esa misión de confianza de que principiaba á hablarle, un tercer personaje, conocido nuestro, entró en la tienda; era el Indio Manuel Costal. Iba acompañado de un desconocido. Don Cornelio intentó otra vez retirarse.

— Ud. no está de más y lo puede oír todo — le dijo Morelos.

— ¡He aquí al general! — dijo Costal señalando el cura al Español, pues era uno.

Este miró por un instante, no sin sorpresa, al personaje tan sencillamente vestido; pero que no por ello dejaba de ser el general en quien la fama comenzaba á ocuparse.

Aunque el desconocido parecía dotado de una des-
preocupación casi vecina á la franqueza, esperó, después
de haber saludado á Morelos, que éste le permitiese
hablar.

— ¿Quién es Ud., amigo mío, y qué desea? dijo el
general.

— ¿Puedo hablar con toda confianza? replicó el espa-
ñol. Ese hombre (y designó al indio) á quien encontré
filosofando en la playa, me ha dicho que su palabra es
un salvo-conducto de parlamentario ante Vuestra Seño-
ría; y me he resuelto á seguirle.

— Costal ha sido el primer clarín que con esa trompa
marina que Ud. le ve, ha transmitido las órdenes á los
veinte dragones que formaban antes mi ejército. Hable
Ud.: mi palabra confirma la suya.

— Con el consentimiento de Vuestra Señoría, yo me
llamo Pepe Gago; soy gallego y además, comandante de
una batería de la ciudadela de Acapulco que á Ud. le
gustaría tomar, si no me equivoco.

— Es un placer que cuento con darme dentro de poco
tiempo.

— Vuestra Señoría se confunde quizás; Ud. tomará la
ciudad de Acapulco cuando quiera.

— Lo sé.

— Pero no la mantendrá Ud. en tanto que nosotros
seamos dueños de la ciudadela.

— Lo sé.

— Entonces, estamos cerca de entendernos.

— Es que yo desdeño tomar la ciudad y quiero apode-
rarme de la fortaleza; ¿seguimos entendiéndonos?

— Más que nunca, porque precisamente es el fuerte lo
que Ud. no desdeña y el que yo quiero darle; no me
atrevo á decir á venderle porque, á decir verdad, mi
precio será tan moderado que es un verdadero regalo. Y
á propósito ¿está en fondos Vuestra Señoría?

— Ud. debe saber algo de eso; pero en caso contrario,
quiero decirle con gusto que además de los setecientos
fusiles, y cinco cañones — no hablo de los ochocientos

prisioneros que le hice — tomé al comandante español
Paris la suma de diez mil pesos; es decir, con qué pagar
diez veces el precio de una ciudadela que podría tener
por nada.

— No cuente Ud. con eso; los víveres no nos faltarán
jamás. La isla de la Roqueta...

— ¡La tomaré primero!

— Nos sirve de puerto para el desembarque de las
provisiones que nos llevan los navios que, en caso neces-
sario, vendrán á descargar sus sacos de harina en el
fuerte. Sin embargo, para concluir, Vuestra Señoría
acaba de fijar ella misma el precio en mil pesos. ¿No ha
dicho Ud. que tomó diez mil pesos, es decir, diez veces
el precio de la ciudadela? Por desgracia, no puedo tener
el honor de vendérsela más que una vez.

— ¿Mil pesos al contado? dijo el general frunciendo el
entrecejo.

— No. ¿Qué prenda tendría Ud. entonces del cumpli-
miento de mi palabra? Trescientos pesos ahora; y lo de-
más al entregarla.

— Entendido; ¿y cuáles son sus medios?

— Yo estaré de guardia en la puerta mañana de tres á
cinco de la mañana. Un farol sobre el puente de Hornos,
en frente de la fortaleza, para avisarme, una palabra de
orden y su presencia: será cosa de un momento. Sospe-
cho que Vuestra Señoría no cederá á nadie la honra de
apoderarse del fuerte.

— Yo estaré allí en persona — dijo Morelos; — en
cuanto á la palabra de orden, héla aquí.

El general dió al gallego un papel en que escribió dos
palabras que ni Costal ni Lantejas pudieron leer.

Después de una larga conversación sostenida en voz
baja, Pepe Gago iba á retirarse, cuando Costal avanzó
hacia él y poniéndole la mano sobre el hombro:

— ¡Oiga Ud., Pepe Gago! — le dijo con fuerza. — Soy
yo el que responde aquí por Ud.; pero juro por el alma
del cacique de Tehuantepec, de quien tengo el honor in-
contestable de descender, que si Ud. nos traiciona,

aunque se esconda Ud. como el tiburón en el fondo del mar y aunque se retire como el jaguar á la espesura de los bosques, Ud. escapará tanto como el jaguar ó el tiburón á las balas de mi carabina ó al filo de mi cuchillo. Téngalo Ud. por dicho.

El artillero protestó de nuevo su buena fe y se retiró. Cuando se hubo marchado:

— Yo quería — concluyó Morelos, dirigiéndose á don Cornelio — firmarle una licencia en la fortaleza de Acapulco; pero sólo por algunos días. Allá volveremos á tratar de la misión para la cual cuento con Ud. Vaya Ud. ahora á descansar; y la próxima noche á las cuatro de la mañana conduciré yo mismo un destacamento de nuestros hombres hacia el fuerte. Como es bueno que nadie sepa nuestro convenio con Gago, Ud. Costal colocará sobre el puente de Hornos el farol cuya luz es la señal convenida de la aproximación de nuestras tropas.

El castillo de Acapulco está situado sobre la orilla del mar á alguna distancia de la ciudad.

Precipicios profundos en cuya cima se oye rugir el Océano, se abren alrededor de la fortaleza. Uno de estos voladeros, el de la derecha de la ciudadela, se llama el *voladero de los Hornos*; un estrecho puente, el puente de Hornos, une los dos bordes del precipicio.

Desde por la mañana, cuando aún el campamento levantado de improviso por orden del general, se hallaba todavía en la confusión del despertar y un fuerte destacamento tomaba las armas sin que los soldados que lo componían supiesen adónde se les iba á conducir, el capitán Lantejas y Costal tomaron el camino del mar. Había que esperar por lo menos dos horas la salida del sol; y era más de lo que necesitaba para ejecutar el golpe de mano concertado la víspera.

La noche estaba sombría; el fuerte y la ciudad parecían sumergidos en el más profundo sueño á juzgar por el silencio que permitía oír á lo lejos, el sordo murmullo del mar sobre la playa.

Los dos hombres rodearon con precaución las enne-

greidas murallas del fuerte; en seguida, después de un cuarto de hora de camino á su alrededor, comenzaron á subir las alturas alejándose de la playa. Costal marchaba adelante de don Cornelio; y al fin, con muchísimo trabajo y con grandísimo peligro de rodar desde los flancos del precipicio al mar, llegaron al puente de Hornos.

El Indio golpeó el eslabón y encendió una antorcha de resina que metió entre un farol; en seguida lo suspendió, con la luz hacia el fuerte, de un poste que había á medio puente: esta era, según se ha dicho, la señal convenida con el artillero gallego. Como su papel se limitaba á eso, esperaron que la luz del farol indicara á Morelos y á Gago que todo estaba listo.

Desde la altura en que se hallaban, el Capitán y el Indio dominaban un horizonte inmenso: el fuerte, la ciudad y el Océano. A excepción del mar, todo estaba en silencio; y á pesar suyo, Lantejas dejó de mirar hacia el fuerte y hacia la ciudad para contemplar la majestuosa extensión del mar. Manuel Costal hizo lo mismo. El mismo mar habría parecido también dormir, si de cuando en cuando un reguero centelleante no hubiese brillado sobre la negra sabana de las aguas.

— Hay tormenta en el aire. — dijo el Indio en voz baja, pues la solemnidad de aquella escena parecía no permitir levantar la voz. — Vea cómo brillan con fulgores fosforescentes sobre la superficie los tiburones de la rada.

En efecto: una media docena de aquellos voraces animales cruzaban como piratas en busca de presa, describiendo círculos luminosos parecidos á los que trazan las luciérnagas entre las hierbas de la llanura.

— ¿Qué suerte cree Ud. que estaría reservada al hombre que cayera ahora entre esos nadadores silenciosos? — prosiguió el Zapoteca. ¡Cuántas veces, sin embargo, cuando yo era pescador de perlas, no he desafiado ese peligro, sumergiéndome en su presencia!

Don Cornelio no respondió nada; pero aquella idea le hizo estremecerse de horror.

El Indio continuó;

— Es que entonces yo era joven; y ni los tiburones ni los tigres podían nada contra el que debía vivir la edad de los cuervos; bien pronto habré vivido medio siglo, y sólo yo quizás podría ahora sumergirme entre esos animales carniceros sin correr el menor peligro.

— ¿Ese es el secreto de su intrepidez que no se desmiente nunca?

— Sí y no. Sin embargo, el peligro me atrae como su cuerpo sería atraído por esos tiburones: es un gusto que satisfago y no una baladronada; mejor aún; trato de vengar en la sangre española la muerte de mis antepasados. ¿Qué me importa á mí en efecto la emancipación política, objeto de sus afanes? Pero no es de eso de lo que yo quiero hablarle por más que eso se refiera... Ante todo, vea allá, debajo de Ud.

Un objeto extraño hirió de repente la vista de Lantejas, produciéndole un movimiento de terror supersticioso.

Costal sonrió al mirarlo.

Un cuerpo negro con la cabeza cubierta por una especie de cabellera, salía del agua á la mitad y parecía apoyar sobre la playa dos brazos humanos; Cornelio creyó por un instante ver á un bañista que saltaba á la ribera.

— ¿Qué ser es ese tan extraño? — preguntó á Costal con cierto malestar, oyendo como una queja dolorosa que exhalaba la boca de aquel objeto cuya naturaleza no podía definir, pues si la forma de su cuerpo recordaba la de la mujer, su voz no tenía nada de humana.

— Es un lamentín — respondió el Indio — es el animal anfibio que nosotros llamamos *pejemuller*, lo que le da á Ud. miedo. ¿No se atrevería Ud. entonces á mirar á un ser tan raro y tan perfecto sobre todo, más perfecto aún que la más bella criatura humana?

— ¿Qué quiere Ud. decir?

— Señor capitán don Cornelio, replicó el Indio, Ud. que es tan valiente ante el enemigo...

— ¡Hum! — interrumpió Lantejas con cierto embarazo — el más valiente tiene sus días, vea Ud.

La confesión de su cobardía (aun, en un caso dado, podía faltar el valor al antiguo estudiante de Teología) estuvo á punto de escaparse de los labios del capitán. Costal no le dió tiempo.

— Sí, sí, Ud. es como Clara, aunque más valiente aún que él; y él necesita tiempo para familiarizarse con los tigres. Pero oiga! Si allá lejos, en aquella hermosa playa viera Ud. de repente, en vez de un lamentín, á una bella criatura que tuerce cantando sus largos cabellos destilando agua; y que esta mujer, aunque perceptible á sus ojos no fuese sino un espíritu impalpable ¿qué haría Ud.?

— Una cosa muy sencilla: tendría un miedo horrible! — dijo cándidamente don Cornelio.

— Entonces, ya no tengo más que decirle. Yo busco para cierta empresa, un compañero más bravo que Clara: me contentaré con el negro. Yo esperaba que Ud... en fin, no hablemos más.

El Indio no agregó una palabra; bajo la influencia de un vago terror suscitado por las semi-confidencias de Costal, el oficial calló también; y ambos, esperando la toma de la ciudadela, continuaron mirando silenciosamente el inmenso y misterioso Océano, cuya vasta soledad turbaba solamente la presencia del lamentín.

CAPÍTULO II

DONDE EL ESTUDIANTE DE TEOLOGÍA QUIERE MARCHAR
SOBRE MADRID

Hemos descuidado un poco el relato de las aventuras de don Cornelio Lantejas para no interrumpir el curso de otros acontecimientos. Mientras que él espera con Costal el resultado de la traición del artillero gallego, es la oportunidad de hacer saber cómo la economía paterna, de que ya le hemos oído quejarse, no sin algo de razón, le había lanzado de nuevo á una serie de peligros ante los cuales los que le habían hecho correr los tigres y las serpientes de cascabel enlazadas por encima de su hamaca, no eran, como dijo Sancho, sino tortas y pan pintado.

El estudiante, provisto de un buen caballo, regalo de la munificencia de don Mariano Silva, no tardó en volver á la casa paterna, demasiado rápidamente, pues si esta vez como la primera, su viaje hubiera durado dos meses, las circunstancias habrían sido enteramente distintas para él.

Desde hacía largo tiempo estaban terminados sus estudios; y como se disponía á irse para Valladolid para sostener allí su tesis y hacerse conferir las órdenes, juzgó conveniente su padre poner á su disposición una mula

asustadiza y reacia que había cambiado, con buen artificio, por el caballo regalado por don Mariano.

El estudiante se puso en camino, llevando la bendición paterna y un cúmulo de recomendaciones de cuidar su mula y de guardarse de la mancha de la insurrección.

Las pocas casas de la aldea de Carácuaro se dibujaban ya en lontananza delante de él, cuando en una revuelta del camino, hallóse en frente de una cabalgata compuesta de tres jinetes. Esto fué dos días después de su salida. El estudiante iba ocupado en repasar en su memoria los elementos de Teología que se había metido en la cabeza á fuerza de libros y que le parecía haber olvidado completamente desde que se había puesto en camino.

En el momento en que pensaba menos en cuidar su mula, el animal, espantado á la repentina vista de los jinetes, se encabritó y le arrojó tan violentamente al suelo que, dando su cabeza contra una piedra del camino, perdió enteramente el conocimiento.

Cuando recobró los sentidos, se encontró sentado á la orilla del camino, con el cráneo medio hundido y además sin su mula, la cual aprovechando el momento en que los jinetes echaban pie á tierra para no ocuparse sino en él, creyó conveniente regresarse del camino á la carrera.

De los tres caballeros, uno parecía ser el amo y los otros dos los criados. El primero dirigió la palabra al estudiante.

— Oiga Ud., hijo mío — le dijo — su estado, sin ser grave, exige cuidados que Ud. no encontraría en la aldea pobre y malsana de Carácuaro, que está á más de dos leguas de aquí, sin duda alguna. Lo mejor que Ud. puede hacer, falto de caballo, es montar en ancas de uno de mis criados y acompañarnos á la hacienda de San Diego, á una hora de camino de aquí. Es la dirección que ha tomado su mula, y yo enviaré á uno de los vaqueros á cogerla. Después volverá Ud. á tomar su camino desde allá dentro de unos tres días. ¿Adónde va Ud.?

— A Valladolid á recibir las santas órdenes.

— ¡Muy bien! Somos del mismo gremio — dijo el caballero sonriendo. — Tal como Ud. me ve, yo soy el indigno cura de Carácuaro, José Marta Morelos de quien no está Ud. seguro de haber oído hablar.

El gran nombre de Morelos, en efecto, era perfectamente desconocido en esa época. El estudiante, sin embargo, no pudo evitar su asombro ante el singular atavío del caballero. Sus vestidos eran andrajosos. Tenía atada á la silla una escopeta de dos cañones, de los cuales sólo uno parecía ser útil; y dentro de una vaina de cuero, un sable con la empuñadura enteramente tomada de orín.

Sus dos criados, equipados más mezquinamente aún, se hallaban armados cada uno con un mosquete de cañón de cobre.

— Y Ud., señor Padre — preguntó Lantejas á su vez — ¿adónde se dirige Ud.?

— Yo, respondió el cura sonriendo aún — voy por de pronto, como le he dicho, á la hacienda de San Diego y de allí á apoderarme de la ciudadela de Acapulco en cumplimiento de las órdenes que he recibido.

Tales eran los aprestos del general cuyo nombre brilló tanto después. Tales sus recursos de guerra que la historia por lo demás, se ha encargado de consignar en sus páginas. A aquella respuesta, Cornelio abrió desmesuradamente los ojos; pero quiso creer más bien que su cerebro cascado había comprendido mal, que suponer atacado de enajenación mental al respetable cura.

— Pero entonces, ¡Ud. es insurgente! — exclamó no sin espanto.

— Sin duda y desde hace mucho tiempo.

Lantejas montó á grupas de uno de los criados y no agregó una palabra más. Después, al cabo de una media hora, como no viera sobre la frente del cura ni en las de sus escuderos, ni asomos de los terribles ornamentos de que hacía mención la pastoral de monseñor don Antonio Bergosa, comenzó á creer que bien podían no ser siempre los insurgentes, presas del demonio. No obstante, prometiéndose no prolongar su viaje con el cura

de Carácuaro más allá de la hacienda de San Diego, como hacer allí lo más corta posible su residencia en compañía tan sospechosa.

Acababa el estudiante de hacer este arreglo con su conciencia cuando de repente, bajo los ardientes rayos del sol, sintió fermentar sus ideas de modo tan extraño, que no sólo le pareció muy natural aquella insurrección principada por sacerdotes, sino que se puso, sin poderse contener, á entonar á plenos pulmones una canción guerrera que improvisó y en la que el belicoso campeón trataba sumamente mal al rey de España.

No supo sino más tarde en qué estado llegó á la hacienda de San Diego y cuántos días estuvo allí bajo la influencia de una fiebre cálida, resultado de las fatigas del camino y de su herida. Sólo tenía un vago recuerdo de sueños dolorosos durante los cuales oía constantemente ruido de armas y por encima de todo, sentíase sacudido cual si le hubiesen lanzado á un mar tempestuoso.

Un día despertó azorado, en un cuarto muy pobremente amueblado; luego se acordó de su caída y de su encuentro con el cura de Carácuaro. En fin, sintiéndose con fuerzas para saltar de la cama, se arrastró hasta la ventana del cuarto con el objeto de darse cuenta del tumulto que oía.

El patio al cual daba la ventana, se hallaba lleno de hombres armados, unos á caballo, otros á pie. Lanzas adornadas con banderolas de diversos colores, espadas, fusiles, sables brillaban al sol por todos lados. Los caballos piafaban, relinchaban bajo sus jinetes. En suma: aquello era como el alto de un cuerpo de ejército.

La debilidad obligó al herido á acostarse otra vez; y esperó con impaciencia y sobre todo con una hambre devoradora, que alguien llegase á darle explicaciones sobre su posición.

Al cabo de media hora, un hombre entró al cuarto del enfermo en quien éste reconoció á uno de los servidores de Morelos. Aquel hombre llegaba de parte de su amo á preguntar por el estado de su salud.

— ¿En dónde estoy, amigo mío, por favor? — le interrogó después de haber contestado á sus preguntas.

— En la hacienda de San Luis.

El estudiante llamó á sus recuerdos que se reportaban á la hacienda de San Diego.

— Ud. se equivoca : esta es la hacienda de San Diego — replicó.

— La hemos dejado desde ayer. No estábamos seguros allí... ¡Qué diantre! no es conveniente, por muy buen patriota que uno sea, gritar sus opiniones sobre los tejados...

— No le comprendo, interrumpió Lantejas : quizá sea todavía por el efecto de la fiebre.

— Lo que digo es sin embargo muy claro — replicó el criado. Nos hemos visto obligados á dejar la hacienda adonde estaban para llegar á prendernos las tropas reales, á causa de la fogosa exaltación de las opiniones políticas de un cierto don Cornelio Lantejas.

— ¡Cornelio Lantejas! exclamó el estudiante con angustia. ¡Pero ése soy yo!

— ¡Lo sé muy bien, caramba! Vuestra Señoría no se ha recatado de gritarlo con todas sus fuerzas desde la ventana, proclamando á mi amo generalísimo de todas las tropas insurgentes ; y nos las hemos visto negras para impedirle á Ud. marchar sobre Madrid.

— ¡Madrid, en España!

— ¡Bah! dos mil leguas por mar, no significaba nada atravesarlas para Ud. « ¡Soy yo, yo, Cornelio Lantejas, quien se encarga de derribar al tirano! » — decía Ud. Entonces nos vimos en la necesidad de desalojar nuestro puesto sin tardanza, transportándolo á Ud. en una litera, pues mi amo no quiso abandonar á un partidario tan ardiente que se comprometía por amor por él. Hemos llegado aquí en donde ¡palabra de honor! gracias á los hombres que se nos han juntado, podrá Ud. dar rienda suelta á todo el ardor de su patriotismo, por más que su cabeza esté puesta á precio según sospecho.

El joven había escuchado con horror y lleno de pro-

funda estupefacción el relato de sus proezas. En seguida, el criado añadió :

— Por lo demás, mi amo, para no quedarse atrás de quien lo ha proclamado generalísimo, ha nombrado alférez á Vuestra Señoría y su ayudante. Ud. hallará el nombramiento debajo de su almohada.

Y diciendo estas palabras, el criado salió dejando á don Cornelio aterrado bajo el peso de estas revelaciones espantosas.

Apenas hubo salido del cuarto, el estudiante llevó precipitadamente la mano á la cabecera de su cama. El fatal nombramiento estaba allí.

Lo estrujó con rabia y se lanzó de nuevo hacia la ventana para retractarse á gritos de todo participio en la insurrección, como los primitivos cristianos que, en medio de los idólatras, confesaban el santo nombre de Dios ; pero su mal genio velaba.

En los momentos en que iba á abrir la boca para gritar que rechazaba toda complicidad con los enemigos de España, sus sentidos se turbaron de nuevo, sin que por ello dejara de darse cuenta de que sus labios gritaban : ¡Viva México y muera el tirano! Sus fuerzas se agotaron ; y cayó otra vez extenuado sobre su lecho.

Esta vez el síncope fué de corta duración : y no tardó en recobrar sus sentidos y advertir que se hallaba rodeado por hombres armados que parecían, á juzgar por algunas frases cambiadas entre ellos, espiar con interés el estado en que se encontraba.

Entre aquellas voces reconoció la del mismo Morelos que decía :

— ¿Cómo explicar esta repentina simpatía por nuestra causa? Este joven se halla bajo el imperio de una alucinación febril.

— Si el más ardiente patriotismo no hirviese en el fondo de su alma, la espuma no subiría á la superficie — replicó otro personaje llamado don Rafael Valdovinos.

— ¡Qué importa! exclamó Morelos — yo no puedo creer que mi ascendiente...

Un recién venido interrumpió al cura de Carácuaro, en los momentos en que el estudiante abría los ojos sin atreverse á desmentir la opinión que se externaba acerca de él, pues todas aquellas miradas le intimidaron profundamente. Este nuevo personaje era un hombre vigorosamente tallado, de marcial apostura y cuyos cabellos y cuya barba principiaban á encanecer. Su aspecto denotaba unos cincuenta años.

— ¿Y por qué, mi general, dijo el desconocido estrechando la mano que le tendía Morelos, este valiente joven no habría de experimentar como yo, el ascendiente de su persona, desde la primera mirada? No es sino desde hoy que yo lo conozco á Ud. y sin embargo, jamás tendrá Ud. un partidario más ardientemente consagrado que yo. Respondo de este joven. Es de los nuestros para siempre.

Y al decir estas palabras, el desconocido envolvía á don Cornelio en una mirada tan dulce y tan formidable á la vez, que al joven, al mismo tiempo que se sentía temblar de pies á cabeza, le subyugaba tan invencible encanto, que no pudo menos de confirmar con un gesto, la garantía que se daba en su nombre.

Ese hombre era aquel á quien los historiadores llaman el terrible, el grande, el invicto don Hermenegildo Galeana, el Murat mexicano, á quien muy pronto se vería en cien encuentros, poner su lanza en ristre y arremeter contra el enemigo, como el ángel de las batallas, lanzando su formidable grito de guerra: « ¡Aquí está Galeana! » Enemigo temible y amigo tierno y cariñoso, á todos hacía experimentar su irresistible influencia.

Más feliz que Murat, Galeana debía caer sobre el campo de batalla, rodeado de cadáveres amontonados por su mano; y más feliz aún que el guerrero francés, debía morir fiel al hombre á quien había jurado consagrar su vida.

— Sea como sea — prosiguió Valdovinos — yo sé que el general Calleja ha puesto á precio la cabeza de este joven como las nuestras.

— ¡Y bien, alférez don Cornelio — añadió Galeana —

prepárese Ud. para marchar mañana y para hacerse digno del puesto á que ha sido elevado; no le faltarán las ocasiones.

Al mismo tiempo tronó bajo la ventana la detonación de una pieza de cañón; y como Morelos se asombrara chanceando de tener ya artillería bajo sus órdenes, Galeana tomó otra vez la palabra y dijo:

— Señor General, ese cañón forma parte de nuestra herencia paterna. Cuando en nuestra casa nació un hijo ó un Galeana dejaba de vivir, ese cañón servía para anunciar nuestra alegría ó nuestro duelo. Es de Ud. como nuestras personas.

Luego, avanzando hacia la ventana, exclamó con aquella voz ante la cual bien pronto los españoles aprenderían á huir:

— ¡Viva el general Morelos!

Gritos que partieron del patio, respondieron á los suyos; un chaschás de sables que salían de sus vainas, ruido de fusiles resonando sobre el suelo pedregoso y relinchos de caballos se mezclaron á los clamores del entusiasmo. El cuarto del enfermo quedó vacío en un instante; el cura de Carácuaro bajaba para estrechar las manos de sus nuevos soldados. Lejos de participar de aquel helicoso ardor, el estudiante sintió frío en el alma. Pensó con tristeza en sus estudios teológicos que iba á descuidar en medio de los campos, y sobre todo, en su cabeza puesta á precio como la de un rebelde. Todo aquello, gracias á la parsimonia de su padre en la compra de la maldita mula, como antes en la del caballo de picador. Lantejas se vistió melancólicamente y echó una triste mirada al patio en medio del cual iban y venían por todos lados los hombres armados. Un negro cargaba otra vez el cañón que acababa de dar la señal de la guerra civil. Este negro era Clara que de su propia autoridad, tomó el mando de la primera pieza de artillería que Morelos tuvo á su disposición, la cual, con el nombre de *el Niño* que la historia de México le ha conservado, debía más tarde hacerse tan célebre.

Antes de pasar adelante, diremos en dos palabras lo que aconteció desde que el estudiante, montado á la grupa del criado de Morelos, llegó á la hacienda de San Diego, hasta el instante en que, aún privado del conocimiento y transportado en litera á la hacienda de San Luis, habfa tenido aquel terrible despertar.

A poca distancia de San Diego, Morelos se encontró con un partidario insurgente, don Rafael Valdovinos, que batía los campos con algunos hombres que se apresuró á poner bajo las órdenes del cura de Carácuaro.

Como éste supiese que el Gobierno español había enviado á Petatlán, pequeña aldea de los alrededores, armas suficientes para equipar un cuerpo de ejército, pensó que aquellas armas estarían mejor para sus futuros soldados. Así pues, resolvió apoderarse de ellas con los hombres de Valdovinos, lo que fué empresa de un instante y se transportaron á la hacienda de San Luis.

La fama de este feliz cuanto atrevido golpe de mano, precedió hasta allí á Morelos; y cuando llegó, se le unieron, casi al mismo tiempo, don Juan José y don Hermenegildo Galeana que le llevaban setecientos hombres mal armados con veinte fusiles y el cañón *el Niño* de que hemos hablado.

Fué precisamente en los momentos en que Morelos acababa de distribuir las armas de los milicianos de Petatlán, en que se verificaron las escenas de que fuera testigo el pacífico Lantejas, transformado por una serie de extrañas circunstancias en el alférez más contristado que pudiera hallarse en los dos campos de españoles é insurgentes.

Ya se pensará cuán atrozmente agitada pasaría aquella noche. Había tenido el honor de cenar á la mesa del general con su estado mayor improvisado; y era quizás á la cantidad de alimentos que había tragado con toda la voracidad de un convalesciente, á la que era preciso atribuir los sueños espantosos que le atormentaron. Es necesario también agregar á todas estas causas, su averción por los combates. No soñó sino con batallas y que

se veía, en calidad de insurgente, de extraño modo transformado y enrolado en una legión de diablos.

Cuando los primeros rayos del sol penetraron en su estancia, abrió los ojos con transporte de dicha para sacudir la influencia de la pesadilla que le abrumaba; pero le pareció que aun despierto continuaba soñando. Oyó un gran tumulto en el patio dominado siempre por sonidos ya roncocos, ya agudos y siempre tan desapacibles de un instrumento sin nombre, que durante algunos instantes creyó oír la trompeta tocada por el mismo Satán á sus escuadrones infernales.

Bañado de frío sudor, el alférez acabó de despertar sin que por eso escapara del todo al terror que le causaba aquella música, que era en realidad el clarín que ordenaba ensillar; pero que él recordaba haber oído ya en circunstancias espantosas; pues quien producía aquel barullo infernal, no era otro que el Indio Costal á quien Lantejas hallaba, con gran sorpresa suya, en las filas de la insurrección. Costal había sido el primer clarín de Morelos, con su concha marina, como el negro Clara había sido su primer artillero.

Cornelio sin embargo lo ignoraba en el momento en que oía los sonidos guerreros de la trompa del Indio. Se armó de todo el valor que pudo despertar en sí mismo y bajó á tomar su puesto para la marcha.

La primera persona á quien encontró, fué al terrible Galeana; y tembló de que una de sus penetrantes miradas descubriese el corazón de la liebre bajo la piel del león; felizmente el valiente guerrero tenía algo más que hacer que escudriñar los pensamientos de un oscuro alférez y todo el mundo se engañó con el marcial continente que Lantejas supo darse. La única pieza de artillería tronó por última vez y todos dejaron en buen orden la hacienda de San Luis.

Otros partidarios más ó menos en número de mil, habían venido á unirse á Morelos durante la noche. Todos fueron muy luego, gracias al instinto guerrero que se despertaba en el cura de Carácuaro, disciplinados como

jamás tropa alguna de insurgentes lo había sido hasta entonces.

Ya la toma de Acapulco parecía no ser el sueño de un espíritu enfermo; y después de largos días de penosa marcha, encontramos á Morelos sobre las riberas del Océano Pacífico, á la vista de la plaza que se le había encargado tomar.

Dos meses de combates en los cuales Morelos salió siempre vencedor, habían aguerrido un poco á Cornelio. Había adquirido la reputación de valiente, bien que con frecuencia su corazón hubiese estado á punto de desfallecer.

La primera vez que vió fuego, se hallaba lado á lado de don Hermenegildo Galeana. Este había tomado tal ascendiente sobre él, que los relámpagos de sus ojos le aterrorizaban más que la presencia del enemigo. Su formidable Argos combatía en primera fila; y su lanza y su machete hacían tal vacío alrededor de su caballo que un círculo infranqueable al hierro de los españoles parecía haber sido trazado alrededor de él, lo que dejaba sin trabajo á la espada que Lantejas blandía con mano temblorosa.

Quedó tan satisfecho de esta primera prueba, que desde entonces escogía siempre aquel mismo lugar. Había también otro hombre que de ordinario peleaba al lado de Galeana: era Costal. Pero éste, en valor de buena ley y en fuerza física, apenas si cedía al mismo Galeana.

Galeana y Costal eran para el alférez dos ángeles tutelares en las batallas. Entre ellos asistió al combate casi en seguridad, pues casi no puede decirse que en él tomara parte.

Sin embargo, llevaba su gloria como un fardo muy pesado para sus hombros. Desertar era imposible: su cabeza estaba puesta á precio; y por otra parte Morelos había dado al lugar del río Sabana, donde había establecido su cuartel general, el sobre-nombre inquietante *de paso á la eternidad*, queriendo decir así que los que

abandonaran su causa ó atacaran su campo, se embarcarían para el gran viaje.

Mientras se verificaban estos sucesos, Lantejas recibió respuesta á varias cartas que había escrito á su padre haciéndole saber que, gracias á la mula reacia que había comprado de lance, había tomado las órdenes en calidad de subteniente en el ejército revolucionario y que sostenía su tesis á sablazos, lo que le había proporcionado el insigne honor de ver su cabeza amenazada de ser cortada en lugar de tonsurada.

Después de entusiastas enhorabuenas por su intrepidez que hasta entonces había él disimulado tan cuidadosamente, la respuesta llevaba la noticia de que se había obtenido la gracia del virrey, á condición de que abandonara el partido de Morelos para poner el valor de su brazo al servicio de España.

Esta última cláusula no era tampoco de su agrado. ¿Habría hallado en las filas de los españoles dos protectores como los suyos? Además, aparte del afecto mezclado de admiración que le inspiraba su bravo y hábil general, y de su profundo reconocimiento por don Hermenegildo, temblaba á la idea de encontrarse cualquier día, como enemigo, al alcance de la lanza ó del machete del formidable Galeana.

Tomó un término medio. Resolvió no decir una palabra al general de la carta de su padre y limitarse á pedirle una licencia que él se prometía prolongar, una vez obtenida, hasta el infinito. Se ha visto ya el éxito que tuvo.

Tales fueron, en resumen, las aventuras del estudiante de Teología desde su partida de la hacienda de Las Palmas hasta el instante en que le hemos encontrado otra vez bajo la tienda del general Morelos y le hemos acompañado al puente de Hornos.

Allí, Costal y él, con los ojos fijos aún en el Océano, cuya sábana de azul sombrío se extendía á sus pies, continuaban mudos cuando el lamentín se sumergió de repente bajo el agua con un grito lúgubre, pronto apagado por una detonación.

— ¡La ciudadela está tomada! — exclamó Lantejas.
— Pepe Gago nos ha traicionado — dijo el Indio — lo sospechaba.

Las frecuentes descargas que se oían, probaban que Costal no se equivocaba. Las tropas mexicanas se hallaban en completa derrota. Los dos hombres se aventuraron á dejar su puesto; y tan luego como llegaron á un pequeño desfiladero que se llama *Ojo de Agua*, un terrible espectáculo hirió sus ojos.

Un hombre tendido á través del estrecho paso gritó en aquel instante:

— ¡Vive Cristo! ¡Cobardes! ¡Pasarán sobre el cuerpo de su general!

Eran la voz y la persona de Morelos que no podía contener la huída de sus soldados sino interceptando con su cuerpo el único punto por donde podían pasar en su fuga. Los que huían se detuvieron, es verdad; pero después de un asalto infructuoso, el general se vió decididamente obligado á batirse en retirada. Aquel era su primer descalabro en tres meses.

He aquí lo que había pasado: el destacamento, sostenido por una fuerte reserva, se había aproximado á la puerta que guardaba y debía entregar el sargento de artillería después de cambiar las palabras convenidas de reconocimiento.

La voz del sargento no tardó en hacerse oír á través de la puerta preguntando si, conforme á los convenios, el general en jefe se hallaba presente. Morelos, temiendo alguna traición contra su persona, había hecho responder que se hallaba á la retaguardia. El sargento nada replicó, sin duda disgustado de este contratiempo; pero los soldados españoles, prevenidos de antemano, hicieron sobre los insurgentes á través de las troneras, una descarga imprevista que les mató mucha gente y los puso en fuga.

No habían aún aparecido los primeros fulgores del día, cuando dos hombres se hallaron de nuevo sobre el puente de Hornos. Uno de ellos era Costal; pero esta vez Clara le acompañaba.

La tea de resina ardía aún en el farol, diseminando una claridad más pálida, pues los tintes del crepúsculo comenzaban á suceder á la obscuridad de la noche.

— Ud. ve este farol, Clara — dijo el Indio; — Ud. sabe para lo qué debía servir, pues que se lo acabo de contar; pero lo que Ud. ignora, es el juramento que hice contra el traidor que se ha burlado de nosotros.

— ¡Lléveme el diablo si atino cómo podrá cumplir Ud. este juramento! — replicó el negro respondiendo á lo que el Indio acababa de decirle.

— Ni yo tampoco — dijo Costal — pero en fin, como he prometido á Gago que se acordaría del farol del puente de Hornos y que tendría mucho gusto de poder ponérselo bajo los ojos en caso necesario, no debo dejarlo expuesto aquí al capricho del primero que venga. En todo caso, esta señal es ahora inútil.

Y diciendo estas palabras, Costal desató el farol del poste y lo apagó.

— Ayúdeme á abrir un hoyo bastante grande para enterrarlo y volverlo á hallar cuando me convenga — continuó el Zapoteca.

Los dos compañeros, con ayuda de sus cuchillos, no tardaron en abrir en la tierra una cavidad capaz para ocultar el farol que Costal empaquetó cuidadosamente con la vela de resina que contenía.

Después, terminada ya la operación:

— Ahora, Clara, amigo mío — dijo el Indio — siéntese aquí y discurremos los medios de apoderarnos de la fortaleza y del picaro que tiene adentro.

— Con mucho gusto — respondió el negro. Ambos se sentaron gravemente; y la deliberación comenzó.

CAPÍTULO III

UNA EXPEDICIÓN NOCTURNA

El negro miraba fijamente á Costal; en seguida, viendo que éste parecía esperar que él diera primero su opinión :

— Hay sin duda muchos medios de tomar este fuerte — dijo — y si yo fuera general del ejército...

— Y bien ¿qué haría Ud.? replicó el Indio.

— No me sería difícil encontrarlos; pero confieso que en mi calidad de simple artillero, no hallo ninguno : es muy natural. Tal es mi opinión. Ahora veamos la de Ud.

— Yo le predigo, Clara, que Ud. no será general tan pronto con tales expedientes en la imaginación. Sí, indudablemente, hay muchos medios de tomar un fuerte : por hambre ó por asalto. No somos bastante numerosos para tomar éste por asalto.

— Tomémoslo entonces por hambre — dijo el negro — así lo quisiera ; y para eso, el modo es muy sencillo : no hay más que interceptarle los víveres.

— ¿Cómo?

— Ese es asunto del general y no nuestro. El nuestro sería echar el guante á la Sirena de los cabellos torcidos tras la cual corremos desde hace quince meses.

— Todavía algunos más — replicó Costal — en el

próximo solsticio de verano, en el plenilunio... habré pasado de los cincuenta años...

Bajo la influencia de su idea fija, la deliberación de los dos compañeros iba indudablemente á cambiar de objeto, cuando el estruendo de un cañonazo lejano llegó á interrumpir á Costal y á traerlo de nuevo al punto de partida.

— Es el cañón del fuerte — dijo.

— No, respondió el negro — es de la isla de la Roqueta.

Un segundo cañonazo, y esta vez disparado en el fuerte, confirmó la aserción de Clara, pues su detonación fué menos sorda.

— Eso es alguna señal cambiada con la guarnición de la isla — dijo Costal — ¿y con qué fin?

Al mismo tiempo, sobre la bóveda aún oscura del cielo un cohete trazó una curva luminosa brotando de la cima de la fortaleza; y algunos minutos después, una luz parecida se diseñó en el aire del lado de la isla de la Roqueta.

— Es algún navío de abastecimiento para los sitiados — prosiguió el Indio. — Esperemos aquí á que el día aclare y sabremos distintamente lo que pase entre el fuerte y la isla; y si es lo que yo pienso, esto podría muy bien ser el medio de interceptar los víveres á los sitiados.

— Mientras esperamos, los recibirán — dijo Clara.

— Sí, pero será por última vez.

El día no tardaría en aparecer. Ya por el oriente, á través de las aberturas de las nubes asomaban como lejanos resplandores de un incendio. Bien pronto el sol perforó con sus rayos los bloques de espesos vapores acumulados en el horizonte.

— ¿Ve Ud. allá lejos cerca de la isla? dijo Costal.

Sobre un fondo luminoso y por debajo de los jarales verdosos de los árboles que bordeaban la isla, se diseñaban como ligeras redecillas la arboladura y los aparejos de un navío.

— Es el barco que acaba de llegar — continuó el Indio — no estaba ayer. ¡Y bien, Clara! ¿No le dice nada eso?

— Es claro : me dice que allá lejos está un buque y que los sitiados pronto recibirán nuevas provisiones.

— ¡Pues bien! yo tengo mi idea — replicó el Indio. — Vamos á comunicar nuestro plan al general.

Mientras que Costal y Clara deliberaban acerca de los medios de tomar la fortaleza, dos personajes de muy diferente importancia celebraban consejo sobre el mismo asunto en la tienda del general en jefe.

Eran Morelos y el mariscal don Hermenegildo Galeana. El primero tenía aún impresas sobre su rostro las pasiones violentas que acababan de agitarle y hasta había descuidado sacudir el polvo que cubría su vestido.

El mariscal estaba sombrío porque veía oscuras nubes sobre la frente de su querido general, pues, por lo que á él se refería, ningún cuidado habría podido ensombrecer su rostro marcial.

Un plano del puerto y de la rada de Acapulco se hallaba extendido ante ellos, á la luz de dos bujías cuya luz se debilitaba poco á poco á causa de la llegada del día.

— Como nos decía este pillo de Gago, aunque pudiéramos tomar Acapulco por un golpe de mano, nuestra conquista no sería definitiva mientras no fuéramos dueños de la fortaleza. Aunque criollo, el comandante Pedro Vélez afecta considerarse como español; quiere — dice — permanecer fiel á la fe política de sus padres; y Ud. sabe, don Hermenegildo, lo que él responde á mis requerimientos y á mis ofertas.

— ¡No y siempre no! — respondió Galeana á las palabras de Morelos. Pero tomemos siempre la ciudad y ya veremos después.

— ¡Pero este fuerte! — repetía Morelos enseñándole el plano.

Hemos dicho que el fuerte se hallaba construído á la orilla del mar á poca distancia de la ciudad en medio de las profundas simas que se abrían á su alrededor. Dominaba á la vez el mar y la ciudad. A dos leguas de allí, se

levantaba una isla denominada la Roqueta, confiada al cuidado de una débil guarnición. Por medio de sus comunicaciones con aquella isleta, el castillo podía fácilmente ser avituallado.

Morelos continuó :

— Vélez conoce la fuerza y las ventajas de una posición, que, en un caso desesperado, le permite la retirada por mar; el fuerte abunda en municiones y espera que su resistencia dará tiempo á las tropas realistas para venir en su socorro. Sería pues necesario poner sitio por tierra y por mar; pero el éxito sería tan dudoso, como difícil la empresa. Los días, las semanas y los meses transcurren en tentativas de todas clases; y en el momento en que esperamos que los víveres y las municiones van á faltar en el castillo, tenemos el dolor de ver aproximarse, protegido por el doble fuego de la Roqueta y del fuerte, un navio español que lleva á la ciudadela nuevos elementos de resistencia.

— Tomemos siempre la ciudad, señor General — repitió Galeana — la ciudad al menos nos proporcionará recursos sanitarios que no tenemos en estas abrasadas playas. Un sol mortífero y la reverberación ardiente de la arena en medió de la cual nos vemos obligados á acampar, han producido fiebres mortales en nuestro ejército. Nuestros convoyes de víveres nos llegan con mucha dificultad y los sitiadores, por una singular anomalía, sufren más de la escasez que los mismos sitiados. La enfermedad, la falta de alimentos sanos y los fuegos del fuerte, limpian nuestras filas de modo espantoso. Es preciso pues, pensar en apoderarnos desde luego de la isla de la Roqueta para atacar por hambre al enemigo y obligarlo á rendirse. La empresa es peligrosa, lo sé : apenas tenemos número suficiente de embarcaciones para contener unos sesenta hombres y es necesario atravesar dos leguas de mar en una época en que los ventarrones principian á hacerse frecuentes; luego, abordar con muy pequeño número una isla fortificada y defendida por una guarnición vigorosa. Sin embargo, cuales-

quiera que fuesen los peligros de esta empresa, yo la intentaría por la gloria de su nombre — acabó el intrépido mariscal.

— Por más que Ud. me haya enseñado á no dudar nunca del éxito de toda empresa que se le confía, amigo Galeana — respondió el general sonriendo — ésta es de tal naturaleza que la prudencia se opone á semejante idea.

— Yo me atrevo no obstante á contar con su beneplácito para realizar ésta, señor general, con una condición, sin embargo...

— ¿Cuál?

— Si mis señales le advierten que la isla de la Roqueta está tomada, como me veré precisado á mantener allí una guarnición, Vuestra Excelencia tomará la ciudad.

Morelos se quedó unos instantes pensativo y quizás iba ya á responder con una negativa más formal, cuando el ayudante Lantejas que habitaba una especie de antecámara de la tienda, sabiendo que el general se hallaba conferenciando con Galeana, entró á solicitar permiso para introducir á Costal para una comunicación de importancia que decía tenía que hacer.

— Dignese Vuestra Excelencia dejarlo entrar — dijo el mariscal — este Indio casi siempre tiene buenas ideas!

Morelos hizo una señal de asentimiento; y el zapoteca entró en la tienda. Cuando hubo obtenido permiso para hablar:

— Señor General — dijo — he estado en las alturas de Hornos; y al rayar el día, he visto distintamente una goleta anclada cerca de la Roqueta.

— ¿Y qué?

— ¡Y qué! Sería muy sencillo, muy fácil, esta tarde, por la noche deslizarse hasta allá y apoderarse de ella á favor de las tinieblas; de esa goleta; y cuando seamos sus dueños...

— Interceptaremos todos los convoyes destinados al fuerte — exclamó impetuosamente Galeana — y lo toma-

remos por hambre. ¡Señor General, es Dios quien habla por boca de este Indio! Vuestra Excelencia no puede negar ahora el permiso que solicito.

Los peligros enumerados por Galeana no dejaban de subsistir. Sin embargo, vencido por las instancias del mariscal, seducido por la perspectiva de los resultados que conducirían sin duda alguna á la toma del fuerte, Morelos consintió en otorgar el permiso que se le pedía.

— Si es que yo he aprendido á conocer bien el aspecto de las nubes — dijo Costal — la salida del sol anuncia precisamente para esta tarde, una noche sombría y un mar calmado... á lo menos hasta la media noche.

— ¿Y después de media noche? — preguntó el general.

— Una tempestad y un mar borrascoso; pero antes de media noche, la goleta y la isla serán tomadas — replicó el Indio.

— ¡No lo diría yo mejor! — exclamó el mariscal.

Se dispuso en la junta que la expedición sería mandada por los Galeanas, el tío y el sobrino. Este era un favor que solicitaba el mariscal para el último. También el capitán Lantejas mandaría una ballenera con Costal bajo sus órdenes.

— El valiente don Cornelio no nos perdonaría tomar la isla sin él — dijo Galeana.

El capitán sonrió marcialmente, por más que le pareciera como lo menos malo del mundo que se le hubiese excluído de correr los peligros de aquella expedición; pero según su costumbre y conformándose al enérgico refrán español: *hacer de tripas corazón*, afectó encantarse de que se pensara en hacerle tan grande honor.

Los pronósticos de Costal parecían confirmarse enteramente: el tiempo estuvo sombrío durante todo el día que se empleó en los preparativos para la noche. El sol se había ocultado entre densos vapores.

Cerca de las ocho, cada uno tomó sitio en las embarcaciones que pudieron contener, apretándose mucho, cosa de ochenta hombres.

Estas embarcaciones eran tres grandes balleneras y una canoíta, todas en mal estado; pero como en aquella época era la única marina militar que poseía la insurrección, era necesario contentarse.

Se hicieron al agua, con los remos cuidadosamente envueltos en trapos para que hicieran menos ruido. La noche estaba tan oscura, en verdad, que no tardaron en perder de vista los altos acantilados de la orilla y la negra silueta del castillo.

Además de Costal y cuatro remeros, había en la pequeña canoa mandada por don Cornelio, cinco *costeños* de Galeana, once hombres por todos.

Esta embarcación era la que estaba menos cargada; y por esta razón marchaba á la cabeza y servía como de punto de mira de la modesta flotilla. El Indio Zapoteca manejaba el timón y gobernándolo, hacía notar al capitán un espectáculo que, por lo demás, éste veía bien sin necesidad de que se lo enseñaran: tres ó cuatro tiburonzos que aparecían de cuando en cuando en el surco luminoso trazado por la quilla de la canoa.

— ¡Vaya! — dijo Costal. — Ustedes ven bien á esos animales que nos siguen con tanta obstinación que parecen sospechar que la canoa que nos lleva está medio podrida. ¡Bueno! Yo quisiera que mi amigo Pepe Gago fuera uno de ellos: le iría á dar de puñaladas en presencia de los otros.

— ¿Todavía piensa Ud. en ese pillo? replicó don Cornelio.

— Más que nunca; y no dejaré el ejército de Morelos, ni aun á la terminación de mi compromiso, sólo por la esperanza de que uno ú otro día tomará el fuerte de Acapulco en donde está encerrado ese miserable traidor.

Lantejas, por el momento, no prestaba mucha atención á lo que decía el Indio: el temor que había externado acerca de la solidez de la canoa le preocupaba más que los proyectos de venganza de Costal; y deseaba, á pesar del riesgo de la recalada, abordar lo más pronto posible en la isla de la Roqueta.

— Esta canoa camina muy despacio — repetía muchas veces.

— Siempre está Ud. precisado por batirse — dijo riendo Costal — y sin embargo, ahora debemos ir con menos rapidez porque nos acercamos á la isla.

Un punto negro parecía en efecto flotar sobre el agua como ave marina que reposa un instante sobre la onda para tomar de nuevo su vuelo: era la isla, sombría, silenciosa, sin luz.

— Creo, con su permiso, señor capitán — dijo Costal — que obraríamos cuerdamente en dejar que se nos reúnan las balleneras para pedir permiso al mariscal para adelantarlas. Nuestra canoa es bastante chica para aventurarnos á practicar solos un reconocimiento cerca de la isla, desde donde muy luego se descubrirían esas grandes embarcaciones.

— Con mucho gusto.

Y, á la orden del capitán, los remeros dejaron reposar sus remos. La primera ballenera se reunió muy pronto á la canoa: era la de Galeana.

— ¿Qué hay? — exclamó el mariscal. ¿Ha visto Ud. algo?

Don Cornelio le transmitió el consejo de Costal y mientras que á su turno las tres barcas hacían alto, la canoa tomó de nuevo rumbo hacia la isla. Esta surgía poco á poco por encima de la superficie del mar. Sin embargo, todavía era imposible distinguir algo en tierra, en medio de la obscuridad, á no ser la aguda punta de los mástiles y las vergas en cruz de un pequeño navío anclado. Era la goleta ya indicada.

Los remos, cuya envoltura de trapo amortiguaba el ruido, no producían al moverse, sino un débil chirrido, agudo como el silbido del *satanite* (1), anunciador de la borrasca, y apenas si turbaban, al sumergirse, las olas que se alzaban como cortinajes de azul negruzco. Los tiburones que persistían en seguir tras la canoa, ilu-

(1) Nombre que los marinos dan á la golondrina de mar.

minaban con regueros de fuego las ondulaciones del mar. Por todas partes brillaban las *galeras* con claridades fosforescentes sobre la superficie del mar: se habría dicho que el cielo, cuyas nubes ocultaban el azul, había dejado caer sobre el Océano su manto tachonado de estrellas.

Al cabo de algunos instantes de navegación silenciosa, la cubierta de la goleta se dibujó sobre la playa arenosa de la Roqueta y muy pronto también se distinguió la claridad que se escapaba por los vidrios de sus portas de batería de popa. El buque aparecía entre la noche como un gigantesco cetáceo que abriese sus enormes ojos para espiar lo que sucedía á lo lejos.

— Sería un magnífico golpe apoderarse desde luego de esta goleta — dijo el capitán — eso simplificaría mucho nuestro desembarque en la isla.

— En eso pensaba — replicó el Indio. El todo está en que algún marinero de guardia no nos perciba. Avancemos más dando la vuelta porque el tiempo precisa: es ya casi la media noche y esa espuma blanquizca que se agita sobre el agua indica la vuelta del viento y del viento de borrasca.

Diciendo estas palabras, Costal tiró de la barra del timón; y la canoa describió rápidamente una curva que la puso muy luego fuera del alcance de los rayos luminosos que partían de la goleta.

Algunas ligeras ráfagas principiaban á soplar por intervalos; el agua se hacía más luminosa é indicaba la presencia de electricidad en las nubes. La embarcación no tardó en acercarse á la parte de la isla más lejana del pequeño navío anclado; y mientras tanto, las tres balleneras, que se habían quedado inmóviles, desaparecieron tras las ondulaciones abultadas del oleaje.

Algunos momentos más y los peligros próximos de la tierra se añadirían á los del mar, del cual tres de sus terribles habitantes, continuaban siguiendo obstinadamente la estela de la canoa. Parecían, como había dicho Costal, presentir la aproximación del botín.

Por más que se oyese la resaca contra los rompientes

de la isla, Costal y el capitán pensaban hallarse muy lejos aún para que los centinelas pudiesen percibirlos en medio de las tinieblas. De repente un haz inmenso de luz envolvió á la goleta de la cual no se distinguía más que la proa; y los hombres de la canoa se hallaban aún deslumbrados por aquella claridad repentina cuando un terrible silbido se dejó oír en el agua.

La canoa recibió un golpe violento bajo una lluvia de espuma; y en el mismo instante una espantosa detonación hirió los oídos de los que la montaban. Un grito de terror se exhaló de ella: dos soldados que parecían arrastrados por un torbellino desaparecieron en el mar, á dos pasos de la canoa.

Dos de los tiburones desaparecieron igualmente: sólo uno quedaba que parecía esperar á su turno su presa.

Don Cornelio se hallaba á popa con Costal, cuando, después del choque de la bala que se había llevado á los dos soldados, le pareció que la proa de la canoa estaba mucho más baja que la popa. Costal exclamó:

— ¡Por Dios y por el Diablo! ¡La canoa ya no gobierna!

— ¿Qué quiere decir eso? le preguntó Lantejas espantado de esta nueva desgracia.

— Poca cosa, si es que esta maldita bala no se ha llevado un pedazo de la proa de la embarcación bajo el brahque y que la canoa se hunda con la punta abajo.

Un grito de desesperación lanzado por los desgraciados que se hallaban en la proa y que se hundían ya entre el agua hasta la mitad de sus cuerpos, reveló al capitán la precisión inexorable de las palabras de Costal.

— ¡Gran Dios! — exclamó — ¡estamos perdidos!

— Ellos, no digo que no — respondió Costal con una sangre fría terrible; pero no nosotros. Estése allí y no me pierda de vista. ¡Oh! ¡allá! ¡poco á poco! — continuó rechazando á uno de los costeños colocados en el centro de la canoa, que á su vez invadido por el agua, se prendía de los vestidos del Indio — ¡aquí cada uno para sí!

Y como el desgraciado tratase de acogerse á sus brazos

crispados, Costal le arrojó de una cuchillada por encima de los bordos de la canoa : esta vez desapareció el tercer tiburón. Un grito horrible partió de un pedazo de hombre que rápidamente se abismó entre las aguas.

— El lo quiso — dijo el zapoteca siempre impasible — ¡ que su ejemplo sirva de lección á los otros !

Cada uno tomó la advertencia para sí y no se ocupó sino en el cuidado de agarrarse como mejor pudiera á las partes aún no sumergidas, de la embarcación.

Voces lúgubres parecían surgir del fondo del abismo á la superficie del océano ; ó llegar á los oídos de los naufragos en alas del borrascoso viento. Rayos deslumbradores desgarraron bien pronto el espeso velo de las nubes ; é iluminaban la inmensidad en que el huracán desencadenado principiaba á torcer la cima de las olas.

El espantoso cortejo de monstruos marinos apareció otra vez : entorpecidos por su reciente banquete, nadaban pesadamente á lo largo de la canoa medio sumergida. Sus aletas lanzaban resplandores eléctricos. La embarcación se ponía más y más perpendicular. Un hombre se hundió para no reaparecer nunca más ; luego, otro le siguió arrancado violentamente por uno de los monstruos, de una tabla, su último medio de salvación, que estrechaba convulsivamente entre sus brazos.

Ante este espantoso espectáculo, don Cornelio, más muerto que vivo, invocaba á Dios y á todos los santos con un fervor de que es fácil formarse cabal idea.

— Fíese Ud. más de su valor que de los santos de su paraíso — le decía de cuando en cuando el impasible pagano que se hallaba á su lado. — ¡ Ah ! si no fuera por Ud...

Costal no concluyó ; miraba á su alrededor con más atención. Otro hombre acababa de hundirse ; las aguas avanzaban tanto en la proa del esquife, que su inclinación se había aumentado más aún y ya á popa, donde se hallaban Lantejas, el Indio y un *tercero*, era necesario redoblar los esfuerzos para no rodar en la rápida pendiente. Sin embargo, á medida que los de proa desapa-

recían, la canoa, aligerada de su peso, parecía tomar de nuevo una posición más horizontal.

— ¿ Sabe Ud. nadar, capitán ? dijo Costal.

— Sí, lo suficiente para sostenerme algunos instantes sobre el agua.

— ¡ Bueno ! — dijo lacónicamente el Indio ; y antes de que don Cornelio tuviese tiempo de penetrar su intención, aprovechando el momento en que la ola hacía ladear la canoa sobre uno de sus costados, le dió en la misma dirección tan violento impulso que la hizo zozobrar.

Con tanta rapidez se hundió el capitán que no pudo exhalar un solo grito ; y un segundo después se sintió agarrar por sus vestidos con tanta fuerza que se creyó devorado. Volvió á la superficie completamente aturdimiento : Costal le sostenía con una mano mientras que con la otra se agarraba á la canoa que flotaba con la quilla al aire.

— No tema Ud. nada — dijo el Indio. — Aquí estoy yo con Ud.

Y sus esfuerzos, unidos á los que maquinamente hacía el desgraciado capitán, llevaron por fin á este último hasta colocarse á caballo sobre la quilla del bote. El Indio se puso cerca de él. De once que eran momentos antes, sólo ellos quedaban.

Las pérdidas miradas de Cornelio erraban por el vasto océano que comenzaba ya á rugir bajo su manto de espuma que fustigaba el viento.

— He sacrificado por Ud. á todos estos pobres diablos — dijo Costal. — Un cuarto de hora más y el bote se hubiera hundido bajo el agua. Ahora, por lo menos, en tanto que el mar no se ponga demasiado grueso, flotaremos en la superficie y las balleneras llegarán para salvarnos.

No vino al capitán la idea de reprochar al fiel Costal una crueldad provechosa para él ; pero que, sin embargo, conceptuaba inútil.

Durante el tiempo que empleaba en sus sinceros agradecimientos al Indio y sus ardientes plegarias al cielo,

Costal, con la sangre fría de un calafate que trabajase en sólido taller, se ocupaba, con ayuda de su cuchillo, en abrir á lo largo de la quilla careomida del bote, entalladuras bastante profundas para enganchar las manos, repitiendo, con su voz tranquila é irónica :

— Agárrese siempre bien y no confie mucho en los santos.

Bien pronto practicó bastantes y grandes aberturas para pasar los dedos y agarrarse de manera que no los arrastraran las olas que crecían á ojos vistas.

Cuando ambos se hubieron asegurado en tan débil máquina, los ojos de Costal trataron de penetrar á través del velo de tinieblas que los envolvía ; pero los relámpagos más frecuentes ya, no le dejaban ver sino un mar negro y amenazador y allá á lo lejos, la imponente mole de la fortaleza sitiada.

Las balleneras se hallaban invisibles ; y ni el eco respondía á los gritos que exhalaban los dos náufragos llamando á sus compañeros.

CAPÍTULO IV

LA GUADALUPE

El desgraciado que flota á voluntad de las olas y del viento sobre un mísero despojo de su barco despedazado, se encuentra apenas en una situación más desesperada que la del Indio y el capitán don Cornelio, ambos á caballo sobre la quilla de un bote que un golpe de mar podía hundir para siempre. Con que el viento creciera ó las olas aumentaran, era inevitable la pérdida de los dos aventureros.

Una vaga esperanza de que el Indio le libertase de este peligro, como de muchos otros de que la intrepidez de Costal le había arrancado, era lo único que sostenía al ex-estudiante de Teología. Así pues, examinaba con profunda atención los menores síntomas que le permitieran juzgar del estado de espíritu del zapoteca.

Hasta allí, su inalterable sangre fría no se había desmentido ; sin embargo, á medida que transcurría el tiempo sin distinguir las balleneras, las facciones de Costal se iban tornando sombrías y don Cornelio temblaba. Hay sin embargo distancia entre la inquietud y el desaliento ; y Costal, al parecer, no se encontraba sino en la primera de estas dos fases.

— ¡ Y bien, Costal ! — preguntó don Cornelio para

Costal, con la sangre fría de un calafate que trabajase en sólido taller, se ocupaba, con ayuda de su cuchillo, en abrir á lo largo de la quilla careomida del bote, entalladuras bastante profundas para enganchar las manos, repitiendo, con su voz tranquila é irónica :

— Agárrese siempre bien y no confíe mucho en los santos.

Bien pronto practicó bastantes y grandes aberturas para pasar los dedos y agarrarse de manera que no los arrastraran las olas que crecían á ojos vistas.

Cuando ambos se hubieron asegurado en tan débil máquina, los ojos de Costal trataron de penetrar á través del velo de tinieblas que los envolvía ; pero los relámpagos más frecuentes ya, no le dejaban ver sino un mar negro y amenazador y allá á lo lejos, la imponente mole de la fortaleza sitiada.

Las balleneras se hallaban invisibles ; y ni el eco respondía á los gritos que exhalaban los dos náufragos llamando á sus compañeros.

CAPÍTULO IV

LA GUADALUPE

El desgraciado que flota á voluntad de las olas y del viento sobre un mísero despojo de su barco despedazado, se encuentra apenas en una situación más desesperada que la del Indio y el capitán don Cornelio, ambos á caballo sobre la quilla de un bote que un golpe de mar podía hundir para siempre. Con que el viento creciera ó las olas aumentaran, era inevitable la pérdida de los dos aventureros.

Una vaga esperanza de que el Indio le libertase de este peligro, como de muchos otros de que la intrepidez de Costal le había arrancado, era lo único que sostenía al ex-estudiante de Teología. Así pues, examinaba con profunda atención los menores síntomas que le permitieran juzgar del estado de espíritu del zapoteca.

Hasta allí, su inalterable sangre fría no se había desmentido ; sin embargo, á medida que transcurría el tiempo sin distinguir las balleneras, las facciones de Costal se iban tornando sombrías y don Cornelio temblaba. Hay sin embargo distancia entre la inquietud y el desaliento ; y Costal, al parecer, no se encontraba sino en la primera de estas dos fases.

— ¡ Y bien, Costal ! — preguntó don Cornelio para

hacer romper al zapoteca el silencio de mal agüero que guardaba.

— ¡Y bien! me sorprende que las balleneras no se hayan conmovido con este cañonazo. El mariscal, de ordinario, no tiene necesidad de oír dos para....

Una ráfaga de viento que pasó silbando, se llevó las últimas palabras del Indio.

Costal cayó otra vez en su espantoso silencio. Un matiz más oscuro de inquietud se pintó en su rostro. Era casi el temor que traicionaba su máscara de bronce hasta entonces tan impasible.

Lantejas sabía que, cuando Costal manifestaba la más pequeña emoción, el peligro debía de ser muy terrible: la horrorosa evidencia del que él estaba corriendo, no necesitaba de pruebas; pero don Cornelio contaba con algún recurso imprevisto que suministraría el invencible valor del zapoteca.

Se creyó casi salvado cuando oyó que le decía el Indio:

— Señor don Cornelio, ¿qué no daría Ud. por encontrarse acostado en una hamaca con enlazamientos de serpientes de cascabel y grupos de tigres por coronamiento de lecho?

Costal bromeando, era buen signo. Sin embargo, bien pronto dijo en tono inquieto:

— ¿Por ventura habrán vuelto sobre sus pasos nuestros compañeros?

En una situación tan terrible como aquella, las menores suposiciones enfadosas se convierten en certidumbres; y el capitán no dudó ni por un instante que las balleneras hubiesen regresado á la orilla que dejaron dos horas antes. Semejante sospecha era sin embargo absurda. Era más natural suponer que, en espera de las noticias que el bote debía llevarles, se habían quedado en el mismo lugar, ahora sobre todo, pues que las desconfianzas de los que las montaban, se habrían indudablemente despertado por la detonación que no habrían dejado de oír. Esta última probabilidad no tardó en ocu-

rirsele á Costal que parecía reflexionar más profundamente.

Sin embargo, el oleaje era ya bastante grueso para hacer sufrir á la canoa violentas sacudidas; y, según silbaba el viento, era fácil prever que engrosaría aún más.

— Escuche, señor don Cornelio Lantejas (debimos haber dicho más antes que desde que se hallaba proscrito con el nombre de Lantejas, este nombre parecía siempre enojoso á don Cornelio; más que nunca le pareció esta vez de mal agüero). Escuche: yo sé que la muerte no lo asusta. Pues bien: yo no debo ocultarle que dentro de una hora, las olas nos habrán hundido, si esperamos que crezcan más.

— ¿Qué hacer? — exclamó el capitán con desesperación.

— De dos cosas una — respondió Costal — ó las balleneras nos esperan ó se dirigen hacia la isla; suponer que hayan regresado, es absurdo pensándolo bien. Cuando se recibe de un general la orden de atacar un punto cualquiera, no se regresa sin haberlo intentado. Así pues, como todavía me es fácil nadar hasta las embarcaciones....

— ¡Nadar hasta las embarcaciones! ¿Lo cree Ud.?

— ¿Y por qué no?

— ¿Y nuestros compañeros devorados ante nuestros ojos?

Un relámpago que brilló en aquel instante, permitió ver el gesto de profundo desdén que se hallaba impreso en la fisonomía de Costal.

— ¿No le he dicho ya que tal vez solo yo podía nadar sin temor en medio de los tiburones? Lo he hecho cien veces por valentona: lo haré ahora por conservar nuestra vida.

La idea de quedarse solo espantaba al capitán; la de una muerte próxima é inevitable para ambos, no era menos terrible. Vaciló un instante antes de contestar; y Costal, tomando por consentimiento su silencio exclamó:

— Tan pronto como llegue á bordo de una de las embarcaciones, dispararé uno de los cohetes de señales que hemos embarcado ; entonces Ud. entenderá que no debe hacer otra cosa que esperar y gritar con todas sus fuerzas.

Antes de que don Cornelio tuviese tiempo de contestarle una sola palabra, el intrépido nadador se lanzó de cabeza al agua, bajo la cual pudo seguirle el capitán por la luminosa línea que trazaba ; y cual si los feroces huéspedes que el mar abrigaba en su seno hubiesen reconocido un poder superior, vióse á los tiburones huir ante quien los desafiaba. Ello es verdad que se hallaban bien comidos. El capitán vió reaparecer á Costal bastante lejos en la superficie del agua ; luego le perdió de vista tras la cresta negra de las olas, pareciéndole que el viento le llevaba palabras vagas de aliento. Después, no oyó sino los rugidos todavía lejanos del viento y el lúgubre batir de las olas sobre las temblorosas tablas del bote.

Por hartó que se encuentre un tiburón, es muy raro que su natural voracidad se aplaque jamás ; y cuando el Indio, que no había olvidado su antiguo oficio de buzo, reapareció sobre el agua y, con su cuchillo entre los dientes, dirigió á su compañero de infortunio las palabras de aliento de que la brisa le llevara nada más que fragmentos confusos, el zapoteca miró á su alrededor.

No era miedo : era prudencia.

Dos de esos tigres del Océano, más temibles mil veces que los que merodean por los bosques, nadaban en la misma dirección que él, uno á su derecha y otro á su izquierda, como á veinte pies de distancia. Por terrible que fuera semejante compañía, la costumbre que había adquirido en los bancos de perlas, su imperturbable creencia fatalista, la preocupación además que naturalmente debía inquietarle de no encontrar las balleneras, todos estos motivos juntos desviaban al Indio de prestar cuidadosa atención á aquellos peligrosos compañeros de viaje.

Costal, sin embargo, por prudencia y no por miedo, lo repetimos, volvía de cuando en cuando la cabeza para asegurarse de la posición de sus dos enemigos ; y cada vez le parecían más próximas sus aletas.

Asimismo, hendiendo el agua con movimientos rápidos y vigorosos, el nadador trataba de penetrar á través de la obscuridad para descubrir el objeto de que pendía su vida ; pero por todas partes sus ojos no veían sino un horizonte negro, vacío, á corta distancia limitado por la espumosa cresta de las olas.

Una ojeada que echó á su lado, le hizo advertir las dos siniestras aletas siempre aproximándose á él : ya no le separaba de ellas sino una distancia de diez pies.

Costal persistía en no tener miedo de los tiburones : sólo la inmensa soledad del Océano comenzaba á espantarle.

Por intrépido que sea un hombre, le es permitido indudablemente desfallecer un instante, cuando, abandonado á merced de las olas en un mar sin límites, escoltado por voraces tiburones en medio de la noche oscura y sin rumbo preciso, busca como último medio de salvación, un punto tan imperceptible como una ballenera.

Por vigoroso que se suponga á un nadador, su aliento se agota después de grandes y penosos esfuerzos, cuando un cuchillo apretado entre los dientes le impide aspirar á grandes bocanadas el aire que ansian sus pulmones. Pero Costal por nada del mundo habría abandonado su puñal cuya aguda y cortante hoja, constituía su única defensa contra los tiburones en caso de ataque.

El Indio sintió latir su corazón con más fuerza. Lo atribuyó á los esfuerzos que hacía y entonces cogió el cuchillo con una mano.

Las pulsaciones de su corazón no se hicieron por eso menos rápidas ; digámoslo sin infamia para él : Costal tenía miedo. Nadando con un puño cerrado, debía redoblar los esfuerzos la mano que le quedaba libre.

No era, por lo demás inútil la precaución de tener listo el cuchillo á cualquier evento. Los dos tiburones co-

menzaban á adelantársele, convergiendo ambos hacia el punto por donde debía pasar.

Al nuevo aspecto que tomaba la caza perseverante y silenciosa de que era objeto, el Indio torció rápidamente á la derecha. Los dos tiburones cambiaron su dirección y continuaron nadando en conserva.

Largos y terribles momentos trascurrieron durante los cuales, obligado á cambiar su dirección hacia la derecha, se puso sin quererlo, en buen camino. Iba á deber su salvación á dos terribles enemigos encarnizados contra él.

Un grito de júbilo se escapó de su pecho anhelante á la vista de las tres balleneras que de repente se alzaron ante él danzando sobre las olas.

El Indio exhaló un segundo grito y un grito le respondió. Entonces reunió sus fuerzas desfallecidas para llegar hasta las balleneras, pues aunque le oyeran, no lo veían.

Desgraciadamente los dos tiburones guardaban, uno á izquierda y á la derecha el otro, el estrecho camino que debía seguir para llegar hasta la más cercana de las tres embarcaciones; y Costal habría agotado en dar una vuelta lo que le quedaba de fuerzas. Siguió pues el camino recto.

Con el cuchillo en la mano, y palpitante el corazón, Costal, presto á hundir su arma en las fauces del primer tiburón que las abriese, asustando á sus voraces enemigos con el gesto y con la voz, rodeó, como hace un navío perdido á través de agudos arrecifes, las dos masas negras de agallas fosforescentes. Sus ojos empañados y glaucos arrojaron sobre él miradas vidriosas. En seguida, las dos masas negras se alejaron.

Costal apenas tuvo fuerzas para agarrarse á una de las balleneras; y cuando extendidos los brazos hacia él lo levantaron suspenso en sus latidos el corazón, quedóse desmayado.

Su presencia refería bastante claramente la triste historia del bote. Vuelto Costal al conocimiento, nada tuvo

que agregar á la evidencia. He aquí lo que pensó el mariscal:

— No busquemos más el bote, señores — dijo — vámonos recto hacia la isla.

En seguida, quitándose el sombrero:

— Roguemos — continuó — por el alma de nuestros desdichados camaradas; por el capitán Lantejas sobre todo: perdemos en él á un valiente oficial.

Las balleneras siguieron su camino silencioso después de esta lacónica oración fúnebre de don Cornelio, quien esperaba siempre.

Volvamos hacia él, hacía el bote en donde el desgraciado oficial, solo en medio de los peligros que le rodeaban, contemplaba el océano livido como la muerte en la carencia de relámpagos y fulgurando como un horno cuando arroja nubes que forman surcos de fuego. Escuchaba los silbidos del viento que fustigaba la onda como el jinete que excita su caballo con la espuela y con la voz; oía rugir las olas como el potro salvaje que se revuelve contra su jinete. Felizmente la borrasca estaba todavía en sus preliminares y podía mantenerse aún sobre su esquife. Muchas veces gritó; pero el viento le devolvía á la cara sus inútiles gritos con la espuma de las olas.

El auxilio no llegaba. Sin duda Costal se había ahogado ó lo habían devorado; y el desdichado capitán pensó que no le quedaba más que resignarse á su espantosa suerte. De repente, al resplandor de un relámpago le pareció ver aparecerse en la cima de las ondas y sobre una oleada de espuma, la forma larga de una barca y figuras humanas. Se estremeció de esperanza: mas cuando el relámpago se extinguió, otra vez las olas negras se presentaron á sus ojos, temblorosas y movibles, en el lugar de la visión.

Gritó aún; y el ronco sonido que partió de su garganta, perdióse en medio de los rugidos del mar y del viento. Estaba sin embargo seguro de no haberse equivocado; y solamente las olas que el viento levantaba,

podían ocultarlo á sus compañeros y mantener á éstos igualmente invisibles.

Pero bien pronto su certidumbre se convirtió en duda; el rayo de esperanza se desvaneció; y otra vez contempló en toda su desnudez el horror de su posición.

De repente, en el instante en que levantado hasta la cima de una ola, pudo dominar por un momento su pequeño horizonte, percibió de nuevo muy distintamente al resplandor de un segundo relámpago, la misma barca y las mismas figuras humanas, pero en opuesta dirección. Las chalupas habían pasado junto á él sin verle. La ola se encorbaba á sus pies; y perdía de vista á los salvadores que le buscaban donde no estaba.

Poco faltó para que en el paroxismo de aquella insana desesperación que se apoderó de él, se dejase arrastrar por una de las olas de que era el triste juguete.

El desgraciado se consideraba perdido sin remedio. Fascinado por el abismo que le atraía, exaltado hasta la insania por las fúnebres entonaciones del mar y del viento, iba á abandonar toda lucha, cuando del seno de las olas y á poca distancia, vió brotar un vivo resplandor y dibujarse en el sombrío cielo, una curva chispeante. Era el cohete de señal tan deseado. Entonces don Cornelio reunió cuantas fuerzas le quedaban y lanzó un grito al que la alegría y la desesperación juntas, prestaron sobrehumano estruendo. Lo oyó arrebatado por el viento, rebotando por así decirlo sobre la superficie de las ondas y morir á lo lejos. Después de un instante, durante el cual cuanto le quedaba de energía lo concentró para escuchar la respuesta á su llamada, oyó otro grito que luchaba contra el rugido de las olas: era la voz del Indio.

Cornelio gritó de nuevo sin descanso, hasta que su garganta desgarrada, se negó á producir sonido alguno. A cada vez, oía como un débil eco de gritos lejanos; y sin embargo, el fulgor de los relámpagos le mostraba siempre el espacio inmenso, negro y vacío...

Al fin una de las balleneras llegó saltando hasta él. Las

manos de Costal y de Galeana se tendieron hacia él y agarraron las suyas y se sintió izado de la quilla del bote. Ya era tiempo: como Costal cayó desvanecido en el fondo de la embarcación.

Fácilmente se adivina lo que había sucedido. En el momento en que las balleneras acababan de alejarse de don Cornelio sin haberlo percibido, sin que nadie hubiese oído sus gritos, el Indio había recobrado ya sus sentidos y referido en pocas palabras la catástrofe de que el bote fuera víctima.

Se apresuraron entonces á dar la convenida señal, orientándose al resplandor de los relámpagos, por la posición de la isla y por la de la goleta y la del castillo. Costal, con la doble sagacidad del marino y del indio, reconoció á poco el lugar en que había dejado á su compañero de infortunio. Un instante más tarde, el primer grito exhalado por Lantejas, llegó á los oídos de Costal y vino á confirmar sus conjeturas. ¡El capitán estaba salvado!

A pesar del alerta dado por *la Guadalupe*, las tres balleneras pudieron abordar la costa de la isla opuesta á la goleta, pues á causa de la borrascosa noche la guarnición nada recelaba.

Lantejas se hallaba aún desvanecido; y cuando recobró el conocimiento, se encontró en la isla de la Roqueta sin saber cómo había llegado á ella. El ruido de los árboles cuyas copas se estremecían por encima de su cabeza á los embates de la borrasca que se hallaba en más alto grado de violencia, el estrépito del trueno que parecía conmover la isla hasta sus cimientos, todo aquello le pareció, al despertar, la más dulce melodía que jamás hubiese oído. Antes de llamar á Costal, á quien reconoció durmiendo junto á él; examinó lo que le rodeaba. Diseminados en pequeños grupos, los hombres de la expedición, con sus armas en la mano, se hallaban de pie y silenciosos como en una emboscada.

— ¿En dónde estamos? — preguntó á Costal sacudiéndolo. — ¿Cómo hemos podido llegar hasta aquí?

— Del modo más sencillo. ¿Quién podría creer que sesenta hombres habían de aventurarse al mar con un tiempo semejante? Nadie seguramente. Así pues, ninguno de los españoles de la isla ha pensado en nosotros y hemos desembarcado sin dificultad.

— ¿Qué espera el mariscal para atacar?

— Que sepamos en dónde estamos y dónde está el enemigo. La noche está negra como boca de lobo y el cielo y el mar están furiosos.

La borrasca mantenía en seguridad á los mexicanos, por lo menos hasta que rayara el día; pues ignorantes como estaban de los lugares y de la fuerza de la guarnición española, un ataque imprevisto les habría sido funesto. Gracias á la tempestad, no se sospechaba su presencia.

Eran cerca de las cuatro de la mañana cuando Costal daba al capitán todos estos detalles. La borrasca continuaba creciendo; y el mar que chocaba violentamente contra la playa, amenazaba romper los cables de las embarcaciones, única esperanza de salvación en caso de una derrota. Don Cornelio echaba miradas asustadas á aquel Océano que estuvo á punto de tragárselo algunas horas antes. Vió que un hombre bajaba hacia la orilla y pensó que iría á apretar los nudos de los cables. En efecto: el hombre se inclinó; pero al cabo de un minuto Lantejas creyó oír el chirrido de un cuchillo rozando contra un objeto que se tratara de cortar.

— ¿Qué hace ése? — preguntó á Costal enseñándole al hombre ocupado en su tarea misteriosa.

— ¡Corta los cables, demonio! — respondió el Indio; y lanzándose inmediatamente hacia él, seguido del capitán, reconoció, al pálido reflejo de la espuma blanquiza de las olas, al mismo mariscal, á don Hermenegildo Galeana.

— ¡Ah! Es Ud., capitán — dijo Galeana. — Ayúdeme á cortar estos cables que están duros como cadenas de hierro.

— ¡Cortar los cables! ¿Y si nos vemos obligados á

batirnos en retirada ante fuerzas demasiado superiores?

— Eso es precisamente lo que quiero evitar — respondió Galeana sonriendo. Se bate uno mal cuando puede salvarse; y yo quiero que nuestros hombres se batan bien.

Nada había que replicar á la orden del caballeresco mariscal; y muy luego entre los tres, deshicieron ó cortaron los nudos de los cables.

— Está bien — dijo Galeana — ahora no tenemos más que hacer que sacar de las lanchas los cohetes de señales.

Obedecieron y largaron las amarras; y muy pronto las olas se llevaron las tres lanchas.

— Vaya á dormir hasta el instante en que lo mande á despertar — dijo Galeana. — Ud. tiene necesidad de sueño, capitán. Mientras tanto, Costal irá á hacer un reconocimiento en la isla para averiguar dónde está el enemigo. Es preciso que al apuntar los primeros rayos del sol, la isla y la goleta sean nuestras.

Y diciendo estas palabras, el mariscal echó sobre su rostro la falda de su capa y se alejó. Costal y el capitán volvieron á su puesto sin comunicarse sus reflexiones; y cuando el Indio concluyó de despojarse de los pocos vestidos que conservaba, se alejó á su vez, deslizándose entre los mangles, como el jaguar cuando acecha entre la maleza para sorprender al lagarto en las orillas de las lagunas.

En cuanto á don Cornelio, se quedó sin poder dormir. Aunque un poco extenuado por los peligros de las batallas de más de un año, la obligación que Galeana impusiera á sus soldados de vencer ó morir, le mantenía despierto. Pasaba su tiempo reflexionando acerca de las rarezas del destino que le lanzara, mal de su grado, á la peligrosa carrera de soldado. No hacía más que un voto; y era el de ver tomar lo más pronto posible aquella fortaleza de Acapulco en la cual le había prometido Morelos firmarle su licencia. Al cabo de una hora, Costal estaba

de regreso y le dió á conocer en substancia el resultado de su exploración, cuyos detalles iba á comunicar á Galeana.

Según los informes del Indio, la guarnición española, que él suponía componerse como de doscientos hombres, se hallaba atrincherada en una especie de fortín de tierra en la punta meridional de la isla y á un tiro de cañón del campo mexicano. Dos piezas de campaña la defendían; y la goleta cuyo fuego había roto la proa del bote, se hallaba anclada en una pequeña bahía á alguna distancia del fortín.

Galeana sabía ahora en dónde se hallaba el enemigo; conocía su fuerza y sus medios de defensa. El crepúsculo principiaba. Don Hermenegildo hizo formar silenciosamente las filas de su tropa y ordenó conducir los cohetes de señales, á una pequeña colina que se hallaba cerca.

— Muchachos — dijo entonces á media voz — el punto que nosotros atacamos, se toma siempre. Nos encontramos en los instantes de cargar sobre el enemigo, tenemos los pies en la isla. Así pues, podemos anunciar al general en jefe que la isla está tomada y que el enemigo está derrotado.

Sin esperar respuesta, el mariscal aproximó el puro encendido al primer cohete que se le presentó. El cohete se elevó silbando y describiendo sobre el obscuro cielo, una elipse de un rojo vivo; un segundo cohete le sucedió trazando una curva blanquizca; un tercero le siguió dejando tras sí una larga línea de un verde deslumbrador.

— ¡Rojo, blanco y verde, es el pabellón mexicano! — exclamó Galeana. Es la señal convenida con nuestro querido general para anunciarle la toma de la isla. Ahora ya se tiene la noticia en el campo y no podremos dementirla. ¡Adelante!

Galeana se lanzó al mismo tiempo y de un salto se puso á la cabeza de sus tropas que á su vez se lanzaron á paso de carga guiadas por Costal. Cuando se aproxima-

ban al pequeño fuerte que abrigaba á la guarnición española, un grito de angustia llegó hasta ellos. A través de un claro de la arboleda, la goleta se mostró cubierta de gente rodando y cabeceando entre las olas á corta distancia de las rocas; y en vano sus tripulantes trataban de salvarla de un naufragio inevitable. Sus cables se habían roto y el viento de la borrasca la arrojó sobre un lecho de agudas rocas.

— ¡Sangre de Cristo! ¡Y yo que contaba con esta goleta! — exclamó Galeana. — No tendremos sino los despojos.

Este desastre, pronto conocido en el campo español, lo llenó de confusión; Galeana la aumentó con su terrible grito de guerra que fué seguido por los aullidos furiosos que lanzaban sus soldados cuyo reducido número escondía la obscuridad. Su ataque brusco, sus clamores mezclados á los estallidos del trueno y á los gritos de desesperación de los tripulantes de la goleta, llevaron el espanto de los españoles á su colmo. Los asaltantes hundieron á hachazos las puertas del fuerte. Casi sin presentar resistencia y después de un corto combate cuerpo á cuerpo, una parte de la guarnición huyó y la otra se rindió á discreción.

Apenas acabado de disparar el último fusilazo, la goleta, chocando violentamente contra las rocas se inclinó como un caballo desjarretado por un toro y sus flancos se abrieron. Los vencedores no tuvieron entonces más que hacer que apoderarse de los tripulantes de la *Guadalupe* (así se llamaba la goleta) á medida que escapaban del naufragio.

El sol envió pronto algunos pálidos rayos á través de las nubes esponjadas que parecían flotar sobre el Océano; pero la borrasca no se apaciguó enteramente sino hasta el completo nacimiento del día.

En el momento en que el último de los tripulantes de la goleta tocaba tierra, el fuerte señaló una vela en el horizonte y luego pudo percibirse á lo lejos un navío que huía con la rapidez del rayo.

El huracán parecía lanzarlo contra la tierra y bien pronto llegó á una distancia bastante próxima para que desde la playa, pudiesen distinguirse el equipo y los oficiales sobre el puente.

Costal, Clara y el capitán don Cornelio observaban lo mismo que los demás las maniobras del brick, cuando los penetrantes ojos del Indio se dirigieron con más atención hacia un oficial apoyado en la liza del buque con aire de profunda melancolía.

Su estatura alta y elegante anunciaba el vigor. Su negra cabellera flotaba á voluntad de la brisa sobre su cabeza desnuda y parecía poco preocupado del peligro que corría el barco.

— ¿Reconocen Uds. á ese oficial? — preguntó Costal designádoselo con el dedo á don Cornelio y á Clara.

— No distingo sus facciones — respondió Lantejas.

— Es el que los tres conocimos en otro tiempo como capitán de los dragones de la reina; ahora es el coronel Tres Villas.

— ¿El que en la batalla de Calderón estuvo á punto de apoderarse del generalísimo Hidalgo? — dijo un soldado.

— El mismo — respondió Costal.

— ¿El oficial que clavó la cabeza de Antonio Valdés en la puerta de su hacienda? — añadió un voluntario de la provincia de Oaxaca.

— El mismo — replicó el Indio.

— ¿Es éste entonces el que se apoderó de la ciudad de Aguas Calientes é hizo cortar el pelo á cuatrocientas mujeres prisioneras? — preguntó un tercero.

— Se dice que tenía sus razones para hacerlo — replicó Costal.

— ¡ Pues bien ! ¡ Si vara aquí, su asunto es claro !

Pero en el momento en que el soldado concluía, un pequeño foque se izó sobre el bauprés del brick, una vela resbaló á lo largo de uno de los estayes y el navío obedeciendo al timón, viró de bordo y no tardó en perderse en lontananza.

Costal no se había equivocado. El oficial pasajero, era el mismo don Rafael Tres Villas quien después de un año de ausencia, llevaba en las riberas del golfo de Tehuantepec, una incurable melancolía.

CAPÍTULO V

EL HOMBRE DEL CAPOTE

Mientras que escapando á la vez del doble peligro de despedazarse en la isla de la Roqueta ó caer allí en poder del enemigo, el brick español llevaba á don Rafael á la provincia de Oaxaca, donde no tardaremos en hallarlo, el viento conducía el estrépito de un incesante cañoneo, mezclado á los sibildos del huracán.

Las detonaciones partían del fuerte, al menos era cuanto podía conjeturarse en medio de la bruma que lo cubría.

Los grupos de insurgentes formados á la orilla del mar trataban en vano de adivinar la causa.

La diremos en pocas palabras.

Los centinelas apostados en la playa por orden de Morelos después de la partida del mariscal, y de sus balleneras, habían percibido los cohetes de señales disparados por don Hermenegildo para anunciar la toma de la isla de la Roqueta, aunque, como se recordará, aún no estuviese enteramente conquistada.

Según lo convenido entre el general en jefe y el mariscal, Morelos dirigió contra Ocapulco tan violento ataque, que se apoderó de la plaza casi sin derramamiento de sangre.

Aunque el fuerte se sostuviera siempre, la posesión de la isla de la Roqueta haría menos ilusoria la conquista de una ciudad abierta como la que se acababa de tomar.

De la isla, en efecto, sea que la goleta codiciada por Galeana se le hubiese escapado ó no, era posible si no fácil, interceptar los navíos cargados de viveres para el fuerte.

Dueño ya de Acapulco, Morelos se acordó del cura de Carácuaro desairosamente encargado de conquistar una rica provincia que hoy pertenecía casi por entero al General Morelos. Se acordó de sus humildes principios y de su poder actual. Entonces, en un arranque de reconocimiento hacia el Dios de los ejércitos de quien él fuera antes el más modesto de los servidores, resolvió decir una solemne misa en acción de gracias oficiándola él mismo.

Era sobre la ciudad, sobre la catedral misma sobre lo que el fuerte hacía llover granizadas de balas; allí bajo las bóvedas del templo, por una de esas singularidades de la guerra de independencia, cuyos primeros generales fueron clérigos, Morelos acababa de depositar el uniforme para revestirse de la estola.

Las baterías de los insurgentes respondían al fuego de la ciudadela; y era bajo el espantoso estrépito de la artillería que Morelos, convertido otra vez en sacerdote, celebraba una vez más el oficio divino.

La causa de estas detonaciones no escapó enteramente á Galeana.

— ¡Muchachos! — dijo aproximándose á los grupos formados en la orilla. — Somos dueños de la isla. Nuestro querido general lo sabe por nuestras señales y ataca á su vez Acapulco. Dentro de dos horas la ciudad será tomada si es que no lo está ya: sus cañones cantan el *Te Deum*. ¡Viva Morelos!

— ¡Viva Morelos! — repitieron los insurgentes en coro.

— ¡Eh, señor Lantejas! — dijo Costal frotándose las manos. ¿No le parece que acabo de dar un gran paso hacia el traidor Gago?

Las lanchas de la goleta de las cuales pudo salvarse una y las que habían transportado á la guarnición española de la costa á la isla, reemplazaban bien á las balleteras sacrificadas por el mariscal y les sobrepujaban en solidez.

Al final del segundo día, cesó del todo la borrasca y el mar recobró su calma ordinaria. Aquellas lanchas sirvieron entonces para establecer las comunicaciones entre el campo de Morelos y la Roqueta y para enviar al general en jefe, bajo la custodia de una escolta, á los prisioneros que no quisieron abrazar la causa mexicana, que fué el mayor número. Por lo demás, la ocupación de la isleta se confió á los que la habían conquistado.

Entre los tráfugas europeos que habían engrosado las filas de los insurgentes, había uno á quien era fácil reconocer por gallego, por su rudo acento montañés. Era pues, un compatriota de Pepe Gago, á quien él conocía bien pues antes de ser enviado de guarnición á la Roqueta, formaba parte con él de la de Acapulco. Costal no tardó en hacer amistad con el gallego y en obtener de él, acerca del sargento de artillería, noticias que esperaba aprovechar más tarde.

No eran estos, sin embargo, los únicos servicios que el Indio esperaba de los nuevos reclutas. Pensaba utilizar el conocimiento que sospechaba tenían de las señales convenidas por los españoles con los navíos encargados del abastecimiento del fuerte; y por este medio atraer por lo menos uno ó dos hacia la isla y apoderarse de ellos.

Tres días después de la toma de la isla, Costal fué también el primero en señalar una vela que hacia la ruta de San Blas para Acapulco. Como no podía ser sino un navío español, se apresuraron á izar el pabellón de España en la cumbre del fortín; y al verlo, el buque enarboló en efecto un pabellón semejante. Con vivísima alegría vió la guarnición aproximarse el buque hasta el grado de poder leer, en una de sus evoluciones, las grandes letras blancas pintadas en la popa.

Era el *San Carlos* y los españoles tráfugas lo reco-

nocieron por ser uno de los que se esperaban en la fortaleza, con tanta más ansiedad cuanto que se hallaba cargado de víveres y municiones. Los insurgentes tenían buena provisión de estas últimas; pero los víveres estaban á punto de faltar.

El navío se aproximó sin ninguna desconfianza al parecer; pero el capitán era un viejo lobo de mar que sabía que la suerte de las armas es variable; y que en la guerra, si las plazas no cambian de posición, pueden con frecuencia cambiar por lo menos de ocupantes.

Así pues, mientras todos se alegraban en la isla por la próxima captura, el *San Carlos* se puso al paio de repente; y vióse izar, al lado de la bandera española, un segundo pabellón azul celeste, con tres estrellas de oro. Hecho esto, pareció que en el buque esperaban que en la isla se hiciera la señal correspondiente.

Esa señal misteriosa del navío, era hebreo para los insurgentes, y desgraciadamente sus nuevos soldados no la comprendieron tampoco. Su único recurso fue izar á su vez, otro pabellón español al lado del primero; y si hubiesen tenido diez, todos los habrían hecho flotar al mismo tiempo en la punta del asta de señales, tanto deseaban probar que verdaderamente eran españoles, pero no tenían más que dos. Sin embargo, á fuerza de buscar se encontró en un rincón del fortín un despojo de estameña roja con un pedazo de lo que en otro tiempo debió haber sido un sol de oro y que parecía corresponder admirablemente á las estrellas del *San Carlos*.

Sin embargo, antes de arriesgar una respuesta hecha al azar, Galeana creyó prudente que el gallego de que se ha hablado, avanzara sobre la playa. Este obedeció; y formando con sus dos manos un portavoz, gritó con la energía de su rudo acento montañés:

— El comandante de la isla manda decir al capitán del brick, que tendrá mucho gusto de verlo venir á tierra para confiarle un mensaje de la más alta importancia.

El capitán del barco se mostró sobre el puente. Era un marino de cabellos grises y con aire circunspecto.

Su portavoz envió tronando, la respuesta siguiente:

— Desearía antes dos cosas: la primera, que el señor comandante me hiciera el honor de repetirme su invitación él personalmente; la segunda, que contestara mis señales de otro modo que enarbolando un segundo pabellón nacional.

El gallego pasóse la mano por su espesa cabellera.

— Señor capitán — dijo — en estos tiempos de vuelta, no se sabría mostrarse bastante buen patriota.

— Es verdad — replicó el capitán.

— El comandante de la isla tendría mucho gusto de daros la bienvenida — replicó el gallego — pero á causa de una gravísima indisposición, los médicos le prohíben exponerse al aire y al sol. En cuanto á las banderas de señales, aunque cayó un rayo durante la pasada tempestad en la caja en que se guardaban y no nos quedan sino los restos de una sola....

— Presente Ud. mis sentimientos de condolencia al comandante — replicó el capitán del buque con tono zumbón; y si tiene alguna comisión para don Pedro Vélez, yo me encargaré de ella con mucho gusto.

— Esperad pues. El pabellón que nos queda es precisamente el bueno; y tan luego como lo veáis flotar, toda mala inteligencia entre nosotros cesará. Probemos la fortuna — agregó á media voz dirigiéndose á sus compañeros.

Al concluir de dar esta respuesta, con aire de seguridad perfecta, el gallego gritó con voz estentórea que se izara el pabellón del sol de oro; y pocos instantes después, el trapo mutilado flotaba al lado de las dos banderas españolas.

El capitán del *San Carlos* enfocó su antejo hacia el jirón de estameña de azul y amarillo que se desplegaba al viento con todo el orgullo de un pordiosero castellano; y todos esperaron con ansiedad el resultado de su examen. El gallego no se había equivocado al asegurar que toda mala inteligencia desaparecería á la vista de su señal, pues, así como las estrellas desaparecen ante el

sol, el pabellón estrellado se arrió bruscamente. Luego, para probar que en efecto el capitán no conservaba duda alguna, el brick volvióse de flanco y arrojó sobre la isla una granizada de balas, una de las cuales partió en dos al desgraciado gallego.

Un grito unánime de cólera y de venganza lanzado por todos aquellos hombres, respondió al brutal procedimiento del capitán español que se les escapaba; y la voz de Galeana dominó el tumulto gritando:

— ¡ Al abordaje !

Uniendo la acción á la palabra, don Hermenegildo saltó á una de las lanchas atracadas á la playa; y en un instante se llenaron todas de soldados animados del espíritu del cazador hambriento que ve escapársele su presa.

Costal con su fiel Clara, se lanzó rápidamente á la del mariscal. Era ésta una embarcación larga, estrecha y ligera cuya superior marcha y cuya solidez habían sido ya reconocidas por el Indio. Lantejas quiso, pero inútilmente, tomar asiento al lado de sus habituales compañeros: ya la lancha se hallaba repleta y fuéle forzoso colocarse en la primera que pudo.

Toda esta maniobra no pudo realizarse sino con alguna lentitud ocasionada por la misma precipitación, de manera que cuando se dió la señal de partida, ya el brick español con las velas hinchadas por la brisa, se encontraba á alguna distancia.

Don Cornelio no se veía sino con viva repugnancia, expuesto otra vez más sobre el peligroso elemento que estuvo á punto de serle tan fatal; y aún más, el combate naval estaba enteramente fuera de sus hábitos. Sin embargo, también en él prendió el entusiasmo general y dejóse arrastrar con placer á la contemplación del espectáculo que ofrecía la pequeña flota.

El sol próximo á caer, comenzaba á teñir de púrpura y de oro, la taza inmensa en que volaban, emulándose las unas á las otras, seis lanchas cargadas con sesenta hombres que ardían en deseos de vengarse.

El *San Carlos* proseguía ante ellas su rápida marcha.

Los rayos oblicuos del sol se reflejaban en llamas de fuego sobre el cobre de su forro y sus mástiles hallábanse cubiertos de una nube de velas blancas. Dijérase que era cigüeña de pies rojos y de plumaje de nieve hendiendo el agua de las lagunas. De todas las lanchas partían hurras como los que lanzan los cazadores que persiguen al gamo en la llanura. La quilla de las lanchas surcando el mar, arrojaba haces de espuma sobre la superficie azul; apostaban á quien llegase primero para prenderse á los flancos del brick español. Unos encorvaban sus bayonetas para transformarlas en ganchos de abordaje; otros, éstos eran los costeños de Galeana que jamás se separaban de sus lazos, los hacían volar por encima de sus cabezas, listós para lanzarlos á los cordajes para salir á bordo.

Entretanto, la distancia que separaba á los insurgentes del *San Carlos* disminuía poco á poco. Acababa de lanzar una andanada contra las lanchas; pero sus cañones menos bien dirigidos que la primera vez, no arrojaron sino balas inofensivas que, silbando por encima de las cabezas de los mexicanos, fueron á perderse en el agua. Esta maniobra que le obligara á presentar el flanco para descargar su artillería, suspendió su marcha por algunos momentos lo que permitió á las lanchas ganar alguna distancia. Innumerables silbidos y burlas ultrajantes acogieron con desdeñosa ironía, la inútil descarga del brick.

Ya los bastiones del fuerte principiaban á aparecer en lontananza cuando de la lancha del mariscal que se encontraba adelante de las demás, Costal lanzó un grito y señaló un incidente imprevisto que fué bien pronto conocido de todo el mundo.

Mientras que el *San Carlos* huía, ó por mejor decir, trataba de llegar lo más pronto posible al término de su ruta, las alturas del castillo se coronaron de espectadores. A lo lejos, la playa inmediata al campo de Morelos, se había cubierto también de soldados que, faltos de medios de transporte no podían sino hacer votos en favor

de sus camaradas. De repente aparecieron seis canoas españolas que doblaron la punta del fuerte dirigiéndose al brick para prestarle auxilios.

El grito de Costal anunciaba la aparición de aquellas barcas enemigas; la lucha que iba á empeñarse, era el espectáculo al cual asistían los soldados de la ciudadela y los de Morelos. En vista del inesperado refuerzo que recibía el brick, todas las barcas mexicanas, á una seña del mariscal, se apresuraron á reunirse á la lancha que lo conducía, para recibir sus órdenes.

Ya era empresa demasiado temeraria intentar el ataque de un buque de guerra á la vela que podía echarlas á pique, con ligeras lanchas faltas de artillería. Las auxiliares que se destacaban en ayuda del buque, hacían la empresa más temeraria todavía.

Se formó un consejo tan rápidamente como lo permitían las circunstancias.

— Capitán Lantejas, ¿cuál es su opinión?

— Si la temeridad es frecuentemente causa de la victoria... respondió el capitán con alguna perplejidad...

— ¡Bien! su opinión es atacar, lo sé — exclamó Galeana interrumpiendo á don Cornelio que no atreviéndose á desmentir al mariscal, hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. — ¿Y Ud., don Amador? — preguntó á un segundo oficial.

— Yo soy de opinión que la más vulgar prudencia aconseja la retirada, respondió don Amador.

Galeana frunció el entrecejo.

— ¿Su opinión, capitán Salas?

— ¡Batirnos en retirada! — exclamó Salas — es decir, huir! ¿Qué pensaría nuestro general que extrañará sin duda de que deliberemos cuando los hombres de corazón no saben sino obrar? ¡Ataquemos!

Numerosos vivas acogieron las palabras de Salas.

— Mi opinión se cuenta por dos — dijo el mariscal. — ¡Ataquemos pues! Somos cuatro contra seis. ¡Adelante y viva Morelos!

El mariscal con frecuencia cortaba así, sin ceremonia,

las cuestiones de esta naturaleza y nadie pensó en protestar contra su decisión. Las barcas enemigas avanzaban por lo demás con tanta rapidez que su reunión al brick hacía inevitable el combate, aun en el supuesto de que los mexicanos tuviesen la idea de rehuirlo.

— ¡Atención señores! — exclamó Galeana. — Presentemos la proa y dispersémonos. El brick se prepara para hacernos una descarga con sus cañones.

El *San Carlos* presentaba en efecto el flanco; una nube de humo brotó de sus claraboyas; se oyó una fuerte detonación y las balas surcaron el agua silbando. De repente don Cornelio exhaló un grito.

— ¿Está Ud. herido, don Cornelio? — gritó Galeana.

Antes de que don Cornelio tuviera tiempo de responder, una ojeada del mariscal le convenció de que el ex-estudiante se hallaba sano y salvo.

Un cuerpo mutilado se postraba al lado suyo: era el del capitán Salas á quien una bala acababa de llevarle la cabeza. Don Cornelio limpiaba la sangre que había saltado sobre él.

— ¡Capitán del diablo! — dijo el mariscal designando al *San Carlos*. — Amigos míos, vengüemos al bravo Salas! ¡Adelante!

La lancha que conducía al mariscal, al Indio zapoteca y al negro, se lanzó rápidamente á la cabeza de las demás lanchas, entre un grito universal de dolor por un oficial cuya bravura le hacía querido y que era el primero en sufrir la pena de la temeridad que había aconsejado. La descarga fatal del brick español, que tomó de nuevo su camino, no hizo sino animar á los insurgentes. Los remeros se encorvaron sobre sus remos y las barcas, alineadas en fila, lucharon á quien primero llegase, cual si se tratase de una regata en un lago.

Aunque el capitán Lantejas no tuviera el temperamento guerrero, el entusiasmo general prendió en él como lo hemos dicho ya. Animado por la idea de que iba á combatir en presencia de la muchedumbre numerosa y amiga que se apiñaba en la playa, excitado por las fan-

farrías que enviaban al viento los clarines y las trompetas de la orilla y del fuerte, una noble emulación se apoderó de él y por la primera y única vez de su vida, concibió la salvaje y acre voluptuosidad del soldado que se complace en medio de la carnicería. Entre el ruido de aquellas fanfarrias y en medio de clamores guerreros, las barcas mexicanas saltaban sobre el mar. Proseguían su rápida carrera, cuando se vió á las seis lanchas españolas colocarse en fila á lo largo del brick como para protegerlo contra el ataque de sus enemigos.

De repente, de la lancha almirante (llamamos así á la que montaba el mariscal) partieron los gritos de « ¡el hombre de la bayeta! » que llamaron la atención de don Cornelio hacia la barca en que se hallaba el hombre así designado. Pero el capote azul obscuro con que se cubría, impedía distinguir sus facciones.

Aquel misterioso combatiente fué en el acto objeto de las más absurdas suposiciones. Los unos pretendían que las precauciones que tomaba para ocultar su rostro eran el cumplimiento de una penitencia impuesta por su confesor; los otros sostenían que era un personaje importante de la corte de Madrid y algunos llegaban hasta suponer que era el mismo rey de España.

Fuera lo que fuese, la lancha de Galeana abandonó bruscamente la fila para avanzar en diagonal hacia la barca en que se hallaba el hombre de la bayeta, como si en realidad aquél hubiera sido un enemigo de mayor importancia que los otros. Esa fué la señal de ataque.

Nuevas tocatas del fuerte y de la playa saludaron al disco rojo del sol que desaparecía en el mar, cuyas aguas tomaron de repente un tinte lívido. El estrépito de una viva fusilería, ahogó bien pronto el ruido de la música guerrera; y bajo un dosel de humo blanco, entre los gritos de aquellos á quienes las balas arrojaban heridos ó muertos al fondo de los botes, las lanchas se lanzaron las unas contra las otras y los combatientes se agarraron cuerpo á cuerpo. El combate fué corto pero encarnizado.

Por la primera vez vióse á los costeños servirse de sú

formidable lazo en una batalla naval; y si los insurgentes los hubiesen tenido en mayor número, toda la ventaja habría estado de su lado, pues antes de que la lancha que montaba don Cornelio hubiese tocado á la barca contraria, tres enemigos habían sido bruscamente enlazados y precipitados al mar.

De una y otra parte cada hombre estrechaba á su enemigo; se combatía con armas blancas que hacían silenciosa y terrible tarea. De repente, gritos que partieron de la muchedumbre que coronaba la cima del fuerte, á los cuales contestaron los gritos de los soldados de Morelos apiñados en la playa, anunciaron un incidente nuevo. En el mismo instante el furor cedió plaza al asombro; como por encanto, el combate se suspendió, las barcas se desprendieron las unas de las otras y se alejaron. Era una tregua tácita. Jadeantes de fatiga, los combatientes descansaron; y hasta donde lo permitía un resto de la claridad del día, pudieron reconocer la causa de los gritos que los habían separado.

Acoderado bajo las murallas de la fortaleza, el brick español, puesto al paio, izaba desde sus bordas el último saco de la harina que traía para aprovisionar á los sitiados. Mientras que los insurgentes derramaban inútilmente su sangre y sus enemigos al menos combatían para procurarse los medios de proveer á su subsistencia, el *San Carlos* había hecho tranquilamente su descarga; y los mexicanos tuvieron el disgusto de verlo alejarse á toda vela y bien pronto desaparecer entre la bruma de la tarde.

Sin embargo, de las seis barcas que componían la flotilla, una sola no cesaba de combatir: era la lancha almirante. Esta lancha llevaba á Galeana y á Costal, compañeros de Lantejas, caros á él por más de un título; el Indio, sobre todo, su habitual salvador. Herido ligeramente en la cabeza, no pensaba don Cornelio sino en su herida; y sus miradas seguían ansiosas la lancha del mariscal.

La obscuridad no era aún bastante densa para impedirle distinguir llenos de vida á Galeana, á Costal y al

negro, empeñados en la persecución del enemigo que huía á todo remo. Lantejas reconoció también perfectamente al hombre del capote.

Al mismo tiempo, las cinco barcas españolas que esperaban el fin que se habían propuesto (el avituallamiento del fuerte) forzaron igualmente sus remos para alejarse. Las rechiflas acompañaron á los fugitivos y muchos quisieron perseguirlos; pero la muerte del capitán Salas dejaba el mando al capitán Lantejas; y en ausencia del mariscal, éste dió orden para marchar en auxilio de este último.

El ardor de los remeros por volar en socorro de su general, les aproximó rápidamente á su lancha. Galeana acababa de atacar y de abordar la lancha enemiga y don Cornelio fué testigo de una corta y sangrienta lucha. Vió á don Hermenegildo venciendo, según su costumbre, á todo enemigo que tocaba; vió también por un instante á Costal abrazado con el hombre del capote y luego á este último lanzarse al mar y ganar la orilla. Costal, prendido entonces por los remeros tuvo que luchar desesperadamente contra ellos; y Lantejas le vió al fin desprenderse de sus garras y saltar al agua como un furioso en persecución del misterioso personaje.

— ¡Ah! exclamó uno de los insurgentes — este pagano de Costal trata de saber quién es el hombre de la bayeta.

— Quiere el rescate del rey de España — dijo otro.

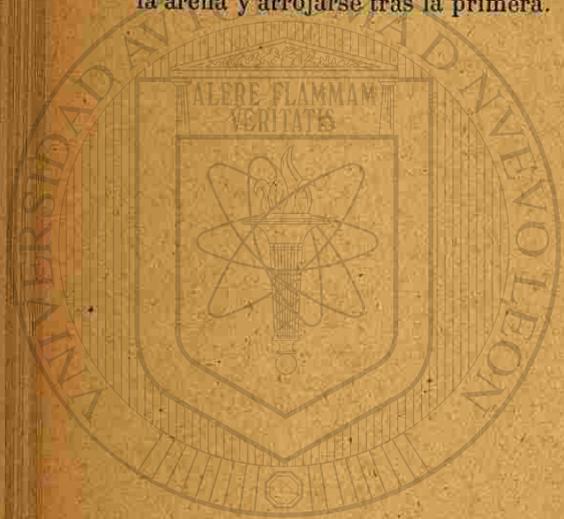
Los mexicanos se hallaban á muy corta distancia de Galeana, cuando lo distinguieron saltando con sus hombres en el bote enemigo; y en el momento en que se acercaban, el último español caía apuñaleado al mar. El mariscal volvió á su lancha, lanzó desdeñosamente con el pie el bote vacío y lo dejó flotar á la ventura.

— ¿Y Costal? — exclamó don Cornelio. — ¿En dónde está?

— ¡Ah! ¿Es Ud. capitán? — replicó el mariscal cuando la embriaguez de la batalla le permitió reconocer á Lantejas. — Pues bien: Costal está de caza: parece un sa-

bueso mal adiestrado que se deja arrastrar por su ardor.
¡Véale!

Y en tanto que Galeana hablaba, pudo distinguirse vagamente una sombra confusa que ponía pie en la playa; y luego otra forma también, indecisa alzarse sobre la arena y arrojarse tras la primera.



CAPÍTULO VI

EL PUENTE DE HORNOS

El ardor con que el Indio se ponía en persecución del hombre del capote, parecía justificar las suposiciones que los insurgentes se daban el gusto de formar acerca de aquel misterioso personaje.

— ¿Lo ha visto Ud. de cerca? — se preguntaba por todas partes á los que habían acompañado al mariscal.

— Hubo un instante en que se le resbaló el capuchón sobre los hombros — respondió uno de los soldados — pero se lo recogió tan luego que apenas pudieron verse sus facciones.

— ¿Qué cara tiene?

— Una cara comola de todo el mundo.

— ¿Y no le ha dicho Costal que lo persigue, lo que creía del hombre de la bayeta? — replicó otro soldado.

— No; pero sus ojos brillaron con tanta alegría, que me hace creer que es un príncipe de la sangre, de la familia real.

— Este pagano de Costal se ganará un magnífico rescate — añadió un tercero.

Solamente Galeana y Lantejas no participaban de esta curiosidad. El primero interrumpió las conversaciones dando la orden de regresar á la isla; y el segundo se

bueso mal adiestrado que se deja arrastrar por su ardor.
¡Véale!

Y en tanto que Galeana hablaba, pudo distinguirse vagamente una sombra confusa que ponía pie en la playa; y luego otra forma también, indecisa alzarse sobre la arena y arrojarse tras la primera.



CAPÍTULO VI

EL PUENTE DE HORNOS

El ardor con que el Indio se ponía en persecución del hombre del capote, parecía justificar las suposiciones que los insurgentes se daban el gusto de formar acerca de aquel misterioso personaje.

— ¿Lo ha visto Ud. de cerca? — se preguntaba por todas partes á los que habían acompañado al mariscal.

— Hubo un instante en que se le resbaló el capuchón sobre los hombros — respondió uno de los soldados — pero se lo recogió tan luego que apenas pudieron verse sus facciones.

— ¿Qué cara tiene?

— Una cara comola de todo el mundo.

— ¿Y no le ha dicho Costal que lo persigue, lo que creía del hombre de la bayeta? — replicó otro soldado.

— No; pero sus ojos brillaron con tanta alegría, que me hace creer que es un príncipe de la sangre, de la familia real.

— Este pagano de Costal se ganará un magnífico rescate — añadió un tercero.

Solamente Galeana y Lantejas no participaban de esta curiosidad. El primero interrumpió las conversaciones dando la orden de regresar á la isla; y el segundo se

preocupaba exclusivamente de los riesgos que el Indio podía correr en la costa de que aún eran dueños los realistas, gracias al fuerte; y no pensaba en preguntar quién podía ser el hombre del capote. Con los ojos fijos en la ribera, seguía las evoluciones de una tercera sombra más negra aún que las dos primeras.

Si Clara no estaba muerto ni herido, él era sin duda.

— ¿Puede alguno darme noticias de Clara? — preguntó el capitán — ¿está muerto?

— Ni herido, — le respondieron — estaba con nosotros.

Era pues, en realidad el negro que con la lealtad silenciosa y sin límites del perro para con su amo, se había lanzado sin decir una palabra en seguimiento del hombre que escogiera por hermano de armas. Don Cornelio no tenía necesidad sino del ejemplo que el negro le trazaba, para escoger la conducta que debía seguir.

— Yo no podría — dijo al mariscal — pasar toda una noche en la incertidumbre acerca de la suerte de Costal. Si Ud. me lo permite, tomaré dos hombres conmigo, montaré esa lancha vacía é iré á la playa. Tal vez el pobre espera mi llegada como esperaba yo la suya hace tres noches.

El mariscal, con su bondad acostumbrada, concedió el permiso que se le pedía; y bien pronto recobraron la lancha española que ya flotaba á la deriva á alguna distancia.

— Sea Ud. prudente, Lantejas — dijo afectuosamente el mariscal; trate Ud. de no alejarse de su bote cuando se encuentre en tierra. Me ha parecido advertir á algunos rondadores recorriendo por el campo y por las peñas.

— Seré prudente; esté Ud. tranquilo, señor Mariscal — replicó don Cornelio.

Y diciendo estas palabras, saltó al bote con dos remeros y puso la proa hacia la playa.

Hay que decir que desde hacía tiempo, el hombre de la bayeta, el Indio y el negro, habían desaparecido entre las sombras de la noche. La playa estaba desierta y si-

lenciosa cuando el bote de Lantejas la abordó: fué en medio de una pequeña bahía cerrada por ambos lados por rocas muy altas, el mismo lugar en que Costal había puesto pie en tierra.

Don Cornelio aguzó el oído: ningún ruido llegó hasta él. En seguida, suponiendo que Costal no podía hallarse muy lejos, le llamó con todas sus fuerzas.

Nadie respondió á sus gritos.

Dos largas horas se pasaron así, durante las cuales esperaba á cada instante ver regresar á Costal. Lleno de inquietud acerca de la suerte del Indio, resolvió entonces ponerse en su busca.

Don Cornelio colocó dos pistolas en su cintura y sable en mano, bajó á la playa y recomendó á sus dos remeros que se mantuvieran en el bote, á diez pasos de tierra y con el ojo alerta.

Los dos soldados así lo prometieron y el oficial se alejó con precaución.

La luna no había salido aún; innumerables estrellas brillaban en el firmamento. Su claridad sin embargo no disipaba la negrura de la noche, lo que permitía á don Cornelio ocultar su presencia. Pudo también con facilidad y á pesar de su inexperiencia de rastreador, reconocer las huellas de los que buscaba, mientras se hallaron impresas en la arena. Pero cuando el suelo se hizo duro ya no vió ningún vestigio. Escuchó atentamente; pero ninguna revelación llegó á sus oídos. Todo era mudo á su alrededor, á excepción del sordo ruido del mar.

Antes de aventurarse por una vereda honda por donde supuso que el fugitivo debió tratar de escaparse, Lantejas echó una mirada á su bote. Indolentemente acostados sobre sus bancos y con el cigarro en la boca, los dos guardianes se dejaban mecer por las olas como en una hamaca. No había pues novedad por este lado; y el capitán se puso en marcha en el hondo sendero practicado entre las dos blancas rocas escarpadas.

Era en realidad, el mismo que siguió Costal en la persecución del hombre del capote. Este había huido con la

rapidez de un ciervo; y nunca habría podido juntarse á Costal el negro, si no le hubiese oído gritar muchas veces:

— ¡ Por el alma de los caciques de Tehuantepec! ; Deténgase, cobarde! ; Acaso no estoy solo como Ud. ?

Estos gritos guiaron á Clara tras los pasos de Costal. Aquella carrera á aliento perdido, se sostenía por una y por otra parte con igual ardor, cuando Costal se detuvo de repente.

El hombre de la bayeta que le precedía, acababa de desaparecer tras una curva del camino. Mientras Costal trataba de averiguar por dónde había pasado, el negro se le reunió.

— ¡ Por los cuernos del Diablo! — exclamó el Indio — llega Ud. muy á tiempo para ayudarme á encontrar una huella que he perdido; pronto, registre conmigo todos estos breñales: no puede Ud. creer cuánta importancia doy á la captura de este hombre.

— ¿ Acaso sabe él el secreto de alguna cueva de oro ó de un banco de perlas? — preguntó Clara.

— ¡ Ah, no, por Dios! Venga pues... es... ¡ Alto! ; Lléve Ud. allá lejos en una de las orillas del camino hondo?

El negro y el Indio se pusieron en persecución del fugitivo, dejando el camino para perderse los tres entre los campos. Suprimiremos los detalles de la caza que ambos compañeros daban al hombre del capote, para regresar cerca de los dos soldados que quedaron al cuidado del bote.

Mientras el capitán Lantejas avanzaba en el camino hondo con toda la circunspección que había prometido emplear, y con una lentitud que no le habría de conducir ó unirse pronto á los que buscaba, sus dos remeros estaban bien lejos de cumplir la consigna que les había dejado.

El sueño los abrumaba, pues ambos habían pasado en pie la noche anterior.

— Podríamos dormir por turno — dijo el primero.

— Sería mejor que durmiéramos juntos — dijo el segundo — separados de tierra por la distancia á que nos hallamos, no veo cuál sea el riesgo que podemos correr.

Y en vez de estar alerta como el capitán les había ordenado, ambos con sorprendente simultaneidad, se durmieron profundamente.

Aquel intempestivo sueño fué la causa de que ni uno ni otro advirtieran á dos hombres que avanzaban con precaución á lo largo de los peñascos, sobre la playa y con los pies casi bañados por el mar.

Esos dos individuos no llevaban uniforme; pero estaban armados de fusiles. En cuanto á su presencia, algunos cadáveres que el mar rechazaba hacia la tierra, la justificaban plenamente.

Eran de esos merodeadores que siguen á los ejércitos y para quienes toda presa es buena: lo mismo roban á los vivos como despojan á los muertos. Estos dos pertenecían al ejército realista. Echados de Acapulco, como los lobos del bosque después de una batida, no atreviéndose á pedir asilo en el fuerte y temerosos de caer en manos de los insurgentes, la presencia del bote les sedujo.

Los remeros seguían durmiendo sobre sus bancos, uno á babor y el otro á estribor.

Los dos ladrones tuvieron la misma idea: apoderarse de la lancha y hacer de dos vivos, dos muertos.

Sus fusiles se levantaron al mismo tiempo; y después de apuntar con toda la comodidad que quisieron, dispararon al mismo tiempo. La doble detonación no despertó á los durmientes: su sueño debía ser eterno. Los dos disparos llevaron la muerte.

El capitán Lantejas oyó la explosión. Desde hacía cerca de una hora, marchaba á la ventura, sin conocer los lugares que recorría, preguntándose de qué podría servir al negro y al Indio que él continuara por más tiempo una investigación tan obstinada.

Evidentemente, nada podía hacer por ellos en medio de aquellas soledades desconocidas; y en consecuencia,

resolvió volver sobre sus pasos. Tomó pues el camino que acababa de recorrer; pero apenas comenzaba á caminar hacia el mar, al que hasta entonces había vuelto las espaldas, cuando oyó resonar los dos disparos en dicha dirección.

En el primer instante, no pudo substraerse á la sospecha vivísima de que había acaecido alguna desgracia; en seguida se imaginó que Costal y Clara, de regreso en la playa, habrían disparado dos pistoletazos para advertirle su presencia y pedir un bote para regresar á la isla de la Roqueta.

Sin embargo, después de reflexionar, se dijo que si su conjetura fuera exacta, el Indio y el negro habrían debido encontrar á los dos hombres á quienes había confiado la vigilancia de su lancha. Esta idea brilló en su cerebro como un relámpago; las sospechas recobraron el imperio de su espíritu y ya no marchó sino que corrió. De allí resultó que en menos de media hora, recorriera la distancia que acababa de hacer en una.

Al llegar al extremo del camino hondo, sus miradas abrazaron ávidamente todo el horizonte: el bote había desaparecido. Avanzó pero no distinguió sino el mar agitado. Creyó que se había equivocado de camino; pero el aspecto de la vereda honda abierta en medio de las rocas abruptas, le recordó perfectamente el lugar de su desembarque. Era el mismo en verdad y el bote no debía hallarse muy lejos. En fin, después de un examen más atento, descubrió una masa negra que se balanceaba á lo lejos sobre las olas: don Cornelio esperó.

La marea aunque casi insensible en aquellas playas se había llevado sin duda al bote mar adentro, mientras dormían los dos guardianes.

El capitán llamó en voz bastante baja en un principio; en seguida, no recibiendo respuesta, levantó la voz, pero inútilmente.

El bote seguía balanceándose sin que nada indicara que se le había oído. Gritó con todas sus fuerzas; pero en vano: solo el eco repitió sus gritos. La masa negra

seguía oscilando de izquierda á derecha con lúgubre monotonía.

Escuchó; mas no oyó sino el ruido del mar que cabrilleaba, extendiendo sobre la arena ligeras franjas de espuma. Las intermitencias de silencio profundo y de quejumbrosos suspiros de cada ola que moría en la playa, llenaron el alma del capitán de terror, vago al principio pero que muy luego se precisó de modo terrible.

Dos hombres se distinguieron de repente en el bote que parecía vacío y abandonado; y cuatro brazos golpearon á la vez con los remos. Luego, en vez de dirigirse hacia la orilla, el bote se alejó rápidamente.

— ¡Pícaros! — exclamó don Cornelio sorprendido y alarmado de la incomprensible maniobra que veía hacer á los dos hombres: ¡soy yo, el capitán Lantejas!

Una carcajada de burla respondió á las palabras del capitán; y casi al mismo tiempo con horror profundo vió avanzar hacia él, arrastrados por las olas, los cadáveres de los que él creía ver aún á lo lejos, forzando los remos, mar adentro.

Los dos ladrones nocturnos habían perdido algún tiempo en despojar los cadáveres que yacían sobre la playa y en la canoa; y apenas habían terminado su tarea cuando la presencia del capitán les llenó de espanto.

Los dos se habían arrojado al fondo de la lancha ignorando si el personaje que avanzaba iba acompañado. Cuando tuvieron la certidumbre de que se hallaba solo, tomaron otra vez los remos para alejarse tranquilamente, no sin haber tenido la tentación de regresar para atacar á don Cornelio.

Los temores manifestados por el mariscal, eran evidentemente bien fundados; y sin embargo, era necesario, en la impotencia de obrar de otra manera, doblar el fuerte, y llegar hasta el campo de Morelos á pesar de los ladrones.

El capitán había hecho ya la antevíspera, un camino más ó menos semejante con Costal; y buscando aquí y acullá, tuvo la suerte de hallarlo. Se orientó como mejor

pudo para recordar la posición del *voladero de los Hornos*; y con su sable en una mano y una pistola en la otra, se lanzó de nuevo resueltamente por el camino hondo de donde salía.

— ¿Por qué no habrán tomado este mismo partido el negro y el Indio? — se preguntaba mientras iba caminando. Esta reflexión que debió asaltarle desde el principio, le tranquilizó sobre la suerte de aquel á quien debía por lo menos dos veces la vida y dispuso uno de sus más tristes presentimientos: entonces caminó con más tranquilidad, aunque á la ventura.

La luna se levantó clara y brillante; y si bien su luz exponía al capitán á ser visto, también le permitía advertir á los enemigos y los pasos peligrosos de la montaña. Llegó en efecto sin accidente hasta lo alto de una planicie desde cuya altura distinguió á su alrededor, el mar, la ciudad, la negra silueta del fuerte y los fuegos lejanos del campo de Morelos.

Desde allí pudo el capitán precisar de modo cierto la posición del puente por donde franquearía el precipicio de Hornos. Siguió caminando con nuevo ardor hacia el punto á que tanto deseaba llegar, pues, una vez en el puente, no le quedaba por recorrer sino un camino ya conocido.

La planicie que atravesaba hallábase surcada aquí y allá de barrancos poco profundos; algunos montículos se elevaban también de trecho en trecho. El viento que soplabá con mucha fuerza, por más que el mar tuviese la calma de un lago, levantaba torbellinos de polvo blanquizco que, unidos á las desigualdades del terreno, ocultaban el puente y el voladero. Don Cornelio caminaba con alguna precaución, cuando, al doblar el último de aquellos cerros, descubrió en lontananza, á la luz de la luna, las pilastras y el puente que servían para atravesar el precipicio. En el mismo instante saltó tras un matorral porque acababa de distinguir una forma humana que se dibujaba sobre el puente de Hornos.

Sumamente contrariado de varar así ya en el puerto, el

capitán trató, espiando á través de la maleza, de formarse cabal cuenta del número de hombres que interceptaban su camino. No había más que uno solo, bien que al capitán le pareció de una talla gigantesca, con la cabeza rozando lo alto de la pilastra en que Costal suspendiera su farol para dar la señal al sargento de artillería Pepe Gago. No pudo evitar sonreirse durante un instante de su equivocación; le parecía evidente que aquel hombre se había elevado hasta esa altura para mejor dominar la planicie inferior. Pero en seguida el capitán reconoció sin duda alguna y con profunda sorpresa, al que Costal persiguiera con tanto encarnizamiento y con tanta temeridad; en una palabra, al hombre de la capucha. Sí, aquella era su misma bayeta de color obscuro, rebujada sobre su rostro. Se hallaba indudablemente absorto en profundísima contemplación, pues hacía ya casi media hora que ocupado en hacer las más tristes conjeturas acerca de la suerte de Costal, don Cornelio acechaba la partida del misterioso personaje sin que éste cambiara de posición. Sólo una vez, inflada su capa por el viento, entreabrióse de repente; y el capitán lo vió moverse, pero de la manera más extraña.

En medio del silencio de la noche, sobre aquella desierta altura, la presencia de aquel hombre en tan extraordinaria actitud, llevó el espanto al corazón de don Cornelio. Sin embargo, su soledad y el peligro que corría prolongando por más tiempo su inútil acecho, le hicieron tomar una resolución desesperada: la de sorprender á su enemigo distraído, matarlo y pasar adelante.

Dejó su escondite del matorral y avanzó en silencio para hacer fuego sobre el individuo que le impedía el paso.

Estaba ya á muy corta distancia y el hombre del capote no se había movido, cuando un violento golpe de viento se engolfó entre su capuchón y á la luz de la luna que daba de lleno sobre su rostro, don Cornelio tembló al distinguir aquellas facciones desfiguradas por la más horrorosa contorsión. Desde ese instante ya no dudó: el

hombre de la bayeta estaba colgado del pescuezo de la pilastra del puente de Hornos.

Indeciso entre la curiosidad de ver de cerca á aquel singular personaje y la repugnancia que le causaba su desagradable aspecto, el capitán vacilaba en avanzar: luego, como era absolutamente indispensable pasar por allí, se armó de valor y llegó hasta el puente. Examinó el rostro desfigurado del ahorcado con un vago recuerdo de haberlo visto en alguna parte é iba á pasar adelante, cuando otra bocanada de viento entreabrió segunda vez el capote dejando ver un farol suspendido de su cuello.

Al ver esto, todo se le reveló: el nombre del ahorcado y el de su verdugo. Lantejas iba á huir espantado; pero las voces que oyerá resonar distintamente en el fondo del barranco le clavaron inmóvil. Aquí y acullá del puente, la luna arrojaba sobre las dos cimas del voladero tan brillantes claridades que él no habría podido atravesarlas sin ser advertido. Disimular su presencia era imposible; pero podía, oculto tras el parapeto del puente, disputar el paso á diez hombres; y á pesar del horror que le inspiraba su espantoso vecino, se acurrucó debajo de él y esperó de nuevo. Su espera no fué más que de un momento; pero un momento de angustia durante el cual el cadáver se balanceó por encima de su cabeza haciendo chirriar con su peso, con fúnebre ruido, la cuerda alrededor de la pilastra, en tanto que el farol enmohecido se sacudía sobre su pecho, produciendo un ruido no menos lúgubre. Este momento, decimos, fué corto; pues casi inmediatamente dos voces conocidas llamaron por su nombre al capitán; y Costal y Clara se aparecieron saliendo á poca distancia del fondo del barranco.

Después de las primeras felicitaciones dirigidas á Costal, á quien hallaba, con gran contento suyo, lleno de fuerza y de vida:

— ¿Sabía Ud. entonces — le dijo el capitán — quién era el misterioso personaje del capuchón azul?

— No, respondió Costal; pero esa particularidad me dió sospechas. Suponía esta precaución de parte de Gago:

el culpable se disfraza siempre lo más que puede. Así, cuando noté en una de las lanchas españolas á un hombre así encapotado, me prendí á él: un ventarrón le voló la bayeta y reconocí su rostro. Hice prodigiosos esfuerzos para que no se me escapara; y cuando se arrojó al mar...

— Yo lo vi á Ud. arrojarse también — replicó el capitán interrumpiendo á Costal; y fué por esto por lo que, inquieto acerca de su suerte, me interné solo yo en estas montañas, en busca de Ud. después de la muerte de dos hombres que vinieron conmigo y que mataron á balazos en la lancha en que me esperaban.

— Y nosotros — replicó Costal — cuando nos hallábamos al escondite para impedir que descolgaran á la víctima de la justicia india, lo vimos á Ud. y entonces nos acercamos. Había yo dicho muy bien á Clara, que el viejo farol que enterré antes de ayer me serviría aún.

— Dejemos allí á ese infeliz para que sus compatriotas cumplan con él el último deber, — dijo el capitán — la venganza no debe sobrevivir á la muerte.

— Sea, si Ud. lo quiere absolutamente. Por lo demás, mi tarea está concluida y cumplido mi juramento.

Poco tiempo después el capitán Lantejas descansaba de sus fatigas sobre su lecho en que durmió catorce horas seguidas.

Le dejaremos allí gozar del sueño reparador en tanto que abrimos el capítulo siguiente á una época anterior en algunos meses.

En el relato precedente hemos presentado al lector con complacencia, al cura de Carácuaro desde su origen humilde como el nacimiento de un río, hasta el momento en que eleva gracias á Dios por el éxito de sus armas victoriosas.

¿No hay cierto encanto en seguir el curso de un río y contemplar su crecimiento? Un débil hilillo de agua trata ante todo de abrirse paso á través de las gladiolas y de los racimos de rosas que bordean su fuente. Apenas escapa de su cuna, serpentea ya en la llanura y acaricia

tiernamente la hierba sobre que se desliza murmurando. Más tarde, su lecho se ahonda y se ensancha y su carrera se hace más rápida. Muy pronto, engrosado por veinte ríos que llegan á porfía á derramar en su seno el tributo de sus aguas, el torrente rueda majestuosamente sus olas; y después de haber fecundado y enriquecido las tierras que recorre, lleva á su vez triunfalmente su tributo al Océano. ¡Triste y fiel imagen de la nada de las grandezas de este mundo!

Un encanto mayor aún atrae la atención á las diversas fases de la vida de los hombres cuyo nombre resuena gloriosamente en el mundo y que el buril de la historia ha grabado en rasgos inmortales para legarlos á las futuras generaciones.

Volvamos ahora á nuestros héroes predilectos.

CAPÍTULO VII

DONDE EL DEBER ES MÁS FUERTE QUE EL AMOR

La ocupación de la isla de la Roqueta trajo consigo la rendición del fuerte de Acapulco; y desde el día en que, acompañado de sus dos criados, dejó su aldea, el cura de Carácuaro había ganado veintidós batallas y sometido todo el sur de la provincia de México, desde el océano Pacífico hasta seis leguas de la capital de la Nueva España.

Mientras que el general mexicano se prepara á extender sus conquistas hasta la misma provincia de Oaxaca en que lo hemos visto por primera vez, vamos á precederle y á levantar la cortina que oculta otras escenas que allí se sucedieron durante ese mismo año de 1812.

Era una ardiente mañana del mes de junio, la estación de las lluvias no había principiado aún; y el sol incendiaba con sus rayos la polvorienta llanura de Huajapam. Una corona de colinas lejanas cuyo azul se confundía casi con el inmutable azul del cielo mexicano, servía de marco á uno de esos cuadros de desolación y de duelo que el genio destructor del hombre se complace á veces en trazar con arte infernal.

A lo lejos, hasta donde la vista podía llegar, se veían numerosos jinetes que batían la desierta llanura en medio

tiernamente la hierba sobre que se desliza murmurando. Más tarde, su lecho se ahonda y se ensancha y su carrera se hace más rápida. Muy pronto, engrosado por veinte ríos que llegan á porfia á derramar en su seno el tributo de sus aguas, el torrente rueda majestuosamente sus olas; y después de haber fecundado y enriquecido las tierras que recorre, lleva á su vez triunfalmente su tributo al Océano. ¡Triste y fiel imagen de la nada de las grandezas de este mundo!

Un encanto mayor aún atrae la atención á las diversas fases de la vida de los hombres cuyo nombre resuena gloriosamente en el mundo y que el buril de la historia ha grabado en rasgos inmortales para legarlos á las futuras generaciones.

Volvamos ahora á nuestros héroes predilectos.

CAPÍTULO VII

DONDE EL DEBER ES MÁS FUERTE QUE EL AMOR

La ocupación de la isla de la Roqueta trajo consigo la rendición del fuerte de Acapulco; y desde el día en que, acompañado de sus dos criados, dejó su aldea, el cura de Carácuaro había ganado veintidós batallas y sometido todo el sur de la provincia de México, desde el océano Pacífico hasta seis leguas de la capital de la Nueva España.

Mientras que el general mexicano se prepara á extender sus conquistas hasta la misma provincia de Oaxaca en que lo hemos visto por primera vez, vamos á precederle y á levantar la cortina que oculta otras escenas que allí se sucedieron durante ese mismo año de 1812.

Era una ardiente mañana del mes de junio, la estación de las lluvias no había principiado aún; y el sol incendiaba con sus rayos la polvorienta llanura de Huajapam. Una corona de colinas lejanas cuyo azul se confundía casi con el inmutable azul del cielo mexicano, servía de marco á uno de esos cuadros de desolación y de duelo que el genio destructor del hombre se complace á veces en trazar con arte infernal.

A lo lejos, hasta donde la vista podía llegar, se veían numerosos jinetes que batían la desierta llanura en medio

de habitaciones asoladas ó humeantes aún del fuego del incendio. Los caballos lanzados rápidamente en medio de los campos, pulverizaban con sus patas las ricas espigas que esperaban la mano del segador espantado y puesto en fuga. Hollado el suelo en todos sentidos, no ofrecía sino un montón confuso de tallos hechos pedazos y esparcidos que el caballero habría desdeñado dar como pasto á su caballo.

Grupos apretados de negros buitres volaban por todos lados, indicando los lugares en que los cadáveres de hombres y animales fueran abandonados á su voracidad.

Del otro lado de la llanura flotaba el pabellón español por encima de las tiendas del campo realista, donde acababan de extinguirse los fuegos de los vivaques de la noche. Los relinchos de los caballos se mezclaban al sordo resonar de los tambores y á las notas agudas de los clarines.

Más lejos aún, más allá del campo español y á dos tiros de fusil de la línea exterior de sus atrincheramientos, se elevaban por encima de las casas bajas y chatas de una pequeña ciudad, las cúpulas y los campanarios de las iglesias hendidos por las bombas. Esta ciudad ó más bien esta población, se hallaba en poder de los insurgentes.

Gruesos parapetos de tierra unían las casas esparcidas, la mayor parte desplomadas á cañonazos, formando una línea de fortificaciones incompletas frente á las del campo realista. En fin, el espacio de la llanura que se hallaba entre el campo español y la población, estaba sembrado de cadáveres todos mutilados.

Huajapam, es el nombre de la población, se hallaba defendida desde hacía cien días, por el coronel don Valerio Trujano con trescientos soldados contra mil quinientos hombres de una división española mandada por el brigadier Bonavía, gobernador de Oaxaca, y los comandantes Caldelas y Regules.

Se ha oído al muletero Trujano entonar con voz firme

ante la inundación, cuando luchaba contra su violencia, su *De profundis* y su *In manus*. Sin duda había impuesto su espíritu religioso á los sitiados, porque de vez en cuando llegaba hasta el campo realista, desde la triste y desolada ciudad, la grave música de un canto religioso entonado por trescientas bocas.

En un tiempo en que los clérigos dejaban el altar por el campo de batalla; en que nada, ni sus acciones ni sus palabras recordaban su primera profesión, don Valerio Trujano reproducía á uno de los personajes más austeros de nuestras guerras religiosas. Parecía uno de esos héroes ascetas, grandes rezadores de oraciones, cuya espada siempre levantada, golpeaba sin piedad y que marchaban al combate recitando la Biblia. Tal vez se pareciera mejor á uno de esos heroicos templarios tan fieles entonces á su humilde regla, que se arrodillaban antes del combate, en presencia del enemigo y cargaban sobre los sarracenos entonando el célebre salmo de la orden: *Quare fremuerunt gentes*, ellos que no temblaban ante nada.

Tal era el cuadro que aquella mañana presentaban las llanuras de Huajapam; campos devastados, ruinas, cadáveres por todas partes y la bandera realista en frente de la bandera de la insurrección.

Ahora, antes de penetrar en la ciudad sitiada, daremos un vistazo por el interior del campo de los sitiadores.

Al principiar la mañana, dos de los dragones que batían la llanura llevaron consigo á un hombre y entraron al campo por el lado opuesto á la ciudad de Huajapam.

Este hombre vestía al estilo de vaquero, es decir: con el enorme sombrero cubierto de una tela encerada, la chaqueta y las calzoneras de piel de gamo de un rojo de ladrillo; el zarape atado por detrás de la silla y grandes espuelas de hierro. Decía ser portador de un mensaje para el coronel don Rafael Tres Villas. Por lo demás, llevaba un hermoso caballo retinto.

Asustado aún por la presencia y por el olor de los cadáveres diseminados sobre la parte de la llanura que

acababa de recorrer, el caballo exhalaba de cuando en cuando ronquidos de naturaleza particular.

Los dos jinetes vestidos con el uniforme de dragones y el vaquero, atravesaron una parte del campo y se detuvieron ante una tienda bastante grande cerca de la cual uno de los asistentes del coronel acababa de almohazar otro caballo, no menos hermoso ni menos fuerte que el que llevaban en aquel momento.

— ¿Cuál es su nombre, amigo? — preguntó el asistente al vaquero.

— Julián — respondió éste. — Soy uno de los servidores de la hacienda del Valle; y traigo al coronel, que es su dueño, un mensaje importantísimo para él.

— Bien — dijo el asistente. — Voy á avisar al coronel.

Se alistaban en el campo para intentar el décimoquinto asalto sobre la ciudad defendida por el coronel Trujano; y don Rafael-Tres Villas acababa de vestirse de gran uniforme para asistir al consejo de guerra que debía preceder al asalto, cuando el asistente penetró á su tienda.

A la palabra mensaje pronunciada por el asistente del coronel, no pudo éste contener un estremecimiento súbito ni evitar que mortal palidez cubriese su rostro.

— ¡Está bien! — contestó con voz que delataba su emoción. — Conozco á ese hombre, respondo de él; que se le deje libre... Y que entre dentro de un instante.

El asistente salió para transmitir la respuesta del coronel. Los dragones que habían llevado al vaquero se alejaron, dejándolo solo esperando el momento en que pudiera entregar su mensaje.

Aprovecharemos ese instante de espera para referir de la historia de don Rafael, desde su partida al galope para Oaxaca hasta este día, lo que es conveniente que no se ignore.

Cuando el dolor causado por la muerte de su padre se hubo amortiguado; cuando la mortal inquietud que experimentaba desde la terrible promesa que hiciera

principió á calmarse, una sola línea de conducta se presentó á su cerebro: la de ir á Oaxaca en busca del comandante de la provincia, el brigadier don Bernardino Bonavía, y obtener de él un destacamento para ponerse en persecución de los insurgentes asesinos de su padre.

Por desgracia, no obstante el entusiasta recibimiento que le hizo el general, era tal el espíritu de fermentación en la ciudad de Oaxaca, que apenas bastaban para tenerlo á raya los mil quinientos hombres que estaban bajo sus órdenes. Don Rafael no pudo, pues, decidir á Bonavía á debilitar sus fuerzas, ya bien poco numerosas.

Mientras se verificaban estos sucesos, un capitán español, don Juan Antonio Caldelas, temiendo los peligros á que se hallaban expuestos sus compatriotas, se ocupaba en equipar á sus expensas, en un lugarejo poco distante de Oaxaca, una guerrilla en favor de la causa española. Don Rafael, ardiendo en deseos de venganza, no vaciló en reunirse al capitán Caldelas, quien por su parte hacía también preparativos para marchar contra Antonio Valdés.

Caldelas no tenía, como don Rafael, motivos de animosidad personal contra el guerrillero; pero quería, al destruir su tropa, aniquilar el espíritu de revuelta de que aquél era el propagandista y el sostenedor. Puso pues, con gran contento suyo, á las órdenes de don Rafael, el puñado de hombres que había reunido bajo sus órdenes. Ambos marcharon contra el insurgente, dándole alcance en el cerro de Chacahua donde el viejo vaquero se había atrincherado; y á pesar de la resistencia que encontraron, lo desalojaron al fin de sus posiciones pero sin haber logrado apoderarse de su persona.

Quince días transcurrieron así en inútiles persecuciones, hasta que al fin, después de una acción encarnizada, puestas en fuga las gentes de Valdés, no le vieron regresar al punto designado de antemano para reunirse, en caso de derrota.

No volvieron á oír hablar de su jefe que desde esa fe-

cha desapareció para no volverse á mostrar. Valdés iba huyendo, cuando oyó por detrás, el ardiente y ronco resoplido de un caballo lanzado tras él sobre sus huellas. Era el bayo obscuro del capitán Tres Villas, que le alcanzó en algunos saltos.

Corta fué la lucha empeñada entre los dos jinetes; y á despecho de su habilidad ecuestre, el vaquero, arrancado de su silla por una mano vigorosa, se sintió arrojado al suelo tan rudamente, que no tuvo fuerzas para evitar que el lazo del capitán, tan buen jinete y tan diestro como cualquiera de los domadores de caballos de su padre, se le arrollase, le estrechara y lo arrastrara atado á su caballo.

Al cabo de algunos minutos de rápida carrera, Valdés estaba muerto; y sus más celosos partidarios no habrían reconocido el desfigurado rostro de su jefe, si una mano no hubiese escrito por debajo de su cabeza, clavada en la puerta de la hacienda del Valle, el nombre del bandido y el del hombre que se la cortara.

Sin embargo, cuando se hubieron calmado algo las fogosas pasiones del capitán con la muerte de la primera víctima ofrecida á los manes de su padre, recobraron su imperio los sentimientos que la sed de la venganza relegara al fondo de su alma. Don Rafael sintió la necesidad de justificar su conducta en apariencia inexplicable á los ojos de los habitantes de la hacienda de « Las Palmas »; pero un legítimo orgullo le contuvo: un hijo que venga á su padre ¿debía estar en la obligación de excusar el cumplimiento de tan santo deber? ¿Le era menester hacerse perdonar el haberse convertido en enemigo de una causa que no podría en lo de adelante ser la suya?

El orgulloso silencio del capitán, debía concluir de arruinar sus esperanzas y hacer más infranqueable aún la barrera levantada de repente entre su amor y su deber.

La noticia de la muerte de Valdés llevada por un viajero que pasó por la hacienda junto con el texto de la inscripción que revelaba al autor, cayó allí como un rayo.

Por desgracia dicho viajero no refirió á sus huéspedes lo que ignoraba: la muerte de don Luis Tres Villas, causa de aquella violenta represalia.

Desde aquel momento, los habitantes de la hacienda consideraron al capitán como un traidor que, con las apariencias del más puro patriotismo, había ocultado sus ardientes simpatías por los opresores del país que lo había visto nacer.

Sin embargo, el amor de Gertrudis entrevió la justificación que desdeñaba el orgullo de don Rafael.

— ¡Oh padre mío! — decía ella en medio del dolor que la martirizaba — es imposible que don Rafael, de un día á otro, no nos explique su conducta por medio de algún mensaje.

— Y aun cuando la explique — respondía don Mariano — ¿será por ello menos traidor á su patria? ¡No! Él sabe que nada puede absolverlo y no se atreverá ni siquiera intentar hacerse perdonar su conducta indigna!

El mensaje, en efecto, no llegaba; y Gertrudis se vió forzada á devorar sus lágrimas en silencio. Sin embargo, el audaz desafío á la insurrección que su mano escribió, en la puerta del dominio del Valle, tenía algo muy caballeresco para que ella no pudiera defender por algún tiempo aún, la causa del ausente. Aun más: por un momento triunfó, pues se supo al fin que la cabeza del jefe insurgente no fué sino á reemplazar la del padre de don Rafael; y que la sangre había pagado la sangre.

Si en aquel instante se hubiera presentado el capitán, don Mariano, es verdad que no habría consentido en contraer alianza con un tráfuga de la causa de la emancipación mexicana; pero una franca y sincera explicación habría por lo menos desvanecido del espíritu del hacendado y del de su hija, toda idea de traición y deslealtad de don Rafael. Éste por su parte, ignorando que el asesinato de su padre no se había sabido en la hacienda sino con posterioridad á la muerte de Valdés, no aprovechó, naturalmente, la favorable oportunidad que se le ofrecía sin saberlo.

¡Cuántas desgracias irreparables no han tenido por principio sino este motivo: el no entenderse!

Los dos capitanes realistas, Caldelas y don Rafael, habían hecho de la hacienda del Valle, fortificada con un cañón que suministró el comandante de la provincia, una ciudadela capaz de desafiar á todas las fuerzas de la insurrección en el país.

Mientras que hacía aquellas batidas encarnizadas en persecución de los otros dos asesinos de su padre, Arroyo y Bocardo, don Rafael dejaba á Caldelas el cuidado de guardar su fortaleza. El capitán Tres Villas, no escuchando sino los clamores de su corazón, había concluído por hacer una transacción entre su amor y su orgullo. Rechazando la idea de un mensaje, resolvió presentarse personalmente en la hacienda; pero arrastrado por el ardor de su venganza, y para no exponerse á disminuirlo al ver de nuevo á Gertrudis, el capitán había demorado toda explicación con ella y su padre hasta haber cumplido una parte del temerario voto que le inspirara el dolor filial.

No se olvide en efecto que había jurado sobre la cabeza de su padre, arrancar la vida á sus matadores y abogar en sangre aquella insurrección, causa de su muerte.

Pero sus desesperados esfuerzos no habían logrado sino destruir uno por uno, los soldados de los dos asesinos, escapando éstos siempre á su persecución. En fin, después de dos meses de la muerte de Valdés, se extendió el rumor de que Arroyo y Bocardo habían dejado la provincia para ir á engrosar el ejército de Hidalgo con los despojos de su guerrilla.

Don Rafael volvió á la hacienda del Valle guardada por Caldelas. Durante su ausencia, el general en jefe del ejército del virrey, le había expedido una orden para que volviese á tomar su puesto en el regimiento de los dragones de la reina.

Antes de obedecer, aunque cayese en retardo, resolvió don Rafael dedicar siquiera un día á los asuntos de su

corazón é ir á Las Palmas para humillar su orgullo ante su amor.

La justificación á los ojos de don Mariano, se hacía entonces más difícil de lo que lo hubiera sido dos meses antes. Las apariencias se habían convertido en realidades, las suposiciones en certidumbres y ya don Rafael no era para aquél sino un vulgar renegado. Algunas palabras formulaban y resumían la opinión del hacendado respecto á don Rafael; y estas palabras resonaban á cada instante en los oídos de Gertrudis como un triste presagio:

— No llores la defección de don Rafael, decía don Mariano tratando de secar las lágrimas de su hija — él mentía á su amada como mentía á su patria.

Y; cosa extraña á los ojos del padre! su hija derramaba entonces sus lágrimas con más abundancia y más amargura.

Sin embargo, era tal el afecto que don Mariano había tenido por el joven oficial; tales eran los tesoros de ternura encerrados en el corazón de Gertrudis, que sin duda alguna si se hubiese presentado en la hacienda, alta la frente y resplandeciendo de orgullo por el deber cumplido, habrían disipado todas las nubes la franqueza de su mirada y la lealtad de sus palabras.

Desgraciadamente la suerte había decidido que don Rafael no franquease más, al menos como amigo, el dintel hospitalario de Las Palmas.

El capitán se había señalado en la comarca como uno de los más encarnizados enemigos de la insurrección; y aunque no hubiera sino una legua entre las dos posesiones de Las Palmas y el Valle, don Rafael juzgó prudente hacerse acompañar por media docena de sus jinetes.

La precaución no fué inútil como va á verse. Después de haber franqueado la cadena de cerros cuya cima dominaba las terrazas del edificio, don Rafael y su escolta se presentaron á la puerta que en otro tiempo daba salida por aquel lado. Esta puerta se hallaba recientemente tapiada; y don Rafael tuvo que dar la vuelta á la hacienda

para presentarse ante el portón de la explanada. Pero no bien había doblado una esquina del edificio, cuando su reducida tropa vióse de repente cercada por unos diez jinetes de caras feroces.

— « ¡Muera el traidor! ¡Muera el *coyote* (1)! »

Al mismo tiempo que estos gritos resonaban en los oídos de don Rafael profundamente sorprendido, uno de los agresores lanzó de pechos á su caballo contra el flanco del caballo del oficial, tan violentamente que el animal cayó con todo y jinete.

Don Rafael habría perecido, si con la agilidad que en él acompañaba á la fuerza hercúlea de que se hallaba dotado, no se hubiese desprendido de los estribos y lanzándose de un salto sobre el caballo de uno de los hombres de su escolta que en aquel instante mismo cayó de su silla muerto á puñaladas por los asaltantes.

Reanimados por la voz de su jefe á quien creyeran muerto, los cinco hombres que quedaban con don Rafael, se abrieron brecha y se lanzaron á la montaña, á donde los insurgentes no se atrevieron á seguirles.

Un hombre muerto y su caballo retinto perdido, tal fué el resultado material de la tentativa del capitán de justificarse después de dos meses de silencio. Don Rafael tomó de nuevo el camino de la hacienda del Valle.

La cólera y el dolor henchían su corazón. Aquella hacienda de Las Palmas de que fuera el huésped querido, encerraba ahora enemigos sedientos de su sangre.

— Es extraño — dijo uno de los jinetes de la escolta que le seguía á distancia — se decía que Arroyo y Bocardo habían abandonado esta comarca; y, si no me equivoco...

— Son seguramente ellos — respondió el segundo jinete. — Los he reconocido; pero me guardé bien de decirselo al capitán. Está tan encarnizado contra ellos que si hubiera sabido de qué hombres acaba de escapar, no lo hubiéramos podido decidir á huir ante ellos.

(1) Chacal. Así designaban los insurgentes á los españoles.

Mientras tanto los agresores volvían á entrar en la hacienda.

— Triple tontería — decía á uno de sus compañeros un hombre de rostro feroz y brutal, de miembros recios y testuz de toro — en vez de dejarlo entrar á la hacienda; ó cuando lo hubiéramos cogido adentro...

Arroyo, pues él mismo era, acabó su frase con una mueca horrible.

— Don Mariano no lo hubiera permitido — replicó su compañero de cuerpo raquítico y con rostro astuto y feroz á la vez, como el de la hiena.

Este personaje era Bocardo, el compañero de Arroyo.

— Nos habríamos pasado sin su permiso — replicó Arroyo lanzando una mirada terrible: al fin y al cabo, ya no estamos al servicio de don Mariano. Ha llegado el tiempo en que los criados deben ser los amos de sus amos. ¿Qué me importa á mí la emancipación de la patria? ¡Lo que yo quiero es la sangre y el pillaje!

Y al decir estas palabras que traducían los verdaderos sentimientos del feroz insurgente, un relámpago de rabia brilló en sus ojos.

— Ahora nos hará huir — agregó — pues si este rabioso capitán sabe que estamos aquí, por nada del mundo dejará de venir á poner fuego en las cuatro esquinas de esta hacienda para quemarnos vivos. ¡Bestia de mí que te escuché!

— ¿Quién hubiera podido prever que se nos escaparía? — replicó Bocardo espantado ante la expresión del rostro de su compañero.

— ¡Tú! — exclamó el bandido.

Y dominado por el furor de haber dejado escapar á su más mortal enemigo, Arroyo golpeó con el mango de su cuchillo tan rudamente en el pecho de Bocardo, que éste cayó de su caballo como una masa, exhalando un aullido de dolor.

Dejando que su compañero se levantara como pudiese, el guerrillero pareció aconsejarse mejor: precipitó su caballo por la puerta de la hacienda y apeándose en el

patio, desapareció entre el dificio con su carabina en la mano.

Algunos minutos después, don Rafael siempre pensativo, subía la cuesta inclinada que conducía á la cima de los cerros, cuando un balazo disparado desde la terraza de la hacienda, hirió mortalmente al jinete de su escolta que se hallaba más cercano á él.

Una sonrisa de amarga tristeza entreabrió los labios de don Rafael y un dolor agudo penetró hasta el fondo de su alma al comparar este último adiós que recibía de los habitantes de la hacienda con el que le dieran al partir dos meses antes. La bala hirió precisamente al jinete que había juzgado prudente ocultar á su capitán los nombres de dos de sus agresores.

— ¡Es Arroyo el que ha disparado! — exclamó involuntariamente el que había creído reconocer al bandido.

— ¡Arroyo está en esa hacienda y Ud. no me lo decía! — exclamó el capitán con furor mientras sus bigotes se erizaban como los de un león próximo á caer sobre su presa.

— Yo no sabía... no estaba seguro... — balbució el jinete.

Poco faltó para que en la impetuosidad de su cólera, don Rafael le tratara más rudamente aún de como Arroyo había tratado á su compañero. Sin embargo se contuvo; pero sin reflexionar en las consecuencias, el fogoso capitán despachó al jinete mejor montado de su escolta con orden de traerle, sin perder un minuto, cincuenta hombres bien armados y algunos petardos para hacer saltar las puertas de la hacienda.

El jinete partió al galope y don Rafael apostándose con los tres hombres que le quedaban tras un repliegue del terreno que los ponía al abrigo de las balas, esperó el regreso de su mensajero.

El ardor de su sangre no tardó en calmarse; y vió claro entonces el acto de hostilidad que iba á realizar contra el padre de Gertrudis.

Un violento combate se libró en su alma entre senti-

mientos contrarios de fuerza casi igual. Que persistiera ó que desistiese, era un sacrilegio lo que le parecía aquello. La voz del deber y la voz de la pasión hablaban tan alto la una como la otra en el fondo de su alma. ¿Cuál de las dos sería escuchada?

No había aún terminado la lucha tan larga como violenta entre aquellos dos antagonistas, cuando llegó el destacamento. Suciediera lo que sucediese, ya don Rafael no podía retroceder. Esta vez el deber triunfó.

El oficial tiró de su espada; se puso á la cabeza del destacamento; y á una señal suya el clarín tocó marcha haciendo saber á los habitantes de la hacienda que un cuerpo de caballería franqueaba la cadena de colinas.

Algunos minutos después, el destacamento se puso en filas ante la explanada; un jinete avanzó; el clarín sonó de nuevo y á nombre del capitán del ejército real don Rafael Tres Villas, se conminó á don Mariano de Silva á entregar, vivos ó muertos, á dos bandidos insurgentes, Arroyo y Bocardo.

Hecha la conminación, don Rafael inmóvil en su silla, pero pálida la frente y el corazón palpitante, esperó la respuesta de don Mariano.

El más profundo silencio respondió.

CAPÍTULO VIII

DONDE EL AMOR ES MÁS FUERTE QUE EL DEBER

Además de las consecuencias de su resolución, ya previstas por el capitán Tres Villas, había otra en que no había pensado.

Un simple vistazo á la hacienda la hará palpable al lector.

En el salón que ya conocemos, se hallaban reunidos don Mariano y sus dos hijas; y su situación era de tal naturaleza que justificaba perfectamente el silencio con que se acogió la conminación del capitán realista. De pie ante la puerta y puñal en mano, Arroyo y Bocardo trazaban al hacendado la línea de conducta que debía seguir.

— Oiga Ud., señor don Mariano — decía el bandido con el tono brutal que acostumbraba — yo creo que su lealtad rehusará entregar á los huéspedes de su casa.

— Es verdad — respondió don Mariano — y Ud. puede estar seguro...

— Ya lo sé: Ud. se negará á entregarnos; pero este capitán del diablo hará saltar la puerta y nos cogerá á pesar de sus gritos. Esto es lo que yo quiero evitar.

— ¿Conoce Ud. algún medio de impedirlo?

— Sin duda: hay uno muy sencillo. Este *coyote* de

Belcebú ha sido su amigo. Por mi condición de sirviente de su casa... en otros tiempos... sé muy bien lo que aquí pasa; y sé que él tiene pasión por la encantadora doña Gertrudis y, por consiguiente, considerará mucho el terrible peligro que Ud. corre.

— ¡Un peligro! no comprendo...

— Ya me comprenderá Ud. Ud. dirá al capitán que si se decide á hacer saltar la puerta, nos cogerá vivos indudablemente; pero que en cuanto á Ud. y á sus dos hijas no encontrará sino los cadáveres. ¿Me comprende Ud. ahora?

Podían ser menos explícitas las palabras de Arroyo: la expresión de ferocidad impresa en su fisonomía revelaba su pensamiento. Las dos hijas del hacendado se arrojaron con espanto á sus brazos.

En aquel momento el sonido del clarín se dejó oír de nuevo y la voz amenazadora del soldado llegó hasta los oídos de los huéspedes de la hacienda.

El hacendado, temblando por la suerte de sus dos hijas entregadas sin defensa á los dos antiguos vaqueros, cuyos cómplices obstruían el corredor, dejó sin respuesta la segunda conminación, más imperiosa ya que la primera.

— ¡Con mil demonios! — exclamó el bandido. — ¡No hay que pensarlo tanto! Salga á la ventana si teme Ud. presentarse cara á cara con este rabioso capitán y dígame sin rodeos la cosa, si no...

El clarín que por la tercera vez lanzó sus amenazadores sonidos hasta las dos espantadas jóvenes, interrumpió al bandido.

— ¡A saco la casa de los enemigos de España! gritó una voz cuya entonación llevó al alma de Gertrudis un estremecimiento de terror y de alegría al mismo tiempo. Era la voz de don Rafael.

— ¡Un instante aún! — gritó don Mariano presentándose en el peristilo que guarnecía la baranda y desde donde su vista llegaba hasta la planicie, á la vez que él mismo se ofrecía á las miradas de los de fuera. —

Tengo que decir dos palabras al capitán. ¿Dónde está?

— Aquí estoy. ¿No me ve Ud.?

— ¡Ah! Perdón — dijo el hacendado con una sonrisa de amargura. — ¡No había conocido hasta hoy al capitán Tres Villas sino como un amigo; y no lo reconocía en el hombre que amenaza con la ruina el techo bajo el cual se ha hospedado!

A esta frase imprudente, de la cual el hacendado no pudo quitar la ironía, un vivo rubor reemplazó la palidez de que se hallaba cubierta la frente del capitán.

— Y yo — respondió el capitán — no veo en Ud. hoy sino á uno de los autores de la impía insurrección que he jurado sofocar y al dueño de una casa de que son huéspedes los bandidos. ¿No ha oído Ud. que es preciso entregármelos?

— En ningún caso querría traicionar á los que he prometido defender — continuó don Mariano, arrastrado á pesar suyo, más allá de los límites que se había trazado — pero en éste, no es libre mi voluntad; y tengo encargo de decirle, de parte de los que Ud. persigue, que nos matarán á puñaladas á mis dos hijas y á mí, antes de caer en sus manos. Nuestra vida responde de las suyas, capitán. Toca á Ud. ahora decidir si persiste Ud. en que le sean entregados.

La amargura había desaparecido del lenguaje del hacendado; y pronunció las últimas palabras con firmeza digna y triste cuyo acento resonó dolorosamente en el corazón del capitán.

Una nube obscureció los ojos de don Rafael á la idea de Gertrudis cayendo bajo el puñal de los guerrilleros á quienes conceptuaba capaces de cumplir su amenaza. Casi se consideró feliz de que se le presentase ocasión para cumplir un deber de humanidad no menos imperioso que aquel al cual había obedecido hasta entonces.

— ¡Bien! — dijo después de un corto silencio, pues esta vez su firmeza se hallaba vencida de antemano. — Lleve Ud. al bandido que se llama Arroyo la solemne promesa de que nada tendrá que temer si se presenta.

Otorgo esto, no como un perdón, sino como un aplazamiento que la humanidad me obliga á concederle.

— ¡Oh! ¡yo no necesito de su palabra! — exclamó impudentemente el bandido colocándose al lado de don Mariano. — ¿Acaso no tengo aquí dentro rehenes que responden mejor de mi vida? Ahora bien ¿qué quiere Ud. con Arroyo, señor capitán?

Con las venas de la frente hinchadas, los labios temblorosos y los ojos arrojando llamas al ver á uno de los asesinos de su padre, al hombre que por tanto tiempo había perseguido inútilmente, al bandido, en fin, á quien podía coger vivo y que debía dejar escapar, el capitán tuvo necesidad de un momento para aplacar las pasiones impetuosas que rugían en el fondo de su corazón.

Pero, sin que él lo notase, su mano crispada apretaba violentamente las riendas del caballo, sus espuelas se hundían en sus ijares de tal manera que el animal dió un bote, y enderezóse sobre sus patas traseras para caer de un salto, casi contra la puerta de la hacienda.

Dijérase que el jinete quería franquear el obstáculo que le separaba del feroz guerrillero. El bandido no pudo disimular un gesto de espanto.

— Lo que yo quiero con Arroyo — respondió al fin el capitán — es grabar sus facciones en mi memoria para reconocerlas cuando lo persiga para amarrarlo vivo á la cola de mi caballo.

— Si es para decirme estas ternezas para lo que Ud. me llama...

El bandido hizo ademán de entrarse.

— Oye, exclamó don Rafael, tendrás la vida segura, te lo he prometido; ¡la humanidad me impone el deber de perdonarte!

— ¡Así no se lo agradezco, capitán!

— Tu reconocimiento sería un ultraje ¡pero si en el poco de lodo sangriento que te sirve de corazón hay algún valor, monta á caballo, toma las armas que te plazcan y sal solo de este recinto: te desafío á un duelo á muerte!

Y al hablar así, el capitán se alzaba sobre sus estribos y la nobleza de su semblante contrastaba por modo sorprendente, con el semblante bajo y feroz á la vez del hombre á quien desafiaba. El ultraje lanzado por don Rafael le golpeó en pleno rostro; pero Arroyo no tuvo valor sino para devorarlo.

— ¡Bah! ¡Claro! — dijo afectando chancearse — ¡cincuenta contra uno!

— Comprometo aquí, solemnemente ante mis soldados, ante Dios, mi palabra de gentilhombre de que, cualquiera que sea el resultado del combate, es decir, si yo sucumbo, nada te sucederá.

Por un momento el bandido se quedó indeciso y mudo. Se habría creído que calculaba las probabilidades del combate; pero ya muchas veces había visto el valor personal del capitán. No se atrevió á aceptar.

— ¡Rehusó! — dijo.

— ¡Deja tu caballo: combatiremos á pie!

— ¡Demonio! rehusó, le digo.

— Lo sospechaba; pero oye aún: te doy mi palabra de que nada se te hará si quieres permitir á los habitantes de esta casa, que yo designaré, que la dejen para venir conmigo á ponerse bajo la salvaguardia de un enemigo leal.

— Lo rehusó también — respondió Arroyo.

— ¡Tú no eres hombre! y cuando esta mano te tenga, en vez de tratarte como hombre, te haré morir bajo el látigo como un perro rabioso!

Después de haber lanzado este adiós terrible, el capitán hizo dar la vuelta á su caballo y volvió las espaldas al bandido con un gesto del más profundo desprecio.

El clarín resonó de nuevo y el destacamento volvió á tomar el camino de las montañas. Don Rafael llevaba de esta entrevista, cuyo resultado fuera tan doloroso para él, un resentimiento profundo por las palabras demasiado sinceras de don Mariano, además de la mortal inquietud que sentía á la idea de dejar á sus dos hijas en poder de un monstruo como Arroyo.

Sus temores á este respecto sólo se realizaron en parte: dos días después supo por uno de sus ojeadores, que Arroyo y Bocado habían abandonado la provincia después de robar la hacienda y que los habitantes de Las Palmas no habían sufrido otra desgracia.

El capitán Tres Villas creyó entonces de su deber obedecer las órdenes que había recibido de reunirse á su cuerpo. Caldelas acababa de obtener un mando; y ambos habían marchado, dejando la guarnición del Valle bajo las órdenes de un teniente catalán de apellido Varaegui.

Don Rafael había tomado participación activa en la batalla de Calderón en donde el general Caldelas dispersó con seis mil hombres á los cien mil insurgentes de Hidalgo. Después guerreó constantemente en diversos puntos del reino; y regresaba de San Blas á Oaxaca en el navío que se nos apareció por un momento, cuando al llegar, nuevas órdenes le enviaron al sitio de Huajapam.

Su antiguo hermano de armas, Caldelas, se encontraba allí con el grado de mariscal de campo, en tanto que, menos feliz, don Rafael no tenía sino el de coronel.

Volvamos ahora á Julián que tan viva emoción causó al coronel al hablarle de un mensaje importante.

La ausencia, dice un moralista, disipa un sentimiento pasajero, en tanto que inflama una pasión profunda lo mismo que el viento que apaga una vela, aumenta el furor de un incendio. La ausencia había producido en don Rafael, el efecto del viento sobre el incendio; siempre esperaba que Gertrudis le enviara un mensaje de perdón y de amor.

No se extrañará, pues, la turbación causada en el ánimo de don Rafael al anuncio de la llegada de un mensajero.

— Y bien, Julián, ¿qué tienes que decirme? — dijo el coronel disimulando lo mejor que le fué posible la emoción que le agitaba — ¿Se han apoderado los insurgentes de nuestra fortaleza?

— ¡Oh no! — respondió Julián — los hombres de nuestra guarnición no se quejan sino de la tranquilidad de que se les deja gozar. Algunas correrías en el campo

que salvan del pillaje alguna rica hacienda, no les causan pena. Por lo demás, las noticias que traigo á Vuestra Señoría son de las que les procuran esta satisfacción.

— ¿Es entonces un mensaje de guerra el que me traes? — dijo el coronel con aire de triste contrariedad que sorprendió á Julián.

— Un mensaje de venganza; pero para comenzar por lo menos importante, creo será agradable á Vuestra Señoría el saber que traigo conmigo á su buen caballo el *Roncador*.

— ¿*Roncador*?

— Sí, el animal que se había perdido cuando el asunto de Las Palmas. Allí lo recogieron á lo que parece y sobre todo lo cuidaron... ¡oh! lo cuidaron á maravilla y nos lo han enviado á la hacienda.

— ¿Quién lo ha enviado? — exclamó vivamente don Rafael.

— ¿Quién podría ser sino don Mariano Silva? Uno de sus criados lo llevó allá hace tres días, diciendo que el amo á quien había pertenecido lo volvería á ver tal vez con alegría. Luego, como Ud. lo perdió ensillado y enfrenado, lo remitieron con las riendas y la silla; y la prueba de esto es que el *Roncador* llevaba, á fe mía, sobre su frente, un precioso rosetón de cintas rojas!

— ¿Dónde está ese rosetón? — preguntó don Rafael con tanto mayor apresuramiento cuanto que creía adivinar la mano que lo atara.

— Uno de nuestros hombres, Felipe el Galán, se hizo con él una cucarda.

— ¡Felipe es un pícaro á quien castigaré por su abuso! — exclamó don Rafael con cólera.

— Ya se lo he dicho. Ahora debo decirle todavía que el mensajero de don Mariano llevó una carta para Ud.

— ¡Y tú no has comenzado por decírmelo!

— Yo principié por el principio — replicó el flemático Julián. — Aquí está la carta.

Y diciendo estas palabras, el mensajero sacó de su bolsillo un paquetito de hojas de maíz en que había envuelto

la carta por precaución y la entregó á don Rafael que la tomó con una mano de que inútilmente trataba de disimular el temblor nervioso.

— ¡Bien! — dijo con frialdad. ¿Hay algo más que decirme?

Aquella carta podía ser de Gertrudis; y el coronel no tuvo otro objeto al afectar tanta frialdad que reservarse el placer de leerla cuando se hallase solo.

— Arroyo, Bocardo y sus bandidos han reaparecido en la provincia — continuó Julián — y el teniente Varaegui me envía...

— ¡Arroyo, Bocardo! — interrumpió don Rafael sacado de repente del país de los dulces sueños al de las ideas de venganza. — Di de mi parte al teniente Varaegui, que dé doble ración á sus caballos para alistarlos á entrar en campaña; que dentro de algunos días estaré con él para principiarla; porque después del próximo asalto que demos, ó Huajapam será tomada ó levantaremos el sitio. Obtendré permiso del general en jefe; y aunque tengamos que pegar fuego á la provincia por sus cuatro rumbos para prender al fin á estos dos bandidos, lo haremos. Vete, Julián.

Iba á partir el mensajero, cuando don Rafael, al ver sobre una mesa la carta que le prometía un instante de dicha, se dirigió de nuevo á Julián diciéndole:

— Espera; has sido el mensajero de buenas noticias: quiero recompensarte.

Y le puso en la mano una onza de oro que Julián se apresuró á recibir, no sin profunda sorpresa de verse tan generosamente recompensado por haber conducido la noticia de la reaparición de Arroyo y de su cuadrilla. Sin embargo, su alegría sobrepasó aún á su sorpresa.

Quando partió, don Rafael tomó la carta y la tuvo un instante entre sus manos sin atreverse á abrirla. Su corazón palpitaba con violencia pues no dudaba que aquella carta fuese de Gertrudis; y era la primera señal de recuerdo que recibía de ella desde hacía cerca de dos años que abrazara la causa realista.

Al fin rompió el sobre. La carta, escrita por mano de mujer, que podía ser tanto la de Marianita como la de Gertrudis, contenía estas pocas palabras que nada precisaban :

« Los habitantes de Las Palmas no han olvidado que son deudores de don Rafael de un servicio prestado en circunstancias muy críticas; y piensan que quizás al coronel le agradaría recobrar un caballo que el capitán Tres Villas ha tenido sus razones para estimar. »

— ¡ « Deudores » ! — exclamó don Rafael con amargura — ¡ qué ingratitud ! ¿ No se diría que al traicionar por su causa un juramento hecho sobre la cabeza de mi padre, no les hice sino un servicio de pura cortesía ? ¡ Vamos ! ¡ Tratemos de no pensar más en los que me han olvidado !

El coronel, sin embargo, colocó la carta que él se imaginaba haber sido tocada por Gertrudis, en una bolsita de su uniforme, precisamente sobre su corazón.

A pesar de todo, y mientras hacía el trayecto de su tienda á la del general en jefe, donde iba á reunirse el consejo de guerra, un rayo de esperanza se obstinaba en hacer luz dentro de su angustiado corazón. Gertrudis sabía cuánto estimaba él á ese caballo, con frecuencia acariciado por su mano. He aquí por qué sin duda ella se lo enviaba con aquel lazo de cintas rojas destinado á recordarle las flores con que en tiempos más felices, adornaba la frente del animal.

El brigadier Bonavía, los comandantes Caldelas y Régules se hallaban sentados alrededor de una mesa cubierta con un espeso tapete verde, cuando el coronel entró en la tienda. El consejo no había comenzado aún.

— ¡ Y bien, coronel ! — dijo el general de brigada — he sabido que Ud. acaba de recibir un mensaje. ¿ Es confidencial ó puede su tenor interesar á la causa realista ?

— El teniente que manda por el rey en la hacienda del Valle, me avisa que los dos guerrilleros, los dos bandidos puestos fuera de la ley, Arroyo y Bocardo, han reaparecido con su banda en la provincia; y después de la

toma de esta bicoca, tendré el honor de solicitar de Vuestra Excelencia, la misión de ir yo mismo á batirlos como á bestias feroces.

— Esa misión le será confiada, coronel. No podría encontrar á nadie más digno de cumplirla.

— Por lo menos, nadie pondría en ello tanto empeño — añadió Rafael.

El consejo de guerra comenzó. Sin dar cuenta de sus detalles, nos limitaremos á referir lo que haga conocer las posiciones de sitiadores y sitiados.

— Señores — dijo el general — mañana hará ciento catorce días que principiamos el sitio de lo que el coronel Tres Villas llama con razón una bicoca. Sin contar con las escaramuzas, hemos dado quince asaltos; y sin embargo, hemos adelantado tan poco como el primer día.

— Menos aún — dijo Régules cuando el brigadier concluyó su corto discurso — pues la confianza de los sitiados ha crecido con el éxito de su resistencia. No tenían cañones y el coronel Trujano posee hoy tres piezas que ha fundido con las campanas de las iglesias.

— ¡ Esto es decir implícitamente que el comandante Régules es de opinión que se levante el sitio ! — exclamó Caldelas con alguna ironía.

Desde mucho tiempo atrás existía una secreta animosidad entre los dos mariscales de campo, Caldelas y Régules, el uno de una bravura y de una lealtad á toda prueba, el otro con frecuencia cruel sin necesidad y de un valor quizá más que dudoso.

— Es la cuestión de levantar ó continuar el sitio la que tenemos que discutir — interrumpió el general. — Es al coronel Tres Villas como al más joven y de menos graduación á quien primero toca opinar. Hable, coronel.

— Cuando mil quinientos hombres sitian una plaza como Huajapam, defendida apenas por cuatrocientos, deben tomarla ó hacerse matar hasta el último bajo sus atrincheramientos; pues de otro modo, es comprometer á la vez su honor y el éxito de la causa que defienden.

Tal es la opinión que tengo el honor de someter á Vuestra Excelencia.

— ¿Y Ud., comandante Caldelas, qué aconseja?

— Como el coronel — respondió Caldelas. — Levantar el sitio, sería el más pernicioso de los ejemplos para los realistas y un deplorable envalentonamiento para la insurrección. ¿Qué diría el bravo comandante en jefe de las tropas del rey don Félix Calleja? Durante cien días sitió en Cuautla á un general más hábil, más temible que Trujano, Morelos; y al cabo de esos cien días, era dueño de la ciudad.

— Morelos la había evacuado — objetó Régules.

— ¿Qué importa? Él se confesó vencido; y la bandera de España tuvo los honores del sitio.

Llegó á Régules el turno de hablar.

Enumeró largamente la lentitud y las dificultades del sitio, los asaltos infructuosos y sangrientos que se habían librado; trató de demostrar cuán perjudicial era para su causa, que un vano punto de honor se hiciera prevalecer sobre las necesidades políticas que imperiosamente exigían que no se dejase consumir delante de una aldea sin importancia, el valor de mil bravos soldados, mientras que Morelos marchaba sobre Oaxaca. « Y cuando digo mil soldados — agregó — no es sin razón; pues el coronel al hablar de mil quinientos, ha contado también á los muertos... Hasta ahora — continuó — en todos nuestros encuentros con el enemigo en diversos puntos del reino, no hemos tenido que hacer sino con soldados electrizados por lo que ellos llaman el amor de la patria, mientras que ante nosotros combaten los sitiados fanatizados por el espíritu religioso de Trujano, que inspira á los habitantes de esa pequeña ciudad un valor igual al de sus soldados. Así, pues, no son solamente trescientos enemigos los que se hallan ante nosotros, sino más bien mil fanáticos que se batan desesperadamente y mueren cantando. Mientras que nosotros nos agotamos en inútiles esfuerzos, la insurrección se propaga en la provincia; y aquí perdemos un tiempo que se debía emplear

más útilmente en sofocarla. Así pues, mi opinión es levantar un sitio por todos conceptos desastroso.

— Los sitiados recuerdan las hazañas de Yanguitlán — dijo Caldelas; he aquí por qué se defienden tan bien.

A esta alusión, cuyo sentido explicaremos más tarde, Régules se mordió los labios de despecho; y contestó con una mirada de odio reconcentrado á la irónica mirada de Caldelas.

Desde el punto de vista de un general en jefe, responsable de la vida de sus soldados y por eso mismo menos accesible al punto de honor que un oficial de inferior rango, no faltaba cierta solidez á los argumentos alegados por Régules; y el general participaba de su opinión.

Sin embargo, sin querer usar de la preponderancia que le daban su grado y la autoridad de comandante, propuso un término medio.

Consistía en intentar el día siguiente un último y terrible asalto y levantar el sitio si resultaba infructuoso como los precedentes.

El general en jefe hablaba aún cuando un ruido vago y lejano se dejó oír en dirección de la ciudad sitiada. Aquel ruido parecía tener por origen las diversas entonaciones de un canto solemne elevado en acción de gracias. Bien pronto el sonido de los clarines y la tronazón de numerosos cohetes quemados en señal de júbilo, se distinguieron perfectamente.

— ¡Esos regocijos públicos son de mal presagio para nosotros! — exclamó Régules cuando ya no se dudó de aquel alegre tumulto. — No es mañana cuando debemos levantar el sitio: ¡es hoy!

— ¡Es decir, que hay que huir de los petardos! — replicó Caldelas.

— ¡Caer como las murallas de Jericó ante las trompetas! — añadió el coronel.

— ¡Ojalá que no tenga yo razón! dijo Régules.

Y á pesar de su opinión, el consejo determinó dar un último asalto el día siguiente.

Aquel asalto, sin embargo, no debía verificarse. Dire-

mos en el capítulo siguiente las razones que para ello se opusieron; y daremos á conocer la causa de las muestras de alegría que partían de la ciudad sitiada.

Terminado el consejo, los oficiales volvieron á sus tiendas. Don Rafael tenía prisa de verse solo para reflexionar á su anchas acerca del sentido del mensaje que recibiera; y sobre todo, para acariciar aquel dulce rayo de esperanza que acababa de llenar su corazón tan triste hasta entonces.

No se dignó ni aun de prestar atención al ruido alegre de los sitiados, por más que todo el campo español se hallase preocupado con él como de un siniestro augurio.

CAPÍTULO IX

VALERIO TRUJANO

El viejo muletero á quien hemos visto no quererse exponer á los azares de la guerra antes de haber pagado religiosamente sus deudas, hoy el coronel don Valerio Trujano, era un guerrillero como abundaban tanto entonces. Sin embargo, el renombre de que gozaba dentro de los límites de su esfera, era un motivo constante de inquietud para los jefes realistas de la ciudad de Oaxaca. Creyeron que llegaba la oportunidad de aplastar aquel temible enemigo, falto ya del apoyo de dos de sus compañeros, don Miguel y don Nicolás Bravo, guerrilleros como él, á quienes Morelos acababa de llamar á Cuautla.

Era tal la importancia que se daba al vencimiento del religioso insurgente, que el gobierno hizo marchar contra él á casi todas las fuerzas de la provincia. Trujano se hallaba entonces en la población de Huajapam, donde lo hemos visto ya; y fué allí donde se inmortalizó por la hermosa defensa que hizo de la pequeña ciudad abierta por todos lados; felizmente para él, Huajapam se hallaba abundantemente provista de víveres.

La resistencia se habría hecho imposible si no se hubiesen violado las reglas ordinarias; eso fué lo que hizo Trujano.

mos en el capítulo siguiente las razones que para ello se opusieron; y daremos á conocer la causa de las muestras de alegría que partían de la ciudad sitiada.

Terminado el consejo, los oficiales volvieron á sus tiendas. Don Rafael tenía prisa de verse solo para reflexionar á su anchas acerca del sentido del mensaje que recibiera; y sobre todo, para acariciar aquel dulce rayo de esperanza que acababa de llenar su corazón tan triste hasta entonces.

No se dignó ni aun de prestar atención al ruido alegre de los sitiados, por más que todo el campo español se hallase preocupado con él como de un siniestro augurio.

CAPÍTULO IX

VALERIO TRUJANO

El viejo muletero á quien hemos visto no quererse exponer á los azares de la guerra antes de haber pagado religiosamente sus deudas, hoy el coronel don Valerio Trujano, era un guerrillero como abundaban tanto entonces. Sin embargo, el renombre de que gozaba dentro de los límites de su esfera, era un motivo constante de inquietud para los jefes realistas de la ciudad de Oaxaca. Creyeron que llegaba la oportunidad de aplastar aquel temible enemigo, falto ya del apoyo de dos de sus compañeros, don Miguel y don Nicolás Bravo, guerrilleros como él, á quienes Morelos acababa de llamar á Cuautla.

Era tal la importancia que se daba al vencimiento del religioso insurgente, que el gobierno hizo marchar contra él á casi todas las fuerzas de la provincia. Trujano se hallaba entonces en la población de Huajapam, donde lo hemos visto ya; y fué allí donde se inmortalizó por la hermosa defensa que hizo de la pequeña ciudad abierta por todos lados; felizmente para él, Huajapam se hallaba abundantemente provista de víveres.

La resistencia se habría hecho imposible si no se hubiesen violado las reglas ordinarias; eso fué lo que hizo Trujano.

Comenzó por hacer almacenar todos los víveres, cuya distribución cada mañana, se reservaba exclusivamente hacerla para cada soldado y para cada familia. En seguida estableció una severa disciplina monástica que desde el primero hasta el último día, en medio de las sangrientas peripecias de un sitio de ciento catorce días, la fuerza de su voluntad y su ascendiente irresistible sobre el soldado como sobre el burgués, mantuvo exenta de la más ligera infracción.

Estaba distribuido el tiempo como en un convento; y la mayor parte del que dejaban libre los deberes militares y los ataques de los sitiadores, lo dedicaban á la oración. Las oraciones se rezaban en común; y en esta población privada de toda comunicación exterior, en medio de un pueblo ignorante de las alegrías de la vida, siempre en frente de la muerte, se conducían con el fervor del marinero que implora la misericordia de Dios, su único consuelo contra los furios de la tempestad.

Gracias á estas extraordinarias pero sabias disposiciones, el desaliento no cundió en aquellas almas perpetuamente ocupadas. Cuando los víveres escasearon, ninguna mirada escrutadora podía sondear los vacíos almacenes, ninguna boca indiscreta podía anunciar el próximo ayuno; y era evidente que el sitio de los españoles sobre Huajapam no podía tener más que dos resultados: aplastar hasta el último de los sitiados ó levantar el sitio.

Durante más de cien días subsistió aquella situación; y durante tan largo espacio de tiempo, sólo una tentativa de auxilio se hizo por el coronel Sánchez y el padre Tapia; fracasó pero la constancia de Trujano no se desanimó. El desaliento se hallaba sólo del lado de los españoles.

Todo se plegaba entre los sitiados al ascendiente sin límites de aquel hombre verdaderamente extraordinario en quien se hallaban reunidas las más brillantes cualidades, aun aquellas que se excluyen mutuamente.

Jamás el fuego de su espíritu disminuyó la prudencia

de sus planes; y nunca su ardor trató de traspasar la época de su madurez. Valiente hasta la temeridad, no por eso era menos escrupuloso en calcular minuciosamente todos los azares del combate. Su fisonomía abierta y simpática imponía la franqueza y forzaba á cada cual á revelar su secreto, en tanto que nadie podía penetrar el suyo. Su bondad y su dulzura con las tropas, lejos de degenerar en desprestigio, le hacían temer tanto como amar. Un encanto indefinible emanaba de todo él y excluía hasta la idea de desobedecerle.

Ahora, si se reflexiona que en 1812 los españoles eran aún dueños de todos los recursos de la Administración, de los correos, de los caminos; que la insurrección estaba aislada, combatida por todas partes, no parecerá asombroso que, en la misma época en que Trujano se hallaba sitiado en Huajapam, Morelos, sitiado á dos ó tres jornadas de allí en Cuautla, ignorase la situación del viejo muletero.

Desde hacía ya un mes Morelos retirado á Isúcar, después de haber evacuado á Cuautla, sabía tanto como antes acerca de la suerte de los sitiados. Felizmente para ellos, Trujano conocía el lugar adonde Morelos se retirara; y había resuelto enviarle un correo pidiéndole auxilios.

Cercada como se hallaba la plaza, la empresa era casi impracticable; y para asegurar el éxito, Trujano rezaba una novena para implorar la protección de los cielos.

El día en que del campo español penetramos á la ciudad sitiada, concluía la novena; y era la tarde de la antevíspera de la deliberación del consejo de guerra de que hemos hecho ya el relato.

Ya la noche había entrado. Toda la gente de Huajapam se encontraba reunida para la hora de la oración en una plaza iluminada por el resplandor de una antorcha de ocote aunque la luna brillaba en el cenit.

Rodeaban la plaza una iglesia cuya cúpula habían destrozado las bombas y casas en ruinas.

El templo de los sitiados era la misma plaza, teniendo

por dosel la bóveda estrellada del cielo. Por todas partes veíanse á los concurrentes al rojizo resplandor de la antorcha, silenciosos y recogidos : á las mujeres, á los niños y á los ancianos en los dinteles de las casas ; en medio de la plaza, los soldados con sus uniformes hechos jirones y sus armas al lado. Más allá, los heridos formando sangrientas líneas, se arrastraban para tomar participio en la oración común.

Al aparecimiento de un hombre de frente tranquila y aire de inspirado que caminaba hacia el centro de la plaza, como en otros tiempos los jueces de Israel, todas las cabezas se descubrieron ó se inclinaron.

Aquel hombre era el coronel Trujano. Hizo señal de que iba á hablar ; y el silencio fué más profundo aún.

— Muchachos — comenzó con voz sonora — la Escritura dice : « Los que guardan la ciudad velarán en vano si el Señor no vela con ellos. » Supliquemos pues al Dios de los ejércitos que vele con nosotros.

Todos se arrodillaron ; y Trujano hincó también las rodillas en el espacio que quedó vacío á su alrededor.

— Esta tarde — continuó — se acaba la novena comenzada por el feliz regreso de nuestro mensajero. Roguemos también por él y cantemos alabanzas á Dios que hasta aquí ha preservado á sus hijos que han tenido confianza en Él.

Entonces entonó el versículo del salmo que dice :

« Su verdad te servirá de escudo. No temerás ni los terrores de la noche, ni la flecha que vuela durante el día, ni el contagio que se desliza en las tinieblas, ni los ataques del demonio del mediodía. »

Después de cada uno de los versículos del salmo, el pueblo repetía :

« ¡ Señor, tened piedad de nosotros ! ¡ Señor, tened misericordia de nosotros ! »

Los centinelas españoles que velaban alrededor de la zanja abierta por los sitiadores, oían melancólicamente aquellos piadosos cánticos, que era lo único que turbaba el silencio profundo de las tinieblas.

Frente al faccionario próximo á la ciudad, yacían á poca distancia algunos cadáveres de mexicanos que sus hermanos no habían podido llevarse.

Las sombras de la noche se agregaban al horror de aquel lúgubre espectáculo.

Todos los cadáveres estaban más ó menos mutilados por los enemigos, que con frecuencia vengán en los muertos su impotencia contra los vivos.

El soldado iba y venía dentro de un reducido espacio, volviendo alternativamente las espaldas á los cuerpos extendidos bajo sus ojos y contándolos como un hombre desocupado, conservando siempre entre él y ellos un espacio razonable.

En seguida, para procurarse una distracción un poco menos triste, el centinela trató de distinguir las palabras que cantaban no lejos de él.

La lejana voz decía :

« Caerán mil á tu derecha y diez mil á tu izquierda ; pero el mal no se acercará un punto á ti. »

— ¡ Ah diablo ! ¿ Será latín ? — se dijo el centinela.

— Eso debe ser alguna oración por los muertos.

De repente le pareció, al hablar de los muertos, que su número se aumentaba ante sus ojos.

— Me habría equivocado — continuó el español en su monólogo.

Contó de nuevo los cadáveres ; esta vez se acordó muy bien de que eran diez.

Luego, continuó escuchando el cántico y este versículo :

« Marcharás sobre el áspid y el basilisco. Y hollarás al león y al dragón. »

— ¡ Ah ! hablan de dragón ; ¿ de los dragones de la reina quizás ?

El español se interrumpió. Creyó notar que, aunque en su paseo medía muy exactamente sus pasos á la distancia conveniente que quería mantener entre él y los cadáveres, esa distancia disminuía á cada vuelta.

Se puso entonces á contar sus pasos ; y aunque halló exactamente el mismo número á cada ida y venida, se

hallaba siempre más cerca de uno de los cadáveres hasta el punto de que creyó que no lo fuese. Era preciso que el cadáver hubiese caminado ó que el centinela se equivocara. El último supuesto era el más probable. Sin embargo, el español se aproximó al muerto para examinarlo. Estaba acostado sobre su dorso; y una herida sangrienta indicaba únicamente el punto que ocupara la oreja. Este examen tranquilizó al soldado que adquirió la seguridad de que, si el muerto (era un Indio) no había avanzado solo, él debía de haberse equivocado seguramente. Tuvo la tentación de pegarle un bayonetazo; pero un cadáver toma en la obscuridad de la noche, cierta imponente solemnidad que rechaza la profanación; y el centinela volvió á pasearse en el mismo sentido que antes, sin haber cedido á su tentación.

— Si los cadáveres pudieran ir — pensó el español — casi diría que éstos tienen sospechoso modo de caminar; había contado nueve y encuentro diez: se creería ¡lléveme el diablo! que este atrevido (el centinela hacía alusión al muerto sospechoso) tiene ganas de platicar conmigo para distraerse. ¡Caramba! Las canciones de aquellos vivientes no son alegres; pero las prefiero al silencio de estos esqueletos. Escuchemos.

Los cánticos continuaban:

« Eleva las manos durante la noche hacia el santuario y alaba al Señor. Su verdad será tu escudo; no temerás los terrores de la noche. »

Aunque aquellos salmos parecieran al centinela más alegres que las canciones de taberna comparativamente al silencio de los muertos, aquellos cánticos melancólicos de los sitiados, aquella compañía de cadáveres extraños, le alargaban enormemente el tiempo y con tristeza volvió el rostro hacia el campo en donde estaba su tienda; en seguida volvió á su paseo.

Esta vez caminaba tan exactamente el mismo número de pasos, que la distancia entre el Indio y él se conservó constantemente la misma hasta el momento en que notó que el cadáver había desaparecido.

Pasado el primer momento de terror, el centinela español comprendió que había sido engañado por la astucia india; y para que no lo acusaran de negligencia, se abstuvo prudentemente de dar la voz de alarma y dejó correr al Indio, que estaba bien vivo, á su término.

Para explicar la equivocación del soldado engañado por la ausencia de las orejas del viviente cadáver, es necesario decir que antes de poner sitio á Huajapam, el comandante Régules había tenido la triste satisfacción de *desorejar* cerca de Yanguitlán á una veintena de pobres indios hechos prisioneros. Recordamos á propósito esta antigua palabra, para escarnecer la costumbre, caída en desuso, de cortar las orejas á los prisioneros. Aquellos á quienes no se las habían cortado de raíz, pues muchos murieron de hemorragia, se habían refugiado en Huajapam.

El Indio era uno de estos últimos; y para dar á la cicatriz el aspecto de una herida fresca, no hizo más que empaparla con la sangre de uno de los cadáveres vecinos.

Fué á esta hazaña del comandante Régules á la que hizo alusión su colega Caldelas en la sesión del consejo de guerra que ya referimos.

— ¡Mil rayos! exclamó el soldado en un acceso de rabia, en caso de que estos perros no estén más muertos que ése que corre tan bien, éstos no correrán seguramente.

Y al decir estas palabras, sobreponiéndose la cólera á la especie de terror religioso á que el Indio debiera la vida, el centinela no dejó un cadáver sin abrirle dos ó tres hoyos con la bayoneta.

Ninguno de aquellos insensibles hizo movimiento alguno; y los únicos ruidos que turbaron la tranquilidad de la noche, fueron las interjecciones de furor del soldado y la voz lejana de los sitiados que cantaban los salmos.

— Sí, sí, canten ahora, pícaros — dijo el español — tienen razón, aunque no sea sino para burlarse de los que hacen tan buena guardia á su alrededor.

Mientras tanto, el Indio se daba á reconocer de los centinelas de Trujano.

En el momento en que llegó á la plaza, el pueblo y la guarnición, arrodillados aún á la luz de las antorchas, continuaban sus fervientes oraciones.

El religioso coronel, cual si hubiese pensado que el Dios á quien invocaba quería darle una señal palpable de su protección, cantaba el versículo :

« Yo le libraré porque ha puesto en mí toda su confianza :

« Y le protegeré porque ha invocado mi nombre. »

Cuando hubo terminado la última rogativa de esta novena tan eficaz, el Indio dió cuenta de su comisión.

Había visto á Morelos y llevaba la promesa del general de ponerse inmediatamente en marcha para ir en socorro de los sitiados.

Entonces Trujano, levantando los ojos al cielo, exclamó :

« ¡ Bendecid al Señor, oh vosotros ! que sois sus servidores. »

En seguida, después de distribuirse por el mismo coronel la ración, las antorchas se extinguieron y los sitiados se entregaron al sueño llenos de confianza en el que no duerme jamás y cuya protección les servía de escudo.

Al día siguiente por la tarde, á la misma hora, mientras que los sitiados se hallaban reunidos en la plaza para la oración común con que invariablemente terminaban cada día, otras escenas pasaban á algunas leguas del campo de los sitiadores.

Fiel á su promesa, Morelos se había puesto en marcha para Huajapam. No había podido disponer sino de mil hombres de tropa regular, por no desguarnecer la ciudad de Chilapa que acababa de tomar. Pero para hacer número, había agregado un millar de indios armados de flechas y de hondas.

Á alguna distancia detrás del general en jefe, el mariscal Galeana y el capitán Lantejas cabalgaban juntos.

La frente del ex-estudiante estaba cuidadosa.

— El general tiene razón de negarle la licencia — decía Galeana — un oficial instruido y valiente como Ud. es siempre precioso ; y en cuanto al disgusto que le causa su insistencia, del cual le ha dado prueba un poco bruscamente, no se aflija Ud. mucho, mi querido Lantejas, cuente conmigo. Seré muy desdichado si no le proporciono la ocasión de un buen lanzazo para rehabilitarse en su opinión. Con tal que Ud. mate por su mano á tres ó cuatro españoles ó á un oficial superior...

— Prefiero á un oficial superior ; lo pensaré — respondió el capitán distraídamente.

Es de creerse que aquella obligación premeditada de distinguirse, él, que hasta entonces no había sido más que un héroe de casualidad, amontonaba las nubes sobre su frente.

Mientras que las tropas insurgentes hacían alto por aquel día, se buscaron los medios de dar un golpe decisivo á los asaltantes ; y para conseguirlo, se resolvió que se les tomaría entre dos fuegos ; es decir, que se les atacaría al mismo tiempo que los sitiados hicieran una salida contra ellos.

Lo más difícil consistía en dar á conocer á los sitiados esta resolución, pues el ejército español mantenía severa vigilancia alrededor de la plaza.

Los indios estaban bajo las órdenes del capitán Lantejas ; y cuando se trató de enviar un expreso á Trujano, uno de ellos aseguró que conocía tras la aldea, un paso secreto por el cual se encargaba de llegar hasta él. Don Cornelio hizo dar aviso de esto á Morelos, quien en respuesta dióle la orden de acompañar al Indio con algunos hombres de su elección. Era tan llena de peligros como honrosa esta comisión ; y de buena gana la habría declinado Lantejas si hubiera sido libre para rehusarla. Pero como, en definitiva, podía evitarle el honor más peligroso aún de matar á tres ó cuatro españoles ó por lo menos á un oficial superior, y como no era libre para desobedecer una orden del general en jefe, tuvo que aceptarla.

Escogió por compañeros de aventuras á Clara y á Cos-

tal y además á una docena de soldados con los cuales podía contar; y llegada la noche, se puso en camino.

Al cabo de dos horas, el destacamento distinguió los fuegos de los vivaques españoles; luego, un poco después, las casas silenciosas de Huajapam, en donde los sitiados calculaban las horas y los minutos en espera de los prometidos socorros.

Desde el lugar en que el guía indio hizo que los hombres del capitán (fué tras las paredes que cercaban un campo) se detuvieran, conducía un camino hondo hasta el punto en que el centinela español iba y venía con cierta inquietud como si hubiera olfateado los peligros de su apostadero.

Era el mismo que ocupaba la vispera el centinela que se había embrollado en la cuenta de los cadáveres; y fué también por aquel camino hondo por donde el primer Indio llegó á aumentar su número.

Muchas causas parecían reunirse para dar al centinela aquel continente inquieto que amenazaba echarlo todo á perder: á la frescura desagradable de la noche, se unía el infecto olor de los cadáveres que repugnaba horriblemente á su olfato; luego, el aspecto de aquellos tristes compañeros de partido, no menos lúgubre para él que para su predecesor de la vispera, y la imagen de la muerte constantemente ante sus ojos, no dejaban de inspirarle cierto terror secreto.

El centinela iba y venía con paso rápido, como para rechazar el doble temblor que le agitaba. Por lo demás, sea que se hubiese sospechado la resurrección del Indio de la vispera, sea por cualquier otro motivo, la vigilancia era más activa y los centinelas, que debían observarse recíprocamente, se hallaban más aproximados entre ellos.

Los únicos momentos en que el centinela se detenía no duraban sino el tiempo necesario para repetir el grito:

¡Alerta, Centinela!

— Me estorba éste — dijo Costal — es preciso enviarlo á montar guardia en casa del Padre eterno.

— ¡Chut, pagano! — exclamó don Cornelio escandalizado.

El cerco de pared que servía de parada al capitán, aunque casi enteramente derruida, presentaba aún detrás de sus escombros amontonados un abrigo regular contra la curiosidad del centinela; pues había allí en la heredad, gran cantidad de altos áloes y de copudos absintos.

— Salgamos primero del centinela — dijo Costal. — Hecho eso, ustedes se diseminarán detrás de estos matorrales y me dejarán hacer.

El Zapoteca tomó la honda de uno de los indios en la cual puso una piedra escogida; y ordenó á otros dos indios que estiraran las cuerdas de sus flechas, alistándose los tres.

— Ud. golpeará dos piedras la una contra la otra, dos veces, con intervalo — dijo Costal al capitán. — Ustedes dispararán sus flechas al segundo golpe.

Era aquella una de las raras ocasiones en que el arco y la honda son superiores á la carabina.

Lantejas golpeó los dos guijarros con ruido. Aquel ruido seco llegó á los oídos del español. Se detuvo, paró la oreja é hizo resonar su fusil en la mano.

El capitán golpeó por segunda vez. La piedra y las flechas silbaron en el aire é hirieron con triple golpe al centinela que cayó sin lanzar un suspiro.

— ¡Vamos! ¡Dispérsense! — dijo vivamente Costal. — Lo demás me toca á mí.

El capitán y los dos indios se deslizaron como mejor pudieron tras los absintos y los áloes. Pero luego, de repente, don Cornelio tembló de espanto.

El centinela á quien había visto caer, se paseaba como antes; era su mismo continente y Lantejas no notó diferencia alguna en la voz que gritó con tono formidable:

¡Alerta, Centinela!

— ¿Dónde diablos está Costal? — se dijo don Cornelio buscando inútilmente al Zapoteca.

Mientras tanto, los otros dos indios agazapados desde

un principio á alguna distancia del capitán, avanzaban hacia la ciudad, al parecer, sin cuidarse gran cosa del centinela.

Eso fué un rayo luminoso para el cándido don Cornelio.

— ¡Ese centinela es Costal, caray! — se dijo.

En efecto, el muerto había sido reemplazado por el vivo; y de esa manera, hallándose el centinela en su mismo puesto y repitiendo los mismos gritos que él, los otros centinelas ni siquiera sospecharon lo que acababa de suceder.

Don Cornelio se lanzó lo más rápidamente que pudo hacia la ciudad sitiada.

Ya los otros dos indios habían desaparecido; y cuando Costal vió que el capitán se disponía á hacer lo mismo, arrojó lejos de sí el shakó y el fusil del centinela.

— ¡Más de prisa, más de prisa! — exclamó Costal. — ¡Los canallas van á dar la voz de alarma al no ver á su compañero!

¡diciendo estas palabras, se juntó al capitán á quien tomó por la mano y le arrastró tan rápidamente que don Cornelio perdía el aliento.

No tardaron uno y otro en llegar á la plaza, donde los centinelas mexicanos, prevenidos ya por la llegada de los dos indios, sanos y salvos, les dejaron entrar sin dificultad.

— ¿Oye Ud.? — dijo Costal. — Los pícaros ésos han notado el accidente ocurrido á su camarada y dan la voz de alarma; pero ya no es tiempo.

Los gritos y las detonaciones de los fusiles resonaban en efecto en dirección del campo realista.

Trujano con la espada al cinto, inspeccionaba la plaza ya desierta, antes de retirarse, cuando llegaron Costal y el capitán.

Mientras que don Cornelio le daba cuenta de su misión, el coronel lo examinaba atentamente, lo mismo que al Indio. Un vago recuerdo le traía á la memoria aquellos dos rostros entrevistados durante un instante; y cuando el capitán hubo concluido:

— Me parece que lo he visto ya á Ud. en sueños. ¡Ah! ¿No es Ud. aquel joven estudiante tan fiel á la pastoral del obispo de Oaxaca y que anatematizaba en Las Palmas la insurrección como un pecado mortal?

— Exactamente, — respondió Lantejas suspirando.

— Y Ud., — continuó Trujano — ¿no es el tigrero de don Mariano Silva?

— El descendiente de los caciques de Tehuantepec, — respondió orgullosamente Costal.

— ¡Dios es grande y sus designios son inescrutables! — exclamó el coronel con el aire inspirado de un profeta de Judá.

Y se llevó al capitán consigo.

Después de dar su mensaje y de haber escuchado con admiración, él que había asistido al sitio de Cuautla, el relato del de Huajapam, no quedaba al capitán sino ir á reposar durante algunas pocas horas que faltaban para dar la batalla decisiva del siguiente día. Se arrojó en un banco, envuelto en su manta; y no pudo conciliar el sueño sino hasta que se prometió no hacer sino aquellas proezas que fueran rigurosamente necesarias para defenderse.

Hasta el día siguiente, después de la misa que hizo celebrar, Trujano dió á saber á los sitiados que al otro día al salir el sol, se haría una salida para atacar á los españoles por un lado mientras Morelos los atacaba por el otro.

En seguida, después de cantar el *Te Deum* con su religioso fervor, el coronel permitió á la guarnición regocijarse al son de las trompetas y al ruido de los cohetes por aquella muestra señalada de la protección divina; y fué el tumulto de aquella alegría el que llegó hasta el campo de los realistas.

CAPÍTULO X

ENTRE DOS FUEGOS

Pocas horas después de la feliz llegada de Cornelio Lantejas á Huajapam, cuando las tinieblas cubrían aún á la ciudad y al campo realista, el rechinar de las carracas que habían reemplazado las campanas convertidas en cañones, llamaba á la guarnición y á los habitantes á la oración matinal.

Según las reglas conventuales impuestas á los sitiados por Trujano, así era cómo se les convocaba diariamente para la oración de la madrugada. Aquella vez, sin embargo, la reunión tenía también por objeto disponerlos para la solemne batalla que iba á decidir el desenlace de un sitio tan largo como cruel.

En aquellos instantes el campo español despertaba al ruido de la diana; y tras la cadena de colinas que limitaba la planicie, Morelos ponía su ejército en movimiento.

Poco á poco la plaza de Huajapam se llenó de ciudadanos y de soldados silenciosos armados para la lucha, que iban á pedir á la oración, la fuerza y la energía de que tenían necesidad. Los jinetes tiraban de las riendas á sus caballos ensillados; y se alineaban como sombras en el orden acostumbrado.

Trujano apareció á su vez grave y sonriente al mismo

tiempo, con la fe en el corazón y en los labios. El religioso insurgente estaba armado, según su costumbre, de su enorme espada de dos filos, con tanta frecuencia experimentada por su mano.

A su lado caminaba el capitán don Cornelio Lantejas como edecán momentáneo del coronel; y tras ellos, un soldado conducía dos caballos listos para montarse, uno para Trujano y el otro para el capitán.

Sobre la silla del caballo del ex-estudiante de Teología, se balanceaba una larga lanza atada á la trasera y en la manzana.

Don Cornelio se habría puesto en aprieto al decir por qué se armaba de semejante modo. El caballo que se le había destinado, había sido enjaezado de aquella manera; y tomaba pasivamente la lanza, como se le conducía al combate; es decir: porque no podía hacer otra cosa.

La oración no podía prolongarse mucho tiempo, pues ya el cielo comenzaba á entreabrirse por oriente y no tardaría el alba en esparcir sus primeros rayos de luz.

El coronel Trujano se hallaba profundamente versado en el conocimiento de las santas Escrituras; y los libros de la Iglesia, que no le eran menos familiares, se hallaban, por decirlo así, grabados en su memoria. La consultó; y con voz cuyas menores entonaciones llegaron á la vez al corazón y á los oídos de todos los asistentes, hasta los más alejados, recitó el versículo siguiente que las circunstancias hacían más solemne:

« El pueblo que camina en las tinieblas ha visto una gran luz. El día se ha hecho para los que habitan la región de las sombras y de la muerte.

« Señor, Vos habéis bendito vuestra tierra; Vos habéis libertado á Jacob del cautiverio. ¡Gloria al Altísimo! »

Y mil bocas repitieron: « ¡Gloria al Altísimo! » Poco á poco desaparecían las sombras transparentes del crepúsculo; y por encima de aquellas cabezas piadosamente inclinadas, algunas nubes dispersas, teñidas tenuemente de púrpura, anunciaban ya la salida del sol.

Según la resolución tomada la víspera por el consejo de guerra, el último asalto debía verificarse hasta después de la comida del medio día. Así pues, nada se preparaba aún en el campo realista; y el doble ataque de Morelos y de Trujano amenazaba estallar como un rayo.

El campo se hallaba dividido en tres partes bien distintas, digamos mejor en tres campos. El primero, el del comandante Régules, era el más próximo á la ciudad sitiada; el segundo bajo las órdenes inmediatas de Bonavía, ocupaba el centro; y el tercero, en fin, mandado por Caldelas, estaba á retaguardia.

Dada esa situación, Trujano al ejecutar su salida, debía dirigir sus primeros esfuerzos contra Régules; y Morelos debía atacar la retaguardia mandada por Caldelas. Bonavía, que se hallaba en el centro, debía apoyar á aquel de sus colegas que tuviese mayor necesidad.

Don Rafael tenía su tienda en el campo de Caldelas; había dormido poco aquella noche.

En vano en tiempo de borrasca, la cortina de espesos vapores que cubre el cielo, deja ver al entreabrirse por un momento, un jirón casi impenetrable de azul: bien pronto las nubes se acumulan, se cierran y el azul desaparece.

Así fué aquel débil rayo de esperanza que por un instante brilló ante los ojos del coronel; su sombría tristeza recobró su imperio y aquel rayo de esperanza se desvaneció.

El hombre que ama con pasión, lo mismo que el que ama mediocremente, son uno y otro inhábiles para apreciar las pruebas del amor que inspiran. La pasión ofusca el juicio y turba la vista del uno; la indiferencia torna al otro inatento y distraído y todo pasa inadvertido ante sus ojos. Don Rafael se hallaba en el primer caso; y por enamorada que se hubiese mostrado Gertrudis, no se decía que ya no lo amaba; sino que jamás lo había amado. Él, que casi había sacrificado su amor á su orgullo, no pensaba que el orgullo de la mujer tiene también sus días de revuelta contra su corazón.

De allí nacía el profundo desaliento que se había apoderado de él y que había extinguido sus esperanzas reanimadas por un instante.

Cansado de revolverse sin dormir, en la dura cama del soldado en campaña, había hecho ensillar su caballo para ir á buscar en el paseo, alguna distracción á su negra melancolía.

El aspecto de la llanura asolada en que toda esperanza de cosecha se hallaba perdida para el porvenir, le recordó sus dulces ilusiones destruidas al nacer, como el botón de una flor al que se arranca de su tallo antes de florecer. Sin notarlo, se había alejado más de una legua del campo, cuando oyó, en medio del profundo silencio que reinaba á su alrededor, el ruido, vago en un principio, más distinto después, de una columna en marcha.

Aquella realidad le arrancó del país de las quimeras á la aventurera vida de las guerras civiles; y dando tregua de repente á las ideas que le absorbían, escuchó con atención.

Después de cerca de dos años que hacía que el coronel se hallaba en campaña, sabía darse exacta cuenta de todos los ruidos que indican ó que acompañan á una tropa armada cuando va en marcha. Los pasos cadenciosos, el lejano rodar de la artillería y de las cajas de guerra, se hicieron tan distintos para él, como si hubiera visto á la misma tropa.

Era, sin duda, alguna división que avanzaba en auxilio de los sitiados: los fusilazos de alerta de la noche precedente, el centinela degollado, los hurras matinales de los sitiados no dejaban incertidumbre alguna á este respecto: habían sabido la próxima llegada del cuerpo de ejército cuya marcha se oía.

Seguro del hecho, y no queriendo perder ni un minuto en escuchar por más tiempo, don Rafael puso su caballo al galope y regresó al campo de Caldelas en donde dió la alarma.

Pasado el primer instante de confusión, los realistas esperaron el ataque preparándose á él con la sangre fría

de la disciplina. Todo el mundo estaba en su puesto.

El sol lanzaba sus primeros rayos. Bien pronto los centinelas avanzados, de una y otra parte, se replegaron á sus campos respectivos. Entonces, en dirección de la ciudad, se oyó resonar el salmo *Venite exsultemus Domino*; los gritos de *¡Viva Morelos!* estallaron en la dirección opuesta; luego, la voz del mariscal, en un instante en que el canto religioso descendía lentamente y en que los vivas suspendieron, arrojó el grito de guerra tan conocido: *¡Aquí está Galeana!* y doble fusilería entabló formidable diálogo en los dos flancos del campo realista.

Trujano y Morelos se correspondían, uno sobre el frente y el otro sobre la retaguardia del ejército español: los sitiadores se encontraban sitiados á su vez.

Mientras tanto Morelos después de dar sus órdenes á Galeana, encargado de dirigir el ataque, se apostó sobre una altura cercana y anteojo en mano, examinó el teatro del combate.

Después de combinar fríamente su plan de ataque, Trujano se lanzó con la impetuosidad natural en él, contra el campo de Régules, en tanto que el mariscal hacía lo mismo contra el de Caldelas.

La fusilería cesó de una y otra parte: sitiadores y sitiados habían llegado á las manos con arma blanca.

Aunque inferiores en número á sus enemigos, los soldados de Trujano atacaron tan violentamente á los de Régules que éstos no pudieron sostener en buen orden el primer choque, haciéndose la confusión entre ellos.

Sin embargo, se sostenían todavía retrocediendo; y como el campo en que Caldelas combatía estaba mejor aún, Trujano quedó en peligro con su puñado de hombres.

Bonavía y Caldelas mientras tanto, reunían sus esfuerzos para resistir al ataque de Galeana que, no obstante su impetuoso valor, no podía avanzar para unirse á Trujano ó tomar por el flanco al campo español, prote-

gido por ambos extremos por terreno elevado, impracticable para la caballería.

Hay ciertos hombres cerca de los cuales es imposible no sentirse valiente; ó por lo menos, no aparentar bravura cuando es preciso combatir á su lado. Trujano era del número de aquellos cuyo temerario valor es contagioso; y cerca de él, el capitán Lantejas sostenía su reputación de bravura.

El combate se prolongaba ya largo tiempo, sin que la victoria, disputada con encarnizamiento, se decidiese á favor ó en contra de los Españoles, cuando Trujano, enjugando el sudor que brotaba de su frente:

— Jamás forzaremos esta línea con tan poca gente — dijo. — Póngase al galope, capitán y vaya á decir al general que el éxito de la batalla no depende sino de dos ó tres batallones de refuerzo que necesito. Corra Ud., corra; y mientras tanto, trataré de sostener el valor y sobre todo la fuerza de mi valiente guarnición.

Don Cornelio tenía que dar una vuelta á lo largo de los terrenos elevados que protegían el campo para llegar hasta el general en jefe y cumplir su comisión.

El edecán partió al galope, lanza en mano. En el mismo instante y por el lado opuesto, un oficial bajo las órdenes de Régules, iba á cumplir una comisión parecida cerca del general en jefe español. Sólo que éste llegó antes que don Cornelio.

Bonavía se apresuró, á pesar de las observaciones de Caldelas, á enviar al comandante Régules el refuerzo que pedía.

— Ese hombre será la causa de nuestra perdición — dijo Caldelas á don Rafael, quien montado en su magnífico caballo el *Roncador* hacía prodigiosos esfuerzos para llegar hasta el mariscal, cuyo grito de guerra lanzado con frecuencia como un desafío, comenzaba á introducir la turbación en el espíritu de los españoles. — Pero ¡vive Dios! — continuó Caldelas — si nos llega la desgracia por su culpa, ¡le quemaré los sesos y me saltaré los míos después!

Cuando el comandante concluyó de decir estas palabras, un brusco movimiento se operó ante él; y los soldados principiaron á retroceder ante los ataques redoblados de Galeana.

Lo que Caldelas había previsto, estaba á punto de realizarse: para socorrer á Régules, el general español tuvo que debilitar su frente de batalla; el desorden se hizo en las filas; la tropa se vió envuelta y muy pronto se desbandó.

Cegado por su animosidad, Caldelas volvió bridas, y dejando á don Rafael el cuidado de reunir las tropas dispersas, se lanzó al lado de Régules.

Mientras tanto, el edecán de Trujano, ó por decir mejor, el capitán don Cornelio, poco deseoso de hallarse entre los combatientes, había dado la vuelta á un vasto campo de maíz ocupando una planicie más elevada que el resto del terreno. De cuando en cuando trataba de reconocer el camino por donde iba; pero las cañas de maíz que lo ocultaban, le impedían ver si todavía estaba lejos del cuerpo de tropas de Galeana.

Cuando le pareció que se hallaba en línea paralela con el mariscal, don Cornelio no vaciló en arrojarse al galope en un sendero que cortaba la planicie.

Aquel sendero se hallaba cerrado, del lado de los combatientes por la maleza y algunos arbustos que tapaban la vista.

Una vez pasada esta barrera, don Cornelio sintióse presa de horroroso espanto al encontrarse en medio de las tropas españolas que formaban un semicírculo de espadas, de fusiles y de lanzas.

En el momento en que, asustado con razón de su exceso de audacia involuntaria, iba el capitán Lantejas á lanzarse, volviendo grupas hacia el camino de donde había salido, un jinete español de continente furioso y que blandía una pistola en la mano y profería terribles juramentos, se halló frente á frente de él.

Los ojos de aquel hombre lanzaban relámpagos de rabia paseándose nerviosamente entre los combatientes;

y por más que no pareciera haber notado la presencia de don Cornelio, no dudó éste que el terrible oficial lo buscaba expresamente para matarlo; ó que por lo menos, no quisiera cortarle la retirada hacia el camino hondo en donde tanto habría querido hallarse en seguridad.

Sin embargo el oficial ni siquiera pensaba en aquello; pero don Cornelio, con la energía de la desesperación, le asestó una lanzada tan vigorosa que lo tendió sin vida á los pies del caballo.

Un grito de dolor resonó en los oídos de Lantejas que se lanzó hacia el camino ya libre, prometiéndose, para no incurrir de nuevo en la misma equivocación, dar la vuelta á toda la planicie, aunque tuviese que alejarse gran distancia del campo de batalla.

De repente una voz formidable resonó detrás del estudiante y los roncós relinchos de un caballo que le parecieron los rugidos de un jaguar, le helaron de terror.

Para huir más fácilmente, don Cornelio arrojó la lanza; pero los extraños ronquidos del caballo que golpeaba el suelo con sus cuatro patas en su carrera vertiginosa se aproximaban con espantosa rapidez.

— ¡ Es la bestia del Apocalipsis, seguramente! se decía Lantejas trastornado.

Y el capitán huía con más velocidad.

Rodeado de algunos oficiales que iban y venían á su alrededor, Morelos con su antejo en la mano, examinaba con profunda atención todos los incidentes de la batalla que se verificaba en la llanura.

Había visto al capitán Lantejas rodear á caballo el campo cubierto de maíz.

— ¡ Eh! — dijo á uno de sus oficiales — si no me equivoco, aquél es el mismo capitán Lantejas que galopa allá lejos... ¿ Qué va á hacer? Alguno de esos golpes decisivos, imprevistos en que él sobresale, como en el sitio de Cuautla, en donde me salvó, lanzando su caballo entre el gigante español que iba á hundirme el cráneo con su espada, y yo, y recibiendo él el golpe. Por for-

tuna, el arma se desvió, dando contra los arzones y golpeando al capitán con la hoja.

— Señor general, no faltan mal intencionados que sospechan que... que...

El oficial se detuvo sin atreverse á concluir.

— ¿Qué sospechan?

— Que su caballo lo llevó, Excelencia.

— ¡Qué odiosas murmuraciones! — respondió Morelos con tono severo. La envidia es la consagración del mérito.

En aquel instante, don Cornelio arrojado al camino hondo, acababa de desaparecer de la vista de Morelos, cuando distinguió al oficial español que con su furor iba á aterrorizar tanto al capitán Lantejas.

— ¡Ah! — exclamó de repente al reconocer al oficial.

— ¿No es ése el bravo Caldelas que parece presa de vértigo?

Era Caldelas, en efecto, que buscaba á Régules para cumplir la amenaza que había proferido contra él.

— ¡Ah! ¿qué decía yo de don Cornelio? — exclamó con júbilo Morelos. — ¡Oh! ¿qué hermoso lanzazo acaba de echar por tierra al más terrible de nuestros enemigos! La victoria es nuestra! ¡Ved! ¡Los españoles se desbandan; retroceden porque el más valiente de sus jefes acaba de ser muerto! Y bien, señor — agregó el general — aquí está lo que va á cerrar la boca á los detractores de don Cornelio. ¿A quién deberemos esta victoria sino es á él? ¡Pues bien! Ud. le verá venir con su habitual modestia á decirnos que no ha hecho más que cumplir con su deber. ¡Vive Cristo! que si viene para recibir elogios no recibirá sino una reprimenda; ¡don Cornelio es demasiado temerario!

— ¡Felices aquellos á quienes reprende así Vuestra Señoría! — dijo el oficial.

— ¡Vamos, es asunto concluído! — prosiguió el general mexicano: el sitio queda levantado, el enemigo está en completa derrota. ¡A Yanguitlán! En seguida, saldremos de allí á tomar nuestros cuarteles de invierno á Oaxaca.

Morelos montó á caballo, le picó con las espuelas y los oficiales lo siguieron.

Sin embargo, no había terminado todo aún; y Galeana se encarnizaba con algunos restos del ejército español que resistían siempre.

Dueño del campo de batalla en el lado en que había combatido, Trujano trataba inútilmente de averiguar qué había sido del oficial que expidió para pedir refuerzos y Costal se inquietaba también de no ver regresar á don Cornelio.

La situación del capitán era entonces de lo más crítica á juzgar por el encarnizamiento del caballero que lo perseguía: jamás se había visto expuesto á tan grave peligro como el que corría en aquel momento.

Cuando iba á salir del camino, sintió tras él el hálito ardiente del caballero lanzado en su persecución; y la cabeza del caballo, cuyos resoplidos le parecían á la vez tan extraños y tan espantosos, se puso casi al nivel de la cabeza del suyo é inmediatamente, una mano lo agarró del cuello.

Arrancado al mismo tiempo de su silla, sintióse arrastrado boca arriba y puesto así á través de la silla de su adversario.

Don Cornelio vió alzarse para herirle un brazo armado de agudo puñal, reverberante como la flamígera espada de un arcángel. Cerró los ojos creyendo llegada su última hora, cuando de repente el brazo se detuvo y el capitán oyó una voz que exclamaba:

— ¡Toma, es don Cornelio Lantejas!

El capitán abrió los ojos y reconoció á su vez al robusto oficial en cuya compañía caminara hacia la hacienda de Las Palmas, don Rafael Tres Villas.

A pesar del profundo resentimiento del coronel contra quien había matado á su antiguo compañero de armas, Caldelas, había algo tan extraordinariamente cómico en la expresión del rostro de Lantejas, tanta inocencia en sus facciones que sintió desvanecerse su furor como por encanto.

Luego, un pensamiento, rápido como el relámpago, recordó á don Rafael aquel día, terrible y delicioso á la vez en que, separándose del estudiante de Teología, iba á ver á Gertrudis después de larguísima ausencia y á recibir la confesión de un amor ¡ay! demasiado pronto olvidado.

Todas aquellas causas reunidas, el recuerdo de la hija de don Mariano sobre todo, sirvieron de égida á don Cornelio.

Una amarga sonrisa se dibujó en los labios de don Rafael al pensar en que, si aquel raquítico y pálido oficial acababa de dar la muerte al valiente Caldelas cuya mirada quizás no habría podido sostener, era porque la hora del español había llegado.

— Dé Ud. gracias al cielo — le dijo — que le hace caer entre las manos de un hombre á quien antiguos recuerdos le impiden vengar en Ud. la muerte del valiente Caldelas, el más valiente de los jefes españoles!

— ¡Ah! ¡el bravo Caldelas ha muerto! — exclamó Lantejas. — ¿Es posible? Pero debe ser verdad cuando Ud. lo dice. En todo caso, le perdono — añadió en la turbación de sus sentidos — y á Ud. también.

— ¡Eso es generoso! — replicó don Rafael.

— Aunque Ud. no lo crea, — respondió Lantejas un poco repuesto de su terror con las palabras del enemigo que le perdonaba su hazaña — porque ese oficial y Ud. me han dado un miedo horrible. Pero, señor don Rafael, estoy en una posición muy incómoda para conversar...

— Ud. me perdonará aún que lo deje sano y salvo sobre sus pies, — replicó el coronel — hágase como Ud. lo quiere.

Y diciendo estas palabras, don Rafael dejó resbalar suavemente á don Cornelio hasta el suelo.

— Adiós, capitán — dijo el coronel — lo pongo en libertad con el sentimiento de no haber tenido tiempo de saber cómo fué que el muy pacífico estudiante que parecía haber bebido el horror de la insurrección en la pastoral de Monseñor de Oaxaca, esté hoy transformado en capitán insurgente.

— Yo también tendría mucho gusto de saber por qué vicisitudes el capitán de los dragones de la reina que me parecía que no veía con buenos ojos la pastoral contra la insurrección, es ahora uno de los enemigos que mayores males le han causado. Si Ud. quisiera sentarse aquí, como los paladines que interrumpían su duelo á muerte para conversar en los caminos, sería para mí más agradable que volver al combate.

Una nube sombría se extendió por las facciones de don Rafael al oír la alusión que Lantejas hiciera á su cambio de opiniones. Aquellos dos oficiales presentaban un ejemplo notable de la impotencia humana para torcer el curso de la vida y preservarse de ser el juguete de los acontecimientos. Ambos, en efecto, á despecho de su voluntad, servían á la causa que no habían escogido.

Los gritos de triunfo que se levantaban por todos lados del campo de batalla, pero sin que ni uno ni otro pudiese adivinar á qué partido pertenecía la victoria, llegaron á interrumpir su conversación.

— ¡Ah señor don Rafael! — exclamó el ex-estudiante — ¡si somos vencidos, yo soy su prisionero!

— ¡Si Ud. es el vencedor, yo no lo soy suyo! replicó el coronel con una especie de desdén que no pudo ocultar.

Recogía las riendas de su caballo al decir estas palabras, cuando aparecieron de repente en las dos extremidades del camino, grupos de soldados insurgentes, y Costal que exclamaba en voz alta:

— ¡Señor coronel! don Cornelio está allí... lleno de vida...

En aquel instante don Rafael se halló rodeado de enemigos.

La posición del vencedor de don Cornelio se hacía tan crítica como lo fuera la del capitán un minuto antes. Las pistolas de don Rafael estaban descargadas; en el calor de la acción había arrojado un resto de su espada que se había hecho pedazos en sus manos; y la única arma de que podía disponer, era el puñal levantado un instante sobre Lantejas.

En aquellas guerras de exterminio se hacía el menor número posible de prisioneros; y no era raro que, en represalia de las crueldades de los españoles, los prisioneros realistas fueran suprimidos después de rendirse.

Don Rafael se disponía á vender cara su vida antes que caer en manos de enemigos implacables, cuando una voz cuya entonación no le era desconocida, gritó al capitán don Cornelio:

— ¡Acuda luego capitán! ¡el general quiere complimentarle por la victoria que le acaba Ud. de dar!

Don Rafael reconoció al instante al caballero que avanzaba al galope pronunciando estas palabras y no debemos nosotros callar que, por valiente que fuera, experimentó cierta alegría al ver que el enemigo que tenía ante él era el coronel Trujano, el viejo muletero.

Trujano por su parte, se juntó también rápidamente al oficial realista.

Demasiado orgulloso, sin embargo, para ser el primero en invocar antiguas relaciones con uno de los enemigos vencedores que le rodeaban, con el hombre á quien había salvado la vida en cambio del inmenso servicio que de él recibiera, don Rafael lanzó tan impetuosamente su caballo en dirección del de Trujano, que indudablemente lo hubiera derribado si una mano no lo hubiera detenido por la brida con violencia. Aquella fué la mano de don Cornelio.

Con riesgo de ser despedazado por las patas de los dos caballos que parecían querer precipitarse el uno sobre el otro, don Cornelio sumamente emocionado por la generosidad que con él usara el coronel, se lanzó como mediador entre Trujano y su adversario.

— ¡Señor Trujano! — exclamó el capitán — no sé yo qué es lo que Ud. me quiere decir al hablarme de una victoria que me debe el general; pero si tengo derecho á alguna recompensa, no quiero otra que la vida y la libertad de don Rafael Tres Villas.

— ¡Yo no imploro gracia de nadie! — interrumpió el coronel con orgullo.

— ¿Me hará Ud. al menos la de tenderme su mano? — replicó Trujano presentando cordialmente la suya al coronel.

— Jamás á un vencedor — respondió el coronel conmovido sin embargo á pesar suyo por las palabras de su enemigo.

— Aquí no hay ni vencedor ni vencido — dijo el coronel Trujano con aquella mirada y aquella sonrisa que le enajenaban todos los corazones, cuando la austeridad religiosa no borraba la expresión de leal dulzura. — No hay más que un hombre que se acuerda.

— ¡Y otro hombre que no ha olvidado! — exclamó calurosamente don Rafael estrechando la mano tendida ante sí.

En seguida aproximaron sus caballos y cambiaron un cordial abrazo. Trujano aprovechó la ocasión para decir muy quedo á su enemigo, en el oído, con una delicadeza que conmovió más hondamente aún al coronel, cuyo orgullo respetaba:

— Parta, está Ud. libre; pero no haga Ud. cortar el pelo de las mujeres, por más que haya una cuyo corazón se estremeció de orgullo al adivinar por qué el vencedor de Aguas Calientes le enviaba ese terrible y lejano recuerdo.

Y añadió, al desprenderse de los brazos repentinamente convulsivos de don Rafael:

— Vaya Ud. á constituirse prisionero en la hacienda de Las Palmas, señor coronel; el camino le está abierto. Vaya Ud. allá; créame.

Entonces, cual si hubiese estado ocupado largo tiempo en ideas mundanas, el rostro de Trujano recobró su habitual expresión de ascética gravedad; y cuando los ojos de don Rafael le interrogaron acerca del verdadero sentido de sus últimas palabras, el coronel insurgente exclamó:

— Dejen pasar al coronel Tres Villas, señores; y que todo el mundo olvide lo que acaba de suceder.

Saludó gravemente con su espada á don Rafael que,

aún emocionado, apenas pudo dirigirle una mirada de reconocimiento. El coronel estrechó la mano de don Cornelio, é inclinándose fríamente ante los demás, se lanzó al galope fuera del camino sin saber adónde iba.

Sin embargo, cuando se halló solo, refrenó el paso de su caballo. Las últimas palabras de Trujano: « Vaya Ud. allá; créame » ¿eran una señal de la benévola acogida que le esperaba en Las Palmas? ¿Debía detenerse allá antes de reunirse con el teniente Veraegui en la hacienda del Valle, para emprender su última campaña contra Arroyo?

Aún esta vez entraba el amor en lucha con el deber. Don Rafael no habría vacilado tanto en irse á la hacienda del Valle, si una hada bienhechora le hubiera hecho saber que á aquella misma hora y á treinta leguas de él, se verificaba un incidente bastante para conciliar por la primera vez su deber con su amor.

Un mensajero, el mismo que algunos días antes había llevado el caballo de don Rafael á la hacienda del Valle, se presentó nuevamente allí, pero esta vez con un mensaje puramente personal para don Rafael Tres Villas. El teniente Veraegui, catalán muy poco ceremonioso, recibió al mensajero.

— ¿De dónde viene Ud.? — le preguntó.

— De Oaxaca.

— ¿Quién lo envía?

— Don Mariano Silva.

— ¿Para qué necesita Ud. al coronel?

— Sólo al mismo coronel se lo debo decir.

— Entonces, búsquelo Ud. en Huajapam; á menos que no quiera Ud. esperar aquí su regreso durante algunos días — dijo el catalán.

— Prefiero ir á buscarlo para que no se retrase el mensaje que llevo.

Así pues, el mensajero se puso en marcha para Huajapam cuando don Rafael se alejaba de allí, inseguro, como acaba de verse, de la dirección que debía tomar.

Durante ese tiempo de vacilación, Trujano, de regreso

al campo de batalla sembrado de muertos y de despojos, hizo arrodillar á sus hombres para dar públicamente gracias al Dios de los ejércitos que acababa de librarlos de los peligros de un sitio tan largo y tan penoso.

Por su parte, Morelos hizo igualmente prosternarse á sus tropas; y no se hallaba don Rafael tan alejado que no le llegara la voz de los insurgentes que por todas partes entonaban cánticos piadosos.

A aquellos cánticos lejanos que tristemente resonaban en sus oídos, don Rafael sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas amargas. Recordando de repente las causas que le obligaran á variar su línea de conducta, pensó que si no hubiera seguido sino sus generosos instintos y no hubiera sido atraído por un terrible deber, su voz habría sido de las primeras en mezclarse á las de quienes daban gracias á Dios por el triunfo de la causa de que se había hecho enemigo irreconciliable.

Don Rafael rechazó inmediatamente esas ideas; y resolvió ir á la hacienda del Valle para retemplar allí su alma sobre la tumba de su padre.

— ¡Proteja Dios á quien cumple su deber! — se dijo, en tanto que ponía al galope su caballo para no oír aquellos cantos que martirizaban su corazón por los dolorosos recuerdos que le despertaban.

CAPÍTULO XI

EL ORGULLO Y EL AMOR

— Antes de acompañar al coronel en el peligroso viaje que emprende, á través de una provincia tan completamente entregada á la insurrección que sólo la Capital, Oaxaca, quedaba en poder de los españoles, es preciso que nos ocupemos de otros personajes.

En primer lugar, debemos decir lo que había pasado en la hacienda de Las Palmas desde el día en que don Rafael la dejó, por decirlo así, á discreción del feroz Arroyo y de su compañero Bocardo.

Hasta aquel momento, refugiados los dos guerrilleros en casa de sus antiguos amos con los restos de su banda, casi destruída por el capitán Tres Villas, se conducían con ellos sobre la base de una perfecta igualdad. Ambos bandidos comían á su mesa, se hacían servir por sus criados; y aún más, echaban, sobre todo Bocardo, alarmantes miradas de admiración á la vajilla de plata de los dueños de la hacienda.

Muchas veces el ávido guerrillero había hecho ya delante de don Mariano, alusiones á las riquezas de los realistas; y tras él había tratado con frecuencia de demostrar á su compañero que las gentes cuya mesa se adornaba con tan rica vajilla, no podían ser en el fondo

de su corazón, sino devotos partidarios de la causa de los opresores.

— Mira, si no — le decía — nosotros que somos francos y leales insurgentes, estaremos siempre reducidos, aquí y en todas partes, á servirnos de nuestros dedos por tenedores y de pedazos de tortilla como cucharas.

Y la conclusión de su discurso era invariablemente que era preciso tratar como realista á un señor que comía en platos de plata; hacer de esos platos pesos y reducir á don Mariano á la condición de leal insurgente; es decir: imponerle la obligación de comer con los dedos como los insurgentes de buena ley.

Pero Arroyo tenía más sed de sangre que de dinero, de destrucción que de pillaje y rechazaba las proposiciones de su compañero. Sin embargo, después de haberse visto obligado á devorar en presencia de su antiguo amo y de sus dos hijas, el sangriento ultraje infligido á su cobardía por el capitán Tres Villas, sintió por ellos parte del odio terrible que había concebido por don Rafael.

Quizás en el momento de huir de la hacienda, demasiado cercana á la del Vallé que servía de fortaleza al temible capitán, hubiera dejado cualquier sangrienta huella de su paso, si por su parte, Bocardo no lo hubiese convencido de que tan pronto como don Mariano se viera despojado de su vajilla de plata, se hacía devoto de la santa causa de la insurrección y por consiguiente respetable; que los insurgentes pobres podían pedirles á sus hermanos su dinero pero no su sangre.

La ruda inteligencia del sanguinario Arroyo, no apreciaba mucho el valor de los razonamientos de Bocardo; pero de buen grado se dejaba guiar por su astuto compañero, libre para vengarse sin embargo de haberlo escuchado tan dócilmente; y por no perjudicar la causa que había abrazado, se plegó al consejo de su colega.

Bocardo hizo desaparecer sobre todo la vajilla de plata y multitud de otros objetos preciosos que no aparecieron en el reparto hecho entre él, Arroyo y los hombres

de su cuadrilla; y una noche desalojaron todos la hacienda no sin vivos temores de ver sobre sus huellas á alguno de los terribles habitantes del Valle, don Rafael ó al capitán Caldelas.

En cuanto á los dueños de Las Palmas, se consideraron muy felices de que el ultraje no hubiera seguido al robo y de sacar ilesos la vida y el honor.

Instruido por lo demás del peligro que corría viviendo en una casa cuyo aislamiento la ponía á merced de los realistas ó de los insurgentes, don Mariano Silva tomó la resolución de trasladarse á Oaxaca. A su parecer, había menos riesgo en refugiarse en una ciudad entregada al virrey, en la cual, no manifestando sus opiniones que aún no le habían comprometido, hallaría por lo menos seguridad.

Varias causas se opusieron durante algunos días á llevar á cabo su proyecto.

La hacienda de San Carlos, habitada por el joven que había de ser su yerno, don Fernando de Lacarra, se hallaba á pocas leguas de la suya; y Marianita no se apresuraba por dejar aquella vecindad. Sin confesar el motivo, ponía siempre mil dificultades para la partida.

Lo mismo hacía Gertrudis. Los recuerdos que para ella tenía la hacienda de « Las Palmas », le hacían aquella residencia dulce y dolorosa á la vez; y ya se sabe que en amor, cuánto imperio ejerce el dolor, sobre todo en el corazón de las mujeres.

No faltaban recuerdos dolorosos á Gertrudis en la hacienda de « Las Palmas ».

¡ Cuántas veces, al caer el sol, sus ojos habían errado con infinita melancolía sobre la llanura enorme, desierta como el día en que Rafael voló hacia ella desafiando la muerte por verla algunas horas antes!

Mientras que en su primer momento de dolor, en la primera fiebre de venganza don Rafael, con esa acre voluptuosidad que se experimenta á veces al desgarrarse el corazón, se había lanzado al galope hacia Oaxaca, después de enterrar bajo la tierra que cubría á su padre, la

prenda de amor de Gertrudis, renunciando á ella inconscientemente, la joven lo esperaba con la más viva impaciencia.

Algún despecho, pronto borrado por la inquietud y en seguida, angustias mortales, llenaron su corazón. Hemos dicho ya, á propósito de don Rafael, por qué serie de transiciones naturales é insensibles se confirmaron los habitantes de Las Palmas, á causa de su silencio, en la idea de que era traidor á su amada como á su patria; no las repetiremos.

Poco faltó, sin embargo, para que, en el momento en que don Rafael se presentó ante la hacienda, el tono de su voz que llegó hasta los oídos de Gertrudis, no venciera sobre su orgullo herido. Aquella voz varonil, tan vigorosamente leal, ya cuando cambiaba algunas palabras con su padre, ya cuando lanzó el desafío al feroz Arroyo, hizo estremecerse todas las fibras de su corazón. Tuvo necesidad de llamar en su auxilio todos los resentimientos del amor desdenado y el pudor natural en la mujer, para no presentarse al capitán exclamando: « ¡ Oh Rafael! ¡ el puñal de Arroyo será menos cruel que tu abandono! »

— ¿ Qué ha hecho Ud., padre mío? — dijo tristemente á don Mariano cuando el capitán se hubo alejado con su tropa. — Ud. lo ha herido en su orgullo con sus palabras irritantes, cuando por consideración á nosotros, renunció á su venganza contra uno de los asesinos de su padre. Quizás hizo Ud. morir en sus labios, palabras de olvido y de reconciliación. ¡ Ud. ha aniquilado la última esperanza de su pobre hija!

El hacendado no respondió nada. Le dolían á él mismo sus alusiones punzantes contra un enemigo cuya generosidad salvaba su vida y la de sus hijas.

Después de la partida de los bandidos de Arroyo, una triste tranquilidad reinó en la hacienda de Las Palmas; y en el silencio de la soledad, al preguntarse á cada instante Gertrudis si Rafael no la amaría ya, no hallaba sino una respuesta: que ella lo amaba, que lo amaría siempre.

Una tarde, la segunda después de la partida de Arroyo y de su cuadrilla, el sol caía á lo lejos en la llanura, como aquel día en que, algunas semanas antes, esperaba la llegada de don Rafael. Las aguas se habían retirado y la campiña estaba más risueña que aquel día. Seca entonces, ahora estaba cubierta por magnífica verdura.

De repente aparecieron en la llanura una media docena de jinetes. Parecían venir de las colinas que la rodeaban, pues daban la vuelta por detrás de la hacienda. Banderolas con los colores de España, flotaban en la punta de sus lanzas. Un caballero solo precedía á los otros cinco; enseguida aparecieron otros soldados á caballo tras los primeros, sobre los cuales Gertrudis echó una mirada indiferente.

— Yo también, se dijo — fui imprudente en mis palabras cuando lancé el anatema sobre los hijos de la patria que traicionaran su causa. ¿Qué importa á la mujer que ama la bandera que sigue su amado? Esa debe ser la suya. ¿Por qué no hice como mi hermana? ¡Oh! Marianita es muy feliz!

Y, lleno el corazón de amargura y velados de lágrimas los ojos, siguió con la vista al caballero que ni una sola vez volvió la cabeza hacia la hacienda y que no tardó en perderse con su escolta, entre la dorada bruma del sol poniente.

Era don Rafael que obedecía las órdenes que le llamaban y que por no descubrir su turbación y su dolor á los soldados de su escolta, no osó mirar tras él.

Poco debía importar ahora á Gertrudis el lugar que habitaba con su padre. No tenía en la hacienda sino dolorosos recuerdos; pero, ya lo hemos dicho, aquellos mismos dolores la ataban á la hacienda; y la joven no pudo ver sin tristeza, cual si la partida de Las Palmas debiese romper el último lazo entre ella y don Rafael, el momento en que habría de ser preciso abandonar aquella triste residencia.

Desde que el capitán no respiró ya el mismo aire que ella, Gertrudis no tuvo otro placer que el de hacer cuidar

el hermoso caballo retinto de don Rafael que se había recobrado y se llevó á la hacienda.

En tanto, el matrimonio de don Fernando con Marianita se había realizado. Resuelta mucho antes de que la guerra civil estallara, aquella unión no encontró obstáculos en el hacendado á pesar de sus ideas políticas. Es verdad que don Fernando era español, pero tenía la palabra de don Mariano; y además no quería éste ofrecer en holocausto á aquellas tristes discusiones, la dicha de su segunda hija. ¿No era bastante ya una víctima? Además, como muchos españoles de esa época, don Fernando Lacarra había adoptado por patria, el país en que se hallaban sus afectos; y por eso mismo se había adquirido las simpatías de sus compatriotas de adopción.

Pocos días después de su matrimonio, llevó á su joven esposa á su dominio de San Carlos, vecino de el del Valle y como éste, situado sobre las riberas del Ostuta superior que corría entre las dos haciendas no lejos del lago del mismo nombre. Aquel dominio guardado por numerosos criados á quienes la insurrección no había dispersado como á los de don Mariano, ofrecía una gran seguridad comparativamente con el de Las Palmas; y don Fernando quería dar allí asilo á su nueva familia. Pero don Mariano, con el fin de disipar la melancolía de su hija con el ruido y el movimiento de una gran ciudad, prefirió irse á Oaxaca.

El día de la partida, Gertrudis rehusó la litera que se le había preparado; prefirió hacer ensillar para ella, el caballo que tantas veces había llevado á don Rafael; y cual si el fogoso *Roncador* hubiese comprendido que cargaba el tesoro más querido para su antiguo amo, se dejó conducir tan dócilmente durante todo el trayecto por la débil mano de Gertrudis, como si fuese la vigorosa mano del capitán.

Insensible á todas las distracciones que se le ofrecían, Gertrudis pasaba largos y tristes días en Oaxaca. No tuvo sino un solo momento de dicha: fué cuando supo, por la voz pública, que el coronel Tres Villas, después de apode-

rarse de la ciudad de Aguas Calientes, había hecho cortar el pelo á cuatrocientas mujeres.

Como lo había dicho el coronel Trujano que supo esa particularidad por Marianita, cuyo marido lo agasajó un día entero en San Carlos, aquella noticia la hizo estremecerse de dicha y de orgullo.

Sólo ella había adivinado, en medio del general asombro causado por tan extraordinario rigor, que don Rafael no quiso que únicamente ella tuviese que llorar la pérdida de su cabellera. Don Rafael pues, la seguía amando, puesto que le enviaba aquel consuelo como una prenda de su recuerdo.

Gertrudis, sin embargo, se reprochó ardientemente aquel sentimiento de dicha egoísta.

— ¡ Pobres mujeres! — se dijo peinando los bucles de ébano que habían reemplazado las largas trenzas que en otros tiempos caían sobre sus hombros en olas perfumadas. — ¡ Ellas no han tenido como yo la dicha de ofrecer su cabellera por la vida de su amado!

Después, los meses se sucedieron á los meses sin que se supiera lo que había sido de don Rafael; y las pálidas mejillas de Gertrudis, el círculo azul que rodeaba sus ojos atestiguaron los dolores del alma y los sufrimientos del cuerpo. Bajo la influencia enervante del silencio, de la soledad, de la vida sedentaria, la pobre joven trataba en vano de sofocar su amor; y las fuerzas de su alma y de su cuerpo se agotaban en aquella estéril lucha.

Don Rafael, por lo menos, paseaba su dolor de uno á otro extremo del reino: podía sofocar sus gritos en el tumulto de las batallas y en las ardientes agitaciones de la guerra.

Felizmente Dios dotó á la mujer con la resignación, único escudo contra el dolor. Gertrudis devoraba en silencio, sin exhalar la más leve queja, la negra pena que la consumía. En sus largos insomnios, cuando esa resignación medio vencida en la lucha, parecía próxima á sucumbir, un débil y lejano rayo de esperanza llegaba á

veces á reanimarla; un último refugio contra sus angustias se presentaba á los ojos de la joven. Ella se decía entonces que cuando sus fuerzas tocasen á su fin, un último y supremo recurso le quedaba en la trenza de sus cabellos cuidadosamente conservada.

La remisión del caballo de don Rafael á la hacienda del Valle, adonde sin duda regresaría uno ú otro día, fué la primera transacción entre el orgullo y el amor. ¿Quién debía prevalecer entre los dos?

Sin embargo, á medida que la insurrección se extendía en la provincia, la vigilancia se redoblaba en la capital; y don Mariano, que se hiciera sospechoso, recibió la orden de salir de Oaxaca.

Sin embargo, antes de partir, había enviado, según hemos dicho ya, un mensajero á la hacienda del Valle. ¿Qué mensaje llevaba? Lo sabremos más tarde. Por ahora, diremos que al día siguiente de la partida del mensajero, el mismo día en que llegaba á la hacienda del Valle y en que don Rafael abandonaba como un fugitivo las llanuras de Huajapam, el hacendado se puso en camino para San Carlos, acompañando á caballo con algunos criados, la litera que conducía á doña Gertrudis. La palidez de rostro de la joven, contrastaba con el círculo azulino que rodeaba sus ojos, haciéndolo aún más obscuro.

En fin, aquel mismo día también, por la tarde, uno de los personajes de nuestra historia, el capitán don Cornelio Lantejas, dejaba el campo de Morelos cerca de Huajapam para ir á Oaxaca en cumplimiento de una misión que le había sido confiada por el general mexicano.

No dejaba de envolver peligros aquella misión como se podía ver.

Costal y Clara eran los únicos que acompañaban al capitán, simplemente vestido de viaje: nada indicaba en él su profesión.

Se aproximaba el solsticio de verano; y el negro y el Indio conversaban sobre la empresa, ahora que ya el Zapoteca había cumplido medio siglo, de aprisionar al fin

á la diosa de las aguas en el misterioso lago de Ostuta.

Todas las lagunas del pasado se hallan henchidas; y para la mejor inteligencia de la última parte de este relato, debemos dar á conocer cuál era el objeto de la misión confiada á don Cornelio y presentar, á vuelo de pájaro, una especie de plano topográfico del país que debían recorrer las diferentes personajes que se pusieron en camino aquel mismo día.

La conquista de la ciudad de Oaxaca debía hacer dueño á Morelos de toda la provincia; y pensaba apoderarse de ella antes del fin de la campaña, pues una vez realizado ese proyecto, todo el sur de la Nueva España caía en poder de la insurrección.

Sin embargo, antes de atacar una ciudad tan populosa y tan rica como la de Oaxaca, era prudente procurarse inteligencias en el interior y este era el objeto principal de la misión que debía cumplir el capitán Lantejas. Por honor de la causa que sostenía Morelos, no era menos urgente poner término á las depredaciones de los dos guerrilleros, de que se ha hablado con frecuencia, Arroyo y Bocardo, que parecían haber tomado la tarea, á causa de sus crueldades, de hacer odiosa la insurrección, tanto para sus partidarios como para sus enemigos.

La fuerza de que disponían era tan incierta como el lugar de su residencia; pero también eran generalmente temidos como si hubiesen dispuesto de numeroso ejército. La rapidez de sus movimientos les daba los medios de multiplicar hasta el infinito sus actos de ferocidad. Por lo demás, era fácil seguir á los dos asesinos por las huellas sangrientas que dejaban por donde pasaban. Arroyo, presto siempre á enrojecer con sangre sus manos, fuera de quien fuese, gozándose en el bárbaro placer de ser él mismo el verdugo de sus víctimas, era por lo menos bastante bravo; pero su compañero, Antonio Bocardo, era tan cobarde como cruel, bien que sus instintos le condujesen más al robo que al asesinato, como ya hemos visto.

Morelos había sabido las depredaciones que aquellos

dos bandidos cometían en la provincia de Oaxaca; y don Cornelio tenía orden de juntárseles y de amenazarlos, de parte del general en jefe, con *descuartizarlos* si continuaban por más tiempo deshonrando la santa causa de la Independencia.

La reputación de ferocidad tan justamente merecida de aquellos dos bandidos, que á todos los trataban como enemigos, y la activa vigilancia que ejercían las autoridades de Oaxaca hacían, como se ve, sumamente peligrosa la misión del capitán Lantejas.

Seguía pues muy melancólicamente el camino que conduce á las orillas del río Ostuta, donde se hallaban entonces Arroyo y Bocardo.

Su presencia en esos lugares la explicará una sumaria descripción, indispensable para conocer bien el teatro en que van á verificarse los acontecimientos que nos faltan por relatar.

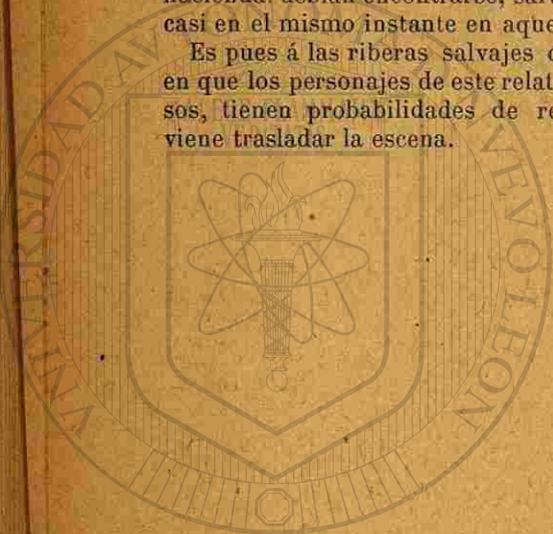
No tomando en cuenta los accidentes del terreno, Oaxaca y Huajapam se encuentran en la misma línea, enfrente una de la otra. De cada una de esas dos ciudades parte un camino que va hacia el Ostuta y que se reúne en un vado que sirve para atravesar el río. A poca distancia de la unión de esos caminos y antes de llegar á ella, se hallaba la hacienda del Valle, y en menos de una hora de camino, después de atravesar el vado, se llegaba á la hacienda de San Carlos. Aquellas dos haciendas, situadas sobre las orillas opuestas del río, estaban, como se ve, poco lejanas la una de la otra.

Arroyo se había propuesto no dejar hombre viviente ni piedra sobre piedra en la hacienda del Valle, defendida aún por el teniente Veraegui; y tal era la causa de su presencia en las orillas del Ostuta. Su cuadrilla, dividida en dos, ocupaba las orillas del vado á ambos lados del río y podía así transportarse al mismo tiempo sobre San Carlos y sobre el Valle.

Era probable que el mensajero que se dirigía en busca de don Rafael, de la hacienda del Valle hacia Huajapam, encontraría en medio camino al coronel, que había

salido de Huajapam para el Valle. Era no menos probable que en el punto de reunión de los dos caminos de Oaxaca y de Huajapam, don Mariano y su hija, que forzosamente debían pasar frente al Valle, don Cornelio y sus dos compañeros y, en fin, el coronel que iba para su hacienda, debían encontrarse, salvo algún contratiempo, casi en el mismo instante en aquel punto.

Es pues á las riberas salvajes del Ostuta, en el lugar en que los personajes de este relato, largo tiempo dispersos, tienen probabilidades de reunirse, á donde conviene trasladar la escena.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TERCERA PARTE

EL LAGO DE OSTUTA

CAPÍTULO PRIMERO

EL VADO DEL OSTUTA

Estamos á las orillas del Ostuta, cuatro días después de levantado el sitio de Huajapam; y el sol, próximo á salir, iba á iluminar uno de los más espléndidos paisajes de la naturaleza americana.

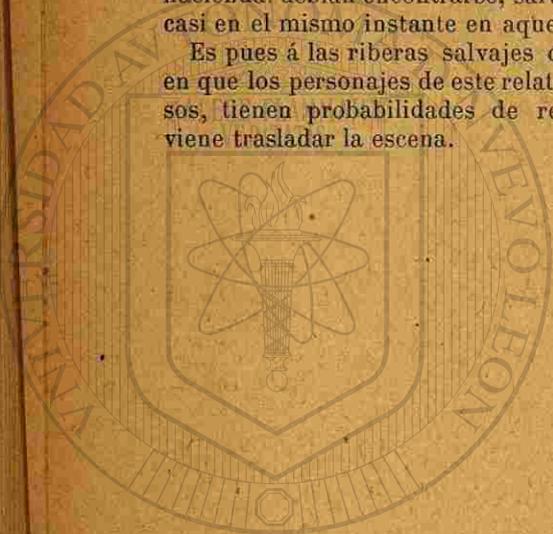
El *maipouri* (1) antes de regresar á su lejana cueva, se bañaba por última vez, antes de rayar el día, en las aguas aún oscuras del río. Más tímido que el tapir, el gamo, inquieto por el más leve soplo de la brisa entre el follaje ó en el cañaveral, espiaba acechando la llegada del alba para huir al primer rayo de sol hacia sus montes inaccesibles de sasafrás y de enormes helechos.

La garza real solitaria, inmóvil sobre sus grandes zancas, y los flamencos color de rosa, alineados en filas silenciosas, esperaban por el contrario que el sol apareciese para principiar su pesca matinal.

(1) El tapir.

salido de Huajapam para el Valle. Era no menos probable que en el punto de reunión de los dos caminos de Oaxaca y de Huajapam, don Mariano y su hija, que forzosamente debían pasar frente al Valle, don Cornelio y sus dos compañeros y, en fin, el coronel que iba para su hacienda, debían encontrarse, salvo algún contratiempo, casi en el mismo instante en aquel punto.

Es pues á las riberas salvajes del Ostuta, en el lugar en que los personajes de este relato, largo tiempo dispersos, tienen probabilidades de reunirse, á donde conviene trasladar la escena.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TERCERA PARTE

EL LAGO DE OSTUTA

CAPÍTULO PRIMERO

EL VADO DEL OSTUTA

Estamos á las orillas del Ostuta, cuatro días después de levantado el sitio de Huajapam; y el sol, próximo á salir, iba á iluminar uno de los más espléndidos paisajes de la naturaleza americana.

El *maipouri* (1) antes de regresar á su lejana cueva, se bañaba por última vez, antes de rayar el día, en las aguas aún oscuras del río. Más tímido que el tapir, el gamo, inquieto por el más leve soplo de la brisa entre el follaje ó en el cañaverl, espiaba acechando la llegada del alba para huir al primer rayo de sol hacia sus montes inaccesibles de sasafrás y de enormes helechos.

La garza real solitaria, inmóvil sobre sus grandes zancas, y los flamencos color de rosa, alineados en filas silenciosas, esperaban por el contrario que el sol apareciese para principiar su pesca matinal.

(1) El tapir.

El silencio reinaba por todos lados, excepto esos vagos rumores que se elevan desde la hierba ó que caen de la cima de los árboles, en donde según su naturaleza, van á despertar ó adormecerse los diversos habitantes de los bosques.

Aunque comenzasen á desaparecer ya las sombras de la noche, en medio de los nublados vapores que se levantaban del río, el ojo humano no habría podido discernir qué clase de vegetación cubría sus orillas. Los penachos de las palmeras que se lanzaban orgullosamente hacia los cielos con su lujo de follaje, era lo único que podía distinguirse, como en pasadas edades, los de los caballeros en la refriega.

Las orillas del Ostuta parecían tan completamente desiertas como en los días en que los hijos de Europa no habían aún sentado su planta en las playas americanas; pero la penetrante mirada de las aves nocturnas que se balanceaban en las copas de los árboles, podía apreciar los objetos invisibles para el gamo y para el maipouri, como para la garza y para el flamenco. A través de los vapores nocturnos, fuegos lejanos y diseminados chispeaban á lo largo de la orilla derecha del río, como pálidas estrellas en un cielo brumoso.

Aquellos fuegos denunciaban los vivaques y era lo único que indicaba la vecindad del hombre.

No había soledad en la orilla izquierda sino aparente: allí los fuegos lanzaban algunos fulgores. Bastante lejos y á través de la bruma, entre el río y el camino que conducía de Huajapam á la hacienda del Valle, se habría podido ver desde un principio, en medio de una ligera claridad, á un grupo compuesto de ocho caballeros que parecían celebrar consejo entre ellos.

Más próximos al río, á tres ó cuatro tiros de fusil de aquel grupo, dos hombres á pie, subían con precaución hacia el lugar donde el camino del Valle á Huajapam serpenteaba á través de las selvas espesas de guayacán y de caoba.

En fin, entre los ocho caballeros y los dos de á pie, y á

igual distancia poco más ó menos de los unos y de los otros, un hombre solo, á quien no podría llamarse mozo de á pie ni caballero, parecía no preocuparse de nada. En efecto, amarrado fuertemente con un cincho de seda entre las dos ramas madres de un enorme árbol de caoba, dormía profundamente á más de diez pies por encima del suelo.

El espeso follaje del árbol y la obscuridad de la noche, le escondían completamente á la vista de todo ser humano. Un Indio habría pasado bajo el árbol sin adivinar su presencia; y, desde lo alto de los árboles vecinos, tampoco le habría distinguido mejor, el ojo de una ave nocturna.

Para no anticiparnos á nuestro relato, diferiremos el dar á conocer al lector quiénes eran los ocho caballeros y los dos de á pie.

En cuanto al personaje tranquilamente dormido en su cama aérea, diremos desde luego que era el mismo don Rafael.

Hay momentos en que el cansancio del cuerpo triunfa sobre las zozobras del espíritu; y el coronel se hallaba precisamente en uno de esos momentos.

La fatiga de las tres jornadas que llevaba, unida á la ausencia de todo sueño durante la noche precedente, le procuraron, á despecho de los peligros de su situación y de la incomodidad de su postura, ese reposo profundo de que disfruta el soldado cansado, la víspera de una sangrienta batalla.

Un poco más lejos, pero entre el bosque contiguo al camino de Oaxaca que lindaba con el vado de que hemos hablado, á corta distancia del Ostuta y del lago misterioso del mismo nombre, formado por las aguas del río que corren por conductos subterráneos, los viajeros parecían ocuparse, con la precipitación del pánico, de continuar su viaje interrumpido antes de que amanebiese.

Cual si hubiesen tenido la revelación repentina de un gran peligro, dos de ellos apagaron los restos de un fuego

cuyo brillo les habría podido descubrir; otros dos ensillaban rápidamente los caballos de los demás y un quinto viajero, entreabriendo las cortinas de una litera puesta sobre la hierba, parecía tranquilizar á una joven aterrizada que estaba dentro.

Esta litera será suficiente para reconocer á don Mariano y á su hija, sin necesidad de nombrarlos.

La noche tocaba á su término, hemos dicho. Hay durante el día, en medio de la soledad del desierto, dos horas solemnes que todas las voces de la naturaleza reunidas, proclaman y celebran á porfía: la salida y la caída del sol. El eterno reloj iba á tocar la primera de sus horas.

Un viento fresco se levantó, agitó el follaje, rizó la superficie del agua y comenzó á desgarrar el manto de vapores extendido por la noche.

El oriente se coloró de un vivo ámbar, entreabrióse y dejó brotar las primeras claridades del crepúsculo matinal, saludado de repente por mil cantos de los pájaros que partieron de todos los árboles del bosque.

Los chaceales huyendo á lo lejos, lanzaron sus últimos aullidos; el fúnebre graznido de las aves nocturnas se dejó oír por la última vez y desaparecieron el gamo y el maipouri. Muy pronto, nubes rosadas como el plumaje de las garzas se elevaron sobre el horizonte; y por último, el sol iluminó la cima de las palmeras, dejando ver en toda su esplendidez la espesa arboleda que cubre las márgenes del Ostuta.

Los ébanos con sus racimos de flores de oro, el guayaco y el caobo; los liquidámbaros odoríferos, sombriamente piramidales, los cedros y las palmeras, en toda su elegantísima riqueza de follajes mostraban orgullosos su lujuriente exuberancia en medio de los helechos gigantes y de la tupida red de lianas florecientes que les servían de cortejo.

A través de aquel laberinto casi impenetrable, se veía á veces á los toros salvajes, descendientes de los toros escapados en tiempo atrás, de las ricas haciendas de Fer-

nando Cortés (1). Atormentados por la sed, iban á beber; y mientras sus negros hocicos aspiraban con avidez el agua, algunos islotes, arrancados de las riberas aquí y allá con sus enramadas de verdura y de flores, seguían el curso del río flotando sobre las aguas; y bajo aquellas floridas enramadas, los pájaros parecían celebrar su marcha triunfal sobre las olas.

Tal era en aquella mañana, en toda su primitiva magnificencia, el aspecto del Ostuta y de sus orillas, casi á una media legua del vado cerca del cual habían brillado los fuegos de los vivaques, cuya localización señalamos ya sobre la ribera derecha del río.

Aquellos fuegos que acababan de apagarse cuando el alba apareció, eran los del campamento provisional de Arroyo y de su cuadrilla de bandoleros.

Se verificaban allí también escenas animadas aunque de muy diferente género.

Unos cien jinetes, dispersos en las dos orillas del Ostuta, se ocupaban activamente del pienso matinal para sus caballos. Los unos, montados en pelo, los conducían al río para abrevarlos y refrescarlos; otros los almohazaban con las uñas ó con la primera piedra que hallaban. Más allá, las sillas apiladas en montones con cierta regularidad, en medio de las maletas despanzurradas, de las que no quedaban sino las envolturas destrozadas á cuchillazos, despojo sin duda de algún muletero desbaliado la víspera.

En aquella misma orilla derecha, es decir, en la ribera en que se hallaba la hacienda de San Carlos, se elevaba una tienda groseramente arreglada con pedazos de aquellas envolturas, hechas unas de tela fuerte de cáñamo y las otras de tejido espeso de benequén.

Dos centinelas armados de pies á cabeza con carabinas, con cuchillos y con sables, iban y venían haciendo guardia frente á aquella tienda, pero á una distancia sufi-

(1) Se sabe que la provincia de Oaxaca fué dada en infantazgo á Cortés por Carlos V.

ciente para que ni uno ni otro oyeran lo que se decía en el interior.

Aquella tienda era la de los dos jefes, y Arroyo se encontraba allí en aquel momento en compañía de su digno cómplice, Bocardo. Ambos se hallaban sentados en dos calaveras de buey, á guisa de silla y los dos fumaban largos y gruesos cigarros de hojas de maíz. Según la actitud que tenía el primero, con los ojos fijos en el suelo que rayaba con su pesada espuela de seis puntas, era fácil adivinar que Bocardo empleaba los recursos de su inteligencia para determinar á su camarada á alguna mala acción.

— Claro — decía — estoy dispuesto á hacer justicia á las virtudes de la señora de Arroyo; son conmovedoras: cuando un hombre se halla herido, ella untaría de buena gana chile *rabioso* (1) en sus heridas. Nada es tan interesante como el modo con que intercede por los prisioneros que condenamos á muerte, obteniendo para la mayor parte, que no se les haga morir sino lo más tarde posible... quiero decir, lo más lentamente que se puede...

— No es por egoísmo por lo que ella obra así, la pobre mujer — interrumpió Arroyo, pues lo hace más por mí que por ella.

— ¡Sí, es tan afectuosa...! ¡Ah, es dignísima mujer!...

— Efectivamente. ¡Y qué de expedientes en su inteligencia! Así por ejemplo, fué ella la que tuvo esa ingeniosa idea para salvarnos: como nunca matamos á un prisionero sin confesión, mientras más dilatado es su suplicio, más larga es su confesión. Resulta de allí que después de los martirios y de una confesión muy prolongada, el prisionero muere en estado de gracia y se va derecho al cielo; y como los santos no son rencorosos, ruegan por nosotros. Mi mujer dice que debemos

(1) Expresión usada en las colonias para designar un pimienta muy picante.

hacer el mayor número posible de estos bienaventurados.

— ¡Eh, eh! Ud. no ha hecho mal en eso — replicó Bocardo con una sonrisa de satisfacción — y el bueno de Dios debe tener las orejas remachadas...

— ¡Silencio, señor Coronel de los coroneles! — exclamó Arroyo con un tono que hizo callar inmediatamente al handido que se arrogaba ese pomposo título — ¡detesto á los blasfemos!...

— Sea. Vuelvo pues á las virtudes de la señora de Arroyo á pesar de las cuales no es ni joven ni precisamente muy hermosa.

— ¡Vamos, diga Ud. que es vieja y fea y no hablemos más de eso! — exclamó bruscamente Arroyo; — y sin embargo, la quiero mucho.

— ¡Es asombroso!

— Oiga Ud., amigo mío: es menos asombroso de lo que Ud. piensa. Ella parte conmigo el peso de la execración pública; y si yo fuera viudo...

— Ud. lo cargaría solo. ¡Bah! ¡tiene Ud. tan grandes los hombros!...

— Es verdad — respondió Arroyo halagado por aquel cumplimento; pero lo tengo á Ud. en el mismo concepto que á mi mujer — añadió. — Es raro que se maldiga el nombre de Arroyo sin que á éste se junte el de Ud.

— ¡Hay tantas malas lenguas en este mundo!

— Y luego mi mujer tiene aún otra virtud á mis ojos: posee un escapulario bendito por el papa en Roma y que tiene la propiedad de hacer morir al marido algunos días después de la mujer.

— Pero yo no digo que la mate, á esta digna señora de Arroyo — agregó Bocardo arrastrado á participar á pesar suyo, de las supersticiones groseras de su compañero. — Sólo digo que se la envíe á un convento de *arrepentidas* á ocuparse en su salvación y en la de su marido; y se coge para reemplazarla á cualquiera mujer joven y bonita, con ojos y cabellos negros como la noche, de labios rosados como la granada y mejillas más blan-

cas que la flor del *floripondio* (1). Esto es lo que me mato por hacerle comprender desde hace dos horas.

— ¿Y conoce Ud. algunas así? — preguntó el guerrillero después de un momento de silencio que probaba que la persuasión comenzaba á entrar en su alma.

— ¡Ud. conoce á una, lo mismo que yo! exclamó Bocardo: la dueña de la hacienda de San Carlos á la que podemos tomar con un golpe de mano.

— ¿Doña Marianita Silva?

— Precisamente.

— ¡Pero con mil demonios! ¿Ud. entonces lo que quiere es que no dejemos hacienda alguna sin saquear? exclamó Arroyo; pues si Ud. desea que yo me apodere de la mujer, es sólo para que pueda Ud. robar al marido.

— El marido es español — replicó Bocardo, sin responder á las palabras de su cómplice, que no expresaban sino la verdad con relación al objeto de sus insinuaciones. ¡Gran desgracia, verdaderamente, tomar la mujer de un *coyote*!

— ¡*Caramba!* ese español es también tan buen insurgente como Ud. Nos ha dado víveres, caballos...

— Sí, por miedo, como el diablo alquila los santos. Entienda Ud. bien que no es nunca buen insurgente quien tiene montones de bolsas de dinero en sus cofres, llenos de argentería sus aparadores y una bonita mujer á su lado — se apresuró á decir Bocardo para disimular bajo este último pretexto sus verdaderas intenciones. — Vea Ud., cuando trabajamos por redoblar el patriotismo de don Mariano, desembarazándolo de su vajilla de plata, debimos, como yo se lo dije á Ud., tomar también á sus dos hijas. Yo tendría ahora una mujer preciosa, en tanto que sólo Ud.. Pero ¡bah! yo me sacrificaré siempre por Ud.; tal es mi destino.

— Haremos tanto, vea Ud. — replicó Arroyo pensativo, dejándose llevar mal de su grado por las atroces insinua-

(1) Datura.

ciones de Bocardo — que acabarán por atacarnos en todas partes como á bestias feroces.

— Tenemos ciento cincuenta hombres de nuestra devoción, bravos como sus puñales.

— En fin... no digo que no... lo pensaré.

Los ojos de Bocardo brillaron con ávida alegría al aspecto indeciso de Arroyo que él sabía que habría de convertirse, antes del fin del día, en firme resolución de ejecutar el negro proyecto que le sugiriera.

Los dos compañeros, sumergidos en las reflexiones que les sugería aquel plan de pillaje y de muerte, guardaban un silencio que duraba ya algunos minutos, cuando se levantó un lienzo de la tienda para dar paso á una mujer hombruna de color asoleado y de rostro marchito por las pasiones disolutas más bien que por la edad, pues sus cabellos trenzados y sostenidos por una peñeta de concha circundada de oro, eran negros como el ébano. Su aspecto, sin embargo, no desmentía en nada el retrato que acababan de hacer de ella.

A pesar de todos los adornos de cristalería, de rosarios, de escapularios y de piecillas de oro que rodeaban su cuello, su cara era horrorosa.

El furor se pintaba en su frente cubierta de venas hinchadas y en sus ojos negros inyectados de sangre.

— ¡Esto es infame! — exclamó entrando y lanzando sobre Bocardo, á quien despreciaba y detestaba al mismo tiempo, una mirada de cólera que no se atrevió á dirigir á su marido. — ¡Es una vergüenza — dijo — que después del juramento que han hecho Udes. dos, quede todavía una paja de ese nido de víboras y un hombre para defenderlo!

— Bueno; ¿y qué hay? — preguntó Arroyo con tono de mal humor.

— Hablo de la hacienda del Valle, que los soldados de Udes., una gran parte al menos, bloquean desde hace tres días sin resultado; es decir, nada, porque yo sé que tres de nuestros soldados fueron muertos en una salida y que sus cabezas se expusieron en la puerta de la

hacienda por ese maldito catalán que Dios confunda!

— ¿Quién te ha dicho eso? — exclamó Arroyo.

— El Gaspacho, que espera tus órdenes para entrar y que regresa del Valle para pedir refuerzos.

— ¡Por todos los diablos! Me parece extraño que te adelantes á interrogar antes que yo á los correos que me expiden.

Y al decir estas palabras, Arroyo se levantó y cogiendo el cráneo de buey que le servía de asiento, amenazaba romper con él el de su mujer. Tal vez, bajo la influencia de las palabras de Bocardo, se habría decidido á cargar sólo él con el peso de la execración pública, si no se hubiera acordado á tiempo del escapulario bendito en Roma.

Bocardo se quedó flemáticamente sentado.

— ¡María Santísima! — exclamó la mari-macho retrocediendo espantada ante la terrible cólera de su marido. — ¿No me protege, Ud. señor Bocardo?

— ¡Hum! — respondió el bandido sin moverse — Ud. conoce el refrán, venerable señora: entre el árbol y la corteza... ¿qué diablo! pequeñas querellas de matrimonio....

— ¡Que eso no vuelva á suceder! Aquí no hay más que dos jefes — dijo Arroyo súbitamente apaciguado; y antes de que entre el Gaspacho, te vas á encargar de una comisión.

— ¿Cuál? — preguntó la mujer que tuvo por un momento la idea de levantar la voz á medida que su marido la bajaba; pero reprimió la tentación.

— Es para la ejecución de un plan magnífico concebido por mí, — interrumpió Bocardo.

— ¡Ah! si Ud. tuviera tanto valor como inteligencia! — dijo la marimacho.

— ¡Ah, Arroyo tiene valor por los dos!

— Es decir, que Ud. tiene inteligencia por Ud. y por mí! — exclamó el guerrillero tratando de descargar su cólera sobre un hombre que no era portador de ningún escapulario del papa.

— ¡Dios me libre de pensarlo! — respondió Bocardo con tono medroso; Ud. es tan bravo como inteligente.

— ¡Mujer! — replicó Arroyo — anda á interrogar otra vez al prisionero que hicimos hace tres días, para saber al fin el objeto....

— El animal canta siempre la misma canción — interrumpió impacientemente la compañera de Arroyo — que está al servicio de don Mariano Silva y que lleva un mensaje á ese rabioso coronel Tres Villas, como tú lo llamas.

A ese detestado nombre, una nube sombría cubrió los ojos del bandido.

— Sepamos al fin cuál es ese mensaje — dijo.

— Sostiene que carece de toda importancia; ¿y saben Udes. lo que encontré en la bolsa de su chaqueta cuando se la registré?

— ¿Un frasco de veneno tal vez?

— Un paquetito cuidadosamente oculto, entre el cual se hallaba envuelta entre un pañuelo de batista perfumado, una trenza de cabellos negros muy grandes y muy hermosos, á fe mía!

— ¡Ah, de veras! ¿Y qué ha hecho Ud. con eso? — preguntó irónicamente Bocardo.

— ¿No los tengo yo también largos y también negros? — replicó la marimacho en tono picado. ¿Y qué había de hacer con eso, sino tirárselo á la cara al mensajero de amor? Porque, sin duda, eso es una prenda que lleva á ese coronel del diablo.

— ¿Recobró la trenza el mensajero? — preguntó Bocardo.

— Sí, con presteza.

— ¡Mejor que mejor! — replicó Bocardo. — Al principio pensé en corromper al mensajero y comprometerlo á dar cita al coronel en la que, en vez de los que esperaba, habría caído sobre él una veintena de los nuestros para cogerlo vivo. Pero esto era dudoso. Ahora, con esa prenda de amor, se le llevará á donde queramos sin que él desconfíe nada. Que venga ese hombre que yo me en-

cargo de lo demás. ¿Qué haremos con el coronel Tres Villas, Arroyo?

— ¡Lo quemaremos á fuego lento; lo despellejaremos vivo! — respondió el guerrillero con expresión de feroz alegría.

— Y la mujer de Ud. intercederá por él, — agregó Bocardo.

— ¡Quemarlo á fuego lento; despellejarlo vivo! — exclamó la arpia.

Y lanzando una carcajada de desprecio por tan pobres medios de tortura, salió de la tienda de su marido.

El correo designado con el nombre de el Gaspacho, entró en aquel instante.

Era un pillo redomado, seco como la hoja de un estoque, de aspecto impudente y cínico. Los cabellos parecidos á correas de cuero ennegrecido de humo, le caían sobre los hombros en largas mechaz rectas y rígidas.

— ¡Habla, portador de siniestras noticias! — dijo Arroyo echándole una mirada sombría bajo la cual tembló Gaspacho á pesar de su coraza de impudencia.

— También tengo buenas noticias, señor capitán, — se apresuró á decir el bandido.

— Veamos primero las malas.

— Todavía no estamos en suficiente número para dar el asalto á la guarida de los coyotes; y me han despachado para rogar á Vuestra Señoría que nos envíe refuerzos.

— ¿Quién te envía? ¿El teniente Lantejas?

— Lantejas ya no enviará á nadie: desde esta mañana clavaron su cabeza en la puerta de la hacienda.

— ¡Tripas del diablo! exclamó el guerrillero.

— Además, su cabeza no está sola: también están la de Salinas y la del Tuerto con la suya, sin contar á Matavidas, Sacamedios y Piojento á quienes los cogieron vivos y los colgaron de los pies de las almenas de la hacienda, tanto que tuvimos que acabar con ellos á balazos desde lejos para abreviarles los sufrimientos.

— ¡Tanto peor para ellos! ¿Por qué se dejaron coger vivos?

— Eso fué lo que yo les dije: les grité que Vuestra Señoría se disgustaría mucho; pero parecía que eso les importaba poco — replicó el Gaspacho en tono de buen humor.

— ¿De suerte que Udes. no son más que cuarenta y cuatro?

— Perdón: también fueron ahorcados otros cuatro con los que no tuvimos necesidad de gastar pólvora para acabarlos.

— ¡Diez hombres menos! — dijo Arroyo golpeando rabiosamente con el pie. — ¿Voy entonces á perder esta guerrilla como la primera? Veamos ahora cuáles son las buenas noticias.

— Ayer tarde, un hombre á caballo se aproximaba á la hacienda del Valle como si no tuviera más que presentarse para entrar, cuando lo descubrieron nuestros centinelas que se arrojaron sobre él; pero se escapó después de una viva resistencia. No frunza el ceño, señor capitán: los dos centinelas se retiraron, uno con el hombro fracturado de un pistoletazo y el otro caído del caballo. Perseguido muy de cerca por este último, el caballero realista lo arrancó de su silla y lo lanzó á tierra como se lanza una nuez que se desea romper. Estuvo como dos horas desmayado.

— No conozco más que á un hombre bastante fuerte para hacer eso — dijo Bocardo palideciendo. — Así fué cómo mató á Antonio Valdés: es el rabioso Tres Villas.

— El es, en efecto; porque Pepe Lobos oyó los ronquidos del caballo que montaba el día en que, con Udes., poco faltó para cogerlo en Las Palmas; y reconoció muy bien al jinete por su talla y su voz, aunque era de noche. Diez hombres fueron en su persecución; y á estas horas, el coronel debe estar cogido.

— ¡Santa Virgen! te prometo un cirio grueso como una palmera si ese hombre cae en nuestras manos — dijo el jefe de los guerrilleros.

— ¡Grueso como una palmera! ¿lo cree Ud. ? exclamó Bocardo.

— ¡Cállese!... Es para halagarla — respondió Arroyo en voz baja.

— Que escape ó no esta otra vez, ya lo tenemos : yo respondo — añadió Bocardo. Si conozco bien su historia, con el mensaje que quieren hacerle llegar, se le llevará hasta el fin del mundo.

Cuando acababa de pronunciar estas palabras, la mujer de Arroyo entró en la tienda con el rostro tan alterado por la cólera como la primera vez.

— ¡La jaula está vacía! ¡Voló el pájaro! — exclamó — ¡con el guardián que lo custodiaba, el indigno Juan el Zapote!

— ¡Rayos y truenos! — aulló Arroyo. — ¡Que se pongan en su persecución! ¡Hola! — continuó levantando un lienzo de la tienda — ¡veinte hombres á caballo! ¡Que se registren las selvas y las orillas del río y que me traigan á esos dos fugitivos amarrados de pies y manos, vivos, sobre todo!

Mientras que los tres personajes se miraban con aire estupefacto, un gran movimiento se verificaba en el campamento en donde rivalizaban todos de celos de estar más listos.

— ¡Caramba! Si el coronel se les escapa á los que van tras de sus huellas y no se puede prender otra vez á ese mensajero de desgracia, ¡adiós mis combinaciones! — exclamó Bocardo. Y, mientras que la mujer de Arroyo salía para apresurar á los jinetes : — Es igual — dijo á éste — siempre tenemos para consolarnos, la hacienda de San Carlos.

— Sí, tengo necesidad de distracciones — respondió Arroyo con feroz sonrisa ; esta tarde nos divertiremos y mañana daremos un asalto furioso á la guarida de los pícaros españoles y no dejaremos piedra sobre piedra en esa maldita hacienda del Valle.

— Sí, mañana los asuntos serios — replicó Bocardo frotándose las manos ; pero nuestros hombres están lis-

tos para salir — agregó dando un vistazo por fuera — si á Ud. le parece, en lugar de veinte, deben enviarse diez : son suficientes para coger á esos dos vergantes. Con el refuerzo que es necesario enviar inmediatamente contra la hacienda del Valle, nos quedará muy poca gente en el cuartel general.

Arroyo fué del mismo parecer que su compañero. Entre los veinte hombres próximos á salir, escogió á diez de los mejor montados y los otros recibieron orden de marchar hacia el Valle.

Mas como su partida precisaba menos, mientras hacían los preparativos para una expedición de más largo aliento, los jinetes encargados de perseguir al mensajero y á Juan el Zapote, lanzaron sus caballos ardorosamente en el vado del Ostuta. Se suponía que los fugitivos habían buscado refugio entre los espesos bosques que cubrían la ribera izquierda del río, después de haberlo atravesado á nado durante la noche.

CAPÍTULO II

DONDE EL MÁS ASUSTADO NO ES QUIEN SE PIENSA

La parte de los informes del Gaspacho relacionada con el coronel Tres Villas, no debe dejar duda alguna acerca del fin que perseguían los ocho jinetes que hemos visto reunidos en conciliábulo en uno de los claros de los bosques del Ostua.

Eran soldados de Arroyo que se habían lanzado en su persecución. Sin embargo, si se recuerdan las palabras del Gaspacho, entonces eran diez y no hallamos más que ocho.

Antes de dar á conocer porqué su número había disminuído en esa proporción, es preciso remontarnos al instante en que don Rafael iba á dejar el campo de batalla de Huajapam.

Cuando los cánticos de victoria proferidos por los soldados de Trujano, hubieron al fin concluído, don Rafael reflexionó que para hacer solo un viaje de treinta leguas á través de un país casi insurgente en su totalidad, debía tomar, por lo que pudiese suceder, ciertas precauciones de que dependía su seguridad.

Su uniforme bordado, su casco, todo su equipo, en una palabra, debía señalar demasiado su paso. Se hallaba por lo demás, mal armado; su larga espada de dragón se

había roto durante el combate y era urgente poner remedio á todo eso.

No podía ni siquiera intentar llegar hasta su tienda para armarse de nuevo y cambiar de vestido ni creer que no hubiese sido pillada como todas las del campo realista.

Sin embargo, don Rafael regresó con la esperanza de que el mismo campo de batalla le suministraría lo que necesitaba. No se equivocaba.

Sin aventurarse demasiado cerca de los insurgentes para correr nuevos riesgos, el coronel halló en el lugar más lejano de Huajapam, en donde Caldelas y él sostuvieron el choque contra Morelos, una espada de dos filos para reemplazar á la suya. Cambió también su casco por un sombrero de piel de uno de los insurgentes, de la copa del cual pendía un andrajo sucio con las palabras sacramentales: *¡Independencia ó muerte!* Desgarró el cintajo y se caló el sombrero.

Tomó también, en vez de su uniforme de oficial de caballería, una chaqueta de soldado de infantería y equipado así, por más que su vestimenta no dejase de ser notable por su extravagancia, después de haberse asegurado de que sus dos pistolas se hallaban en buen estado con las chumeneas listas y de que su cartuchera se hallaba bien provista, tomó de nuevo su camino lanzando resueltamente al Roncador.

No entraremos en la descripción detallada de todas las precauciones que el coronel hubo de tomar para evitarse el caer en manos de las partidas de insurgentes que batían la campiña. Sólo diremos que en tanto que le era posible, viajaba únicamente de noche.

Pero caminar de noche no es un medio completo de seguridad; y más de una vez tuvo el coronel necesidad de todo su valor y de toda su sangre fría para escapar de un mal paso.

La tarde del tercer día de su partida, ya entre dos luces, había llegado ya cerca de su finca y esperaba hallarse allí en seguridad algunos instantes después, cuando dos centinelas de la cuadrilla de Arroyo que si-

tiaba, ó mejor dicho, bloqueaba el Valle, lo percibieron y se precipitaron sobre él para prenderlo.

Arroyo había ordenado que se tratara así á todo individuo que se presentara por los alrededores de la hacienda.

Sin saber que se tratase de soldados del guerrillero á quien había jurado exterminar, don Rafael no era hombre para soportar, fuera de quien fuese, un ataque tan brusco y tan grosero. Ya se sabe cómo acogió á los agresores; sólo que el Gaspacho había disfrazado un poco la verdad en sus informes.

Uno de los dos había resultado herido del hombro tan cerca del corazón que expiró dos horas después; y en cuanto al segundo, antes de arrojarlo violentamente á tierra, el coronel tomó la precaución de hundirle su puñal en el pecho.

Por más que de aquel modo se pusiera el coronel al abrigo de la indiscreción de los dos bandidos, desgraciadamente él mismo había dado la alarma descargando una de sus pistólas; y como los asaltantes tenían orden de mantener día y noche cierto número de caballos ensillados y enfrenados, unos diez jinetes habían saltado á caballo al oír la detonación del arma de fuego.

El coronel vaciló un instante, indeciso acerca de si continuaría su camino hacia la hacienda ó si retrocedería para regresar cuando la noche se hiciera más oscura; y ese momento de incertidumbre bastó para que los jinetes que se lanzaron á caballo para perseguirlo, pudieran verlo. Uno de ellos llamado Pepe Lobos lo reconoció, no obstante la hora avanzada del día, por su silueta y su talla primero y después por los ronquidos de su caballo.

El mismo odio que Arroyo había concebido por el coronel, fué lo que le salvó la vida en esta ocasión. Algunos disparos de carabina habrían puesto término allí á sus aventuras indudablemente, si la esperanza de una gorda recompensa prometida por el feroz guerrillero á quien se lo llevara vivo, no hubiera inducido á los jinetes á correr la aventura.

Al verlos el coronel, se lanzó á la carrera con la fundada esperanza de encontrar en medio de los tupidos bosques que acababa de atravesar, un abrigo impenetrable á sus caballos.

Picó vigorosamente al suyo y ganó, con bastante delantera de los que le perseguían, el sinuoso camino de Huajapam abierto á través de la selva. Remontó ese camino; y cuando calculó encontrarse bastante lejos de quienes lo seguían, se arrojó súbitamente en medio de los árboles y no se detuvo sino hasta que le fué imposible avanzar más entre los matorrales salvajes que obstruían el paso. Entonces echó pie á tierra; y tirando de su caballo por la brida durante algún tiempo, llegó hasta un zarzal sumamente espeso en donde lo amarró.

En seguida, pensó en buscar algún escondite en donde poder descansar sin ser visto por sus enemigos, aunque continuasen persiguiéndolo. Un magnífico cedro cuyo tupido follaje lo hacía impenetrable á la vista, se erguía cerca. Resolvió subirse á él; y aunque no pudo abrazarse al tronco para llegar hasta las ramas, subió á ellas por medio de los bejuco que pendían desde la cima hasta la tierra á manera de cordaje.

El coronel se colocó lo menos mal que pudo entre dos gruesas ramas y determinó de esperar allí la aparición del día para tomar una resolución. Esperaba, ó que sus enemigos hubiesen perdido la huella y hubieran renunciado á buscarlo; ó que, para cercarlo y cortarle la retirada, se aparearían y se dividirían marchando dos á dos.

En este último caso, atrincherado tras los árboles y protegido por la maleza, confiaba mucho en su fuerza y en su valor para desesperar de batirlos en detalle.

Llegó la noche; y la luna desde lo alto de la bóveda estrellada del cielo lanzaba sus olas de luz. Algunos de sus rayos filtrándose á través del follaje espeso, producían en el escondite de don Rafael un débil resplandor semejante al crepúsculo de la tarde en los instantes en que están para apagarse sus últimos fulgores.

El coronel ponía oído atento á los más leves ruidos;

pero salvo el murmurio de la brisa entre los árboles y el aullido lejano del chacal; salvo el canto del pájaro bur-lador y el leve rozar de alguna iguana sobre las hojas secas, todo dormía en silencio en la selva.

El ambiente fresco y embalsamado que respiraba don Rafael, el velo de la noche que por todos lados le envolvía, aquella imponente calma que reinaba á su alrededor, todo parecía convidarle á las dulzuras del sueño. Sintió que sus párpados se hacían pesados insensiblemente y bien pronto un invencible sopor se apoderó de todo su ser.

El hombre agotado por la fatiga del cuerpo ó del espíritu, tiene necesidad del reposo; la bienhechora Providencia le envía el sueño para reparar sus fuerzas. En su bondad inefable, también lo envía á veces al condenado la noche que precede al suplicio; y es también por ella como se explica ese profundo sueño de algunos conquistadores la víspera del día en que iban á lanzar el imperio del mundo á los azares de una batalla sangrienta.

Sin hallarse exageradamente inquieto, el coronel pensaba que la prudencia exigía que se mantuviese despierto. Largo tiempo luchó contra el sueño; pero en vano. El sueño fué más fuerte. Entonces arrolló alrededor de su cuerpo y de una rama del árbol, el largo cinturón de seda que aún hoy día llevan en su país los oficiales de su mismo grado, banda que había tenido cuidado de conservar escondiéndola bajo la chaqueta. Apenas se había puesto así, previniéndose contra el riesgo de una caída, cuando se durmió profundamente en la cima del árbol.

La mayor parte de los hombres enganchados al servicio de Arrojo, eran gentes del campo, hechas por consiguiente á distinguir en el suelo toda clase de huellas; y si no hubiera sido de noche, no habrían pasado sin advertir el lugar en que el coronel dejara de repente el camino para internarse entre el bosque. Pero al incierto fulgor de la luna que apenas iluminaba el camino á tra-

vés de los intersticios que dejaban las hojas, la persona del coronel y la huella de los cascos de su caballo, se hicieron invisibles.

Hicieron instintivamente alto á una gran distancia de los primeros árboles tras los cuales había desaparecido don Rafael. Internarse todos á la vez en el bosque, habría sido desprenderse de toda probabilidad de hallar al que perseguían; y como lo había previsto el coronel, se dividieron buscando dos á dos. Se designaron la línea que debían explorar, y después de convenir en reunirse al cabo de algunas horas en el punto cercano al camino en donde acababan de apearse, se separaron para principiar la batida.

Aunque usando de mucha prudencia por temor de la terrible reputación de que gozaba el coronel, tomaron á conciencia en un principio su tarea; pero poco á poco, cuando el primer ardor se hubo calmado algo, una misma idea se presentó á sus espíritus casi al mismo tiempo. Todos habían visto con qué formidable facilidad se había defendido el coronel de dos de ellos; y pensaron que habían errado grandemente al debilitarse dividiéndose. Sin embargo, como no podían pensar en volver inmediatamente al lugar designado para reunirse antes de que transcurriese un lapso de tiempo suficiente para salvar las apariencias, continuaron sus investigaciones pero con mucho descuido.

— ¡Caramba! ¡qué hermosa luna! dijo Pepe Lobos á su compañero — esto me hace pensar...

— ¿Que el coronel fácilmente nos podría ver? — interrumpió su compañero.

— ¡Ah, bah! Ese diablo de hombre es inencontrable; y pienso en que como está claro como la luz del día, bien podrías enseñarme lo que me has prometido desde hace tiempo, es decir: el modo de arreglar la carta para ganar un albur. Tengo precisamente en la bolsa un naípe enteramente nuevo.

— Eso es más fácil con un naípe viejo; pero como quiero complacerte y como tú dices muy atinadamente,

ese coronel del diablo es inencontrable, voy á darte gusto, pero sólo por un momento.

— Sin duda, el tiempo de barajar las cartas.

Los dos insurgentes se sentaron sobre la hierba en un lugar que la luna iluminaba plenamente. Pepe Lobos sacó su juego de naipes del bolsillo y la lección principió. Prolongóse de tal manera por el entusiasmo del maestro y la docilidad del discípulo, que el coronel tuvo tiempo de soñar cuanto plugo á su imaginación, antes de que aquéllos pensasen en interrumpirlo.

Ya, desde hacia rato, otros dos perseguidores usaban con don Rafael, de una cortesía semejante.

— Suárez — había dicho el primero de éstos al segundo — ¿no son en realidad quinientos pesos lo que promete el capitán á quien le entregue vivo al coronel?

— Sí, quinientos pesos, que es una buena cantidad.

— ¿Y ha prometido algo el capitán en el caso de que sólo se le rompa una pierna ó un brazo sin lograr atraparlo?

— Nada que yo sepa. Sin embargo, si se le llevara un certificado en regla...

— ¿Del coronel?

— Claro.

— Oye, amigo Suárez — tú tienes familia y yo soy un muchacho y creería hacerte un daño arrebatándote la ocasión de ganar quinientos pesos. Te dejo como buenos amigos, la oportunidad á ti solo de coger á ese coronel de Satanás que tira por tierra á un jinete como si fuera un cabritillo de seis semanas; ó por lo menos, de obtener de él un certificado auténtico.

A estas palabras, el bandido se tendió sobre la hierba.

— Hace dos noches que no duermo — agregó — me caigo de sueño; cuando hayas cogido al coronel, me vienes á despertar. Sobre todo, no dejes de venir porque si no, dormiré hasta el otro día.

— ¡Poltrón! — respondió Suárez — voy á ganarme solo yo la suma.

No había aún desaparecido Suárez cuando ya roncaba su compañero.

Así pues, de diez hombres, tres habían renunciado á perseguir á don Rafael, mientras que el diálogo siguiente se entablaba en otro lugar entre otros dos:

— ¡Demonio! ¡qué enfadosa está la luna con su claridad! — decía el primero renegando, muy al contrario de Pepe Lobos que hallaba aquella claridad propicia para jugar á las cartas. ¡Ese condenado coronel seguramente que nos va á advertir!

— El hecho es — respondió el segundo — que eso sería enojoso, porque se internaría á nuestra aproximación.

— ¡Hum! Yo no sé nada de eso; pero no tiene cara de huir. ¿Ha visto Ud. con qué fuerza arrancó de su silla á Panchito Jolás?

— He sufrido algunas caídas de caballo y no me he hecho daño; pero tiemblo al pensar en la del pobre Jolás. ¡Ave Maria! ¿No ha oído Ud. nada?

Los dos bandidos aguzaron el oído, mucho más asustados que don Rafael que continuaba durmiendo sobre su árbol.

No fué, sin embargo, sino una falsa alarma; pero los dos acababan de demostrar tan cándidamente el terror que les inspiraba el formidable coronel, que, una vez arrancada la careta bajo la cual trataban de engañarse el uno al otro, convinieron, sin falsa vergüenza, en volver prudentemente al punto designado para reunirse, en donde ya no corrían el riesgo de encontrar al que buscaban.

Los otros cuatro continuaron sus investigaciones con tanta flojedad, á causa del miedo bien justificado que les inspiraba la bravura y el vigor atlético de don Rafael, que, tres ó cuatro horas después, de los diez jinetes, ocho se hallaban en el punto de reunión en donde los vimos en el capítulo precedente sin haber sido más felices en su empresa, los unos que los otros.

En cuanto á los otros dos que faltaban, el motivo de su ausencia era muy sencillo.

Después que Suárez se decidió á ganar solo él la recompensa prometida, se puso á pensar juiciosamente que puesto que su compañero más joven que él cuidaba tanto de su existencia, él, que era padre de familia, debía ser más cuidadoso aún de la suya propia.

Feliz de haber hecho alarde de su valor sin que le costase nada, Suárez se acostó á cien pasos más allá para pensar tranquilamente en su mujer, cuyo mal humor se congratulaba de no tener que sufrir aquella noche, sobre su cama de musgo.

Se prometió ir más tarde á despertar á su compañero, reprochándole su cobardía.

Desgraciadamente no contaba con el huésped, el sueño que fué á visitarle, sueño tan profundo como el de su camarada.

Ambos se durmieron pues, á pierna suelta, según el proverbio español, mientras que los ocho restantes, después de esperar inútilmente su llegada, entablaron una deliberación que los acontecimientos debían hacer más seria.

La luna se había ocultado hacia rato, de modo que el grupo de los bandidos se hallaba en la obscuridad. Sus vestidos usados, ensuciados en los vivaques, su apariencia medio militar y medio campesina, así como sus rostros siniestros, presentaban al fulgor del crepúsculo un aspecto á la vez espantoso y pintoresco.

Mientras que á su alrededor diez caballos engañaban su hambre desgarrando las hojas de los arbustos contra las cuales resonaba con ruido de ferralla el freno que les impedía masticar su raquítica pastura, los ocho jinetes, con la cartuchera al cinto, la carabina sobre las rodillas y la daga en la bota, oían lo que decía Pepe Lobos.

— Suárez y Pacheco jamás regresarán — decía. Es evidente que el coronel de Belcebú los habrá matado á puñaladas ó los habrá aplastado sin ruido, como al pobre Panchito Jolás; y aunque hayamos batido el bosque toda la noche sin encontrar nada...

— Lo hemos batido con encarnizamiento — interrump-

pió uno de los dos insurgentes que habían experimentado tanto miedo de encontrar al coronel.

— Lo mismo hemos hecho nosotros, caramba! — replicó Pepe Lobos. — Pregunte Ud. á mi compañero. Y sin embargo, por más que haya escapado á nuestras activas investigaciones, la ausencia de dos de los nuestros nos prueba evidentemente que el rabioso coronel no se ha ido del bosque en que se ocultó. Cuando venga el día, iremos á examinar las huellas de su caballo y entonces sabremos con seguridad cuál es el lugar en que dejó el camino. ¿No es esta la opinión de todos?

El asentimiento general respondió á la pregunta de Pepe Lobos.

— Ahora — continuó — la venganza ante todo; y al diablo la prima de quinientos pesos á quien lleve vivo al coronel. ¡Lo llevaremos muerto, tanto peor!

— Quizás el capitán acuerde la mitad del premio — dijo uno de los bandidos.

— Cuando sepamos exactamente el lugar en que salió del camino para esconderse, nos dividiremos en dos bandas, esta vez de cuatro hombres: la primera bajará del camino hacia el Ostuta; la segunda subirá del Ostuta al camino atravesando el bosque. Cogemos al hombre entre nosotros; y el primero que lo vea, hará fuego sobre él como sobre un perro con rabia, y con tal que le quede un soplo de vida, ganaremos el premio.

El consejo de Pepe Lobos encontró unánime aprobación; y se convino en que, al rayar el día, todos juntos irían á estudiar el terreno para encontrar las últimas huellas impresas de los cascos del caballo de don Rafael.

La salida del sol se hizo esperar menos que el regreso de Suárez y Pacheco que seguían durmiendo; y apenas sus primeros rayos doraban las copas de las más altas palmeras, cuando los ocho bandidos diseminados en el camino que conducía de Huajapam al vado del Ostuta, trataban de distinguir en el suelo, entre las huellas de sus caballos, las que imprimiera el de don Rafael.

Aquello no era fácil: pisado y amasado el terreno por

los cascotes de once caballos lanzados á toda carrera algunas horas antes, no presentaba sino vestigios informes. Nunca un europeo habría emprendido la tarea de reconocer las huellas particulares de un caballo confundidas con tantas otras. Para los vaqueros mexicanos, los gauchos argentinos ó los campesinos de cualquiera otra parte de América, aquello era nada más que asunto de paciencia.

Menos de una hora bastó en efecto á Pepe Lobos que exploraba lo alto del camino para encontrar lo que buscaba; llamó á sus compañeros para mostrarles lo que acababa de descubrir.

En medio de las huellas entre las cuales cada cual reconoció las de su caballo, una desgarradura diagonal hundida en la tierra, un tallo de hierba aplastado en la línea de verdura que costaba el sendero y una rama de sasafrás rota á la altura del hombro de un jinete en la orilla del bosque, no dejaron duda alguna á los bandidos de que había sido precisamente en aquel lugar en donde el coronel se había lanzado al abrigo de los árboles.

En aquel mismo instante atravesaba el vado del río, el destacamento enviado por Arroyo en busca de los dos fugitivos; algunos minutos después echaba pie á tierra en la ribera izquierda; pero luego, al distinguir cuatro jinetes que desembocaban del camino del bosque á la orilla del Ostuta, el destacamento se detuvo.

Aquellos cuatro jinetes eran los que debían, según el consejo de Pepe Lobos, seguir á través del bosque, la pista del coronel desde el río hasta el camino de Huajapam.

Los dos destacamentos se reconocieron sin vacilar; sin embargo, el jefe que mandaba al primero que llegó, viejo soldado nativo de Nuevo México, en donde combatió durante mucho tiempo á los indios salvajes y que conocía todas las astucias de la guerra, juzgó prudente cambiar la palabra de orden común entre los hombres de la guerrilla de Arroyo. Cuando ya no le quedó duda, se

hizo explicar por los recién llegados el por qué batían el bosque á esa hora matinal, en vez de hallarse alrededor de la hacienda del Valle.

— ¡Ah, dijo — el coronel Tres Villas! — Tres fugitivos en vez de dos! La jornada será buena.

El viejo furriel aprobó la táctica de Pepe Lobos y formó un tercer destacamento de cinco de sus jinetes que debían internarse en el bosque en distinta dirección, mientras que él mismo con los cinco hombres que le quedaban se encargaría de avanzar en sentido contrario al de los otros tres destacamentos.

Desde aquel momento, los bandidos tuvieron un jefe y un jefe tan hábil como intrépido, que les dió instrucciones precisas y reanimó en ellos el valor que, como se ha visto, los había abandonado completamente.

Sin embargo, se sostuvo la orden de matar al coronel á distancia si se hacía demasiado peligroso aproximarse. Únicamente los otros dos fugitivos, según las órdenes de Arroyo, debían ser cogidos vivos.

Desde aquel instante, la situación de don Rafael se hizo espantosa. El menor de los peligros que corría era el de morir combatiendo, si, por desgracia, no caía vivo entre las manos de implacables enemigos.

Cuando el viejo Rufino, este era su sobrenombre de guerra, acababa de dar sus disposiciones, don Rafael despertó. Sus ojos se deslumbraron un momento por el brillo del sol; y se preguntaba en dónde estaba, cuando advirtió que dos hombres avanzaban con precaución.

CAPÍTULO III

EL PICOVERDE Y EL ÁRBOL MUERTO

Al despertarse, sintió el coronel tal lasitud en todos sus miembros, que se asombró de haber podido dormir más de media hora en semejante postura. En seguida, tuvo deseo violento de bajar de su árbol para desentumecerse andando.

Sin embargo, en vista de los dos individuos que continuaban avanzando hacia él, creyó prudente esperar un poco; y se limitó á desatar suavemente los nudos de su banda con que se atara, siempre vigilando con cuidado el continente sospechoso por lo menos de aquellos hombres.

Sin sospechar éstos la presencia de un ser viviente tan cerca de ellos, caminaban sin embargo con circunspección, mirando á derecha é izquierda cual si esperaran ó temieran descubrir un objeto invisible. Sus trajes eran asaz extravagantes y sobre todo, sumamente inapropiados para correr á través de los zarzales, pues consistían únicamente en un calzón y una camisa.

Aquellos livianos vestidos parecían completamente mojados, aunque la noche había sido seca, y cada uno llevaba en la mano un paquete muy voluminoso.

— Esos hombres — pensó el coronel — ó buscan á alguien ó temen que se les busque.

Y luego escuchó y miró más atentamente.

Así como don Rafael conceptuó conveniente aquel lugar, á causa de su espesura, para detenerse, de igual manera los dos hombres lo juzgaron á propósito para hacer alto.

— Detengámonos aquí, dijo uno de ellos, el tiempo necesario para cambiarnos vestidos.

— Con mucho gusto; pero hagámoslo de prisa — respondió el otro. — Ya debemos estar muy lejos del camino de Huajapam.

Ambos se sentaron bajo el cedro que servía de asilo á don Rafael y comenzaron silenciosamente y sin tardanza á quitarse sus vestidos mojados para reemplazarlos por los que llevaban empaquetados bajo los brazos.

— ¿Eso es entonces — dijo uno de ellos — lo que vale lo que pesa de oro?

Y al hablar así, señalaba un paquetito que su compañero apretaba cuidadosamente entre la bolsa de su chaqueta.

— Sí; y ya verás que no tienes por qué sentir el haber consentido en seguirme para participar de la buena fortuna que esto nos traerá. El todo está en podernos ir de aquí porque van á ponerse tras nuestra pista.

— Es verdad; pero no nos hallarán y si caemos entre las avanzadas de mis compañeros que bloquean el Valle, como nada saben de mi huida, les diré que tengo orden de acompañarte para ir contigo á tratar del monto del rescate de un prisionero.

— ¿Y si nos llevan al campo? — replicó el otro.

— Nos cuelgan; pero más tarde ó más temprano, ¿no es ése el destino del hombre? — respondió filosóficamente Juan el Zapote, pues era el ex-guardián del mensajero de don Mariano y de su hija, ahora su compañero de huida. — pero tengo valor para sacarte de allí, *compadrito*.

— ¡Caramba! — se dijo mentalmente don Rafael —

este pillo que piensa que la suerte del hombre es ser ahorcado tarde ó temprano, parece tan seguro de ello que nada le costará conducirme á buen puerto.

Y terminando esta reflexión, el coronel asió una de las lianas que le habían servido para escalar el tronco del cedro; y con riesgo de dejar parte de sus vestidos entre las ramas del árbol, cayó de un salto frente á los dos estupefactos aventureros.

Don Rafael que tan caro habría pagado por saber el dulce mensaje que le enviara Gertrudis, se hallaba sin pensario frente al mensajero encargado de entregarlelo.

Verdad es que ni uno ni otro se conocían.

— ¡Chut! — Nada teman, les ofrezco mi protección — dijo el coronel con soberbia desenvoltura — y sobre todo ¡abajo las armas!

Zapote había desenvainado un enorme cuchillo que levantaba á todo evento, listo para herir al primero que llegase, con esa indiferencia típica del hombre que, como él, no presiente otro fin que la cuerda ó el garrote. Pero inmediatamente don Rafael le cogió la mano con que lo empuñaba con tanta fuerza, que bien le demostró que podía ser tan terrible enemigo como poderoso protector.

— ¿Quién es Ud.? — exclamaron á la vez los dos hombres.

— ¡Ah, el indiscreto! — replicó don Rafael. — Soy un hombre que cae del árbol y la prueba es que mi sombrero se quedó allí...

Y sin soltar la mano del Zapote, el coronel se empinaba sobre los pies y con su larga espada empujó el sombrero prendido en una de las ramas.

— Udes. huyen de los hombres de Arroyo y yo también; esto es lo que debemos saber. Ahora, Udes. son dos y yo estoy solo y si Udes. no quieren hacer causa común conmigo, los mató: ¡hay que decidirse!

— ¡Caramba! ¡Qué buen negociante sería Ud. con esa claridad en los negocios! — replicó el Zapote, á quien

aquel modo de proceder franco y sin rodeos estaba lejos de disgustarle. — ¿Pero qué puedo hacer por Ud.?

— Hacerme pasar con éste su compadre por su compañero, y encargado como él de tratar del rescate de un prisionero, lo que es un poco verdadero, puesto que Udes. dos van á partirse el producto de un...

— De una comisión muy sencilla — añadió el Zapote — y si Ud. supiera...

— No tengo intenciones de tomar mi parte en eso — dijo sonriendo el coronel — y poco me importa saber...

— Ud. lo sabrá á pesar suyo, ¡caramba! — interrumpió el Zapote arrastrado por irresistible impulso de lealtad. — Entre amigos como lo somos nosotros desde ahora, es de rigor una franqueza sin límites.

— Veamos pues, dijo el coronel.

— ¡Pues bien! — respondió el verídico Zapote — es el testamento en regla de un tío excesivamente rico en favor de un sobrino que se creía desheredado y que llevamos al susodicho sobrino. Ud. pensará la gratificación que esto nos valdrá.

— ¿No es falso el testamento? — preguntó el coronel que desconfiaba de la sospechosa cara del Zapote.

— Nosotros no sabemos escribir — respondió con candidez — pero si quiere creerme, pongamos los tres, lo más pronto posible, pies en polvorosa. Ya hemos perdido mucho tiempo.

— ¿Y mi caballo? — objetó el coronel — ¿Qué hacemos con él?

— ¡Ah! ¿Ud. tiene caballo? Pues bien: déjelo, que no hará más que embarazarnos.

— Sobre todo, si es como un caballo que yo conozco — agregó el mensajero aludiendo al Roncador, al que había tenido ocasión de ver en las caballerizas de don Mariano en Oaxaca. — Ese diablo de caballo, figúrese Ud...

Los gritos que partieron á la vez de las orillas del río, del camino de Huajapam y de los lados opuestos del bosque, interrumpieron al mensajero en el momento en

que iba á contar á don Rafael las particularidades de su propio caballo y sin duda alguna, á verificarse el completo reconocimiento entre él y el coronel.

Los dos interrogaron con la mirada al espantado Zapote.

— ¡Diablo! — dijo. — ¡Esto es más grave de lo que yo pensaba!

Los gritos que acababan de agitar el aire, indicaban la alegría y el ardor de los que se ponían á la caza y una resolución implacable de no dar cuartel. Era como la trompa de muerte lanzando á los ecos el anuncio del sacrificio del ciervo. Pero aquellos gritos tenían algo más significativo, á juzgar por las extrañas modulaciones que los acompañaron en el momento en que fueron contestados desde la extremidad del bosque.

El Zapote miró fijamente durante algunos segundos al oficial realista que llevaba un sombrero de voluntario insurgente, una chaqueta de soldado de infantería y un pantalón de oficial de caballería.

— Ud. es un hombre que bajó de un árbol — dijo — no puedo negarlo; pero á menos que no sea otro que Ud., hay en el bosque un realista á quien van á perseguir á todo trance.

— A mi vez — dijo don Rafael sencillamente — yo no puedo negar que sirvo la causa del rey.

— Esos gritos cuya significación conozco, quieren decir que se debe coger vivo ó muerto á un realista oculto entre alguno de estos matorrales — continuó el Zapote. ¿ Lo han visto ya los que lo persiguen?

— Ayer tarde maté á dos de ellos, en sus narices y á sus barbas.

— Entonces, no tengo esperanzas de pasarlo como á mi compadre, por un prisionero corriente que no es ni realista ni insurgente.

— Por lo menos, es dudoso.

— Es enteramente imposible y sólo una cosa le puedo prometer: no solamente el no delatarlo, en caso de que mi compadre y yo salgamos bien de este paso espinoso,

sino procurar despistar á los que lo buscan, porque ya comienzo á cansarme del oficio de bandido... Pero con una condición.

— ¿Cuál? — preguntó el coronel.

— Que Ud. nos permita dejarlo sin nuestra compañía. Nada puedo hacer para salvarlo, Ud. lo ve — Ud. nos perdería sin provecho alguno para Ud.; ó nos impediría entregar este encargo á quien por derecho corresponde. Por otra parte, bien que no haga más que un instante que su suerte está ligada á la nuestra, abandonarlo en medio del peligro sin su consentimiento sería una cobardía de la cual quiero ante todo, recibir su absolución.

Había en las palabras del Zapote tal acento de lealtad, que el coronel se conmovió á pesar suyo.

— No hay cuidado por eso, amigo mío — dijo resueltamente don Rafael. — Vayan Udes. á buscar fortuna donde les plazca; y deseo — añadió sonriendo — que lleguen Udes. hasta ese sobrino con el testamento de su tío.

En seguida agregó en tono melancólico:

— Tengo tan pocas razones de asirme á la vida, que pienso como Udes.: un poco más tarde ó un poco más temprano, ¿ qué importa? Solamente — continuó con un súbito gesto de buen humor — que yo no quiero ser colgado.

— Gracias por su permiso, señor caballero — respondió el Zapote; pero todavía una palabra antes de dejarlo: si quiere Ud. creerme, suba Ud. otra vez á la copa de ese árbol en donde nadie podrá imaginar que allí está.

— No: sería perseguido como el jaguar por los perros sin poderme defender; y quiero, como dicen los indios, enviar delante de mí el mayor número posible de enemigos para que me limpien el camino en el otro mundo.

— Pues bien, haga Ud. otra cosa mejor — prosiguió el Zapote — marche hacia el Ostuta. En el extremo meridional de este bosque, en las orillas del río y cerca del vado, hay bosques de bambú muy espesos en los cuales mi compadre y yo hubiéramos encontrado asilo hasta el

día del juicio, si no tuviéramos que ir á nuestros asuntos. Si Ud. llega allí, está salvado.

— ¡Ah! Esto es preferible — dijo el coronel — aunque, ya después de tres días, principio á cansarme de esconderme. ¡Adiós pues, y buena suerte!

El Zapote y su compañero, después de orientarse, tomaron la dirección que les conduciría, después de un largo rodeo, hacia el camino de Huajapam, donde el mensajero de Gertrudis, sin sospechar que se separaba del mismo coronel, creía encontrarlo en el campo de los realistas ocupados en el sitio.

Algunos segundos después, se ocultaron á la vista del coronel entre las espesuras del bosque.

— A fe que estoy disgustado de no haberle preguntado su nombre — dijo el compadre del Zapote á su compañero al cabo de un cuarto de hora de marcha silenciosa.

— El habría ocultado solamente su calidad, pues parece tan franco como valiente. Según su talante y no obstante su modo de vestir, éste debe de ser algún oficial del ejército realista.

— ¡Bah! — replicó el Zapote — el nombre no significa nada en estas circunstancias. Es hombre perdido y nada adelantáramos con saber cómo se llama.

— ¿Quién sabe?

— Lo que me disgusta es no haber podido serle útiles; esto es todo. Ahora, mi valiente Gaspar, pensemos en nosotros, que es lo esencial. ¿No ves que aún no estamos fuera de peligro?

Los dos compañeros continuaron su camino deslizando lo más suavemente posible entre los matorrales que el sol, ya muy alto, comenzaba á alumbrar con sus ardientes rayos.

Media hora transcurrió así antes de que oyeran otra vez las voces de los que avanzaban en el bosque caminando muy poco alejados los unos de los otros. Aquellas voces habían callado.

En medio del silencio que reinó entonces, el Zapote distinguió el chirrido de las malezas á cierta distancia;

y, avanzando del lado del ruido, vió á un hombre que andaba con precaución, carabina en mano. En seguida, á diez pasos de éste, á izquierda y á derecha en la misma línea, otros dos hombres se deslizaban con las mismas precauciones entre los zarzales.

Los tres iban haciendo como más fácilmente podían una muralla de los árboles que encontraban. El Zapote reconoció á uno de ellos.

— ¡Eh! ¡Perico! — gritó.

— ¿Quién me llama? — replicó el hombre.

— Yo Juan el Zapote.

— ¡Toma! ¿Y por qué casualidad? — preguntó Perico.

— Te lo voy á decir — dijo el Zapote con admirable impudencia — tú sabrás desde luego que el capitán...

— ¿De dónde vienes tú? — preguntó Perico.

— Del campo, del otro lado del Ostuta.

— ¿Sabe entonces el capitán que nosotros perseguimos á un realista en estos bosques?

— ¿Cómo así? — preguntó el Zapote.

— Figúrate que hemos batido estos bosques toda la noche en busca de ese pícaro; que de diez que éramos, no quedamos más que ocho, pues Suárez y Pacheco fueron muertos; y ahora á juzgar por los gritos á que hemos respondido, somos por lo menos veinte.

En aquel momento otro hombre se reunió á los tres que encontrara el Zapote. Por una feliz casualidad, aquellos cuatro hombres eran precisamente los mismos á quienes Pepe Lobos había encargado de batir la parte del bosque vecina al camino de Huajapam, los que, no habiendo visto al viejo furriel Rufino, ignoraban que el Zapote fuera desertor.

— Ahora — repuso éste — que ya te he dicho por qué me encuentro aquí enviado en comisión por el capitán con mi compadre don Gaspar, como estoy muy preciso...

— ¡Lléveme el diablo si me has dicho nada de tu comisión! — exclamó Perico.

— ¡Caramba! ¡Una comisión secreta como lamía! Vamos, adiós: te repito que estoy muy preciso.

— Antes de irte — dijo uno de los tres hombres que estaban con Perico — dime si no lo han encontrado en el bosque.

— ¿A quién? ¿Al realista á quien andan Udes. persiguiendo?

— Sin duda; al rabioso coronel.

— Yo no he visto á ningún coronel rabioso — respondió el Zapote.

— ¡Eh, caramba! ¡El coronel Tres Villas! exclamó Perico. — Te haces el tonto. ¿Acaso quieres ganarte solo tú el premio de quinientos pesos?

— ¡El coronel Tres Villas! — exclamó á su vez Gaspar el mensajero.

— ¡Quinientos pesos de premio! — añadió el Zapote llevándose la mano á los cabellos como si fuese á arrancarse un puñado.

— ¡Eh, sí, caray! ¡El mismo! — dijo Perico. — Un hermoso joven de bigotes negros y de sombrero del mismo color y que viste un pantalón con franjas de oro y una chaqueta de soldado de infantería.

— ¿El que les mató dos hombres?

— Cuatro, porque Suárez y Pacheco no han reaparecido.

Ya no había duda de que el hombre que acababan de dejar tras ellos, era precisamente al que buscaban para entregarle el mensaje de Gertrudis; y el Zapote cambió con Gaspar una mirada de profunda contrariedad.

Por un instante, la honradez aún mal cimentada y de reciente fecha del ex-bandido, se conmovió sobre su base; pero una muda oración de Gaspar y la fe jurada, triunfaron en su alma sobre la ambición desencadenada.

— No he visto nada — dijo secamente — y me haces perder mi tiempo. ¡Hasta luego!

— ¡Véte con Dios! — dijo Perico.

Gaspar y el Zapote cambiaron un último adiós con los compañeros de Perico y se alejaron al paso en tanto que eran vistos y á la carrera en cuanto se vieron solos.

Lo esencial era ponerse en salvo, so pena de tener que lamentar otro chasco semejante.

Cuando se creyeron lejos de toda persecución en la parte del bosque situada al otro lado del camino, el Zapote se acostó sobre la hierba con aire de profunda desolación.

— ¿Qué vamos á hacer ahora? — dijo lúgubrementes Gaspar.

El Zapote guardaba el silencio de las grandes emociones. En seguida, levantándose al cabo de un minuto:

— ¡Un golpe soberbio! — exclamó. — ¡Un golpe raro! ¡Una buena acción!

— ¿Eres tú capaz de eso?

— ¡Los dos somos capaces! Oye, compadrito, yo conozco á los que bloquean la hacienda del Valle; tú conoces á los que la defienden: entremos allí. Una vez allá, tú me harás pasar por uno de los servidores de tu amo don Mariano.

— Eso sería posible, mi querido Zapote — objetó candidamente Gaspar — si no tuvieras ese diablo de fisonomía...

— Yo me la compondré; eso, yo me las arreglo, ya verás. Pido un premio de mil pesos si salvo al coronel, con riesgo de mi vida, del peligro que le amenaza. Tomamos cincuenta hombres para que vengan con nosotros. Nos ganamos la recompensa y además la de tu mensaje. ¿Qué te parece?

— En efecto, eso sería soberbio.

— ¡Ah! La virtud! Mira tú, no hay nada más lucrativo!

— Pero de aquí á entonces, cogerán ó matarán al coronel.

— Tal vez no. Y luego, si lo matan, trataremos de coger al capitán. Cueste lo que cueste, yo quiero una recompensa.

— A la verdad, quizás el coronel habrá podido llegar á la selva de bambúes de las orillas del río — replicó Gaspar.

— Dentro de dos horas podremos estar aquí de regreso de la hacienda con el destacamento.

Excitados por la esperanza, los dos aventureros cobraron valor y se dirigieron lo más rápidamente que les fué posible hacia la hacienda defendida por el teniente Veraegui.

Sin tratar de averiguar si todo debía ir á medida de sus deseos, les dejaremos ir para volver al coronel Tres Villas.

Cuando se quedó solo, don Rafael se enfrentó friamente con su situación. No se ocultó que sus probabilidades de salvación, eran asaz dudosas; y que, á menos que le llegase un socorro inesperado con el cual no debía contar, no tenía esperanzas de escaparse de la suerte que le amenazaba.

El sol inundaba de luz brillante el bosque todo que le servía de asilo. Sus rayos, ya casi perpendiculares, penetraban hasta el corazón de las malezas; y sin embargo, antes de que cayese y de que llegara otra vez la noche á abrigarlo con sus sombras tutelares, debían transcurrir siete horas; pues aquel era precisamente uno de los días del solsticio de verano, los más largos del año, días en que, bajo los trópicos, no proyecta sombra una varilla fijada en la tierra.

¡Cuánto sintió entonces don Rafael aquel sueño á que se había abandonado en lugar de aprovechar una parte de la noche en intentar un desesperado esfuerzo para salvarse! No menos vivamente sintió no haber revelado su nombre, aunque hubiera sucedido lo que el destino quisiera, á sus dos compañeros de un instante. Quizás la esperanza de cuantiosa recompensa, los habria decidido á intentar la llegada hasta la hacienda del Valle para avisar al teniente Veraegui el peligro que corría su jefe.

Bien lejos estaba de sospechar que una casualidad providencial se había encargado de hacer por él lo que una tardía reflexión le sugería ahora.

A despecho de los peligros de su situación, en ayunas desde hacía tiempo, comenzó á sentir las punzadas del

hambre; pero esto era lo que menos le inquietaba. En los bosques de las regiones cálidas de América, el anono, el cocotero, el aguacate, se cubren espontáneamente sin cultivo alguno de esos sabrosos frutos que sirven de alimento al hombre.

Una vez hechas estas reflexiones, como el coronel no era hombre de consumirse en inútiles sentimentalismos, resolvió obrar.

Vaciló un instante acerca de lo que debía hacer con su caballo; y pareció que se decidía á abandonarlo; pero no tardó en convencerse de la utilidad que podía obtener de él convirtiéndolo durante su tortuosa marcha á través del bosque, en trinchera viva y movable tras la cual hallaría en caso necesario, abrigo contra las balas de las carabinas. Y luego, si llegaba sano y salvo hasta la orilla del bosque, le quedaba el recurso de montar en él y escapar, como la vispera, á la persecución de sus enemigos. Así pues, dispuso ir á buscarlo.

La zarza á que había atado al Roncador, no estaba muy lejos del árbol en que había pasado la noche; pero el silencio profundo que reinaba en el bosque, que habríase creído desierto sin los gritos que se oyeran un cuarto de hora antes, le indicó la necesidad de marchar con precaución, pues el más leve temblor de un matorral podía delatar su presencia.

Así pues, avanzaba el coronel posando los pies en tierra lo más suavemente que le era posible, cuando un vago ruido de voz llegó á sus oídos. Escuchó durante algunos instantes sin que aquel ruido se le aproximase. Entonces púsose de nuevo en marcha.

Al fin llegó hasta el zarzal en que encontró á su caballo.

Aunque ardiéndose de sed y devorado por el hambre, el pobre animal no había hecho el más pequeño esfuerzo para romper la cuerda que lo ataba.

A la aproximación de su amo, dejó oír un relincho que resonó á lo lejos.

A pesar de aquel ruido que podía denunciarlo y serle

tan funesto, el coronel hizo un movimiento de alegría mezclado de tristeza acariciando á su noble compañero de peligros; y no pudo dejar de experimentar cierto remordimiento á causa del papel á que tal vez tendría que destinarlo.

Era aquel, sin embargo, uno de los casos en los cuales el instinto de conservación obliga con frecuencia al hombre á hacer lo que su corazón desaprueba.

A fin de hacerle más fáciles los movimientos entre aquel laberinto de árboles y de lianas, el coronel desensilló su caballo y sólo le dejó las riendas para conducirlo con la mano. Avanzó resueltamente, guiándose por el sol, hacia el extremo meridional del bosque que confiaba con el vado del Ostuta.

El consejo del Zapote le pareció bueno; y pensó que, si en efecto lograba ocultarse durante el resto del día entre los bambúes del río, le sería fácil durante la noche seguir el camino de Oaxaca para llegar á la hacienda del Valle.

Mientras caminaba, don Rafael arrojó la vaina de su sable, lo mismo que su cinturón que le molestaban; y teniendo en una mano la hoja desnuda y con la otra las riendas del caballo, continuó su marcha lo más silenciosamente que le fué posible, decidido á no servirse de sus pistolas sino en el último caso.

Mientras tanto, se acercaba el momento en que se vería obligado á dar una vuelta; pues, en medio del silencio, oyó en la dirección que seguía, voces de hombres que se llamaban y se respondían dándose indicaciones de marchar en la misma línea y de conservar la misma distancia para formar un círculo más extenso.

Ninguno de los que le perseguían le hubiese inspirado, separadamente, más seriedad que la que un cazador aislado inspira al león que bate en retirada ante sus enemigos; pero él sabía muy bien que la jauría entera de los bandidos de Arroyo se precipitarían á la vez sobre él y que infaliblemente sucumbiría.

El coronel renunció pues á la idea desesperada que

por un momento concibiera, de marchar contra el adversario que se hallara más cerca y degollarlo sin ruido.

Pensó, con razón, que en medio de la arboleda espesa que lo ocultaba, un hombre resuelto tenía alguna ventaja sobre enemigos que se veían en la necesidad de advertirse á cada instante para marchar juntos y conservar la misma distancia. Mientras ellos le indicaban el lugar en que se encontraban, guardando él silencio, les ocultaba el suyo.

Las voces se aproximaban de instante en instante; y don Rafael escuchó ansiosamente si no se oían otras voces por otro lado. Temía salir de las garras de los unos para caer en la emboscada de los otros.

No sabía el coronel cuál era el número de sus enemigos; pero cualquiera que fuese, supuso que el cordón formado á su alrededor para prenderle, no podía ser tan estrecho que no dejara algún espacio vacío á través del cual pudiese escapar, como un pájaro que pasa por una de las mallas de la pajarera.

En tanto que don Rafael escuchaba, como escucha el hombre cuya vida pende de la finura de su oído, oyó á cierta distancia el ruido sonoro y lejano del pico de un picoverde que golpeaba contra un árbol muerto.

Ese ruido es uno de los que con más frecuencia se oyen en las vastas selvas de la América. El pájaro salvaje, ocupado en procurarse su alimento, hace incesante guerra á los gusanos alojados entre la corteza de los árboles muertos ó deteriorados y los obliga á salir de su escondite á fuerza de los golpes redoblados de su pico.

El ruido que acababa de oír el coronel, era como una voz amiga que le decía que, del lado de donde partía, ninguna criatura humana turbaba la soledad del bosque.

Guiado don Rafael por los golpes cadenciosos que el pájaro solitario continuaba dando, se dirigió hacia él. Ya se hallaba á corta distancia de su árbol cuando asustado el pájaro por su presencia voló á toda prisa.

El fugitivo se detuvo y puso atento oído; y con gran contento suyo, escuchó en lontananza las voces de sus

enemigos. Había pasado á través de ellos; y á menos que volvieran sobre sus pasos, lo que no era probable, irían á buscar al centro del bosque al que acababa de liberarse.

Para engañarlos mejor y acrecer aún su propia seguridad, se valió de una astucia india.

Recogió dos ramas de un guayaco seco y golpeando la una contra la otra, imitó para confundirlos el cadencioso ruido del pico del pájaro.

Dueño ahora de tomar otra vez la dirección que se viera obligado á abandonar, don Rafael avanzó con toda rapidez hacia el vado del Ostuta, deteniéndose sin embargo de cuando en cuando para lanzar á los ecos el ruido tutelar del pico del pájaro cazador.

Después de cerca de una hora de marcha, el coronel se detuvo para recoger algunas de aquellas frutas salvajes de que hasta entonces habíase visto obligado á prescindir por temor de perder un tiempo precioso. Mientras engañaba así su hambre y su sed con algunas anonas, oía con delicia esos mil ruidos vagos é indefinibles que interrumpían apenas el silencio profundo que reinaba á su alrededor.

Ya era más del medio día y el sol comenzaba á lanzar sus rayos oblicuos, cuando don Rafael se levantó para continuar su marcha. Muy pronto, á través de los últimos árboles del bosque, columbró el tranquilo manto del Ostuta corriendo sin ruido entre los enormes bambúes que crecían en sus riberas.

La brisa agitaba dulcemente los tallos lanceolados y las movibles hojas de aquellos verdes matorrales en donde los caimanes se solazan durante el día entre el limo del río, esperando la frescura de la noche.

Era allí también adonde don Rafael debía ir á buscar como ellos un asilo, hasta el instante en que la obscuridad le permitiese continuar su marcha.

No contaba el coronel esperar en el bosque el regreso de los que lo habían perseguido inútilmente; y tan pronto como llegó á las orillas del río, trató de averiguar

lo que allí pasaba. De las últimas malezas de la ribera del bosque á los bambúes del Ostuta, apenas había que franquear un corto espacio. A él se aventuró.

El color amarillento de las aguas, los pequeños remolinos espumosos que formaba el río, acariciando en su curso numerosas plantas acuáticas, cuyas flores y anchas hojas se extendían muellemente sobre la superficie; las ondulaciones de sus aguas al rededor de enormes piedras esparcidas aquí y allá, todo indicaba á don Rafael que, en efecto, estaba cerca del vado adonde dos años antes le condujeran con frecuencia sus correrías en persecución de Arroyo y del cual vado le hablara el Zapote por la mañana.

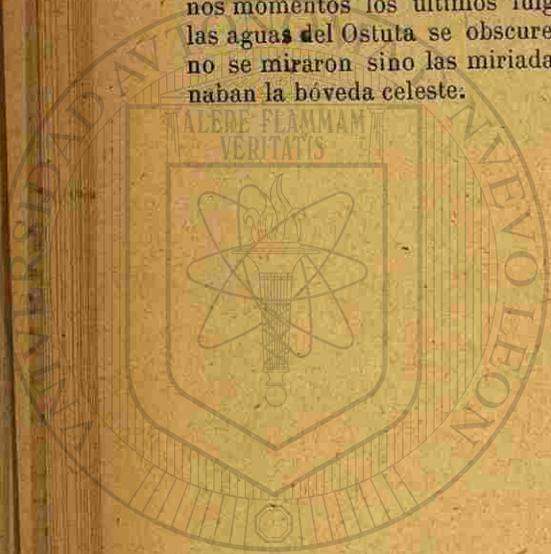
Oculto por los grandes tallos de gigantescos rosales, pudo notar á lo lejos las tiendas del campo de aquel jefe de bandidos y á los jinetes galopando por la orilla opuesta del río. Al verlos, sus fogosas pasiones se despertaron y extendió en son de amenaza el puño cerrado hacia el lugar que ocupaba el guerrillero, objeto de todo su odio.

De repente gritos y pisadas de caballo que oyó resonar tras él en el bosque, le llenaron de alarma. Eran los jinetes de Arroyo que volvían al campo, contrariados de no haber hallado, en vez del coronel y de los otros dos fugitivos, sino á Suárez y á Pacheco, sanos y salvos pero todavía muy asustados.

No había minuto que perder; y don Rafael, apartando con la mano los bambúes, se internó entre lo más espeso de la maleza húmeda que se cerró por encima de su cabeza. Cuando algunos instantes después los jinetes pasaron al galope á corta distancia de su escondite, la brisa agitaba tranquilamente los penachos verdequeantes de los bambúes, sin permitir adivinar al ojo más perspicaz la presencia del fugitivo que ocultaban bajo su impenetrable manto.

Bien pronto don Rafael oyó á los caballos chapotear marchando entre las aguas del río; luego, el ruido se extinguió, reemplazándole un profundo silencio.

Las horas mortales se sucedieron las unas á las otras hasta el instante en que el sol, cayendo sobre el horizonte lanzó como un último adiós, largos rayos, agudos como dardos de fuego. Después de reflejar durante algunos momentos los últimos fulgores del sol moribundo, las aguas del Ostuta se obscurecieron y en su espejo ya no se miraron sino las miriadas de estrellas que tachonaban la bóveda celeste.



CAPÍTULO IV

DONDE DON CORNELIO CREE HABER PERDIDO LA CABEZA

Dos cosas deben preguntarse, si se ha seguido con algún interés la peligrosa odisea de don Cornelio: ante todo, si su cabeza, al decir de Gaspacho, se hallaba suspendida en la puerta de la hacienda del Valle: y luego, si no era la de algún homónimo suyo que se hubiera enganchado después de su partida del campo de Morelos ante Huajapam.

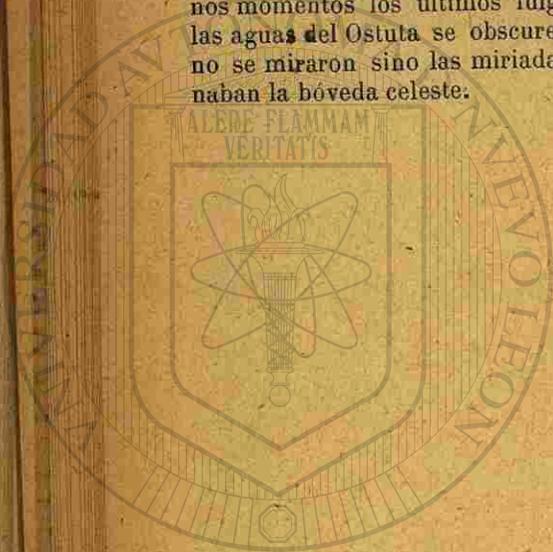
Lo que vamos á decir responderá pronto á estas dos preguntas.

Si no hemos notado su presencia en las orillas del Ostuta, con la de don Rafael, la de don Mariano y de su hija, es porque, como partió algunas horas después que dichos personajes, no podía haber hecho el mismo camino que ellos en menos tiempo.

En la tarde de aquel mismo día en que se verificaron las aventuras que hemos narrado del coronel, casi á la misma hora en que éste se refugiaba entre los bambúes, el ex-estudiante de Teología acompañado de Costal y de Clara llegaba por distinto camino y se detenía á corta distancia de la hacienda del Valle.

Mientras los caballos desensillados pacían la hierba, Costal se alejó durante algunos momentos para averiguar

Las horas mortales se sucedieron las unas á las otras hasta el instante en que el sol, cayendo sobre el horizonte lanzó como un último adiós, largos rayos, agudos como dardos de fuego. Después de reflejar durante algunos momentos los últimos fulgores del sol moribundo, las aguas del Ostuta se obscurecieron y en su espejo ya no se miraron sino las miriadas de estrellas que tachonaban la bóveda celeste.



CAPÍTULO IV

DONDE DON CORNELIO CREE HABER PERDIDO LA CABEZA

Dos cosas deben preguntarse, si se ha seguido con algún interés la peligrosa odisea de don Cornelio: ante todo, si su cabeza, al decir de Gaspacho, se hallaba suspendida en la puerta de la hacienda del Valle: y luego, si no era la de algún homónimo suyo que se hubiera enganchado después de su partida del campo de Morelos ante Huajapam.

Lo que vamos á decir responderá pronto á estas dos preguntas.

Si no hemos notado su presencia en las orillas del Ostuta, con la de don Rafael, la de don Mariano y de su hija, es porque, como partió algunas horas después que dichos personajes, no podía haber hecho el mismo camino que ellos en menos tiempo.

En la tarde de aquel mismo día en que se verificaron las aventuras que hemos narrado del coronel, casi á la misma hora en que éste se refugiaba entre los bambúes, el ex-estudiante de Teología acompañado de Costal y de Clara llegaba por distinto camino y se detenía á corta distancia de la hacienda del Valle.

Mientras los caballos desensillados pacían la hierba, Costal se alejó durante algunos momentos para averiguar

lo que pasaba en los alrededores. Clara, por su parte, asaba en carbones de cañas de maíz aún verdes, algunos pedazos de cecina que había sacado de sus alforjas de viaje.

El capitán daba al negro algunas recomendaciones á las que parecía asignar grande importancia.

— Oiga, Clara — le decía — estamos encargados de una misión que exige la mayor prudencia; no hablo de la comisión muy peligrosa de llevar al capitán Arroyo las amenazas del general; me refiero á la de penetrar á la ciudad de Oaxaca. Allí los españoles hacen tanto caso de la cabeza de un insurgente, como de una de esas cañas que Ud. está quemando. Deje Ud. pues la enojosa costumbre de llamarme con el nombre de Lantejas que hasta hoy, sólo desgracias me ha traído. Estoy proscrito con el nombre de Lantejas y en lo de adelante seré para Ud. y para Costal don Lucas Alacuesta. Este nombre es el de mi madre y bien vale lo que otro.

— Basta, capitán, no olvidaré sus órdenes — dijo Clara — aunque tenga la cabeza bajo el hacha del verdugo.

— Cuento con ello. Ahora, mientras viene Costal, déme algunos pedazos de cecina que me parece que ya está asada, porque me muero de hambre.

— Y yo también — agregó el negro.

Clara extendió á guisa de mantel la *coraza* (1) de su silla y colocó allí envueltos en hojas de maíz los pedazos de cecina que debía comer don Cornelio.

Hecho eso, el negro se sentó con las piernas cruzadas junto á las brasas medio consumidas y con una prisa que debía ser fatal para la porción de Costal, se puso á cortar con su cuchillo lo que quedaba de carne.

— Pero si Ud. sigue así — le dijo el capitán — va á quedarse en ayunas Costal.

— Costal no comerá nada sino hasta mañana — dijo gravemente Clara.

(1) Sudadero que se coloca bajo la silla.

— ¡Yo lo creo! — replicó don Cornelio. — ¡Ya no encontrará nada!

— Es que Ud. no sabe, señor capitán: hoy es el tercer día después del solsticio de verano y la luna debe hacer llena esta noche. He aquí por qué no comerá nada Costal: por prepararse por el ayuno, para hablar con sus dioses.

— ¡Desgraciado loco que cree en las fábulas del paganismo de Costal! — exclamó Lantejas.

— He aprendido á creer — replicó el negro. — El Dios de los cristianos habita el cielo; y los de Costal el lago de Ostuta. Tlaloc, el dios de las montañas, reside en la cumbre del Monapostiac; y Matlacuezc, su esposa, la diosa de las aguas, se baña en el lago que rodea á la montaña encantada. La luna llena, después del solsticio de verano, es el período lunar en que ambos se aparecen á aquel de los descendientes de los caciques de Tehuantepec que haya pasado de los cincuenta años; y esta noche iremos Costal y yo á evocarlos.

Quando el capitán iba á abrir la boca para conducir al negro hacia ideas más racionales, el Indio zapoteca llegó cerca de él.

— ¡Y bien, Costal! — le preguntó. — ¿Son exactos nuestros datos? ¿Está Arroyo realmente acampado en las orillas del Ostuta?

— Es verdad — respondió el Indio. — Un peón conocido mío y de mi casta, me ha dicho que Bocardo y él interceptan el vado del río. Así, esta tarde podrá Ud. transmitirles su mensaje. En seguida, Ud. nos dará permiso á Clara y á mí para pasar la noche en las orillas del lago sagrado.

— ¡Hum! ¿Están cerca? — dijo el capitán con cierto disgusto que le hizo bruscamente suspender la comida.

— Más sedientos que nunca, el uno de sangre, el otro de pillaje — replicó Costal con un tono poco á propósito para tranquilizar á don Cornelio.

— ¡Al diablo la misión! — se dijo en el fondo de su alma. Luego, exclamó en voz alta: Es entonces hacia el vado del Ostuta adonde debemos marchar.

— Cuando guste Vuestra Señoría.

— Tenemos tiempo. Quiero descansar aquí algunas horas. ¿Y qué ha sabido Ud. de su antiguo amo don Mariano Silva?

— Desde hace tiempo dejó la hacienda de las Palmas para retirarse á Oaxaca. En cuanto á la del Valle, la ocupa siempre una guarnición española.

— ¡Así pues, por todos lados estamos rodeados de enemigos! — exclamó el capitán.

— Arroyo y Bocado no podrían ser enemigos de un oficial portador de despachos del gran Morelos — replicó Costal. Además, Vuestra Señoría, Clara y yo somos hombres á quienes los bandidos no intimidan.

— Convengo en ello... ciertamente... Sin embargo, preferiría... ¡Ah! ¿quién es ese jinete que va al galope de este lado con la carabina en la mano?

— Si se juzga del amo por el criado y si éste se halla al servicio de alguno, ese alguno debe de ser de los más grandes pillos de que se sepa.

Y diciendo estas palabras, Costal alargaba la mano hacia la vieja carabina que ya conocemos y que no hacía fuego sino una vez de cinco.

El jinete por el cual se juzgaba tan desfavorablemente al amo, no era otro, en efecto, que el Gaspacho, á quien hemos visto llevar á Arroyo las noticias de la hacienda del Valle.

El pillastre avanzó como en tierra conquistada y dirigiéndose al capitán, quien, en su cualidad de blanco le pareció el único hombre digno de consideración de los tres:

— ¡Diga pues, el amigo! — le dijo sin dignarse llevar la mano al sombrero.

— ¡El amigo! — exclamó Costal á quien la fisonomía del Gaspacho tuvo el don de disgustarle aún más que su familiaridad. — Un capitán del ejército de Morelos, no es el amigo de un hombre como Ud.

— ¿Qué dice este indio bruto? — replicó el Gaspacho con gesto de profundo desprecio.

Los ojos de Costal inflamados por cólera, amenazaban al Gaspacho con un terrible castigo, cuando don Cornelio se interpuso vivamente entre ambos.

— ¿Qué quiere Ud.? — preguntó al soldado de Arroyo.

— Saber — respondió el jinete — para hacer un servicio á mi amigo Perico que bate la llanura por todos lados, si no ha visto por alguna parte á ese picaro de Juan el Zapote acompañado de su compadre Gaspar.

— Yo no he visto ni al Zapote ni á su compadre.

— Entonces Perico que los dejó pasar en lugar de detenerlos, pasará él mismo un mal cuarto de hora cuando comparezca ante el capitán Arroyo.

— ¡Ah! ¿Ud. está á su servicio?

— Tengo ese honor.

— Entonces Ud. me dirá, se lo ruego, en dónde lo hallaré.

— ¿Quién sabe? En las orillas del vado del Ostuta, á menos que no esté en la hacienda de San Carlos, por ejemplo.

— ¿No pertenece esa hacienda á los españoles? objetó el capitán.

— Entonces, tal vez me equivoque — respondió irónicamente el Gaspacho. — En todo caso, si Ud. quiere ver al capitán, lo que me extraña, Ud. debe pasar siempre el vado, salvo lo que le pueda suceder. ¡Toma! Ud. tiene un hermosísimo dolmán bordado. Está un poco grande para Ud. y á mí me caería muy bien.

Y diciendo estas palabras, picó al caballo con ambas espuelas y volvió á tomar el galope, dejando al capitán bajo la desagradable impresión de sus respuestas ambiguas y de la admiración por su dolmán.

— Tengo la idea de que hemos caído mal por aquí, mi querido Costal — le dijo. Ud. ve el caso que este pillo hace de un oficial de Morelos; y sin duda su amo no lo tratará mejor. En seguida, para llegar al vado, forzosamente debemos pasar á vista de la hacienda del Valle. Seamos prudentes y esperemos la noche para ponernos en camino.

— La prudencia jamás está reñida con el valor — respondió sentenciosamente Costal. — Haremos lo que á Ud. le plazca y avanzaremos con precaución para no caer ni entre las manos de los españoles, lo que me haría perder un día único en toda mi vida, ni entre las de esos merodeadores de Arroyo, sin poder quizá llegar hasta él. Fíese Ud. en mí para conducirlo : Ud. sabe que yo nunca lo dejo mucho tiempo en los malos pasos.

— ¡ Ud. es mi providencia ! — exclamó el capitán con expansión — siempre me complaceré en reconocerlo.

— ¡ Bien, bien ! No vale la pena de hablar de lo que he hecho por Ud. Mientras esperamos, haremos muy bien en echar un sueño hasta la noche, por lo menos Clara y yo, pues no cerraremos los ojos una vez caída la tarde. Soy de su misma opinión — agregó Clara.

Como el sol estaba aún muy caluroso, el negro y el indio se tendieron á algunos pasos de distancia de un riachuelo, bajo la escasa sombra de una palmera ; y con ese desprecio del peligro que da la vida de aventuras, no tardaron en dormirse profundamente. Clara soñó que cogía á la sirena de los cabellos torcidos y que le revelaba el lugar de inagotables placeres de perlas.

En cuanto al capitán don Cornelio Lantejas, la inquietud del provenir le tuvo largo tiempo despierto. Sin embargo logró al fin imitar á sus dos compañeros de camino, aunque con algún trabajo.

Como nada tenemos que hacer con ellos hasta el momento en que vuelvan á ponerse en marcha, los dejaremos prepararse por el sueño á los terribles acontecimientos de la noche próxima para volver hacia don Mariano y su hija.

Tras largos y violentos combates entre su amor y su orgullo y después de esfuerzos desesperados por arrancar de su corazón un amor que en él reinaba como soberano, resolvió Gertrudis enviar á don Rafael el mensaje al cual había jurado obedecer sin vacilar, aun en el caso de que tuviese levantada la mano para herir á su más mortal enemigo.

Se ha visto ya que su partida de Oaxaca con don Mariano, había seguido de cerca á la del mensajero.

Cuando cedió al más ardiente de los votos que jamás formara, el de ver una vez aún á don Rafael, fué con el fin de oír de sus labios que no la amaba ya ; pero estaba lejos de temer que semejante declaración partiera de su amante. Así pues, su primer impulso fué de viva alegría. Le parecía renacer á la vida ; se asombraba de haber luchado tanto tiempo contra ella misma y, llena de confianza, no dudaba que don Rafael sentiría tanta dicha al recibir su mensaje, como la que ella experimentaba enviándolo. He aquí por qué, para asegurarse de su fidelidad, hizo concebir en Gaspar la esperanza de que el coronel Tres Villas le recompensaría magníficamente. Dadas las críticas circunstancias en que se vió Gaspar, fué idea feliz la que ella tuvo de hacer brillar á sus ojos la esperanza de una fuerte recompensa, pues si aquel mensaje llegaba á su destino, no sería sino gracias á tan poderoso motivo.

Sin embargo, la alegría de Gertrudis fué de corta duración : bien pronto la duda y la desconfianza reemplazaron la certidumbre. Había indudablemente entre ella y don Rafael, una mala inteligencia nacida de circunstancias imperiosas. Ya no la amaba : esas pruebas tardías de recuerdo no eran sino un juguete de la casualidad ; y si el coronel la había desterrado de su corazón, era porque amaba á otra.

Con el corazón agobiado por estas dolorosas suposiciones y devorado por los celos, la joven criolla se había puesto en camino. Los peligros de toda clase que debía correr su mensajero á través de un país desgarrado por la guerra civil y la incertidumbre de su regreso, aumentaban sus tormentos. La pena la consumía ; su corazón se martirizaba y sus ojos apagados y sus pálidas mejillas, delataban las torturas horribles de que era víctima.

Don Mariano veía con dolor inmenso cómo iba extinguiéndose gradualmente la vida de su hija. Reconociendo la inutilidad de los esfuerzos que hasta entonces

había hecho para desterrar aquel amor, presentando á don Rafael tan desleal á su amada como á su patria, trataba ahora de atenuar lo que había dicho; y de severo acusador como antes fuera, se había convertido en benévolo defensor del coronel. La nobleza y la franqueza de su carácter debían alejar acerca del coronel, toda suposición de perfidia y su silencio se explicaba sencillamente por un cúmulo de diversas circunstancias independientes de su voluntad y por inconvenientes que los acontecimientos políticos habían hecho insuperables.

Gertrudis sonreía melancólicamente á las palabras de su padre: pero su corazón no quedaba menos ulcerado.

Así pasaron los tres primeros días de viaje de Oaxaca hasta las orillas del Ostuta, sin aventuras, es verdad; pero no sin que rumores alarmantes recogidos en el camino, de las rapiñas y de los asesinatos del sanguinario Arroyo, llenasen de inquietud el espíritu de los viajeros.

En la tarde del tercer día de viaje, habían llegado al punto en que los dejamos acampados en el bosque, no lejos del vado del Ostuta.

Durante la noche, inquieto don Mariano á causa de ciertos confusos rumores que oía en el bosque y presintiendo algún peligro en el paso del río, había despachado á uno de sus hombres, cuya experiencia y cuyo valor le eran conocidos, á explorar las orillas del Ostuta.

Dos horas después regresó el criado llevando la noticia de que en uno de los extremos del vado, brillaban numerosas hogueras. Eran, según vagamente les informaran durante el trayecto, los fuegos del campo de Arroyo y de sus bandidos.

Agregaba el criado que creía que al regresar alguien lo había seguido. Por motivo de estos informes, se apresuraron á apagar los fuegos que habían encendido y se dispusieron precipitadamente á ponerse en camino, como hemos dicho ya.

El criado de don Mariano aseguraba que bajando por el río y dando vuelta al lago que formaba, se encontraría otro vado que atravesarían para llegar á la hacienda de

San Carlos por otro camino. Bien que con los rodeos que era preciso hacer, tuvieran que caminar un día más, había que resignarse para no caer entre las manos de los bandidos de Arroyo.

Fué pues hacia el lago de Ostuta adonde se dirigieron los viajeros. La jornada fué larga y penosa. La delicadeza de Gertrudis, las precauciones que era necesario tomar á causa del mal estado del camino en que las mulas de la litera podían tenerse apenas con su carga, todo contribuía á retardar la marcha de los fugitivos.

Eran cerca de las diez de la noche, cuando los viajeros llegaron al fin á un lugar en que el lago extendió bajo sus ojos su manto de agua sombría y lúgubre.

Entre todos los lugares temibles ó venerados á que el Indio rendía culto en otros tiempos, no había ninguno que hubiese sido objeto de más viejas tradiciones, que el lago de Ostuta y el monte que se eleva en medio de sus aguas. Es el Monapostiac ó el cerro encantado, cuyo lúgubre y singular aspecto, llena, sin quererlo, de asombro al espectador.

No ha llegado aún el momento de describir con todos sus detalles aquel extraño lugar, adonde condujera á don Mariano Silva y á su hija, la necesidad. Nos limitaremos á decir que los bosques que rodeaban al lago, prestaron á los viajeros impenetrable asilo de donde no había que pensar en partir antes de que rayase el día para encontrar el vado cuya existencia había señalado el criado.

Ahora regresaremos al lugar en que el capitán don Cornelio, Costal y el negro acaban su siesta, ya para caer el sol.

Reinaba aún el corto crepúsculo de los trópicos cuando los tres compañeros de camino montaron á caballo para llegar al vado del río. Pero lo más difícil era atravesar frente á la hacienda del Valle sin que los centinelas los advirtiesen.

— Si nos presentamos de noche — dijo Costal — excitarémos más sospechas que de día. Clara irá adelante.

Si lo detiene algún centinela, pedirá permiso para pasar adelante para un comerciante y su criado. Si no distingue á nadie, continuaremos nuestro camino sin más ceremonia.

Este consejo fué del gusto del capitán; y cuando un cuarto de hora después se hallaron frente á la recta y larga alameda de fresnos y de súchiles á cuya extremidad se levantaba la hacienda, Costal y don Cornelio se detuvieron, aunque en rigor pudieran dispensarse de ello, pues estaba completamente desierta.

Sin embargo, para evitarse toda sorpresa y sobre todo cualquier sospecha, el negro entró en la alameda.

Todo estaba allí silencioso y desierto en la apariencia como el día en que, dos años antes, llegara allí don Rafael á encontrarse con la desolación y la muerte. Mas apenas el negro había caminado unos cien pasos, cuando se presentó un soldado tras las almenas de la muralla. Clara marchó recto hacia la puerta.

La distancia impedía oír las palabras; pero don Cornelio y Costal pudieron ver que el soldado mostraba al negro cierto objeto que la lejanía les hizo invisible.

Aquel objeto, sin embargo, parecía excitar hasta el último grado la hilaridad de Clara; y el soldado desapareció sin duda después de otorgar el permiso solicitado, cuando el negro continuaba aún entregado á su extravagante alegría. Eso pareció de feliz augurio al capitán; sin embargo, vaciló en avanzar, cuando el negro hizo señales de que llegara.

Los dos compañeros se apresuraron á reunirse á Clara, quien en medio de su inextinguible risa, les enseñaba con el dedo el objeto que en tan alto grado la excitaba.

No tardó el capitán en verlo y creyó que se equivocaba.

En efecto: el espectáculo que presenciaban sus ojos, no alcanzaba á justificar las alegres carcajadas del negro.

En lugar de las cabezas de lobos ó de otros animales dañinos que á veces se cuelgan en las puertas de las haciendas, había tres cabezas humanas no momificadas

que parecían haberse cortado recientemente. Creyendo don Cornelio que el negro no las había visto, se las enseñó con un gesto de horror.

Clara rió entonces con más gana.

— ¡Miserable! — exclamó don Cornelio. — ¿Han hecho eso entonces para excitar la alegría?

— ¡Caramba! — respondió éste sin desconcertarse — no se reiría menos.

En seguida agregó en voz baja, de manera que no lo oyese el centinela español:

— Esa cabeza es la suya.

— ¡Mi cabeza! — replicó el ex-estudiante palideciendo.

Pero como á pesar de todo, la sentía aún sobre sus hombros, creyó que el negro deliraba.

— Me lo acaban de decir, al menos — replicó Clara con una pernada. — Vea, si sabe Ud. leer.

El capitán pudo leer en efecto, á pesar de la obscuridad creciente, una inscripción grosera escrita al rededor de una de las cabezas: *Esta es la cabeza del insurgente Lantejas.*

Se recordará que el Gaspacho había noticiado á Arroyo que uno de sus tenientes, del mismo nombre que el capitán, había sido muerto y que su cabeza se hallaba expuesta á los viajeros.

Don Cornelio desvió la mirada del horroroso espectáculo de la cabeza de su homónimo; y maldiciendo de nuevo su malaventurado nombre de Lantejas, se apresuró á alejarse. Sin embargo, á medida que aumentaba la distancia entre la hacienda y él, su terror disminuía; y concluyó por sonreírse melancólicamente de aquel triste homónimo, mientras Clara decía que nada era más divertido.

La noche se hizo; y el profundo silencio en medio del cual caminaban los viajeros, unido á la perspectiva de encontrarse dentro de menos de una hora cara á cara con el sanguinario Arroyo, llenaba el espíritu del capitán de los más negros presentimientos.

Sin el temor de que Costal sospechara los terrores que lo agitaban, de buena gana habría dejado para el siguiente día su entrevista con el temible guerrillero. Pero el negro y el indio manifestaban avanzando una actitud tan indiferente, que tuvo vergüenza de parecer menos valiente que sus dos compañeros de aventuras.

Los acontecimientos, por lo demás, debían bien pronto hacer cesar su perplejidad. En la extremidad del camino que seguían apareció el río á los ojos de los tres viajeros.

Tan ruidoso espectáculo ofreció por la mañana el vado del Ostuta, como silencioso y desierto se presentó por la tarde.

No quedaban otras huellas del campamento de Arroyo, que los despojos de las maletas, los cuales se hallaban diseminados por el suelo marcado por las patas de los caballos en el lado del río en que se hallaban don Cornelio y sus dos compañeros.

— Si yo sé interpretar bien las palabras del pícaro que encontró su dolmán de su gusto — dijo Costal — nos hallamos en el camino que debe conducirnos hasta el hombre á quien buscamos y debe estar con su cuadrilla, en la hacienda de San Carlos, aunque el pícaro en cuestión pareciera haber querido tenerlo misterioso.

— ¿Y si la hacienda de San Carlos se halla ocupada por una guarnición española? — objetó el capitán.

— Pasemos primero el vado; y en seguida, mientras Ud. me esperará con Clara, yo iré á hacer un reconocimiento.

Esta proposición fué aceptada. Los tres jinetes atravesaron el río y el Indio se dispuso para alejarse.

— ¡Sea Ud. prudente, Costal — dijo el capitán. — ¡El peligro nos rodea por todos lados!

— Costal y yo, no digo que no; pero el capitán nada tiene que temer ahora que le han cortado la cabeza — agregó el negro.

Costal partió al trote largo y el capitán y Clara se quedaron solos.

Poco rato después, oyeron tras ellos pasos de caballos entre el agua del río y dos jinetes se les reunieron. Uno de ellos llevaba un voluminoso paquete en grandes alforjas de tela amarradas á la grupa de su caballo. Un breve saludo se cambió con los caminantes que pasaron adelante, cuando el capitán, con la esperanza de obtener de ellos algunos informes:

— ¿Está muy lejos de aquí la hacienda de San Carlos? — les gritó.

— Á un cuarto de legua — respondió una voz.

— ¿Nos recibirán bien allí?

— Eso, según — replicó el otro jinete con un tono cuya ironía no se escapó al capitán á pesar de la distancia. Al mismo tiempo lanzó al silencio de la noche con voz fuerte, cuatro palabras de las que Lantejas sólo oyó las últimas... *Méjico é independencia.*

— Primero dijo ¡viva! ¿No es así? — dijo el capitán.

— Dijo ¡muera! — replicó el negro.

— Ud. se equivoca.

— Yo sostengo que ha dicho ¡muera!

Y como no se atrevió á preguntar si San Carlos estaba ó no en poder de los españoles, el capitán se quedó más perplejo que nunca.

Mientras tanto transcurría el tiempo y Costal no regresaba.

— Voy á correr al galope para ver si lo encuentro — dijo el negro.

El capitán estaba inquieto por la prolongada ausencia de Costal y dejó que Clara se alejase con orden de regresar pronto si dentro de un cuarto de hora no encontraba al Zapoteca, con cuya destreza y con cuyo valor contaba para salir él mismo de líos en caso de necesidad.

Don Cornelio comenzó á contar los minutos desde el momento en que se extinguió el último ruido de las herraduras del caballo de Clara. El cuarto de hora pasó de sobra y no viendo regresar al negro, el capitán se inquietó por la soledad en que se había quedado. Para abreviar el tiempo de la vuelta de su segundo emisario,

se puso á caminar lentamente en la dirección que había seguido.

Un segundo cuarto de hora se añadió al primero; y más seriamente alarmado esta vez, el capitán iba á detenerse cuando le pareció ver ir y venir luces á través de las copas de los grandes árboles, cuyas negras siluetas descubriera de repente á una vuelta del camino.

El terreno se elevaba á algunos pasos ante don Cornelio; y cuando llegó á esa elevación, distinguió en el fondo de un valle, un vasto edificio cuyas ventanas se hallaban tan vivamente iluminadas, que parecía que el interior se hallaba entregado á las llamas.

Sobre la azotea ó techo plano del edificio, se agitaban en todos sentidos las antorchas y los hachones; y era tal la claridad que derramaban que de lejos llamó la atención del capitán y que, desde la altura en que brillaba, hería las copas de los árboles plantados en el camino, cerca de la hacienda.

Había algo tan extraordinario en aquellas luces que se veían agitar por decirlo así, en el aire; en el interior, las llamas ardientes y de diversos colores que se percibían á través de los vidrios y que pasaban del rojo obscuro al azul pálido ó al violeta lívido, cambiando á cada instante de matiz; todo aquel conjunto ofrecía tan extraordinario aspecto, que don Cornelio no se atrevió á dar un paso más.

Las supersticiones con que el Indio lo había entretenido durante todo el viaje, le vinieron de repente á la memoria; y hasta los anatemas fulminados por el obispo de Oaxaca contra los insurgentes, á quienes su famosa pastoral convertía en espíritus tenebrosos, recobraron su imperio en su turbada imaginación. De repente cambió de naturaleza el espanto del capitán.

Las volutas de llamas tan extraordinariamente coloreadas que él veía alternativamente apaciguarse y agrandarse tras los vidrios, sin que invadiesen por fuera como habría sucedido en un incendio corriente, le hicieron temer por un instante, el haber caído en un lugar maldito.

El silencio que reinaba en medio de aquella lejana escena, confirmaba más las suposiciones de don Cornelio, cuando vió entre los troncos de los árboles, que una fantasma blanca huía por la llanura.

El capitán se persignó y quedóse inmóvil en su silla, perplejo sobre si debía huir y volver á las orillas del Ostuta.

CAPÍTULO V

EL CORONEL DE LOS CORONELES

La jornada no había sido feliz para Arroyo. No parecía sino que el regreso súbito de su más implacable enemigo, el coronel Tres Villas, hubiese sido la señal de la serie de calamidades sucesivas que experimentó aquel día.

Diez hombres de su banda habían perecido á causa de la salida de los sitiados del Valle; don Rafael había matado á otros dos y se había escapado de todas las persecuciones. Gaspar y el Zapote no habían sido cogidos á pesar de sus órdenes.

El humor sanguinario del guerrillero creció con estos contratiempos y para dar algún alivio á su cólera, resolvió apoderarse sin más tardanza de la hacienda de San Carlos. Además de que los consejos de Bocardo habían germinado en su espíritu y habían hecho nacer deseos que quería satisfacer, la hacienda podía convertirse para él, fortificándola un poco, en una guarida inexpugnable.

Arroyo ignoraba qué resistencia encontraría y resuelto á intentar un asalto furioso con todas sus fuerzas reunidas contra la hacienda del Valle cuando se hubiese apoderado de San Carlos, llamó al destacamento que bloqueaba á aquella y á la cabeza de toda su guerrilla,

compuesta más ó menos de ciento treinta hombres, marchó contra la de San Carlos.

Esto explica cómo pudo el capitán Lantejas aproximarse al Valle sin caer en manos de los bandidos de Arroyo y atravesar el vado momentáneamente abandonado por su jefe.

Por numerosos que fuesen los criados de don Fernando Lacarra, no pensó en oponer la más leve resistencia á la conminación que se le hizo de abrir las puertas de su hacienda.

Habiendo vivido hasta entonces en perfecta neutralidad y siendo muy conocido en el país por sus sentimientos simpáticos á la insurrección, el joven español esperaba que se hallaría libre de todo atentado mediante una fuerte ración de víveres y de dinero. Sin embargo, aunque ignoraba las disposiciones de Arroyo respecto á doña Marianita, juzgó prudente ocultarla, para sustraerla á la vista de los bandidos, en una de las recámaras más escondidas de la hacienda en donde nadie habría podido hallarla, á menos de entregar al pillaje toda la casa.

A esta precaución añadió la de decir al capitán que doña Marianita estaba ausente.

Desgraciadamente para él, las cosas se verificaron de otro modo, pues vióse cogido entre las exigencias de los dos bandidos: el uno quería á su mujer, y el otro, no una ración sino toda su casa con las riquezas que contenía, las que la fama había aumentado, como sucede de ordinario.

Fué en los momentos en que el joven español trataba inútilmente de salvar á su mujer y su dinero de la doble avidez de los bandidos, que aquellas extrañas llamas que iluminaban los vidrios de la hacienda, llenaban de terror supersticioso el alma de don Cornelio.

Las antorchas desaparecieron de la terraza de la hacienda, cuando él se preguntaba aún lo que podían significar aquellos siniestros resplandores y aquella blanca fantasma que durante algunos instantes se mostrara ante sus ojos.

Al mismo tiempo, cuatro ó cinco jinetes salieron al

galope por la puerta que se abría. Esos jinetes lanzaban gritos salvajes; y sin duda uno de ellos distinguió al capitán, pues un relámpago brilló en sus manos, una detonación siguió al relámpago y don Cornelio oyó el silbido de una bala que pasó cerca de su cabeza.

Perplejo hasta entonces acerca de si debía huir ó esperar á todo riesgo el regreso de sus compañeros, el capitán ya no vaciló desde aquel momento.

Después de todas sus malaventuras causadas por las economías paternas, don Cornelio cobró horror por los caballos mediocres. Así pues, había adquirido uno excelente; y sabiendo que era buen corredor, lo picó con las dos espuelas, dejando que tomara la dirección que le pluguiese, aunque en sentido contrario al que tratan los jinetes quienes por su parte, se pusieron en su persecución exhalando grandes gritos.

Olvidando á Costal y á Clara el capitán huía como el viento; y montado como se hallaba, indudablemente habría escapado á la persecución de los jinetes si su caballo no hubiera caído al chocar en la obscuridad contra las raíces salientes de un enorme árbol.

Fué tan brusca y tan violenta la caída, que don Cornelio salió por las orejas del caballo; y solamente la suavidad de la tierra en que tuvo la suerte de caer, evitó que se le rompieran los huesos. Por desgracia no pudo levantarse con tanta prontitud para impedir que uno de los jinetes que le perseguían le arrojara el lazo que se arrolló á su cuerpo.

¿De quién era prisionero el capitán? Esto era lo que ignoraba en la incertidumbre acerca de quienes eran los poseedores de la hacienda de San Carlos. Cuando pudo tenerse sobre sus piernas, oyó una voz que le dirigía esta difícilísima pregunta: ¿« España ó independencia »?

Durante el momento de silencio que don Cornelio guardó antes de responder categóricamente, se reunieron otros tres bandidos al hombre que lo había amarrado por los brazos, mientras que el quinto se ocupaba en coger al caballo fugitivo del capitán.

Un círculo amenazador se formó alrededor de don Cornelio.

Las caras de los que lo rodeaban eran por lo menos sospechosas y parecían de lo más siniestras.

— ¿« España ó independencia »? — repitió uno de ellos.

Ignorando qué partido seguían aquellos desconocidos y conminado tan bruscamente á enseñar su bandera, el capitán nada respondió otra vez á la nueva pregunta.

— ¡ Bueno! — dijo uno de los agresores — éste sin duda es el camarada de los otros dos; llevémoslo á la hacienda como á ellos.

A estas palabras don Cornelio fué colocado sin ceremonia en los brazos de otro, pues sus ligaduras le imposibilitaban para dar paso.

— ¡ Toma! — exclamó éste reconociendo el color de su piel. — ¡ Este es blanco!

— Blanco, negro y colorado; no falta más que un mestizo en la colección — agregó un tercero.

Así fué cómo supo el capitán que sus dos compañeros habían caído en una emboscada y que eran prisioneros lo mismo que él.

Ignoraba todavía, sin embargo, si se trataba de realistas ó de insurgentes, y resolvió asegurarse de ello.

— ¿ Qué quieren conmigo? — preguntó con voz emocionada.

— Poca cosa — respondióle un jinete: clavar tu cabeza en lugar de la de Lantejas.

— ¡ Caramba! — exclamó don Cornelio. — Soy yo quien soy el insurgente Lantejas enviado por Morelos á Oaxaca!

Carcajadas de salvaje risa acogieron esta declaración.

— ¡ Demonio! — dijo el quinto jinete reuniéndose á sus compañeros. — ¡ Qué me ha costado coger este maldito caballo! Por fortuna que vale la pena.

No era desconocida para el capitán esta voz; y esperó algo favorable. Pero muy pronto tuvo que renunciar á esta esperanza.

— ¡Alabado sea Dios! — exclamó el jinete. — Aquí está mi dolmán.

Don Cornelio no pudo menos de reconocer al pícaro que por la mañana encontrara tan de su gusto su dolmán bordado, en una palabra, al Gaspacho.

— ¡Qué feliz encuentro! Este dolmán está muy grande para Ud., amigo — continuó el bandido.

Y hablando así, el Gaspacho se quitaba sus vestidos usados; y era aquello muy significativo para que el capitán no lo comprendiera.

— Tal como está me gusta — se apresuró á decir el capitán.

— ¡Ta, ta! — respondió el bandido.

Y sin que don Cornelio se atreviera á oponerse, el Gaspacho le arrebató rápidamente el dolmán de los hombros.

— A fe que cuando ya no se tiene cabeza, es inútil el sombrero — dijo otro.

El sombrero del capitán siguió al dolmán y cuando ambos objetos pasaron á la cabeza y á los hombros de los bandidos, como nada quedaba ya que tentase su avaricia, le quitaron el lazo y recibió orden de seguir á sus capturadores; lo que hizo dócilmente pensando que la presencia del Gaspacho entre ellos, anunciaba que pertenecían á la banda de Arroyo.

— ¿Veré al capitán? — preguntó.

— ¿Qué capitán?

— ¡Arroyo!

— ¡Ah! ¿Tiene Ud. algo que hacer con él? ¡Es extraño! ¡Bueno! Ud. lo verá muy pronto.

Los bandidos se pusieron en marcha hacia la hacienda con el capitán en medio de ellos por distinto camino del que él siguiera la primera vez.

Al aproximarse al edificio, don Cornelio vió aún brillar tras los vidrios los extraños fulgores cuya naturaleza no había podido explicarse.

En efecto, eran extraños, pues un incendio interior habría hecho estallar desde mucho antes los vidrios y consumido la hacienda.

Bastó un cuarto de hora de marcha para llegar hasta ella.

La puerta estaba cerrada; y uno de los hombres que escoltaban al capitán la golpeó con el pomo de su sable, deslizando por la cerradura una palabra de orden que don Cornelio no comprendió.

Lo único que comprendió fué que llegaba el momento en que, de buen ó mal grado, debía cumplir la comisión que le llevara hacia Arroyo; y como con frecuencia sucede que el peligro en perspectiva es más espantoso que el peligro presente, se sintió al llegar, desembarazado de una parte de sus temores.

La puerta giró sobre sus grandes goznes para dar paso á la tropa de jinetes, en medio de los cuales don Cornelio entró bajo un sombrío vestíbulo y luego á un vasto patio.

En este patio brillaban los fuegos diseminados como en un vivaque y al rededor de los fuegos, destacábanse los hombres de caras espantosas como en número de cien, recostados sobre su dorso.

A lo largo de las paredes los caballos completamente ensillados, á excepción de los frenos que colgaban de los arzones de las sillas, pastaban su pienso de maíz en cañas de madera.

Por todos lados, los vivos fulgores de las numerosas hogueras, iluminaban haces de carabinas, de lanzas ó de espadas; y don Cornelio no pudo menos de temblar al aspecto de aquellos bandidos de saqueo y cuerda en su pintoresco cuanto terrible atavío.

La mayoría de ellos ni siquiera se dignó de conmoverse á la llegada de un prisionero más; sólo uno se recogió descuidadamente sobre el codo y preguntó al Gaspacho con qué fin lo habían enviado á batir la llanura á aquella hora de la noche.

— Se sospechaba — respondió el Gaspacho — que el ama de la casa que su marido decía estar ausente, acababa de escaparse por la ventana. Hemos buscado y regresaríamos con las manos vacías, si no hubié-

ramos encontrado por su suerte, á este espía del virrey que pretende hacerse pasar por nuestro camarada Lantejas.

— ¿Cómo por su suerte?

— ¡Demonio! Puesto que lo van á enviar al paraíso á rogar por el capitán y su mujer.

— ¡Ah! En efecto, ¡es chistoso!

El hombre se recostó.

Los compañeros del Gaspacho se reunieron á los soldados acostados en el patio; y don Cornelio subió solo con él las gradas de una larga escalera de piedra.

Llegados frente á una puerta tras la cual se oía un gran tumulto acompañado de gritos de dolor, el bandido la abrió y lanzó sin ceremonias á don Cornelio en medio de una gran sala, cuya atmósfera abrasada estuvo á punto de sofocarlo.

Dos ó tres tederos de hierro fijos en la pared y en los cuales había sendas antorchas de resina, arrojaban una luz pálida, pues su fulgor rojizo palidecía ante las llamas deslumbradoras de un barril de aguardiente que se quemaba. El calor, el olor de sangre y los efluvios del alcohol, cuyas llamas producían por fuera las claridades que tan singularmente brillaban tras los vidrios, se mezclaban de horrible manera en aquel salón. Sin embargo, no fué esto lo que más asombró al capitán, cuando sus ojos se fueron acostumbrando un poco á la claridad del aguardiente en combustión.

A través de una fila de espectadores que parecían asistir con el más vivo placer á la escena que se representaba ante sus ojos, el capitán vió á un desgraciado desnudo y atado á una escala que se apoyaba contra la pared. Un hombre de aspecto feroz y en cuyo rostro inflamado se reflejaban los fulgores violáceos que lanzaba el aguardiente al quemarse, vapuleaba con un fuste de cuero de varias ramas y con golpes redoblados en las espaldas del paciente y de cuando en cuando se limpiaba en la pared la sangre que saltaba hasta sus manos. Según las innumerables manchas que ensuciaban la pared, podía

creerse que aquel cruento suplicio duraba desde hacía tiempo ó que había sido infligido á muchas víctimas. Al lado de este hombre á quien Lantejas tomó por un verdugo de profesión, una mujer de aspecto más odioso aún que el de aquel miserable, excitaba con sus gritos á redoblar la crueldad; y sin embargo, bien sabe Dios que el flagelador no necesitaba que lo alentaran!

Viendo el Gaspacho que no hacían caso de él, exclamó al cabo de algunos momentos:

— ¡Señor capitán! Le traigo al compañero del negro y del Indio.

Con gran sorpresa de don Cornelio, respondió á este título de capitán, el hombre á quien tomara por verdugo de profesión.

— ¡Está bueno! Luego voy á él, cuando este *coyote* haya confesado en dónde están sus tesoros y su mujer.

El fuste silbó de nuevo sobre las carnes del paciente sin que dejara oír sino sordos gemidos.

Se habrá adivinado sin dificultad por las palabras de Arroyo que la víctima de su barbarie no era otro que el yerno de don Mariano Silva, don Fernando Lacarra.

Era en efecto el pobre joven que se dejaba matar bajo el látigo antes de indicar el punto en que depositara á su esposa y sus riquezas, no porque asignara á éstas el mismo valor que á aquélla, sino porque en el mismo lugar se ocultaban una y otras.

Insensible á este doloroso espectáculo, el Gaspacho, después de advertir al capitán de la llegada de don Cornelio, salió del salón para reunirse á sus compañeros que vivaqueaban en el patio.

En cuanto al capitán, el horror había hecho presa de él; y sus piernas temblorosas casi se negaban á sostenerle de pie.

Aparte de la profunda compasión que le inspiraba la suerte espantosa de don Fernando, pensó que Costal, su intrépido defensor, estaba muerto sin duda lo mismo que Clara; y que no tardaría en llegarle también su turno.

En tanto que rodaba en su espíritu una ola de tristes pensamientos, un hombre á quien los turbados ojos de don Cornelio no habían visto aún, hombre de mirada torva como la del chacal, avanzó hacia él con el tortuoso paso de ese animal feroz.

Aunque su aspecto nada tuviera de tranquilizador, parecía sin embargo menos feroz que sus feroces compañeros : y don Cornelio le vió acercarse casi con júbilo.

Aquel júbilo no habría de ser sino de un momento.

Cuando el personaje del ojo bizco se halló cerca del capitán :

— Mi buen amigo — le dijo en tono zumbón — sus vestidos son demasiado ligeros, me parece, para presentarse ante personas de distinción.

Lantejas, en efecto, gracias al desprendimiento de los bandidos, apenas tenía su camisa y las calzoneras demasiado maltratadas por su brutalidad. Aunque el hipócrita acento comenzó á inspirarle casi tanto terror como el aspecto irritante del otro jefe, pensó que el tiempo era demasiado precioso para seguir temblando sin explicarse.

— ¡ Señor capitán ! — exclamó.

Pero el jefe de cara de chacal le interrumpió :

— ¡ Llámeme Ud. señor coronel de los coroneles ! Es un título al cual tengo tanto más derecho cuanto que me lo he conferido por mi autoridad exclusiva y nadie tiene poder para quitármelo.

— Señor coronel de los coroneles, si sus hombres no hubieran tenido el cuidado de despojarme de un hermosísimo dolmán bordado y de un sombrero de vicuña galoneado de oro, Ud. me encontraría menos ligeramente vestido. Pero no es de esto de lo que se trata : tengo otros agravios más serios que exponer.

— ¡ Diablo ! mi buen amigo ; un dolmán bordado y un sombrero de vicuña galoneado de oro, es importante y eso debe de hallarse : son dos cosas que precisamente me hacen falta...

— Me quejo de una violencia injustificada. Me llamo

Lantejas, estoy al servicio de la junta de Zitácuaro bajo las órdenes del ilustre Morelos y soy capitán como lo prueba mi comisión...

Un pensamiento repentino y terrible interrumpió á don Cornelio. Acababa de acordarse por la primera vez que su comisión, sus despachos, sus cartas de crédito, todo, en una palabra, se encontraba entre el forro de su chaleco que tan rápidamente le habían robado.

— ¡ Ud. se llama Lantejas, mi buen amigo ! — exclamó el coronel de los coroneles con pasmo. — Esta es buena fortuna... (el capitán respiró) para nosotros y Ud. se va á convencer de ello.

Este diálogo se verificaba cerca de una mesa recubierta con un zarape de lana que el jefe de los bandidos levantó ; y don Cornelio tembló al ver tres cabezas que descansaban sobre ella.

— Tenga, mi buen amigo, aquí está la cabeza de nuestro amigo Lantejas que acabamos de descolgar con las otras dos del portón de la hacienda del Valle. ¿ Concibe Ud. cuánta felicidad es... para nosotros poder poner en lugar de la cabeza del Lantejas insurgente la del Lantejas realista ?

— ¡ Pero esta es una equivocación ! — exclamó el capitán enjugándose con el dorso de la mano el frío sudor que brotaba de su frente. — ¡ Tengo el honor de servir la causa de la independencia !

— ¡ Bah ! Todo el mundo dice lo mismo, amigo mío ; y á menos de pruebas evidentes...

— Esas pruebas están entre el forro del dolmán que me quitaron.

— ¿ Quién cogió ese dolmán ? — preguntó el jefe.

— El Gaspacho — respondió el capitán que sabía el nombre del que lo había llevado.

— ¡ Esa sí que es mala suerte ! — exclamó el coronel de los coroneles. — El Gaspacho recibió órdenes de salir á toda prisa para Las Cruces. ¿ Quién sabe si vendrá hasta dentro de ocho días ? A Ud. le quitarán la cabeza y á mí el dolmán que tan bien me habría venido porque

somos de la misma estatura. ¡Vamos; yo pierdo más que Ud., mi buen amigo!

Un grito terrible resonó en la sala; era el último grito del desgraciado á quien flagelaban: se confesó vencido y se desvaneció. En aquel instante el barril de aguardiente inflamada arrojó un último fulgor y se apagó. A la rojiza claridad de las antorchas, el capitán ya no vio sino sombras vagas que dijéranse sombras de demonios. En medio de una atmósfera calentada por el alcohol, y entre aquellas sombras, distinguió la del feroz capitán que avanzaba hacia él como el jaguar que relame sus saugrientas fauces; y oyó una voz ronca que decía:

— ¡Que traigan al espía mientras el otro se reanima!

— Aquí está compañero — respondió Bocado y avanzaron el uno hacia el otro llamándose por sus nombres.

— Vamos, mi buen amigo, ahora le toca á Ud. Naturalmente, el látigo le hará confesar que Ud. es espía del virrey; después, naturalmente también, se le quitará la cabeza. Así pues, le aconsejo que lo confiese todo desde luego.

Mientras Bocado hablaba de tan espantosa manera, Arroyo con el rostro resplandeciente por el horrible placer que acababa de darse, contemplaba á Lantejas con ojos chispeantes.

— ¡Confíeselo todo inmediatamente — le dijo — y que esto acabe! ¡Estoy cansado!

— Señor Arroyo — exclamó don Cornelio — soy capitán y enviado por Morelos para transmitirle...

El capitán no se atrevió á cumplir la parte de su comisión relativa á las severas advertencias que se le había encargado de llevar á los dos sanguinarios jefes.

— ¡Las pruebas? — dijo Arroyo.

— ¡Me han robado mis papeles!

— Tanto peor para Ud. ¡Hola! ¡Mujer! — continuó el jefe. — Ven acá: tú te encargarás con el látigo de hacer confesar á este espía los culpables designios que le trajeron entre nosotros.

— En el acto — respondió la marimacho á quien don

Cornelio había visto al entrar y que no era otra sino la mujer de Arroyo. — El coyote se reanima y confiesa.

— Que lo traigan aquí — replicó el guerrillero.

Se apresuraron á ejecutar esta orden; desataron al paciente y lo llevaron, pues no podía sostenerse. Era un joven como de treinta años á quien cruentos dolores desfiguraban el noble rostro.

— ¿Dónde están tus tesoros? — le preguntó la marimacho.

— ¿Dónde está tu mujer? — preguntó el marido.

Ante esta pregunta su horrorosa compañera le lanzó una mirada de odio á la que él respondió:

— La mujer me valdrá de su padre un magnífico rescate; y sólo por eso la quiero.

El joven español indicó con voz apenas articulada, la escondida recámara de la hacienda. Aquella pieza había escapado á las investigaciones de los que exploraban con antorchas la terraza y los corredores. Dejaron de ocuparse en el capitán para correr al cuarto indicado; y algunos momentos después regresó Bocado. Anunció el encuentro de un barril de pesos; [pero la mujer había desaparecido.

A esta noticia, un relámpago de inmensa alegría brilló en el rostro demacrado del pobre joven, á quien sus tesoros parecían importarle poco con tal de que su esposa se salvara de los ultrajes de los bandidos. La emoción que experimentó, lo hizo desvanecerse otra vez. Don Cornelio se acordó del blanco fantasma que había visto huir á través de los árboles; y no dudó de que fuera la presa que en vano buscaban. Sin embargo, transcurridos algunos instantes, se sintió otro. Los violentos vapores del alcohol que llenaban la sala, el acre olor de las antorchas de resina, se le subían al cerebro, á él, que en su vida había gustado de los licores fuertes? No lo sabemos. Pero el hecho es que se sentía animado por una chispa de aquel fuego que le comunicaban los ojos flameantes de Galeana, cuando combatía á su lado bajo la égida de su terrible lanza.

— ¡ Señor Arroyo ! — exclamó don Cornelio con una voz cuyo tono le asombró á él mismo — y Ud. que se hace llamar el coronel de los coroneles, Udes. respetarán al enviado de Morelos que tiene encargo de decirles que si Udes. continúan deshonrando con inútiles crueldades la santa causa por que combatimos, como cristianos sin miedo y no como bandidos, los descuartizará en cuatro cuartos que se expondrán en los cuatro puntos cardinales.

A esta terrible é injuriosa amenaza, los ojos de Arroyo brillaron de cólera y de rabia. Bocado se turbó y palideció al oír el nombre de Morelos; y el capitán, asustado de su propia audacia, pero queriendo aprovecharla antes de que se le desvaneciese, continuó :

— Que vengan aquí el negro y el Indio, prisioneros como yo; y si ellos no reconocen que yo soy don Cornelio Lantejas, consiento.....

Arroyo saltó hacia el capitán; y con ronca voz :

— ¡ Desgraciado de Ud. si su lengua miente ! — le dijo.

— ¡ Se la arrancaré para abofetear las mejillas de un impostor !

El capitán se encontraba lanzado á alturas desconocidas; y respondió á esta amenaza con una soberbia sonrisa.

Un minuto después, Clara entró en la sala.

— ¿ Quién es este hombre, perro de negro ? — gruñó el feroz Arroyo.

El negro sonrió de la inteligencia que iba á desplegar; y con aire satisfecho, enseñó sus dientes blancos entre su rostro negro.

— ¡ Es el señor don Lucas Alacuesta, caramba ! — respondió.

Arroyo exhaló un rugido de alegría, cuando Clara, obediente esta vez á las órdenes del capitán, pronunció el nombre por el cual había reemplazado el siempre fatal nombre de Lantejas.

— También tengo otro — replicó sin perder nada de la fiereza de su actitud.

— Don Cornelio Lantejas — agregó Clara.

— ¡ Las pruebas, las pruebas ! — exclamó el guerrillero paseándose como el tigre dentro de su jaula, á vista de espectadores á quienes no puede devorar. — ¡ Las quiero inmediatamente !

Un tumulto violento se dejó oír detrás de la puerta; y entre los confusos gritos, resonaba la voz tonante de Costal. Un hombre abrió y el Indio Zapoteca se lanzó á la mitad de la sala con un cuchillo ensangrentado en la mano y arrollados al brazo izquierdo á guisa de escudo unos vestidos cuya forma no podía distinguirse. Costal se volvió para ponerse frente á sus agresores; pero éstos quedaron inmóviles ante su jefe y uno de ellos dijo que el Indio acababa de matar á puñaladas á uno de los suyos.

— Lo hice para recobrar lo mío, — respondió Costal — ó por mejor decir, lo del capitán Lantejas; y helo aquí.

Y diciendo estas palabras el Zapoteca desenrolló de su brazo el dolmán cuya pérdida destruía las afirmaciones de don Cornelio, quien recibió con una alegría fácil de concebir aquel inesperado favor de la suerte.

— ¡ Aquí están mis pruebas ! — exclamó, apresurándose á sacar sus despachos á través de una enorme abertura que el cuchillo de Costal había hecho en el dolmán antes de llegar al cuerpo del Gaspacho. El puñal los había atravesado de parte á parte y estaban empapados en la sangre del ladrón; pero constituían suficiente prueba de la identidad del capitán y de la verdad de sus aserciones.

Los nombres de Galeana y de Morelos fueron para él, en medio de aquella guarida de bandidos, como el soplo de Dios para Daniel en la cueva de los leones.

Los dos feroces guerrilleros se inclinaron ante esos nombres temidos y respetados.

— Váyase enhorabuena — dijo Arroyo — pero, créame, jamás se vanaglorie delante de nadie de haber usado conmigo el arrogante lenguaje con que me habló. — En cuanto al Señor Morelos, dígame Ud. que cada uno

combate según su modo de ser y que, á pesar de sus amenazas, no cambiaré el mío.

— A Ud para nada le servirá este dolmán — agregó Bocardo — mientras que yo puedo hallar modo de acomodármelo.

Arroyo lanzó una mirada de desprecio á su compañero; y después de aquellas despedidas que revelaban el carácter de los dos bandidos, el primero dió orden de devolver á los tres prisioneros, las armas y los caballos que les habían quitado. En seguida agregó :

— Que monten seis para traerme á la fugitiva. Enfrenen mi caballo porque yo iré con ellos; y Ud. también, Bocardo, Ud. me acompañará.

Bocardo nada replicó; no así la mujer de Arroyo.

— ¿Qué tienes que hacer con esa correntona? — dijo en tono agrio. — ¿Acaso no tienes el barril de pesos?

— Ya te he dicho para qué la quería — replicó con los ojos chispeantes de cólera y de deseo — para sacar buen rescate de su padre. Tú te quedarás aquí para vigilar el tesoro. Yo iré — añadió lanzando una blasfemia — y te parecerá bien, si no...

El bandido sacó su puñal con un gesto tan amenazador que la mujer no se atrevió á oponerse á la voluntad de su marido.

Mientras tanto, don Cornelio y sus dos compañeros se apresuraron á dejar la hacienda para llegar al lago de Ostuta. — Eran ya las diez y la luna saldría á media noche.

En cuanto al desgraciado don Fernando, nadie pensaba en prodigarle los cuidados que exigía su horrible estado.

Pero antes de acompañar á don Cornelio al misterioso lago y á la montaña encantada, volvamos á Gaspar, el mensajero de Gertrudis, al Zapote su compadre y al coronel Tres Villas á quien hemos dejado entre los bosques de bambú del río.

CAPÍTULO VI

DONDE JUAN EL ZAPOTE SIENTE VACILAR SU VIRTUD

Hemos dicho que Caldelas y don Rafael habían fortificado la hacienda del Valle hasta hacerla capaz de resistir á todas las fuerzas de la insurrección en la provincia. Además de tres piezas de campaña suministradas por el gobernador de Oaxaca, don Rafael había obtenido que el gobierno español corriera con el pago de los hombres de la guarnición, cuyo número era más ó menos de cien, y dejándole como comandante en jefe.

Esta carga, poco onerosa por lo demás al tesoro del virrey, habría excedido sobre los recursos del coronel; su fortuna, aunque bastante considerable, no habría sido suficiente, como podía calcularse, para el mantenimiento y equipo de sus soldados durante cerca de dos años.

El sueldo era para él mismo muy módico; pero los derechos de peaje pagados por todo el comercio que se hacía entre Puebla y Oaxaca y que recogía el comandante de la hacienda, lo doblaban y aun más, de donde resultaba que la guarnición ni pensara en quejarse de la prolongación ni de las fatigas de un servicio tan bien retribuido.

El teniente Veraegui, hombre bravo, emprendedor y

combate según su modo de ser y que, á pesar de sus amenazas, no cambiaré el mío.

— A Ud para nada le servirá este dolmán — agregó Bocardo — mientras que yo puedo hallar modo de acomodármelo.

Arroyo lanzó una mirada de desprecio á su compañero; y después de aquellas despedidas que revelaban el carácter de los dos bandidos, el primero dió orden de devolver á los tres prisioneros, las armas y los caballos que les habían quitado. En seguida agregó :

— Que monten seis para traerme á la fugitiva. Enfrenen mi caballo porque yo iré con ellos; y Ud. también, Bocardo, Ud. me acompañará.

Bocardo nada replicó; no así la mujer de Arroyo.

— ¿Qué tienes que hacer con esa correntona? — dijo en tono agrio. — ¿Acaso no tienes el barril de pesos?

— Ya te he dicho para qué la quería — replicó con los ojos chispeantes de cólera y de deseo — para sacar buen rescate de su padre. Tú te quedarás aquí para vigilar el tesoro. Yo iré — añadió lanzando una blasfemia — y te parecerá bien, si no...

El bandido sacó su puñal con un gesto tan amenazador que la mujer no se atrevió á oponerse á la voluntad de su marido.

Mientras tanto, don Cornelio y sus dos compañeros se apresuraron á dejar la hacienda para llegar al lago de Ostuta. — Eran ya las diez y la luna saldría á media noche.

En cuanto al desgraciado don Fernando, nadie pensaba en prodigarle los cuidados que exigía su horrible estado.

Pero antes de acompañar á don Cornelio al misterioso lago y á la montaña encantada, volvamos á Gaspar, el mensajero de Gertrudis, al Zapote su compadre y al coronel Tres Villas á quien hemos dejado entre los bosques de bambú del río.

CAPÍTULO VI

DONDE JUAN EL ZAPOTE SIENTE VACILAR SU VIRTUD

Hemos dicho que Caldelas y don Rafael habían fortificado la hacienda del Valle hasta hacerla capaz de resistir á todas las fuerzas de la insurrección en la provincia. Además de tres piezas de campaña suministradas por el gobernador de Oaxaca, don Rafael había obtenido que el gobierno español corriera con el pago de los hombres de la guarnición, cuyo número era más ó menos de cien, y dejándole como comandante en jefe.

Esta carga, poco onerosa por lo demás al tesoro del virrey, habría excedido sobre los recursos del coronel; su fortuna, aunque bastante considerable, no habría sido suficiente, como podía calcularse, para el mantenimiento y equipo de sus soldados durante cerca de dos años.

El sueldo era para él mismo muy módico; pero los derechos de peaje pagados por todo el comercio que se hacía entre Puebla y Oaxaca y que recogía el comandante de la hacienda, lo doblaban y aun más, de donde resultaba que la guarnición ni pensara en quejarse de la prolongación ni de las fatigas de un servicio tan bien retribuido.

El teniente Veraegui, hombre bravo, emprendedor y

activo, encargado del mando en ausencia del coronel, se había contentado desde hacía tiempo con mantenerse á la defensiva, hasta el momento que supo é hizo saber á don Rafael que la guerrilla de Arroyo estaba de regreso en la provincia. Resolvió entonces acabar con ella si era posible.

Sin embargo, como era muy interesado y por bravo que fuese, era poco escrupuloso, no se había dado prisa en poner sus proyectos en ejecución. Quiso dejar que Arroyo se enriqueciera y engordara con el pillaje, para obtener á la vez honor y provecho de la derrota del guerrillero. En su calidad de español, poco le importaba que desollaran á los criollos, si el fruto de las rapiñas de Arroyo debían engrosar su botín. Sus soldados participaban en un todo con su manera de apreciar las cosas; y esto explicará por qué se había limitado hasta entonces á la salida en que mató ó prendió una decena de bandidos.

En estas disposiciones de neutralidad filosófica se hallaba el teniente Veraegui cuando recibió un mensaje del gobernador de Oaxaca en la mañana del mismo día en que don Rafael burlaba la persecución de los hombres de Arroyo.

El mensaje le intimaba la orden de acabar lo más pronto posible con los pillos que infestaban la provincia; y le anunciaba la llegada aquella misma tarde, de un refuerzo de sesenta hombres de las milicias locales.

El catalán renegó algo al recibir esa orden que le obligaba á disminuir sus beneficios precipitando la ejecución de sus proyectos; pero no pensó en desobedecer ni por un momento. Sólo su humor, naturalmente poco sufrido con los insurgentes, se hizo agrio con este contra-tiempo; y nada bueno presagiaba para los que tuviesen la desgracia de caer entre sus manos.

Si se agregan á la orden de acabar lo más pronto posible con la banda de Arroyo, las noticias de la marcha próxima de Morelos sobre Oaxaca, la del levantamiento del sitio de Huajapam y la completa derrota de los sitia-

dores, se concebirá cuánto se reprochó el teniente catalán la suavidad que usara con los cuatro bandidos que hizo colgar del pescuezo, en lugar de colgarlos por los pies como sus tres compañeros.

Cerca de una hora después del paso del capitán Lantegas frente á la hacienda del Valle y sólo algunos instantes después de que, gracias á las sombras de la noche, fueron quitadas por orden de Arroyo las cabezas clavadas en la puerta, dos individuos se aproximaron á los muros almenados de la mansión de don Rafael.

Aquellos hombres eran el mensajero Gaspar y su compadre Juan el Zapote que esperaron la obscuridad para deslizarse hasta la hacienda, por temor de caer de día, en manos de los guerrilleros que la bloqueaban.

Se habían mantenido ocultos hasta la caída del sol; y fué tanto menor el riesgo que corrieron de ser prendidos por las gentes de Arroyo, cuanto que se sabe que éste las llamó todas para concentrarlas sobre San Carlos.

— ¡No veo á nadie á nuestro al rededor, caramba! ¡Todo está desierto aquí! — dijo el Zapote cuando llegaron á la gran alameda de fresnos que conducía á la hacienda. — Según todas las probabilidades, mis ex-compañeros han levantado el sitio. ¿Por qué?

— Poco nos importa — respondió Gaspar — lo esencial es que nos hallemos seguros entre estos árboles y que dentro de un minuto estemos en la hacienda.

— Es igual; pero me gusta darme cuenta de las cosas de este mundo.

— ¡Bah! marchemos siempre — dijo Gaspar.

— Poco á poco, compadre; hay que tomar precauciones. Si la virtud es lucrativa, aún es preciso practicarla con inteligencia, y mi talento... todo militar sería sospechoso á los centinelas: un balazo se suelta con tanta rapidez...

— El hecho es, mi querido Zapote, que tienes tal demonio de cara, que debías tratar de quitártela.

— Es la mala compañía que se ha descolgado sobre mí. ¡He sufrido tantas desgracias!

— ¡Y bien! Voy á acercarme solo y á darme á conocer

del centinela; en seguida te introduciré como un partidario ferviente de don Rafael Tres Villas y que se ofrece para libertarlo.

— Exactamente, con tal de que el coronel viva todavía.

— ¿Quién va? — gritó la voz estentórea de un centinela.

— ¡Gente de paz! — replicó Gaspar avanzando sólo él, en tanto que su compañero, por exagerada desconfianza de su fisonomía marcial, pues que era de noche, se colocaba instintivamente tras el tronco de un grueso fresno.

— ¡Pase de largo! — exclamó el centinela.

— Traigo noticias importantes del coronel Tres Villas — dijo Gaspar.

— Y queremos comunicarlas al teniente Veraegui — añadió el Zapote sin mostrarse.

— ¡Ah! ¿Cuántos son Udes.?

— Dos — respondió Gaspar al centinela.

— Avancen pues.

Los dos hombres franquearon la alameda de fresnos después de la cual la puerta se abrió ante ellos; y solamente el Zapote, entre todos sus antiguos compañeros de armas que bloqueaban la hacienda, sólo él pudo ver el interior de la fortaleza.

Formaban un baluarte, sacos de tierra apilados tras la muralla, de unos diez pies de largo y de altura suficiente para que los soldados, de pie sobre este contrafuerte, pudiesen combatir al abrigo del fuego de los sitiadores. Las almenas, que no eran otra cosa que la prolongación de las pilastras, acababan de dar aspecto de plaza fuerte á la hacienda del Valle.

Solamente una pieza de artillería se había colocado sobre el contrafuerte. Las otras dos, atacadas hasta la boca, descansaban sobre sus soportes tras el portón, apercebidas para cualquier evento exterior; ó bien para vomitar doble ola de metralla en toda la extensión de la alameda, con solo abrir los postigos.

Se habían practicado además cerca de aquella puerta muchas troneras para la defensa de cerca, troneras que también se abrieron á todo lo largo de las paredes.

El teniente Veraegui estaba ocupado en jugar á las cartas en su recámara situada en el piso bajo, con un joven alférez. A su lado, sobre la mesa, se alzaba una botella del formidable aguardiente de Barcelona, patria del oficial, blanca y fuerte como el alcohol, escoltada por dos vasos y una pila de purós de la Habana.

Juan el Zapote no pudo menos de estremecerse cuando de los ojos del teniente, encastillados bajo espesas cejas ya algo canosas como sus largos mostachos, brotó una mirada inquisidora que lo envolvió todo entero.

Era el catalán un soldado de suerte, rudo y grosero desde sus principios, grueso, tallado más bien para llevar la armadura que el uniforme de paño.

Del examen del Zapote, pasaron los ojos del teniente al de Gaspar, de cuyo rostro se acordó inmediatamente.

— ¡Ah! ¿Es Ud.? — dijo dirigiéndose á este último. — ¿Ha visto Ud. al coronel y me trae noticias suyas? ¿Es él, á Dios gracias, de los que escaparon del desastre de Huajapam?

— Yo no sé á qué asunto se refiere Ud. Todo lo que puedo decirle es que hace algunas horas que los bandidos de Arroyo lo están batiendo en el bosque, entre el camino de Huajapam y el Ostuta.

— ¡Y es hasta ahora, al cabo de muchas horas cuando no es necesario sino una para venir aquí, que viene Ud. á avisarme de los peligros que corre mi coronel! — exclamó el viejo teniente con desconfianza y cólera.

— Yo mismo estaba perseguido como él por los bandidos con mi compadre que está aquí; y no hemos podido escaparnos antes.

— ¡Ah! le pido perdón, lo mismo que á su compadre á quien más bien habría tomado por amigo que por enemigo de Arroyo. ¿Dónde diablos he visto yo su cara, mi amigo?

— Yo he viajado mucho — respondió el Zapote — y no es extraño...

— ¿Y el coronel les rogó que vinieran conmigo? — interrumpió Veraegui.

— Yo lo encontré sin conocerlo; hasta después supe que era él.

— Pues esto sí que es incomprensible — replicó el catalán, cuya mirada se hizo aún más desconfiada.

Gaspar refirió al teniente cómo, en los momentos en que él mismo huía con su compadre, el coronel había saltado delante de ellos desde un árbol y cómo se habían separado sin conocerlo. Hasta allí todo iba bien; pero el narrador se había descarriado por un camino peligroso para el Zapote; le quedaba por explicar cómo había sabido éste por sus antiguos camaradas que el fugitivo que habían visto era el mismo don Rafael.

Gaspar vacilaba; y las miradas llenas de desconfianza del teniente iban de uno á otro de ambos compañeros. El Zapote fué resueltamente en ayuda de su compadre.

— Mi compadre — dijo — no se atreve á decir toda la verdad por precaución de lo que me pueda suceder; pero yo la diré en su lugar. Esto es lo que ha pasado: al salir de aquí para reunirse al señor don Rafael Tres Villas en Huajapam, los ojeadores de Arroyo prendieron á mi compadre, lo llevaron á su campo y estuvo en grave riesgo de perder la vida... si por consideración á nuestro compadrazgo y por amistad no hubiera yo consentido en salvarlo con peligro de acabar mis días.

— ¿Ud. estaba entonces en el campo de Arroyo? — exclamó el teniente.

— A veces se ve un cordero entre los lobos — respondió el Zapote en tono compungido.

— Sí; cuando el cordero parece lobo, hay que desconfiar.

— Contra pecado, misericordia; yo era un cordero extraviado y se acabó.

— ¡Hum! un cordero que aulla con garras y dientes afilados. En fin, continúe Ud.

— Yo siempre he amado la virtud — replicó el Zapote — y en mi calidad de hombre de bien, me hallaba desterrado entre todos aquellos bandidos, cuando mi compadre vino á ofrecerme la oportunidad de huir virtuosamente.

La gran palabra *virtud* que el Zapote hacía pasar tan pomposamente por las formas del sustantivo, del adjetivo y del adverbio, parecía tan malsonante en su boca, que el catalán exclamó:

— ¡Demonio! ¡este acto de virtud debía serle muy lucrativo!

— Nada es lucrativo como la honradez, es mi axioma; siempre, es verdad, que si no hubiera servido bajo las órdenes de Arroyo, los viejos compañeros que encontré en el bosque no me habrían dicho que el fugitivo á quien no conocíamos era don Rafael, no habría venido á avisarle del peligro que corre y mi compadre hubiera sido ahorcado ó fusilado.

— Es verdad como el Evangelio — dijo Gaspar.

— Además — agregó el Zapote — si el coronel ha logrado salvarse como lo espero, será gracias al consejo que le di de refugiarse entre los bambúes del Ostuta.

— ¿En qué lugar? — preguntó Veraegui.

El Zapote le describió detalladamente el lugar; y agregó por último:

— Por lo demás, tendré el honor de conducirlo allí yo mismo.

— Es decir que Ud. y su compadre se quedarán como rehenes hasta el regreso del coronel. Desconfío por temperamento de las ovejas que han vivido mucho tiempo con los lobos. Si el coronel vive, Udes. vivirán; si ha muerto... ¡Que se lleven á estos dos hombres y que se les ponga centinela de vista! — dijo el teniente sin concluir su frase.

— ¡Qué! ¿Yo también? — exclamó el honrado Gaspar con un asombro poco tranquilizador para su compadre.

— ¡Tanto peor para Ud.! Debía Ud. acordarse del proverbio: « *Más vale ir solo que mal acompañado.* »

Los soldados llevaron á Gaspar y al Zapote, muy desconcertado éste, á pesar de su axioma, de ver tan mal pagado su primer acto de virtud.

El teniente se echó un trago de su refino de Cataluña.

— ¡ Por las llagas de Cristo! — exclamó. — Esta noche acabaré con los bandidos de Arroyo y daré á los chacales y á los buitres una ralea que les alcanzará para hartarse durante quince días!

A sus órdenes, el alférez tiró las cartas y corrió para alistar un destacamento de treinta hombres para ir á paso moderado en socorro del coronel y batir las orillas del río.

En este momento el cuerpo de milicias locales cambiaba con los centinelas del contrafuerte las palabras de orden y de reconocimiento. El gobernador cumplía su palabra.

Este nuevo incidente retardó la partida del destacamento; y mientras que el teniente Veraegui toma sus disposiciones para un ataque general, no dejando en la hacienda sino el número de hombres rigurosamente necesario para guardarla, diremos también en muy pocas palabras lo que había sido de don Rafael.

Desde lo intrincado de la selva en que hallara asilo, el coronel había visto por entre los troncos de bambú, los movimientos del campo de Arroyo, luego, levantarse el mismo campo y á los guerrilleros abandonar las orillas del río.

Entonces, cuando se hizo enteramente de noche y brillaban las más tardías estrellas en lo alto del cielo, el coronel salió de su escondite y miró atentamente á su alrededor. Todo estaba silencioso á lo largo del río; pero de repente aquel silencio fué turbado por tres hombres que pasaban el vado y luego por otros dos que seguían el mismo camino. Eran los primeros el capitán Lantejas con sus dos acólitos; y los dos bandidos que llevaban al capitán las cabezas de sus tres soldados.

El primer cuidado del coronel cuando se vió solo, fué

regresar al lugar del bosque en que había atado al Roncador.

Como su amo, el caballo también había escapado á las investigaciones de los hombres de Arroyo; pero el pobre animal estaba tan extenuado de fatiga y sobre todo de sed, que el coronel hubo de dirigirse á las orillas del río para abreviarlo.

La prudencia se lo aconsejaba también, pues el Ostuta estaba desierto; don Rafael lo sabía, é ignoraba si los alrededores de la hacienda del Valle se hallaban todavía vigilados.

Mientras que el caballo desbridado hallaba hermosa pastura en la verde hierba de las orillas del río, don Rafael, oculto otra vez entre la maleza, distinguió á un hombre que se preparaba para atravesar á pie el vado del río para llegar al lado en que él se hallaba.

El hombre iba solo; y quien quiera que fuese, don Rafael resolvió no dejarlo pasar sin interrogarlo. Apenas el peón puso pie en la ribera, el coronel sable en mano, corrió hacia él ordenándole que lo esperara y asegurándole que nada tenía que temer.

El hombre pareció sin embargo asustarse muchísimo de esta conminación y de la repentina presencia del coronel, cuya enorme espada y cuyos vestidos fangosos y desgarrados, es preciso confesar que nada tenían de tranquilizador.

— ¡ Señor Dios! — exclamó el hombre. — Deje Ud. pasar á un criado que va en busca de auxilio para sus amos!

— ¿ Quiénes son sus amos? — preguntó el coronel con dulzura.

— Los de la hacienda de San Carlos.

— ¿ Don Fernando Lacarra y doña Mariana Silva (1)?

— ¿ Los conoce Ud. ?

(1) En México la mujer casada conserva el nombre de su padre, contra la costumbre de Francia en donde las casadas llevan el nombre de sus maridos.

— ¿Están en peligro?

— ¡Ay! — replicó el criado. — Su casa fué pillada y yo he oído los gemidos de mi amo bajo el látigo de Arroyo...

— ¡Qué, aún ese miserable! — interrumpió don Rafael con violencia.

— Siempre es él cuando hay un crimen que cometer.

— ¿Y su ama doña Marianita?

— Para arrancarle la revelación del lugar en que está oculta flagela el bandido á mi amo; felizmente pude sustraerla á su brutalidad ayudándola á huir por la ventana de la recámara en que estaba escondida. Después huí tras ella y vengo á pedir auxilio á la hacienda del Valle, cuyos generosos defensores no permitirán que se violen las leyes de la guerra.

— ¿Están entonces libres los alrededores? — preguntó el coronel.

— Sin duda. Toda la tropa de los bandidos se concentró á San Carlos.

— ¡Pues bien! ¡Venga conmigo! — exclamó don Rafael; y prometo una venganza tan pronta como sangrienta!

Sin explicarse más, el coronel enfrenó su caballo, lo montó en pelo (se recordará que había abandonado la silla en el bosque) y ayudó al criado á saltar á la grupa. En seguida, se alejaron al trote.

— ¿Y en qué lugar se habrá refugiado su ama? — preguntó don Rafael al cabo de algunos instantes de silencio.

— En la turbación en que me hallaba, no pensé en indicarle la hacienda adonde vamos. Hice que buscara refugio en los bosques vecinos de San Carlos; pero lo importante es que haya podido escapar á las garras de Arroyo. ¡Pobre joven! ¡Era tan feliz esta mañana! — replicó el criado exhalando un suspiro. — Esperaba en todo el curso de este día fatal á su padre y á su hermana á quienes no ha visto desde hace como un año.

El coronel tembló de pies á cabeza.

— ¿Está Ud. seguro de que don Mariano y doña Gertrudis debían venir? — preguntó con angustia.

— Una carta anunciaba su llegada para hoy, al menos. — ¡Con tal de que no caigan en las garras de estos hombres sanguinarios! — ¡Y decir que este Arroyo es un viejo servidor del padre de mi pobre ama!

— ¡Esperemos! — dijo el coronel con esfuerzo.

— Puede ser que la debilidad de doña Gertrudis haya causado un retardo de dos ó tres días en su viaje, lo que sería gran felicidad.

— ¿Qué dice Ud.? ¿Doña Gertrudis estaba pues enferma?

— ¡Y qué! — respondió el criado de don Fernando. — Ud. que parece conocerla ¿ignora pues que ella no es hoy sino una sombra de sí misma, y que una secreta pena la mina y la devora?... ¿pero qué tiene Ud. que tiembla así? — replicó al sentir bajo su brazo que pasaba alrededor del coronel, las sacudidas nerviosas que agitaban á éste.

— No es nada — dijo precipitadamente don Rafael. — Y dígame.... ¿se conoce la causa.... de esa pena tan profunda?

— ¿Y quién no la sabe? Doña Gertrudis amaba á un joven oficial hasta el grado, dicen, de no haber vacilado en hacer voto de cortarse su cabellera, si aquel á quien amaba se salvaba de un gran peligro. El sacrificio se consumó; y sin embargo el que tal vez debía la vida á sus oraciones, la olvidó.

— ¿Y bien? — replicó don Rafael con voz entrecortada.

— ¡Y bien! La pobre joven se muere lentamente por este olvido... y eso es todo! ¡Ah! señor caballero, Ud. está enfermo, le digo — continuó el criado. Siento que su corazón salta bajo mi brazo como si quisiera salir del pecho. Sosiegue Ud. el paso del caballo.

— Es verdad; me ahogo! — respondió penosamente don Rafael. Sufro de palpitaciones... de...

El coronel vacilaba sobre su caballo; y el criado tuvo que sostenerlo para que no cayera.

— ¡Gracias, amigo mío, gracias! — replicó al fin con voz débil el coronel, cuyo hercúleo vigor se doblaba al peso de su emoción. — Me siento mejor... continúe Ud. esa historia... me interesa. ¿Entonces ese hombre había dicho á doña Gertrudis... que ya no la amaba? ¿Ama á alguna otra?

— Yo no sé.

— ¿No podía ella hacerle saber... por medio de un mensaje convenido... que debía regresar hacia ella aunque estuviese en el fin del mundo? Tal vez entonces....

Don Rafael no se atrevió á concluir, porque una esperanza largo tiempo contenida comenzaba á invadir su corazón con demasiada fuerza para que no temiera verla destruída de repente.

— Ud. me pregunta más de lo que yo sé en verdad — respondió el criado. — Ya le he dicho todo cuanto sabía acerca de esto.

El coronel ahogó un suspiro y ya no insistió. Pero el Roncador, bajo la nerviosa presión de sus piernas, á pesar del doble peso que conducía, se lanzaba á todo galope hacia la hacienda del Valle.

— ¿Sabe Ud. el nombre de ese oficial á quien amaba doña Gertrudis? — preguntó al cabo de pocos minutos de aquella rápida carrera.

— Lo ignoro también — contestó el criado — pero en su lugar, no dejaría yo morir así de amor á una joven tan hermosa, según dicen, pues yo nunca la he visto.

Estas fueron las últimas palabras cambiadas entre los dos sobre ese tema. Pocos momentos después llegaban á la entrada de la alameda de fresnos en donde los detuvo la voz de los centinelas.

— ¡Diga al teniente Veraegui, si vive aún, que es el coronel Tres Villas! — exclamó don Rafael.

No tardó en resonar en el interior de la hacienda el sonido de los clarines en señal de alegría por el regreso del comandante en jefe, en tanto que el criado de don Fernando se deslizaba á tierra, deshaciéndose en excusas

por no haber reconocido el grado de su compañero de caballo.

— Quizás soy yo quien le estaré agradecido — dijo el coronel — pues voy á encargarlo de un mensaje... importante.

El criado se inclinó; y mientras que el teniente Veraegui avanzaba con dos alféreces y soldados portadores de antorchas al encuentro del jefe de la guarnición, cogió respetuosamente la brida del caballo.

No sospechaba don Rafael, al entrar á la hacienda, los ardientes votos que hacían por su salvación el mensajero de doña Gertrudis y su compañero, á quien su virtud de reciente fecha, parecía serle tan poco provechosa.

CAPÍTULO VII

EL REVERENDO CAPITÁN

Era una época singular la de la guerra de independencia mexicana; época en que de una y otra parte se combatía en nombre de la religión amenazada sin que á pesar de ello hubiese disidencia religiosa alguna; en que cada partido reconocía á la Virgen como generalísima y en que los clérigos se hacían generales de división bajo sus órdenes.

En muchas ciudades se habían formado, ya en favor de la insurrección, ya contra ella, regimientos de monjes de todos colores; y el obispo Bergosa de Oaxaca no falló en seguir el ejemplo. Para suplir al pequeño número de tropas que defendían la capital de la provincia, había levantado un cuerpo de milicia eclesiástica, compuesto desde un principio exclusivamente de padres; pero el Gobernador Bonavía, el mismo que vimos fracasar en el sitio de Huajapam, inspirándole poca confianza tal milicia de sotana, había obtenido del obispo el permiso de reforzarla con algunos batallones de obreros militarmente organizados, con la condición sin embargo, que los oficiales serían escogidos entre los monjes y los curas.

Fué un destacamento de esta milicia el que Bonavía

envió aquella tarde al teniente Veraegui. La tropa se hallaba alineada en el patio en el momento en que don Rafael penetró escoltado del teniente, de sus alféreces y de los soldados que llevaban antorchas en la mano.

El coronel, excelente católico, pero militar antes que todo, participaba del desdén del general Bonavía por estos sacerdotes soldados; y tuvo necesidad de hacer un esfuerzo sobre sí mismo para acoger convenientemente al jefe del batallón provincial que avanzaba á su encuentro.

Era un dominico grande y flaco, con el hábito semipartido de negro y blanco adornado de dos charreteras á semillas de espinacas y cinchado con un cinturón del cual pendían su sable y dos pistolas.

Lo que más sorprendió al coronel, acostumbrado ya á estas extravagancias, fué un singular ornamento que hacía de escarapela al enorme sombrero negro del dominico.

— ¿Qué diablo de escarapela lleva Ud. allí, reverendo capitán? — le preguntó don Rafael algo bruscamente cuando le presentaron al monje.

— ¿Esta? — replicó fray Tomás de la Cruz (así se llamaba el dominico) quitándose el sombrero para que se vieran mejor á la luz de las antorchas los ornamentos con que estaba engalanado. — Son sencillamente las orejas de un indio pícaro á quien di caza á lo largo del camino.

— ¿Y es así cómo Ud. cree atraer á estos desgraciados á su partido?

— Este al menos, — replicó el monje con una agradable sonrisa — habrá prestado sus orejas á la buena causa.

Un relámpago de cólera despectiva brilló en los ojos de don Rafael; pero contuvo la explosión y se contentó con decir en tono severo al dominico:

— ¿Ud. está listo para marchar, sin duda?

— Tales son las órdenes del Gobernador, — contestó el monje con tono almibarado.

— Tales son las mías, reverendo capitán; y le ruego que se acuerde de que aquí, solamente las mías debe Ud. obedecer — replicó el coronel.

Sintiendo el dominico que él no era el más fuerte, se inclinó sin responder.

— Ibamos precisamente á ponernos en marcha en persecución de los bandidos de Arroyo, — dijo el catalán.

— ¿Y sabe Ud. en dónde están?

— Las huellas de Arroyo son fáciles de hallar.

— Yo lo sé, yo — replicó el coronel. — Ese valiente servidor que tiene la brida de mi caballo, viene á implorar nuestra ayuda para vengar á sus amos odiosamente tratados por los bandidos que vamos á sorprender ahora en la hacienda de San Carlos. Teniente Veraegui, provéase de tantas cuerdas cuantas se puedan encontrar; que se desmonte uno de los cañones para transportarlo á lomo de mula: tendremos necesidad de él para echar abajo las puertas.

— ¿Y para qué nos servirán las cuerdas? — dijo el teniente con una sonrisa de inteligencia.

— Colgaremos hasta el último de esos pillos, mi querido Veraegui.

— Esta vez por los pies; pues verdaderamente, pienso en mi absurda indulgencia....

— ¿Entonces ha perdonado Ud. á algunos? — interrumpió el coronel.

— He sido demasiado bueno con cuatro de ellos que cogí ayer: los colgué del pescuezo. Y á propósito, mi coronel, están aquí dos pícaros que dicen tener que hablarle.

— Los oiré más tarde, á mi regreso — respondió don Rafael, bien lejos de sospechar que se negaba á oír á quien le llevaba la dicha. — No tengo mucho tiempo que perder cuando los desgraciados dueños de San Carlos cuentan los minutos con angustia. Ni siquiera me cambiaré de vestido; ¡que se ponga á mi caballo la primera silla que se encuentre y en marcha!

— ¡Toque para montar! — exclamó el teniente.

Los clarines resonaron de nuevo en la hacienda; y mientras que se ejecutaban las órdenes del coronel, éste se alejó pretextando que quería estar solo un instante. Al llegar al jardín, se dirigió al lugar en que dos años antes depositara el cuerpo de su padre.

Con el alma agitada aún por las revelaciones del criado de don Fernando, el coronel tenía necesidad de un momento de oración y de recogimiento. La muerte de su padre había sido para él una desgracia doblemente fatal; con el tiempo se apaciguó la primera amargura de su dolor; pero ni los meses ni la ardiente actividad de su vida, habían logrado extinguir el amor sin esperanza que llevaba consigo. Gertrudis correspondía aún este amor; ella moría, le habían dicho; y en la dolorosa alegría que experimentaba, iba á olvidar que su padre no estaba aún vengado como lo jurara. Uno de sus matadores se hallaba separado de él por una corta distancia; y sin embargo, no sentía más que un deseo insensato, irresistible, el de correr inmediatamente por el camino de Oaxaca, y reunirse á Gertrudis para decirle que no podía vivir más sin ella.

He aquí por qué don Rafael iba á buscar sobre la tumba de su padre la fuerza necesaria para no traicionar el juramento que había pronunciado sobre su cabeza.

Dejémosle un instante en el cumplimiento de este piadoso deber.

Gaspar y su compadre Juan el Zapote, habían sido arrojados sin contemplaciones en un cuarto al fondo de la hacienda, encerrados bajo llave y un centinela, fusil en mano, sepaseaba frente á la puerta para vigilarlos.

Es probable que, á pesar del desenlace tan triste y sobre todo tan imprevisto de sus esperanzas, su melancolía se hubiera desvanecido si hubieran podido contemplarse mutuamente y ver el asombro pintado en sus facciones; pero la profunda obscuridad en que se hallaban sumergidos, les arrebatava este último consuelo.

Así, pues, los dos guardaban sombrío silencio. Más filó-

sofo que su compadre, el Zapote fué quien lo rompió primero.

— ¡Compadre del diablo! — exclamó por fin. — ¿Estás convencido ahora de que tanto se cuece por mucho hablar que de rascarse mucho?

— ¿Es mía la culpa — respondió Gaspar exasperado — si tu fisonomía militar... como tú la llamas, ha producido su habitual efecto? Yo te había dicho que trataras de dejarla en la puerta de la hacienda.

— ¿No pudiste evitar lanzarte en las historias sin fin que pusieron alerta á ese condenado catalán?

— ¡Tu figura, tu figura, por todos los diablos!

— Tengo el aire militar, no lo disimulo; pero tu tontería ha hecho todo lo demás. Tú has visto al coronel y lo has reconocido sin conocerlo. ¿Qué necesidad tenías de este fárrago? ¿No podías contar de otro modo la cosa y decir muy sencillamente que el coronel corría grandísimo peligro, que habíamos matado qué sé yo cuántos hombres para salvarlo y en fin, que nos enviaba para buscar socorro lo más pronto posible? Nos hubieran felicitado, recompensado; mientras que ahora tu bobería es causa de que estemos en ayunas desde hace veinticuatro horas, encerrados en la obscuridad; y de que, si el coronel ha muerto, no solamente pierdo la recompensa á mi virtud, sino que aún tengo la horca en perspectiva.

— ¿Y yo?

— ¡Tú! Eso no me importa; y no sé qué es lo que me detiene que no te doy tantas bofetadas como palabras demás has dicho.

— Yo persisto en creer que tu fisonomía...

El sonido del clarín que anunciaba la llegada de la milicia provincial que mandaba el reverendo fray Tomás de la Cruz, interrumpió á Gaspar y felizmente torció la cólera del Zapote, sin lo cual, era probable que los dos compadres, para endulzar su situación, se hubieran aporreado de lo lindo.

— ¿Qué es eso, amigo mío? — preguntó Juan por el

ojo de la cerradura al centinela cuyos pasos medidos oía en el corredor.

— Es la llegada del batallón de milicias, — respondió el soldado.

— ¡Ah! creía que era la del coronel. Ud. sabe que si llega, nos ponen inmediatamente en libertad.

— Lo sé.

Los dos compañeros guardaron largo tiempo silencio, interrumpiéndolo sin embargo de cuando en cuando con mutuos reproches, cuando los clarines resonaron de nuevo con más fuerza.

El Zapote volvió á la cerradura.

— ¡Ah! Ahora es nuestro querido coronel, estoy seguro, me lo dice el corazón — gritó con voz llena de ternura — ¿no es así, valiente?

— No sé nada, — replicó el centinela — pero Ud. comienza á importunarme furiosamente. Si es él, se lo diré.

El movimiento que se verificaba en la hacienda, llegó bien pronto al corredor; y el Zapote oyó al centinela cambiar algunas palabras con sus camaradas, siempre continuando su paseo.

— Mi corazón me ha dicho bien, ¿no es verdad? sopló de nuevo el Zapote por el ojo de la cerradura.

— Es el coronel — respondió el guardián.

— ¡Ah! mi corazón no me engaña nunca. ¿Oyes, Gaspar? Es el valiente coronel. Nos van á libertar, á colmar de agasajos y de regalos. ¡Ah, querido compadre, qué cosa tan buena es la virtud! Es mi axioma.

Durante algunos momentos el Zapote se entregó á los transportes de una loca alegría; luego la alegría se calmó para hacerse más grave. Después se impacientó. La incertidumbre reemplazó á la impaciencia que á su vez fué reemplazada por la duda y por el desaliento, pues el tiempo transcurría y nadie llegaba á libertarlos.

— ¡Eh, amigo! Puesto que es el coronel, ¡ábranos! — dijo el Zapote con voz suplicante.

— ¡Paciencia! — respondió el centinela. — No tengo orden.

Pero lejos de hacer paciencia, el melancólico Zapote la perdía enteramente; y á tal punto llenó el aire con sus gemidos que el centinela, tratando en vano de consolarlo, concluyó por ofrecerle, cansado ya, que si, como parecía probable, el coronel se alejaba sin verlo, puesto que, después de todo, estaba sano y salvo, se echaría sobre sí la responsabilidad de darles la salida.

— Y la fortuna — replicó el Zapote consolado.

No estaba lejos el momento, dada la promesa del soldado, de la libertad de los dos aventureros, pues todo estaba listo para la partida de la tropa con el coronel á la cabeza.

Una mula llevaba la cureña desmontada de una de las pequeñas piezas de artillería y ésta iba sobre el aparejo de una segunda bestia de carga. Cuarenta hombres escogidos entre los más bravos de los soldados del Valle, formaban con los sesenta del batallón provincial una tropa de cien combatientes, siendo como la mitad de infantería.

Para reponer el tiempo perdido, cada jinete llevaba un infante á la grupa.

Dada la señal, las dos hojas de la puerta chirriaron sobre sus goznes; y todos se pusieron en marcha á todo trote y en silencio.

Unos diez exploradores precedían el grueso de la caballería; á la cabeza avanzaban el coronel y el teniente Veraegui, quien, mientras marchaban, daba á su comandante breve cuenta de cuanto había pasado durante su ausencia. Absorto en sus pensamientos, apenas le prestaba atención don Rafael; y cuando el teniente hubo concluido, escuchó á su vez las órdenes de su coronel.

En esto se llegó al vado del Ostuta que fué rápidamente franqueado. Algunos pasos más allá del río, se hizo alto para dar tiempo á la retaguardia de juntarse á toda la columna.

Desde este momento, se siguió la marcha con más precauciones y don Rafael dió órdenes de que le llevaran al criado de don Fernando. Cuando el jinete que lo conducía á la grupa se aproximó al coronel:

— Ud. que conoce los lugares mejor que nadie — dijo don Rafael — ¿puede Ud. conducirnos por algún camino extraviado, si es que hay alguno que sea también practicable por el cañón que traemos? Ud. ve que esto es importante.

El criado aseguró que se comprometía á conducir por una vereda á toda la tropa hasta cerca de la hacienda sin que se sospechara su aproximación; pero que la pieza de artillería no podría rodar por allí fácilmente sobre su cureña.

— Tome Ud. pues la delantera con los exploradores — dijo el coronel. — Es preciso sorprender á los bandidos; montaremos el cañón cuando Ud. nos lo diga.

El criado obedeció y se puso á la cabeza. El camino que siguió, rodeaba la base de las alturas desde cuyas cimas el capitán Lantejas descubriera pocas horas antes la hacienda y las llamas que brillaban tras los vidrios.

El silencio era profundo; y nada indicaba que se hubiese oído la aproximación de la tropa cuando el guía dejó su puesto para regresar hacia don Rafael.

— Aquí — dijo — ya no hay obstáculos para el cañón.

Se hizo alto y se colocó la pieza sobre la cureña, después de lo cual tomaron de nuevo y en silencio su camino, pero en tres destacamentos diferentes porque ya estaban en la llanura en mitad de la cual se levantaba la hacienda de San Carlos. El coronel se reservó el mando del primero que debía dirigirse en línea recta hacia la puerta de entrada. Veraegui y fray Tomás de la Cruz tomaron los otros dos para rodear la hacienda á derecha é izquierda.

Cada uno de estos dos últimos destacamentos iba provisto de granadas para tirarlas por encima de los muros ó en los puntos de la hacienda en que los bandidos trataran de atrincherarse cuando el cañón hubiera deshecho la puerta de entrada.

En consecuencia, la pieza de campaña iba con el destacamento de don Rafael, quien en su mortal odio con-

tra Arroyo, se reservaba el honor de ser el primero en entrar con las armas en la mano.

Estas disposiciones, según las cuales los tres destacamentos avanzaban á paso igual, se escaparon á los centinelas apostados en las terrazas de la hacienda, mientras la obscuridad, la distancia y los árboles de la llanura ocultaban la aproximación del enemigo. Pero bien pronto los realistas oyeron los gritos de alarma que llamaban á la guarnición á la común defensa.

Los realistas no se dignaron de contestar; y en tanto que los centinelas descargaban sus armas contra ellos, continuaron avanzando rápidamente hasta el instante en que el destacamento mandado por don Rafael se abrió de repente enfilando el cañón, una de cuyas balas echó por tierra uno de los postigos de la puerta de entrada.

Al mismo tiempo las granadas encendidas brillaron en las tinieblas y cayeron en el patio en donde los insurgentes se formaban confusamente en línea.

Algunas de las granadas pudieron apagarse; pero la mayor parte estallaron con estrépito entre las piernas de los caballos que, presas de terror, huyeron en todas direcciones dando de coces á sus jinetes y rodoblando el desorden en medio del cual, á los gritos de los heridos y á las imprecaciones de furor de los insurgentes, se mezclaban las detonaciones repetidas de los proyectiles que llovían sobre el patio.

Una explosión más terrible precedió á una segunda bala de cañón que penetró por la abertura de la puerta é hizo espantosa matanza en las filas apretadas de los bandidos.

— ¡Otra, otra! — gritó la voz de don Rafael. — ¡Abajo el otro postigo de la puerta!

Dos jinetes se destacaron de su lado para llevar á fray Tomás y al teniente Veraegui, la orden de extenderse ante la hacienda en semicírculo debiendo reunirse por sus extremidades. Fué tal la rapidez con que los artilleros cargaron de nuevo la pieza, que apenas habían dado algunos pasos los jinetes portadores de aquella orden,

cuando rugió una tercera detonación, silbó la bala y voló el postigo de la puerta arrancada de sus goznes.

Nuevas granadas estallaron en aquel momento en medio del patio en donde los insurgentes, privados de sus jefes, no sabían qué partido tomar.

Se recordará que en efecto, Arroyo acompañado de Bocardo, debía montar á caballo para correr en persecución de la joven dueña de la hacienda de San Carlos, lo que habían hecho.

Sin órdenes precisas que los dirigiesen, los insurgentes vacilaban en la elección de sus medios de defensa. Los jefes subalternos, trastornados con el cargo que pesaba sobre ellos, expedían órdenes contradictorias. Los unos, de éstos fué el mayor número, cediendo á un terror invencible, ignorando la fuerza del enemigo que los atacaba, se refugiaron en los pisos altos para escapar á las balas y á las granadas.

Los más bravos, resueltos á vender caras sus vidas y á abrirse paso para juntarse á sus jefes, se lanzaron por encima de las ruinas de la puerta. Pero ante ellos se abrió un semicírculo de bayonetas, de lanzas y de carabinas que se apretó para aplastarlos.

— ¿Dónde está ese perro de Arroyo? — gritaba el coronel mientras cargaba con la espada, á los insurgentes que trataban en vano de romper el círculo que los estrechaba. Y sin esperar respuesta, hundía el cráneo á uno, y arrojaba á otro sin vida á sus pies de un mandoble de su enorme espada de dragón. — ¡Ni uno de estos bandoleros responderá! — proseguía el coronel continuando su terrible tarea. — ¡Ni prisioneros ni gracia, valientes míos! ¡Matar, matar!

— ¡Colgaré por los pies á los que se rindan! dijo en alta voz el catalán.

A despecho de aquella misericordiosa perspectiva, ninguno de los insurgentes se rendía; y bien pronto no quedaba ante la puerta y en el patio de la hacienda, sino un montón de cadáveres indiferentes á la clemencia de Veraegui.

Sin embargo, ni Arroyo ni Bocardo se hallaban entre los muertos á los que los vencedores iban reconociendo concienzudamente.

— ¿Pero dónde está el reverendo capitán fray Tomás de la Cruz? — preguntó el viejo teniente aproximándose al coronel que por sí mismo dirigía los reconocimientos que se hacían entre todos los muertos amontonados ó diseminados en el patio.

— Con su permiso, creo que aquí está, mi coronel — dijo uno de los soldados acercando su antorcha á un cuerpo envuelto en una saya blanca y negra.

Era, en efecto, el infeliz dominico á quien, en justa reciprocidad de las cosas de aquí abajo, una bala de mosquete le había llevado la oreja. Seguramente no hubiera muerto si á la oreja no hubiera seguido un pedazo de cráneo.

— ¡Que Dios tenga su alma! — dijo el teniente catalán — aunque haya muerto prestando la oreja á la mala causa.

Después de haber hecho en pocas palabras la oración fúnebre del dominico, Veraegui echó una melancólica mirada á los cadáveres extendidos ante sí y entre los cuales era seguro que no se hallaban los de Arroyo y Bocardo.

Los realistas se imaginaron que los jefes se habrían refugiado en los edificios de la hacienda donde sería más peligroso perseguirlos.

— ¡Vamos! — exclamó don Rafael sacudiendo por el brazos al catalán absorto aún en su contemplación. — Es preciso acabar con todos estos pillos y sobre todo con sus jefes. ¡No es este el momento de la conmisericordia!

— ¡Ah! — replicó Veraegui con un suspiro de sentimiento — pienso que nuestra provisión de cuerdas nuevas no nos servirá para nada, porque éstos están bien muertos; y en cuanto á los otros, tendremos que quemarlos dentro de su cueva: esto es desconsolador.

— ¡No haga eso, señor coronel! — dijo el criado de

don Fernando en tono de súplica. — Mi pobre amo está en poder de esos bandidos; y si vive aún, será forzoso que muera quemado como ellos. Además, ¿no están prisioneros como él todas sus gentes?

— A fe — respondió don Rafael conmovido de piedad, — que no podemos pensar en envolver en una misma suerte á las víctimas y á los verdugos ni en conceder gracia á estos miserables. Forzar á estas víboras en su nido, es exponernos á perder mucha gente.

— Esto es embarazoso, en realidad — dijo el teniente.

— Sólo un medio veo de lograr que nos entreguen á los prisioneros y es el de ofrecerles la amnistía. Con lo cual quiero decir que se les ofrezca ahorcarlos de la manera más vulgar. ¡Eh, Dios mío, sí! Ahorcarlos por el pescuezo: aún así salen ganando esos pillos.

— Es dudoso, sin embargo, que su ofrecimiento los seduzca, mi querido teniente — respondió don Rafael.

— Sin embargo...

— Si yo me atreviera á dar un consejo — interrumpió el criado — propondría un término medio que quizás aceptarían.

— Hable, amigo mío — dijo el coronel.

— Veamos pues su término medio que vale más que el procedimiento que yo propongo — agregó Veraegui con tono de desdenosa susceptibilidad.

— La mujer de Arroyo está entre esos miserables — replicó el fiel servidor de don Fernando — y aunque ella no vale más que ninguno de esos pícaros, al fin y al cabo es mujer. Se le podría ofrecer el perdón en gracia á su sexo, si consiente en traernos á mi pobre amo.

— Ese es un pobre medio que no vale lo que el mío — exclamó el catalán — ¿y habrá que amnistiar á un bandido por cada uno de sus compañeros?

El término medio propuesto era inaceptable en realidad; pues las gentes de don Fernando, prisioneros como él, eran bastante numerosos para que lo que restaba de la cuadrilla, que el gobernador había dado orden de ani-

quilar, se librara casi en su totalidad. Nada pudo contestar el criado á esta objeción.

Para conciliar la humanidad con su deber y el juramento de venganza contra Arroyo con sus deseos de economizar la sangre de sus soldados, sólo un partido se presentaba á la imaginación de don Rafael: el de rendir á los bandidos por hambre. Era evidente que bloqueados con toda actividad en la hacienda, debían resolverse á una salida desesperada ó despedir las bocas inútiles. En uno y otro caso había probabilidades de que don Fernando y los suyos salieran sanos y salvos de manos de los sitiados.

No había ningún inconveniente en adoptar este partido hasta la salida del sol; y en consecuencia, don Rafael dió sus órdenes de bloqueo.

Una vez tomadas todas las precauciones para que nadie pudiera escaparse á favor de la obscuridad, se acordó de que la hermana de Gertrudis erraba sin duda por los alrededores sin guía y sin protector; y resolvió ponerse él mismo á buscarla con una media docena de sus jinetes, los mejor montados.

El teniente catalán se quedó encargado del mando.

Habría apenas media hora que el coronel se había alejado, cuando los centinelas realistas avistaron á dos hombres que acudían á toda carrera.

— ¿Qué quieren Uds.? — les preguntó el teniente ante el cual se les condujo. — ¡Eh! pero éstos son mis dos pícaros de esta noche — agregó al reconocerlos. — ¿Quién los ha puesto en libertad?

— Nuestro guardián — respondió Juan el Zapote — que conmovido de nuestra profunda abnegación por el coronel Tres Villas, nos ha permitido reunirnos á él, pues al fin vamos á poder hablarle.

Y al decir estas palabras el Zapote, quizás por disimular su fisonomía militar, tal vez también porque estaba inundado, se enjugaba continuamente el rostro con su pañuelo.

— El coronel ha partido — dijo Veraegui.

— ¡Partido! ¡Caramba! ¡Vaya una suerte! — exclamó el Zapote estupefacto. — ¿Y dónde está?

— A una media legua de aquí, más ó menos y en esta dirección.

El teniente, después de haberles designado con el dedo el lado de la campiña sumergido en profundas tinieblas hacia el cual se había dirigido don Rafael, volvió las espaldas á los dos malaventurados mensajeros. Estos, demasiado felices de escapar al temible catalán, no tuvieron necesidad de pensar mucho tiempo para tomar de nuevo á toda prisa su camino en seguimiento del coronel, á quien una obstinada casualidad parecía apartar de su ternura.

CAPÍTULO VIII

LA COLINA ENCANTADA

Tocamos ya al desenlace de este drama, y llega el momento de apartar la cortina que oculta el último cuadro que presentaremos á los ojos del lector.

Las constelaciones señalan cerca de las diez; y un cielo estrellado cubre una vasta extensión de terreno á trechos cubierto de bosques, á trechos desmantelado y fangoso ó surcado de tristes arenales parecidos á las dunas. Un lago, ó mejor dicho un estanque inmenso, ocupa más ó menos el centro; es el lago de Ostuta.

La laguna tiene esa apariencia triste y desolada que, al decir de los viajeros, presenta el Mar Muerto, desde que la cólera de Dios lo maldijo.

No se mira en sus aguas espesas y negras ninguna estrella; y sus olas baten tristemente, bajo el soplo del viento que parece plañirse, una playa pantanosa cubierta de zarzas raquílicas y marchitas.

Al norte, las colinas indefinidas á vista perdida; al sur, un bosque espeso limitando el recinto del lago; al este se desenvuelve la llanura en la cual se filtran las aguas de que el lago se alimenta; y en fin, al oeste, un espeso velo de cedros de sombrío follaje ocultan sus copas en la densidad de las brumas.

En mitad del lago se levanta un cerro cuya masa verdinegra más semeja un enorme escollo que una isla.

Espesos vapores que se desprenden del agua y que la frescura de la noche condensa, forman un velo de nubes al rededor de la cima. Innumerables ranuras surcan sus flancos: diríase que aquello no es sino un montón de escombros y restos de lava vomitados en otro tiempo por algún volcán. Durante la noche, los rayos de la luna hieren oblicuamente las capas superpuestas de que se compone aquella colina dándoles vaga semejanza con las escamas que cubren el horrible carapacho del aligátor. Y allá, en la desierta orilla, óyese al monstruoso reptil arrastrarse sobre el limo fangoso del lago y crujir las zarzas bajo el peso de su cuerpo.

El lúgubre aspecto del lago, el matiz pálido y lívido del paisaje que por todos lados le rodea, el silencio eterno que reina, todo inspira en aquellos lugares un penoso sentimiento y justifica plenamente la elección que de ellos hicieron los antiguos sacrificadores indios para establecer la residencia de sus dioses sanguinarios. Y es tal el poder de la tradición, que aún en nuestros días el lago de Ostuta y el Monapostiac (1) conservan su antiguo prestigio y para el pueblo ignorante de la comarca son objeto de un vago terror supersticioso.

Seguro de hallar en aquellas soledades un retiro al abrigo de todo peligro, el criado de don Mariano que hacía de guía, había hecho alto allí durante la noche y los viajeros se detuvieron á la orilla del bosque que limita el lago por el sur.

Con el fin de apartar del espíritu de su joven hija las sombrías ideas que la atormentaban, el hacendado dispuso que la colocaran en el lugar más risueño del bosque. El mismo se encargó de escogerlo y lo hizo con tal solicitud que con mayor no lo habría hecho el mismo don Rafael.

En medio de un tupido grupo de árboles de todas

(1) Palabra indígena que significa colina encantada.

clases, había un estrecho claro, boudoir delicioso formado por la mano de la naturaleza. Musgo odorífero y flexible era la alfombra. Mil y mil lianas que serpenteaban hasta la cima de las más elevadas palmeras y cuyas hojas y flores se arrollaban sobre sí mismas en preciosísimas volutas, formaban cortinajes. Un magnífico techo se desplegaba suntuosamente por encima: era un pedazo de cielo guarnecido de innumerables estrellas que se destacaba á través del vacío del claro que dejaban los árboles.

Era allí donde estaba Gertrudis; y en los momentos en que la volvemos á encontrar, duerme ligero sueño bajo el techo de su litera, cuyas cortinas entreabiertas, permiten ver su pálido y dulce rostro sobre los encajes de los almohadones.

Ya la naturaleza había casi reparado el ultraje voluntario que hiciera á su cabellera; pero la vida parecía haberse agotado en su seno. Gertrudis dormida, era la imagen de una de las blancas flores de la *Pasión* que se abrían á su alrededor; pero la imagen, sólo la imagen de la flor arrancada del tallo que le daba la vida y la frescura.

Don Mariano le dirigía miradas llenas de ternura y hacía vanos esfuerzos por rechazar aquella semejanza que le desgarraba el alma, pues no se le ocultaba que una vez arrancada la flor, está irremisiblemente destinada á morir.

A cierta distancia del padre y de la hija, más cerca del lago, tres de los criados de don Mariano hacían sentados de atalayas y con su conversación trataban de distraer lo eterno de una noche de vela.

El cuarto criado se había alejado para buscar el vado que había ofrecido hallar; y sus compañeros esperaban su regreso.

A través de los últimos árboles de la orilla del bosque, se destacaba la sombría y triste silueta de la colina encantada.

En todas partes del mundo obra poderosamente sobre

la imaginación del vulgo, todo lo que parece substraerse á las leyes ordinarias de la Naturaleza. Los servidores de don Mariano estaban muy lejos de constituir una excepción á esta regla.

— Sin embargo — dijo uno de ellos — yo he oído asegurar que las aguas fangosas y espesas de este lago, eran antes, hace mucho tiempo de eso, de una limpidez maravillosa y que desde que lo consagraron al demonio, cambió de naturaleza.

— ¡ Al demonio! — exclamó otro. — ¿ Entonces por qué ha escogido Castrillo este lugar maldito para hacer alto?

— Porque sin duda los bandidos de Arroyo no se atreverían á aventurarse por aquí — replicó el tercero.

— Exactamente — replicó el primero que parecía saber más que sus camaradas; — se dice que sobre esa montaña verdusca han pasado cosas terribles; y que para ocultar las que todavía pasan, el Dios de los antiguos indios, que es el mismo Satanás, ha extendido ese velo de nubes sobre su cima.

— Pero entonces, si aquí no se corre peligro de parte de los hombres ¿ no hay otros riesgos que deben asustar á un cristiano? ¿ Qué ha sucedido pues en la cumbre de esa montaña cuya forma y cuyo color no se parecen á ninguna de las que he visto?

— Desde luego — respondió el narrador — en ciertos días del año los sacerdotes indios sacrificaban allí tan gran número de víctimas humanas, á las cuales arrancaban el corazón, que la sangre corría á veces por los zanjones de la colina, como el agua de lluvia después de un aguacero. También se cuenta que uno de esos desgraciados á quien se había arrancado el corazón... ¿ Pero á qué asustarlos... ¡ y espantarme yo también con el relato que he oído referir?

— ¡ Cuéntelo, cuéntelo! — exclamaron los dos compañeros del criado temblando á su pesar, pues en aquel instante salió de las zarzas un extraño sonido. — ¿ Ha oído Ud. ese ruido?

— Sí; es un caimán que golpea sus mandíbulas la una contra la otra; Pues bien! puesto que Udes. lo quieren — continuó el narrador — parece que un día en el instante en que el sacerdote arrancaba el corazón, la víctima se lo arrebató él mismo de la mano al sacrificador estupefacto, se alzó sobre sus piernas y trató de volverlo á colocar entre su pecho; pero su mano temblaba y el corazón se le deslizó rodando hasta el lago. La víctima lanzó un terrible grito y se lanzó al agua para cogerlo. Semejante hombre no podía morir, como Udes. se imaginarán; y desde hace cosa de quinientos años el indio vaga por estas orillas desoladas con el pecho abierto buscando el corazón para encerrarlo allí. Hace como un año que lo vieron hundiéndose en el lago según me lo contaron.

El criado calló; y sus oyentes aterrorizados echaron una mirada involuntaria y mal segura hacia la colina, que la sangre humana había enrojecido realmente y en cuya cima se balanceaba su nebuloso capitel.

— Tal vez se esconde bajo ese montón de nubes el indio que busca su corazón — continuó — pues nadie sabe lo que allí sucede.

— Es más probable, sin embargo, que en vez de esconderse allí arriba durante la noche, siga buscando... ¡Con tal de que no lo veamos! ¡Ah, el diablo cargue con Castrillo que nos trajo aquí!

— No hable Ud. del diablo en su casa — agregó el segundo de los oyentes en voz baja.

Un repentino crujido entre la maleza, arrancó un gesto de espanto simultáneo á los tres criados; pero fué de corta duración. Era Castrillo que regresaba.

El mismo Castrillo no parecía hallarse muy tranquilo.

— ¡Y bien! ¿Qué ha visto Ud.? — le preguntaron sus compañeros.

— Fui casi hasta San Carlos — contestó. — Los alrededores parecen libres y ya no hay fuegos en las orillas del río. Yo me habría aventurado á entrar en la casa; pero vi brillar unos resplandores tan extraños tras los

vidrios de las ventanas que, de veras, me faltó valor.

— ¿Y qué era pues?

— Resplandores rojos, violetas y azules; como deben ser las llamas que nunca se apagan — replicó Castrillo en tono solemne — y sin embargo, vacilaba aún, porque, en fin, don Fernando Lacarra es buen cristiano. Pero cuando pensaba lo que debía hacer, vi un fantasma blanco que se deslizaba bajo los árboles y corrí al galope hasta aquí, dejando para mañana buscar la explicación de estos misterios de las tinieblas.

Los informes de aquel explorador no eran propios para disipar los supersticiosos temores de aquellos á quienes acababa de reunirse.

— ¿Y por aquí no ha visto Ud. nada capaz de alarmarlo?

— No, todo está desierto; y con excepción de un Indio que busca...

— ¿Su corazón? — exclamó uno de los criados.

— ¿Su corazón? — ¡Ud. está loco! No, su asno. Con excepción de ese hombre, no he visto nada.

— ¡Caramba! Ud. nos ha dado miedo con su Indio después que Ceferino nos ha contado la historia del que se sumerge entre el lago desde hace quinientos años — dijo uno de los que oyeran el espantoso cuento del hombre sin corazón.

— Eso no quiere decir que no lo veremos — replicó el otro — y yo confieso que esas llamas y esa fantasma nada bueno presagian.

Castrillo dejó á sus camaradas que hicieran á su antojo las conjeturas que á las mientes les vinieran acerca del extraño cuento que acababa de referirles; y se fué á informar á don Mariano, de lo que había visto.

Al oír don Mariano que se aproximaba, dejó caer las cortinas de la litera de Gertrudis para ocultarla á miradas indiscretas.

— Habla en voz baja — le dijo — mi hija duerme.

El criado comenzó su relato en voz baja é iba ya á concluir cuando don Mariano lo interrumpió.

— El miedo te ha trastornado el juicio — exclamó — esas llamas probablemente no existen más que en tus ojos.

— ¡Oh, señor amo! son muy verdaderas y si Ud. las hubiera visto como yo crecer, achicarse y cambiar á cada instante de colores, Ud. no dudaría ni de sus ojos ni de su juicio. ¡Quiera Dios que yo me haya equivocado!

Había tanta convicción en el tono de su criado, que don Mariano no pudo menos de turbarse, no por un terror supersticioso, sino por un secreto presentimiento de alguna gran desgracia que en vano combatía su razón y que Castrillo acababa de despertar en él.

— ¿Y dice Ud. que están libres ahora los alrededores del vado? — replicó.

— Las orillas del río están desiertas; y sin embargo, no me atrevería á aconsejar á su señoría á ponerse en camino antes de que salga el sol.

— Yo pensaré — contestó don Mariano despidiendo á su criado.

Y se quedó solo entregado á tristes reflexiones cerca de su hija dormida; sin poder rechazar la idea de que un terrible peligro amenazaba lejos de él, á la hermana de Gertrudis.

Las cortinas de la litera se abrieron de repente é interrumpieron por un instante, el curso de sus dolorosos pensamientos.

— El sueño me ha aliviado — dijo la joven colocándose de codos sobre el almohadón. — ¿No podríamos continuar nuestro camino? Ya pronto amanecerá, sin duda.

— Todavía no es media noche — respondió don Mariano — el día está lejos aún.

— Entonces ¿por qué no duerme Ud., padre mío? Estamos aquí seguros, me parece.

— Convengo en ello; pero no tengo sueño y no quiero dormir sino bajo el techo en que estén juntas tú y Marianita.

— ¡Qué feliz es Marianita! La vida no ha sido hasta

hoy para ella sino como uno de esos caminos floridos que hemos atravesado en el bosque — añadió Gertrudis sonriendo á la idea de la dicha de su hermana.

Don Mariano suspiró y respondió:

— También para ti vendrá la dicha, Gertrudis. No tardarás en ver llegar á don Rafael á toda prisa.

— Sí, porque ha jurado por su honor que vendrá al llamamiento convenido; ¡pero eso es todo! — replicó Gertrudis con una dolorosa sonrisa.

— ¡No ha dejado de amarte, hija mía! — exclamó don Mariano afirmando una convicción que no sentía. — No existe entre Udes. sino una mala inteligencia.

— ¡Una mala inteligencia que causa la muerte, padre mío!

Y Gertrudis trató de ocultar sus lágrimas dejando caer pesadamente la cabeza sobre el almohadón.

Hubo un momento de silencio.

En seguida, de repente, por una de esas súbitas reacciones de un alma enferma, Gertrudis pareció recobrar la esperanza.

— ¿Cree Ud. que el mensajero haya tenido tiempo de encontrar á don Rafael? — preguntó.

— Son necesarios tres días para ir de Oaxaca á la hacienda del Valle y pronto hará cuatro que salió. Si, como nos han dicho, don Rafael estaba ante Huajapam, allí lo hallará nuestro mensajero mañana, sin duda. Dentro de tres días, cuatro á lo sumo, don Rafael podrá estar en San Carlos donde sabe que nosotros vamos.

— ¡Cuatro días; es muy largo!

No se atrevió Gertrudis á decir que apenas sus fuerzas durarían ese lapso de tiempo. Después de un instante de silencio, replicó:

— Y sin embargo, cuando con el rubor en la frente y bajos los ojos le oiga decir: « Ud. me llama Gertrudis, y aquí estoy », ¿qué le responderé? Moriré de vergüenza y de dolor porque él ya no me ama. Viéndome tan desmeдрada, no encontrando sino la sombra de la que dejara exuberante de salud y de frescura, tal vez por generosi-

dad fingirá un amor que no sienta y yo no podré creerlo: ¿qué prueba me dará de que no miente por compasión á mí?

— ¿Quién sabe? — respondió don Mariano. — Tal vez te dará una prueba de sinceridad que tú no podrás poner en duda.

— ¡No lo desee Ud. si es que Ud. me ama — exclamó Gertrudis — porque si esa prueba es de las que no se pueden recusar, moriré de dicha! ¡Pobre padre! — agregó con un sollozo y rodeando con sus brazos el cuello de don Mariano. — ¡Pobre padre! ¡De todas maneras, bien pronto no tendrá sino una hija!

A este doloroso lamento, don Mariano sintió hacersele pedazos el corazón y no pudo menos de acompañar á su hija con sus sordos gemidos y amargas lágrimas. No lejos de ellos, el cenizante repetía sus sollozos con melancólica voz.

En aquel instante la luna rompió el velo de nubes que la envolvía y se mostró llena y radiante y todo pareció reanimarse al contacto de la blanca luz de que inundaba aquellas soledades. El bosque se hizo menos sombrío, y las rocallosas faldas del Monapostiac abandonaron los fulgores transparentes y verdosos como las olas de un mar agitado. La superficie del lago se coloreó con tintes pálidos; siluetas negras y horrorosas parecidas á las de los caimanes se alargaban entre los zarzales y luego un rumor sordo y vago dejóse oír entre la maleza.

Un estremecimiento de terror pasó por los cuatro criados, inmóviles, fijos los ojos en el lago.

— ¿No han oído Udes. nada? — dijo Ceferino en voz baja.

Todos escucharon palideciendo. Se hubiera dicho, en efecto, que una voz humana, bien distinta, se elevaba del seno de los zarzales con extrañas y lejanas cadencias.

Pero la voz se calló muy pronto, dando motivo á que cada cual creyese haberse equivocado y haber tomado por voz humana los rumores del bosque.

— Es igual — dijo uno de los criados. — Querría de

buena gana que ya se hubiera acabado la noche; pero todavía faltan por lo menos cinco horas para que luzca el día.

— Tanto más — replicó el segundo — que muchos signos anuncian que no pasará sin que suceda alguna desgracia. No hablo de las llamas y del fantasma que ha visto Castrillo: pienso en los sollozos que hemos estado oyendo lanzar á nuestra joven ama.

— No faltaría más á todos estos presagios que oír ahora el graznido de un mochuelo sobre la copa de uno de esos árboles de nuestra izquierda. Entonces se podría rogar por el alma de doña Gertrudis.

Castrillo y Ceferino que, sin ser más fuertes de espíritu que sus camaradas, parecían menos accesibles que ellos al temor de los presagios, participaban sin embargo de sus temores á propósito de su joven ama. Su debilidad les parecía haberse doblado desde el día de la partida de Oaxaca. Los dos guardaban silencio pensando que, en efecto, no era aquella una noche para pasarse tranquila, en la vecindad de un lugar temible que el mismo Castrillo se asombraba de haber escogido y más con aquellas extrañas apariciones de llamas que acababa de ver en la hacienda de San Carlos.

— Podríamos dormir así más ó menos tres horas cada uno — dijo Castrillo. — Adopto este partido.

— ¿Quiénes son los que han de velar primero?

— La suerte decidirá — dijo Ceferino.

— Si Ambrosio no tiene más ganas de dormir que yo — replicó el tercer criado — Udes. dos pueden comenzar. Mientras Udes duermen, nosotros estaremos en acecho.

— Vaya por velar — respondió Ambrosio.

Castrillo y Ceferino se acostaron uno junto á otro sobre la hierba, envolviéndose en sus mantas; y bien pronto no quedaron despiertos en el bosque, al menos según todas las apariencias, más que los dos centinelas y don Mariano, á quien la inquietud arrebataba el sueño de sus ojos.

En cuanto á Gertrudis, además de que se hallaba en la edad en que la juventud tiene aún como la infancia el privilegio de dormirse llorando, su debilidad misma la empujó al sueño reparador de las penas de su alma.

El silencio de la noche era profundo; y los dos veladores con los ojos fijos sobre las nubes que coronaban la colina encantada, se preguntaban qué misterios se encerrarían bajo aquel palio de niebla, cuando de repente se quedaron helados de espanto al oír en dirección del lago, una voz humana con las mismas cadencias extrañas que habían creído distinguir ya.

Sólo que era imposible apreciar lo que aquella voz cantaba. — Era un idioma ignorado, como el que, tres siglos antes, debían hablar á sus divinidades los sacerdotes indios.

Los dos cambiaron una mirada de espanto persignándose.

— Tal vez es el Indio que busca su corazón — dijo Ambrosio con voz apenas articulada.

Su compañero apenas pudo hacer con la cabeza un signo afirmativo para indicar que tal era su pensamiento.

En seguida, un instante después, sacudió con mano convulsa á uno de los que dormían.

— ¿Qué pasa? — preguntó Ceferino despertando sobresaltado.

El criado no respondió; pero con el dedo le enseñaba temblando un extraño objeto que balanceaba las zarzas del lago.

No tardó Ceferino en darse cuenta de lo que tanto asustaba á su compañero; y le explicó lo que se verificaba ante sus ojos.

Era un hombre á quien los rayos de luna iluminaban su piel roja como el cobre porque iba completamente desnudo.

El Indio, á quien no podía dejarse de reconocer como tal por su color, parecía buscar algo entre las zarzas que apartaba con las manos.

Los dos criados lo vieron luego echarse á nado, hender las espesas aguas del lago y desaparecer entre la sombra que proyectaba la colina encantada.

— ¡Dios del cielo! — dijo Ceferino en voz baja — no puede dudarse: ¡es el Indio que busca su corazón...!

CAPÍTULO IX

LA DIVINIDAD DE LAS AGUAS

Apenas el capitán don Cornelio Lantejas se vió en plena libertad con sus dos compañeros y á algunos pasos de la hacienda que tan poco faltó para serle tan fatal, cuando se sintió presa del desfallecimiento nervioso de que se veía atacado siempre después de sus intermitentes accesos de heroísmo.

Así pues, casi maquinalmente siguió al Indio que se dirigía, atravesando el río, hacia el lago de Ostuta en donde había desesperado de encontrarse y que él decía no hallarse más allá de una legua.

A medida que don Cornelio se apartaba de la guarida de Arroyo, iba recobrando su sangre fría; y quiso saber entonces cómo se las había compuesto el Indio para escaparse recuperando los papeles á que los tres debían la vida y la libertad.

Con pocas palabras satisfizo Costal su curiosidad, pues todos sus pensamientos se hallaban absortos por la proximidad del lago maravilloso en que esperaba hallar al fin á la divinidad de las aguas, objeto de sus más ardientes votos.

Sin recelar peligro alguno, había caído entre las avanzadas de Arroyo, se le condujo á la hacienda y se le in-

terrogó como sospechoso de espía, pues el guerrillero consideraba como espías á todos cuantos la casualidad entregaba en sus manos.

Ocupado por el momento en visitar todos los departamentos de la hacienda y en torturar á su dueño para obligarlo á declarar lo que deseaba saber, Arroyo había dejado para más tarde el decidir sobre la suerte del Indio. Lo dejó provisionalmente en medio de los soldados que vivaqueaban en el patio.

Arrestado precisamente en los instantes en que creía ver cumplidos sus votos, el Indio fué presa de un acceso de rabia en la primera hora de su detención y de tal desesperación que sería imposible describirla. Poco á poco, sin embargo, fué recobrando su calma habitual y empezó á emplear todos sus recursos para evadirse, pero fueron inútiles.

La única esperanza que le quedaba era que si don Cornelio caía en la misma emboscada que él, las credenciales que éste traía servirían no sólo para la libertad del capitán sino también para la suya.

Costal calculaba con angustia cómo transcurría el tiempo cuando el Gaspacho, listo ya para montar á caballo con dirección á un lugar muy alejado de San Carlos, se puso á referir de qué modo se había apoderado de un dolmán que se había puesto ya y que le llegaba en magnífica oportunidad para reemplazar su vestido hecho jirones.

El Indio conoció inmediatamente por este relato que el capitán estaba también prisionero aunque no lo hubiera visto entrar. Como sus guardianes estaban bien lejos de sospechar su fuerza y su intrepidez, le habían dejado libres sus movimientos. Costal se aproximó al bandido y le reclamó el dolmán como propiedad del oficial á quien acompañaba. El Gaspacho se negó á devolverlo y se lo colocaba después de haberlo mostrado á sus compañeros. Ya había pasado un brazo por una de sus mangas cuando el Indio, con el puñal que ocultaba en su cinturón, hirió al bandido arrancándole la preciosa prenda.

Desde que la tuvo en su poder se la enrolló alrededor del brazo. hizo con el cuerpo del Gaspacho un escudo aún vivo y arrojándolo con prodigiosa fuerza sobre sus enemigos estupefactos, se lanzó á la sala donde habían llevado al capitán. Ya se sabe lo demás.

El Indio y el negro libertados á tiempo, podían llegar al lago antes de la salida de la luna y comenzar, cuando apareciera, las invocaciones á las divinidades de las aguas y de las montañas, Matlacuezc y Tlaloc. Sin embargo, faltaba por arreglar un punto delicado entre el Zapoteca y el capitán.

Tratar de apartar al Indio de sus absurdas y supersticiosas prácticas, era tiempo y trabajo perdidos; y don Cornelio conocía demasiado bien al Indio para intentar semejante empresa. Proponerle acompañarlo no era tampoco lo más conveniente. Cualquiera que sea la religión á que los creyentes pertenezcan, siempre se encuentran molestos por la presencia de los incrédulos durante el ejercicio de su culto.

Don Cornelio pensaba que, en caso de que el Indio hubiera admitido su presencia, no vacilaría en atribuirle á él la cruel decepción que era imposible que dejara de experimentar.

Así, pues, era indispensable que se quedara solo; y esto era lo que menos le halagaba, tan cerca aún de la guarida de los bandidos de Arroyo. Cuando iba á asegurarse de las intenciones de Costal, éste se le adelantó:

— Es poco probable — le dijo — que su señoría pueda encontrar una cabaña habitada tan cerca de estos bandidos. El más miserable rancho debe estar desierto; pero supongo que con tal de que Ud. halle un techo bajo el cual pueda cobijarse...

— ¿Entonces Ud. no quiere que vaya yo también como Ud. á presentar mis respetuosos homenajes á Tlaloc ó á su compañera? — respondió el capitán.

— Yo desearía... mucho mejor... — respondió el Indio vacilando, pues no se atrevía á confesar que la presencia de Lantejas le molestaba — que su señoría fuera...

después de nosotros; y además — añadió vivamente — es un asunto muy serio este de conversar con los espíritus del mundo superior. ¡Toma! vea Ud. al valiente Clara que palidece á esta sola idea! (El rostro de Clara presentaba en efecto una especie de tinte gris de hierro.) Vamos, Clara, todavía es tiempo de retroceder, si es que Ud. tiene miedo.

— Es la luna la que me pone pálido, caray! — exclamó el negro afirmándose en sus estribos, sin pensar que la luna no brillaba aún. ¡No retrocederé ni una pulgada ante el genio de los placeres de oro!

El capitán puso fin á la discusión diciendo al Indio que se explicaba su repugnancia á admitir testigos en sus prácticas supersticiosas; y que por su parte, él era demasiado buen cristiano para querer asistir á un acto que reprobaban sus principios religiosos y que, á falta de una cabaña habitada ó no, la noche era muy calurosa, lo que le permitiría esperarlos á campo raso.

— ¡Pues bien! — concluyó Costal — si dentro de un cuarto de hora no hallamos el techo que buscamos, nos separaremos, pues ya el viento fresco que sopla me indica la proximidad del lago.

Los viajeros continuaron su camino en silencio; pero el aspecto del panorama que iba haciéndose más y más salvaje, alejaba toda esperanza de hallar una habitación por modesta que fuera.

No tardaron los tres compañeros en llegar á la orilla de una extensa y verde pradera. Aquí y allá brillaban como espejos algunas lagunetas dispersas; y una pequeña selva de palmeras rodeadas de espesa vegetación, se alzaba en el centro.

— Vuestra señoría estará allí como en un fuerte. Será invisible tras esos árboles sin perjuicio de ver cuanto pase á su alrededor — dijo Costal.

Don Cornelio, á falta de otro, aceptó aquel abrigo y por segunda vez se separó de sus dos compañeros de camino, á quienes siguió con la vista hasta que la distancia se los ocultó. Cuando desaparecieron, se propuso lle-

gar hasta el centro de la pradera. Por desgracia sucedió lo que era fácil de prever, es decir, que el suelo de la pradera estaba tan húmedo, ó mejor dicho tan mojado, que por cualquier lado que caminaba, se hundía su caballo hasta la cincha y se negaba á continuar.

Después de muchas tentativas inútiles, don Cornelio se vió obligado á renunciar á su deseo de llegar hasta la selva de palmeras; sobre todo cuando la brisa le llevó el fétido olor de almizcle que exhalaban los caimanes desde sus fangosas guaridas.

Sin embargo, para no alejarse mucho de sus dos compañeros, el capitán avanzó en la dirección que acababan de seguir; y se puso á buscar otra posición tan segura como la que le había sido forzoso renunciar.

Don Cornelio temía, con razón, que los bandidos subalternos de Arroyo, deseosos de vengar la muerte del Gaspacho, no tuviesen por el enviado de Morelos las mismas consideraciones que su jefe. No había olvidado tampoco que éste ordenó que se pusieran en persecución de la dueña de la hacienda.

Creyó, en efecto, oír vagos ruidos que lo inquietaron; y aceleró el paso de su caballo.

El negro y el Indio se habían internado entre un bosque de grandes árboles; y cuando el capitán acabó de atravesarlo, encontróse en un extenso llano en medio del cual se habría encontrado como el ciervo lejos de sus malezas, á merced de los hombres sanguinarios de Arroyo.

Una cadena de montañas peladas limitaba por la izquierda aquellos terrenos descubiertos; y cuando hubo marchado un cuarto de hora más, hallóse enfrente de una colina que se destacaba en lontananza y muy pronto vió extenderse bajo sus pies una extensa superficie de agua siniestra y livida.

A su lúgubre aspecto y á vista de una colina coronada de nubes que surgía en medio del manto de agua, don Cornelio reconoció el lago de Ostuta sin haberlo visto jamás.

La casualidad le había hecho llegar allí á pesar suyo; y

su curiosidad, repentinamente picada, se hizo tan imperiosa que resolvió satisfacerla. Su conciencia de cristiano le reprochaba un poquillo esa curiosidad; pero el capitán concluyó por persuadirse de que, lejos de cometer una falta asistiendo por así decirlo á una ceremonia pagana, era por el contrario, una obra meritoria la de asistir á la confusión de un infiel.

A corta distancia le pareció que un bosque sombrío y tupido, el mismo en que don Mariano había acampado, y por encima del cual bosque veía elevarse la copa de las altas palmeras, le ofrecía más favorable punto de observación.

Subiendo á uno de los árboles que formaban la orilla del bosque, podía dominar toda la extensión del lago, garantizándole completa seguridad, el profundo silencio que reinaba.

Elegió uno al cual le pareció que le sería más fácil subir, amarró el caballo á las ramas bajas y con la carabina en bandolera trepó hasta un punto desde el cual podía girar su vista sin ningún obstáculo.

Pocos instantes después, apareció la luna en todo su esplendor. ¿Dónde se hallaba Costal en aquella hora solemne tan esperada por él? Esto era lo que el capitán se preguntaba, cuando de repente creyó que surgían á la luz de la luna, la superficie del lago y la colina sumergida entre sus aguas y aún el bosque á cuyo abrigo estaba.

Fulgores extraños parecían exhalarse de los flancos del cerro y llegaban á sus oídos murmullos jamás escuchados.

El sistema nervioso del antiguo estudiante de Teología comenzó á excitarse y se arrepintió, pero ya tarde, de haber ido á ese lugar desierto donde quizás se verificarían tan singulares sucesos. Su mismo aspecto salvaje, creemos haberlo dicho ya, infundía involuntario terror en el alma.

De repente se estremeció, como un instante antes se habían estremecido los dos criados de don Mariano al ver á un hombre, un Indio que acababa de aparecerse

en las orillas del lago. Sólo que su espanto fué de más corta duración, pues á la claridad de la luna reconoció á Costal en el hombre que apartaba con las manos las zarzas del lago.

En la posición elevada en que se hallaba, pudo distinguir lo que los criados no veían : á otro hombre igualmente desnudo. Era el negro ; y era lo más extraordinario en aquel extraordinario cuadro, aquellos dos atléticos cuerpos : el uno rojo como el bronce florentino ; el otro negro cual si le hubieran tallado en ébano. Uno y otro se arrojaron á nado y rápidamente se ocultaron á su vista lo mismo que á la de los criados de don Mariano.

Aunque experimentaba casi la contrariedad del espectador á quien de repente se le oculta el espectáculo principiado, bastó la presencia de aquellos dos hombres que él sabía que le eran adictos, para disipar su pasajero espanto. Reflexionó el capitán que durante su ausencia se hallaría más seguro en la copa de su árbol que en lugar descubierto y se quedó agazapado en su observatorio.

Era la intención de don Cornelio estarse allí hasta el momento en que viera de nuevo á sus dos compañeros de aventuras. Contaba con dejarles tiempo para vestirse y montar en sus caballos ; y bajando entonces de su árbol, galopar tras ellos hasta reunírseles y referirles cualquier fábula que se proponía inventar llegado el momento.

Pero el tiempo transcurría, la luna continuaba hacia el cenit y ni Costal ni el negro reaparecían sobre la superficie del lago.

Mientras que los criados de don Mariano juraban que el Indio que buscaba su corazón desde hacía quinientos años se les había aparecido y que no volverían á verlo, el capitán con mejor razonamiento se imaginaba que ambos aventureros habían tomado tierra en el cerro consagrado en otros tiempos, á Tlaloc, dios de las montañas.

Luego, algunas sordas y lejanas detonaciones que el

silencio de la noche permitía oír, dieron otro curso á los pensamientos de don Cornelio, que vanamente trataba de adivinar la causa, pues estaba bien lejos de sospechar el vivo ataque dirigido por don Rafael y sobre todo, de imaginarse que la puerta de la hacienda acabara de caer bajo los cañonazos cuyo rugido oía en lontananza.

No se atormentó mucho tiempo el capitán con estas ideas ; y pasado el primer momento de susto y tranquilizado con el pensamiento de que se hallaba cerca de sus dos fieles servidores, no tardó en experimentar, como aconteciera al coronel la noche precedente, un irresistible deseo de dormir. Sus párpados se hacían pesados á medida que su espíritu se iba calmando.

Como el coronel Tres Villas, contó con el azar en cuyas manos se hallaba por decirlo así ; y, como lo hiciera don Rafael, se amarró al árbol que le servía de asilo y se durmió prontamente con tranquilo sueño, sin que nada le turbase en la primera hora.

No debía ser lo mismo durante la segunda que le llevó un sueño tan imprevisto como terrible.

No estaba don Cornelio tan profundamente dormido que no oyese un ruido inexplicable que hirió sus oídos en medio de la soledad. Despertó sobresaltado porque le pareció distinguir el claro sonido de una campana.

El capitán escuchó sonriéndose de haber soñado en su árbol las campanas de su aldea natal ; pero aquello no era un sueño. Se reproducía el mismo sonido y con gran sorpresa suya contó hasta doce campanazos claros y distintos como los de la campana de un reloj á media noche.

Esa podía ser en realidad la hora que la luna señalaba y don Cornelio no pudo menos de experimentar un segundo acceso de estupor, pues en medio del mudo y sombrío paisaje que rodeaba, no veía sino las cumbres peladas de los cerros y la llanura en que no se levantaba campanario alguno de hacienda ó de aldea.

Aún temblaban en el aire las vibraciones de la campana y era evidente que partían del lago y de los vidriosos flancos del cerro encantado.

Dijérase aquello una señal á que despertaban de su sueño secular las divinidades indígenas.

La luna subía; y las olas de luz que derramaba sobre el lago, penetraban hasta el fondo de sus cañaverales.

No tardaron en crecer cuando despertó los vagos rumores que don Cornelio había creído oír durante su sueño al punto de convertirse en aullidos prolongados como jamás los había oído en su vida.

Los tigres habían rugido por encima de su cabeza en una noche semejante á aquélla; pero los aullidos de los jaguares, los del león y los mugidos de los toros salvajes, no sonaban tan espantosamente como los ruidos que en aquellos momentos le atormentaban.

Parecían exhalarse de enormes pulmones de un animal de raza ignorada y gigantesca.

Esta vez el capitán tembló de pies á cabeza y seguramente se habría desplomado á tierra si no hubiera estado sólidamente atado en lo alto de su árbol.

El caballo del capitán participaba de su terror: crujieron las malezas de su alrededor, rompió violentamente la brida y don Cornelio le vió lanzarse á la carrera fuera de la selva que tan terribles huéspedes parecía cobijar. Sus ojos espantados lo siguieron y no lo vieron detenerse sino hasta que se hubo reunido á los caballos del Indio y del negro.

Aquellos aullidos y aquellos campanazos de reloj en el desierto, conmovieron las creencias de don Cornelio; y hubo un instante en que no vaciló en creer que oía la voz del genio que Costal intentaba evocar.

No era el capitán Lantejas el único que se asustaba. Reunidos en apretado grupo á dos tiros de fusil de él y ocultos entre el follaje, los criados de don Mariano habían contado con igual sorpresa, con no menos terror, los doce campanazos que acababa de dar el reloj invisible.

Su amo también hacía vanos esfuerzos para explicarse lo que pasaba á su alrededor.

Gertrudis despertó exhalando un grito de espanto

cuando llegaron hasta ella los terribles aullidos que resonaban en el bosque y en el lago.

Los mismos Siete Durmientes habrían despertado de su eterno sueño ante aquel horrible estrépito.

Castrillo se mostró de repente en el claro en que se hallaban don Mariano y su hija. El desaliento y el terror se pintaban en su rostro.

— ¿Qué desgracia viene Ud. á anunciarnos? — exclamó don Mariano asombrado por la palidez de su rostro.

— Ninguna, señor don Mariano, ninguna si no es la de que nos encontramos en un lugar maldito de que debemos huir lo más pronto posible — respondió Castrillo.

— Aliste ante todo las armas porque los jaguares están cerca.

— Jamás tigre alguno ha aullado así — dijo el criado moviendo la cabeza — y son inútiles las armas cuando los espíritus de las tinieblas se hacen oír. ¡Oiga!

Aquellos aullidos, lo hemos dicho ya, no se parecían á ninguno de los que lanzan los animales de los bosques ó de las llanuras.

— Muchos signos extraños han marcado el curso de esta noche — continuó Castrillo — para que no sea una locura quedarse en un lugar en donde parecen trastornadas todas las leyes de la naturaleza, donde los muertos salen de sus tumbas, donde las campanas resuenan lejos de toda habitación, donde, en fin, los demonios aullan en las tinieblas ¡Huyamos, señor don Mariano, todavía es tiempo!

— ¿Y adónde huir? — exclamó don Mariano con angustia. — ¿Acaso es capaz de soportar la marcha esta pobre niña?

— Mientras que Ud. pide á Dios que nos aparte del peligro que nos amenaza, nosotros cargaremos prontamente las mulas con la litera — replicó el criado — pero démonos prisa, no hay un instante que perder porque no me sería posible evitar que huyeran mis compañeros y yo mismo...

— ¡Quedarme sola aquí! — interrumpió á su vez Gertrudis temblando. ¡No, no! ¡Aunque fuera á pie me siento con fuerzas para huir también!

— ¡Pues bien! Hágase como Udes quieran — respondió don Mariano. — Trataremos de llegar á San Carlos.

Castrillo se apresuró á reunirse con sus compañeros; pero cuando se trató de ir por las mulas y por los caballos empotrados en otro lugar del bosque, nadie se atrevió á aventurarse.

— Vamos los cuatro — dijo Castrillo.

Y sus compañeros le siguieron temblando y persiguiéndose con una rapidez casi frenética cual si hubiesen querido conjurar toda una legión de demonios.

Lo que don Mariano y sus gentes iban á intentar, es decir, la huida á través de las tinieblas, no lo hubiera intentado don Cornelio por todos los filones de oro de la tierra.

Clavado por el espanto en la copa de su árbol, maldiciendo siempre la loca curiosidad á que había cedido, continuaba con el oído atento á lo que él se imaginaba ser un espantoso diálogo entre la divinidad indígena y su intrépido adorador, cuando los aullidos cesaron bruscamente.

Al horrible estrépito sucedió de repente un sombrío y aterrador silencio. Dijérase que el espanto había hecho enmudecer todas las voces de la naturaleza.

Pero poco tiempo después, el silencio fué interrumpido por extraños ruidos, vagos y confusos, parecidos á humanas voces oídas á lo lejos y que parecían exhalar por detrás de la cadena de colinas que limitaba el lago por el norte.

No dudó don Cornelio de que fuesen aquellas las voces de Costal y de Clara que regresaran después de su tentativa, pues los aullidos que oyera no podían ser sino de Tlaloc y Matlacuezc vencidos.

No tardó sin embargo el capitán en desengañarse.

En la dirección del camino que había seguido para llegar, distinguió luces que avanzaban hacia el lago.

A juzgar por la rapidez con que aquellas luces cambiaban de lugar, indudablemente eran llevadas por hombres á caballo. El capitán veía muy distintamente el grupo que formaban los dos caballos de Costal y de Clara con el suyo: no podían ser pues, ni el Indio ni el negro quienes condujeran aquellas luces.

Así pues, no podía por desgracia dudarse que fuesen Arroyo y sus terribles bandidos.

Poco rato después, en efecto, apareció á la orilla del lago un batallón de jinetes entre los cuales don Cornelio reconoció á Arroyo y á su compañero Bocardo con antorchas en la mano.

Los bandidos se dirigían ya á uno, ya hacia otro lado; y cuando estas idas y venidas terminaron, les vió encaminarse hacia el lado opuesto á aquel en que estaban los tres caballos y explorar con ansiedad la superficie del agua y las cañas de la orilla.

A una señal dada, las antorchas se apagaron y todo quedó envuelto en momentánea obscuridad á los ojos de don Cornelio, pues la luz de la luna parecía pálida después del brillo de las antorchas.

El capitán habría deseado avisar á sus dos compañeros del peligro que corrían con la presencia de los bandidos de Arroyo. ¿Pero cómo hacerlo?

Por su parte, la servidumbre de don Mariano, á vista de aquellos hombres armados entre los cuales don Mariano y su hija reconocieron también á sus dos antiguos vaqueros, se quedaron inmóviles con la litera de doña Gertrudis ya cargada y lista para salir.

Don Cornelio seguía con mirada inquieta todos los movimientos de Arroyo; y al fin se tranquilizó al verle dar la vuelta al lago seguido de su tropa y alejarse.

Gracias á la claridad de la luna, la vista del capitán podía penetrar casi hasta el fondo de los cañaverales. Las orillas del lago estaban otra vez desiertas y sus aguas silenciosas y tranquilas. De repente creyó ver don Cornelio una ligera agitación entre las plantas del pantano que crecían á lo largo de las orillas.

En el mismo instante apareció entre los ramos verdes y hojas agudas de las gladiolas, una sombra vaga é indecisa, sombra que, levantándose insensiblemente, tomó distintamente las formas de una mujer.

Se hallaba vestida con una saya blanca; y sus cabellos esparcidos en desorden, flotaban sobre sus hombros.

Un frío sudor inundó la frente del capitán. Fascinado por aquella extraña aparición, sus ojos espantados se fijaron en ella sin poderlos desprender. Era, no había duda, la compañera de Tlaloc, la terrible Matlacueze que salía del húmedo palacio en que habita, allá en las profundidades del lago de Ostuta, á las invocaciones del descendiente de los viejos caciques de Tehuantepec...

CAPÍTULO X

EL MENSAJE

Desde el momento en que vimos á Costal y á Clara apartando las zarzas y cañas de la orilla del lago para espantar á los caimanes, después lanzarse á las aguas fangosas, aprisionados ambos por ese fatalismo ciego del Indio que le hacía desafiar temerariamente á los lagartos como había desafiado antes á los tiburones, el lector ignora completamente lo que había sido de ambos personajes. Vamos á conducirlo á la escena; pero ante todo, es necesario que los sigamos unos instantes á fin de explicar cómo lo fantástico ha servido de prólogo al drama real cuyo desenlace no tardará en verificarse.

Cuando los dos amigos desaparecieron entre la sombra que proyectaba el cerro encantado, no tardaron, como el capitán se imaginó, en tomar tierra en la colina misma.

El Monapostiac no es más que un inmenso bloque de obsidiana de un verde negruzco dispuesto en largas capas verticales é irregulares separadas las unas de las otras. Tal es la causa de las ranuras que se observan en sus flancos. Herida por los rayos del sol ó de la luna, aquella materia vidriosa toma una especie de suave transparencia que, unida á la niebla espesa de que se corona la cumbre

En el mismo instante apareció entre los ramos verdes y hojas agudas de las gladiolas, una sombra vaga é indecisa, sombra que, levantándose insensiblemente, tomó distintamente las formas de una mujer.

Se hallaba vestida con una saya blanca; y sus cabellos esparcidos en desorden, flotaban sobre sus hombros.

Un frío sudor inundó la frente del capitán. Fascinado por aquella extraña aparición, sus ojos espantados se fijaron en ella sin poderlos desprender. Era, no había duda, la compañera de Tlaloc, la terrible Matlacueze que salía del húmedo palacio en que habita, allá en las profundidades del lago de Ostuta, á las invocaciones del descendiente de los viejos caciques de Tehuantepec...

CAPÍTULO X

EL MENSAJE

Desde el momento en que vimos á Costal y á Clara apartando las zarzas y cañas de la orilla del lago para espantar á los caimanes, después lanzarse á las aguas fangosas, aprisionados ambos por ese fatalismo ciego del Indio que le hacía desafiar temerariamente á los lagartos como había desafiado antes á los tiburones, el lector ignora completamente lo que había sido de ambos personajes. Vamos á conducirlo á la escena; pero ante todo, es necesario que los sigamos unos instantes á fin de explicar cómo lo fantástico ha servido de prólogo al drama real cuyo desenlace no tardará en verificarse.

Cuando los dos amigos desaparecieron entre la sombra que proyectaba el cerro encantado, no tardaron, como el capitán se imaginó, en tomar tierra en la colina misma.

El Monapostiac no es más que un inmenso bloque de obsidiana de un verde negruzco dispuesto en largas capas verticales é irregulares separadas las unas de las otras. Tal es la causa de las ranuras que se observan en sus flancos. Herida por los rayos del sol ó de la luna, aquella materia vidriosa toma una especie de suave transparencia que, unida á la niebla espesa de que se corona la cumbre

de la colina, da al conjunto un aspecto extraño y melancólico.

En ciertos puntos, aquel bloque, de que Costal tenía un perfecto conocimiento, tiene una sonoridad singular y extraña, parecida á la del *Cerro de las campanas* de que hemos hablado en otro relato (1).

Ya absorto en sus meditaciones, ya recitando en voz baja oraciones en la lengua de sus padres, el Zapoteca esperaba que la luna se ostentase por encima de los cedros que la ocultaban para comenzar sus sortilegios.

Sería fastidiosa la descripción de todas las ceremonias extravagantes merced á las cuales el Indio invocaba al poderoso genio, cuya intervención debía retornar al descendiente de los caciques de Tehuantepec el esplendor de su antigua familia.

En realidad, si la perseverancia y el valor hubiesen debido obtener de las divinidades indígenas el favor que solicitaba, Costal lo habría merecido con creces. Aunque nada indicase hasta aquel momento que Tlaloc ó Matlacuezc se aparecieran á su valiente adorador, la frente de Costal radiaba de esperanza, tanto que el negro no tuvo ni por un instante la idea del fracaso en esta última tentativa.

Más de una hora había transcurrido en preparativos de toda clase, desde que la luna tan impacientemente esperada, se mostró en el cenit, cuando Costal rompió al fin el imponente silencio que guardaba con Clara.

— Clara — le dijo con voz grave — cuando los dioses de mis padres invocados por el hijo de los caciques que ha visto cincuenta inviernos van á oír los sonidos á los cuales prestan oído, desde hace más de tres siglos, se aparecerán sin duda alguna.

— Así lo espero — dijo Clara.

— Sí; pero ¿quién sabe si será Tlaloc ó su compañera?

— Poco me importa.

— Matlacuezc — replicó el Indio — está vestida de

1) *Viajes y aventuras en México.*

blanco, tan pura como la flor de floripondio. Cuando sus cabellos no están torcidos sobre su cabeza, flotan sobre su manto como la mantilla de una señora de alto tono. Sus ojos son más brillantes que las estrellas y su voz es más dulce que la del pájaro burlón cuando imita el canto del ruiseñor; y sin embargo, es terrible sostener su mirada.

— La sostendré — dijo el negro.

— Pero Tlaloc tiene la talla gigantesca; serpientes que se retuercen silban en su cabellera; su ojo es como el ojo del jaguar y su voz ruge como la del toro. Reflexiónelo, mientras haya tiempo.

— Ya se lo he dicho: quiero oro y poco me importa que sea Tlaloc ó su esposa quien me lo dé... ¡Por todos los diablos cristianos ó paganos! ¡No he venido aquí para retroceder!

— Entonces, dijo Costal — voy á llamar á mis dioses.

Y diciendo estas palabras, el Indio recogió una piedra cerca de él y avanzando hacia la colina, golpeó fuertemente en uno de sus ángulos. El golpe resonó á lo lejos parecido al ruido del bronce. Once veces más renovó su terrible invocación.

Vagos murmullos parecieron responder á los golpes de la piedra sobre la roca. Luego, cual si Costal en efecto hubiese poseído el don de hacer oír la terrible voz de Tlaloc, espantosos aullidos estallaron en medio del silencio. Eran los mismos que tanto habían asustado al capitán y á la servidumbre de don Mariano.

Clara sintió el mismo terror; pero no fué más que un instante, pues exclamó con voz firme:

— ¡Suene más, Costal: Tlaloc ha respondido!

El Indio echó sobre Clara una mirada escrutadora. La luna iluminaba su rostro ceniciento: era evidente que el negro hablaba en serio.

— ¡Y qué! — dijo el Zapoteca. — ¿Tan poco familiarizado se halla Ud. con los misterios de nuestras selvas para confundir la voz de un vil animal con la del dios de las montañas?

— ¡ Un animal aullar así !

— ¡ Sin duda ! Esta voz es espantosa ; pero lo es sólo para quienes no conocen al animal que la produce : es un mono (1) al que Ud. mataría de un golpe con el látigo que Ud. dejó en la manzana de la silla. No, no ; la voz de Tlaloc es aún más terrible.

— ¡ Y bien ! Lo siento — respondió el negro.

La presencia de los jinetes que exploraban los alrededores del lago, iría bien pronto á torcer el curso de sus pensamientos. Apenas acababan de desaparecer los bandidos de Arroyo tras el cañaveral, cuando de lo más espeso de la maleza vióse surgir la blanca aparición que el capitán contemplaba temblando.

A la vista de aquella repentina visión, los ojos del intrépido Costal brillaron con relámpagos de triunfo. Con una mano agarró el brazo de su compañero.

— ¡ Ya sonó la hora ! — dijo. — La gloria de los caciques de Tehuantepec va á renacer : ¡ vea !

Y con la otra mano señalaba la negra cabellera flotando como una mantilla sobre la saya color de floripondio que la luna iluminaba en medio del cañaveral.

— ¡ Es Matlacuezc ! — respondió el negro en voz baja.

Y aunque su corazón latía á golpes redoblados dentro de su pecho, Clara no dejó adivinar el secreto terror que le embargaba en presencia de la divinidad de las aguas que al fin se le mostraba.

Ambos bajaron suavemente por los flancos de la roca y se echaron á nado.

En aquel instante la blanca aparición se ocultó y los dos aventureros la perdieron de vista, aunque el capitán, desde lo alto del árbol en que se hallaba, continuaba viéndola escondida tras el verde zócalo de las gladiolas del lago.

Pero el Indio sabía adónde dirigirse ; y su vigoroso brazo hendía el agua tan rápidamente, que el negro, por

(1) El stentor ursinus.

más esfuerzos que hacía, se quedaba á diez brazadas tras él.

En seguida el capitán Lantejas, temblando ante el valor sobrehumano de Costal, le vió extender los brazos para coger á la diosa, cuando una voz exclamó :

— ¡ No al negro ! ¡ Al matador del Gaspacho primero !

Un disparo de fusil surcó el lago. Don Cornelio perdió de vista al negro y al Indio que acababan de sumergirse ; pero en el punto que Costal abandonara, vió agitarse y temblar las cañas. Oyó también algo así como un ahogado grito de agonía ; las gladiolas dejaron de zumbar y el grito se apagó.

La visión del manto blanco y de cabellos flotantes había desaparecido y el lago quedó desierto, pero sólo por un instante. Costal y Clara reaparecieron en la superficie y no tardaron en tomar tierra en la orilla, á un tiro de fusil del capitán.

El drama real se mezclaba tan estrechamente á las apariencias fantásticas, que don Cornelio se quedó por un momento con el espíritu turbado y con la vista velada por una nube.

Solamente el peligro que corrían sus dos fieles compañeros pudo volverle en sí y convencerle de que lo que pasaba ante sus ojos no era un sueño.

Súbitamente salieron tras el cañaveral, á poca distancia del lugar en que la aparición se mostrara por breves momentos, dos de los hombres de Arroyo persiguiendo, sable en mano, al negro y á Costal. Entonces el capitán recobró enteramente su conciencia ; y apoyando el cañón de su carabina sobre una de las ramas de su árbol, hizo fuego : uno de los bandidos cayó y el otro se detuvo sorprendido ante tan inesperado golpe.

Aquella demora dió tiempo á los dos aventureros para llegar hasta sus caballos y montar como dos fantasmas chorreando agua del lago.

Por su parte el capitán bajó rápidamente á tierra dándose á conocer y llamando por sus nombres á sus dos compañeros.

— ¡Ah! exclamó Costal — temía que alguna desgracia le hubiera acontecido al ver su caballo con los nuestros.

Mientras tanto el bandido que se había quedado solo, huyó con dirección hacia su caballo que había dejado tras las colinas al cuidado de sus compañeros. Pero perseguido muy luego por el Indio que en pocos saltos le dió alcance, fué arrojado á tierra bajo las patas de su caballo donde el Zapoteca lo clavó sin desmontarse con un mandoble de su espada.

— ¡Pronto al lago ahora! — dijo vivamente Costal dirigiéndose al negro. — Vaya Ud. á esperarme al bosque, señor don Cornelio, tenemos necesidad de estar solos.

Cuando echaba pie á tierra al pronunciar aquellas palabras, un nuevo incidente llegó á cambiar la faz de los sucesos.

Cinco jinetes y una litera conducida por dos mulas aparecieron de repente en la orilla del lago y casi á la extremidad del bosque: era don Mariano al lado de la litera de su hija, acompañado de sus cuatro criados.

El hacendado había oído al capitán Lantejas nombrarse y llamando por sus nombres á Costal y á Clara; y lleno de esperanzas en el socorro inesperado que le enviaba el cielo, se apresuraba por reunirse á ellos.

Del otro lado del Ostuta, tras el velo formado por los cedros, desembocó en aquel mismo instante una segunda escolta de caballería compuesta de una media docena de hombres perseguidos, según todas las apariencias, por un número igual de jinetes que aparecieron á su vez con los sables empuñados.

— ¿Quiénes son estos intrusos — exclamó Costal jurando como pagano que era — que vienen á turbar á los adoradores de Tlaloc?

El negro que al instante oyó que se le llamaba como á Costal, se golpeaba el pecho desesperadamente, pensando en que aquella súbita invasión del lago, desierto hasta entonces, le hacía perder una oportunidad preciosa y única. Era la voz de don Mariano quien se daba á conocer y llamaba también por su nombre al capitán Lan-

tejas, ignorando que era el mismo que llevaba el nombre de Cornelio, el antiguo huésped de Las Palmas.

— ¡Sí, soy yo, vive Dios! — respondió el capitán sorprendido hasta lo último de hallarse conocido en medio de aquella soledad tan sombría hasta entonces.

En tanto que se verificaban estos incidentes, los fugitivos que acababan de aparecer parecieron indecisos acerca de la dirección que debían tomar; pero quizás no viendo al grupo reunido á la orilla del bosque, se dirigieron por aquel mismo lado.

Lantejas y sus dos compañeros, don Mariano y su servidumbre, apenas tuvieron tiempo de lanzarse precipitadamente tras los árboles para no ser atropellados por el galope impetuoso de los caballos que pasaron á la carrera como un torbellino.

Sin embargo, no obstante la rapidez de su paso, el ojo penetrante de Costal distinguió entre los fugitivos á dos á quienes no podía menos de reconocer, pues habían sido lo mismo que él, servidores de don Mariano.

— Estamos entre enemigos — dijo en voz baja á Clara. — Allí van Arroyo y Bocardo perseguidos sin duda por los realistas.

Acababa apenas de decirlo, cuando en carrera no menos furiosa, pasaron como un relámpago los perseguidores de Arroyo.

Uno de ellos, de alto porte, á lo que podía juzgarse, precedía á sus cinco compañeros. Inclinado sobre el cuello de su caballo que más parecía volar que galopar, no cesaba de hostigarlo con sus espuelas.

Agarrando convulsivamente su sombrero negro de anchas alas, un instante levantado por la misma rapidez de la carrera, se lo hundió de tal modo que su rostro ya medio oculto entre la crin de su caballo, se veía apenas. El caballo espantado, ya por la sombra de la litera de Gertrudis, ya por cualquier otro objeto, saltó hacia un lado, lanzando por sus narices un resoplido ronco y extraño al cual respondió un débil grito que se exhaló tras las cortinillas de la litera.

Aquel grito pasó inadvertido para el jinete que ni siquiera volvió la cabeza.

No fué Gertrudis la única que se estremeció al oír aquel resoplido tan conocido; también don Cornelio recordó que lo había oído resonar de un modo terrible en el campo de batalla de Huajapam algunos momentos antes de sentirse levantado de su silla por el vigoroso brazo del coronel Tres Villas.

Tampoco don Mariano había dejado de reconocer aquella particularidad de un caballo tan largo tiempo cuidado en sus caballerizas. El caballero tenía la alta estatura de don Rafael. ¿Era pues éste, á quien se suponía en el sitio de Huajapam? Al menos, quedaba la duda.

Dejando para otra hora más favorable, pues la noche estaba aún lejos de concluir, la continuación de sus invocaciones á las divinidades zapotecas, Costal y Clara, para estar preparados á los sucesos que pudieran sobrevenir, fueron á recoger á toda prisa sus armas de fuego y sus vestidos, quedándose don Cornelio solo con el hacendado y Gertrudis.

Inciertos unos y otros acerca de lo que debían hacer, todos esperaban con viva ansiedad el fin de la acción que se desarrollaba casi bajo sus ojos, pero cuyos detalles debían escapárseles á causa de la distancia, á pesar de la claridad de la luna que iluminaba los bordes del lago, teatro de la escena cuyo desenlace tocaba á su fin.

Don Rafael que, desde el momento en que lo vimos dejar la hacienda de San Carlos, se había acercado al lago de Ostuta, continuaba siempre su encarnizada persecución.

De instante en instante se acortaba la distancia que lo separaba de Arroyo; y el bandido, que á pesar de su habitual bravura, parecía presa de un loco terror ante el enemigo implacable y temible de quien huía, no podía menos de reconocer que su terrible brazo le alcanzaría. Tuvo sin embargo un momento de esperanza, pues los soldados de la escolta de don Rafael, no iban tan bien montados como su jefe que les precedía cinco ó seis

cuerpos de caballo. El bandido pudo ordenar á sus hombres volver caras y coger á don Rafael antes de que sus jinetes se le reuniesen; pero le faltó valor y dejó escapar esta última oportunidad de salvarse. La indomable fuerza del coronel y su ciego valor le eran demasiado conocidos para que él esperase arrojarlo á tierra en los cortos momentos que bastarían para que sus hombres llegasen en su ayuda.

Arroyo había llegado á la extremidad oriental del lago; á corta distancia se extendían ante él llanuras inmensas en las cuales tenía esperanzas de escapar á la persecución de su enemigo.

Así pues, continuó su carrera resuelto á no hacer uso sino hasta en el último extremo del recurso peligroso que le proporcionaba el avance del coronel.

Pero el coronel, á despecho de las fogosas pasiones que le agitaban, seguía con ojo atento cuantas maniobras hacía el bandido cuyas intenciones pareció adivinar, pues se apartó de la curva del lago para cortarle toda retirada á su derecha. Cuando Arroyo á quien Bocardo seguía de cerca, viró bruscamente alejándose de la ribera, ya no era tiempo.

El caballo del ronco resoplido y su jinete, saltaron en línea paralela á los dos bandidos, arrojando formidable sombra hasta las piernas del caballo de Arroyo. Este se echó rápidamente hacia la izquierda: esto era lo que quería don Rafael que al parecer intentaba hacer con él lo que se hace con el ciervo que hostigado por el cazador busca como último medio de salvación el estanque contra el cual se le arroja.

— ¡Cuidado, cuidado! — gritó Bocardo á su cómplice al ver que el coronel acababa de adelantarlo con un esfuerzo repentino y que iba ya á lanzarse contra él.

Arroyo descargó la pistola que tenía en la mano, reteniendo involuntariamente la brida de su caballo. El tiro mal dirigido, no hirió á don Rafael, cuyo caballo, chocando con el pecho contra el flanco del de Arroyo, lo arrojó al suelo.

Bocado se atravesó entre ellos para dar tiempo de levantarse á su compañero.

— ¡Atrás, cerdo inmundo! — exclamó el coronel arrojándolo de su silla con un golpe de su sable.

Arroyo, machucado, magullado, con las espuelas enredadas en la silla, trataba inútilmente de levantarse, pues ya el coronel por un lado y sus hombres por el otro, lo rodeaban sable en mano, mientras que los cuatro jinetes insurgentes huían á toda brida y Bocado yacía inmóvil sobre la arena.

Desde el lugar en que se hallaban, los espectadores vieron de lejos la doble caída, pero sin adivinar de qué parte estaba la ventaja.

Con tal de que las orillas del lago volvieran á quedar solitarias, poco importaba todo aquello á Costal y á su compañero de aventuras; pero no así á don Mariano.

Atormentado por la idea de que uno de los actores de aquella lucha podía ser el coronel Tres Villas, cuya vida le era tan preciosa como la de su hija, á la cual se hallaba ligada por así decirlo, se hallaba absorto en su dolorosa incertidumbre, guardando el más profundo silencio desde el principio de la terrible escena que se desarrollaba ante sus ojos.

Un vivo sentimiento de curiosidad había igualmente hecho mudos á don Cornelio y á sus dos compañeros. Don Mariano ignoraba aún que la hacienda de San Carlos hubiera sido pillada y tomada, por la cuadrilla de Arroyo. También Gertrudis á cuyo oído no había escapado el peculiar resoplido del Roncador, era presa de mortales angustias tras las cortinillas de su litera.

Costal fué el primero en romper aquel largo silencio, á consecuencia de su ardiente deseo de volverse á encontrar solo con Clara sobre las riberas del lago.

— Sea lo que fuere — dijo — ahora el camino está libre; y el señor don Mariano puede volver á tomar su camino si es que va para Las Palmas.

— Nosotros no vamos para Las Palmas — replicó el hacendado distraídamente, avanzando algunos pasos

para tratar de darse cuenta de lo que pasaba, pues no esclarecía sus dudas el ruido de voces confusas que oía á alguna distancia.

— En su lugar, yo no vacilaría en continuar mi camino — replicó Costal — los momentos son preciosos y... ¡Por las serpientes de la cabellera de Tlaloc! — exclamó con sorpresa mezclada de cólera. — Todavía hay alguien en este bosque!

Se oyó en efecto muy cerca de allí, el crujido de las malezas y de las lianas. Luego, estas palabras se pronunciaron muy distintamente:

— ¡Por aquí, compadre, por aquí! Oigo por allá la voz del hombre á quien buscamos. ¡Pronto por todos los diablos! Que no se nos pierda esta vez!

No era conocida aquella voz de ninguno de los que acababan de oírlo. — El hombre á quien se dirigieron esas palabras no contestó. El ruido de pasos á través de los matorrales se debilitó poco á poco hasta perderse al fin en lontananza.

Costal y Clara cambiaron una mirada de contrariedad, mientras que el hacendado, siempre atento á lo que pasaba á su alrededor, hacía inútiles esfuerzos por encontrar la solución.

La luna, próxima ya á desaparecer tras las colinas, iluminaba aún con rayos oblicuos un grupo de hombres y de caballos cuyas sombras se alargaban desmesuradamente sobre la arena de la planicie. ¿Pero qué pasaba en medio de aquel grupo? Una escena terrible, sin duda á juzgar por un espantoso grito que se oyó y que hizo temblar al hacendado hasta el fondo de su corazón.

¿Era don Rafael vencido quien lo lanzaba; ó ejercía él mismo un acto de implacable justicia contra el matador de su padre?

En los momentos en que Arroyo se debatía bajo los pies de su caballo, el coronel se apeó del suyo; y con el puñal entre los dientes, agarró con sus dos manos las del bandido cuyos músculos se retorcian en vano bajo

tan terrible presión. Hincó una rodilla sobre su pecho y pesó sobre él como un pedazo de roca desprendido del Monapostiac. Arroyo, con los brazos en cruz, desmayado por el dolor, se quedó inmóvil, pintándose en todas sus facciones, ya la rabia, ya el terror.

— ¡Amarren á este hombre! — dijo don Rafael.

En un abrir y cerrar de ojos se arrolló diez veces el lazo de uno de los jinetes, alrededor de los brazos y de las piernas del bandido.

— ¡Bien! — dijo el coronel cuando Arroyo no pudo ya hacer ningún movimiento. — ¡Átenlo á la cola del Roncador!

Por acostumbrados que estuvieran los soldados españoles á los terribles actos de venganza que seguían casi siempre á la victoria de uno ó de otro partido, ejecutaron la orden en medio del más profundo silencio.

Cuando el cabo del lazo con que estaba atado el bandido, se hubo amarrado á raíz del rabo del Roncador, que parecía también negarse á la tarea sangrienta que se le encomendaba, el coronel saltó á caballo.

Lanzó hacia atrás una mirada de odio sobre el asesino de su padre y respondió con una sonrisa desdeñosa á los gritos de perdón que exhalaba Arroyo.

— ¿Para qué? — le dijo. — Antonio Valdés murió así: tú morirás como él; te lo he dicho en la hacienda de Las Palmas.

Las espuelas del coronel resonaron con siniestro ruido contra los ijares del Roncador asustado. El animal se encabritó violentamente en el instante en que el bandido exhaló el grito de angustia y de dolor que conmovió tan fuertemente á don Mariano.

Bajo el segundo espolazo, el Roncador lanzó un ronco relincho y dió un salto hacia adelante quedándose luego inmóvil y tembloroso. Arroyo, levantado violentamente del suelo, volvió á caer pesadamente.

En aquel instante se acercaron dos hombres á todo correr. La luna iluminaba el rostro del coronel, cual si fuese medio día.

Llegados que hubieron cerca de él, uno de aquellos hombres exclamó:

— ¡Un instante, coronel, en nombre de Dios! No se vaya aún. ¡Nos ha costado mucho hallarlo á mi compadre y á mí!

El hombre que hablaba así se descubrió enseñando la fisonomía *militar* de Juan el Zapote, mientras que el honrado Gaspar se le reunía jadeante.

El coronel no pudo menos de reconocer á sus dos compañeros de peligros en los bosques de las orillas del río, ni olvidar que uno de ellos le había dado un consejo salvador indicándole el lugar en que hallara refugio.

— ¿Qué quieren Udes.? — les dijo. — ¿No ven Udes. que no los puedo oír?

— Sí, sin duda, somos indiscretos... ¡Eh! ¡Toma! ¿Es en el señor Arroyo en quien Ud. se ocupa?... Pero hace veinticuatro horas que corremos tras de Ud. y Ud. se nos va siempre... Tengo un mensaje de vida ó muerte que entregarle...

— ¡Gracia, gracia, señor coronel! — gritaba Arroyo con voz de lamento.

— ¡Silencio, caramba! ¡que no nos deja Ud. hablar! — le dijo el Zapote.

— ¡Un mensaje! — exclamó el coronel cuyo corazón se estremeció de esperanza. — ¡Un mensaje! ¿Y de quién?

— Haga Ud. que se alejen sus hombres — dijo el Zapote — es un mensaje confidencial... un mensaje de amor... — concluyó muy bajo.

Á un gesto imperioso del coronel, pues la voz le faltó de repente, sus jinetes se apartaron para no oír nada. Sin embargo, cual si no bastase aquella precaución, inclinó la cabeza hacia el mensajero.

¿Qué le dijo el Zapote que tan diestramente se sustituyó á Gaspar para hacer él solo el papel de verdadero mensajero? Podemos dispensarnos de decirlo. La sola actitud del coronel revelaba muy bien el sentido de las palabras que oía.

Cogido con una mano á la hermosa crin del Roncador cual si tuviese necesidad de aquel punto de apoyo para sostenerse en la silla, el coronel Tres Villas sofocó un grito de felicidad. En seguida ocultó en su pecho un objeto que le dió el mensajero quien á su vez, á una palabra de don Rafael, dió un salto prodigioso que atestiguaba la loca alegría que le embargaba.

Entonces el coronel sacó su puñal; y sus jinetes oyeron que decía al Zapote á media voz:

— ¿Dios no quiere entonces que este hombre muera, puesto que es ahora cuando te envía hacia mí?

Y olvidando que al fin tenía en su poder á su más mortal enemigo, al asesino de su padre; olvidando su juramento de odio para no acordarse, en medio de las deliciosas sensaciones de que estaba lleno su corazón, sino del juramento de clemencia que hiciera á la misma Gertrudis, don Rafael se inclinó sobre la grupa de su caballo y cortó el lazo que amarraba al miserable á quien la llegada inesperada del Zapote acababa de salvar la vida.

El coronel, sin dignarse siquiera de oír los agradecimientos que le dirigía el bandido inmóvil sobre la arena, se volvió hacia el mensajero:

— ¿Dónde está la que te envía? — le preguntó.

— Allá — respondió el Zapote enseñando con el dedo una litera que se ponía en marcha escoltada por cinco hombres á caballo.

Desembarazado del cuerpo humano que lo espantaba, el Roncador no se resistió esta vez á correr en dirección del punto en que las cortinillas de la litera de Gertrudis, ondulaban á los últimos rayos de la luna.

CAPÍTULO X

LO FANTÁSTICO Y LA REALIDAD

Sin embargo, cual si los alrededores del lago de Ostuta, hasta entonces tan desiertos, se hubieran hecho de repente el lugar de una cita general, brillaron luces á lo lejos; y se presentó otra litera de brazos en dirección distinta de la que seguía la de Gertrudis.

Una media docena de indígenas la precedían, iluminando el camino con ramas encendidas de *ocote* (1) que llevaban en la mano.

Á la voz de don Rafael, la escolta de Gertrudis había hecho alto y en aquel momento las angarillas que habían llegado también á la orilla del lago, se detuvieron asimismo. Los Indios que las acompañaban, se pusieron entonces á registrar el cañaveral á favor de sus antorchas.

Una distancia de dos ó trescientos pasos separaba á los grupos formados alrededor de las dos literas.

Furioso al ver que las orillas del lago se poblaban otra vez, Costal se lanzó hacia ese lado y arrancando á uno de los Indios la antorcha que llevaba, dirigió vivamente su caballo hacia las angarillas.

(1) *Pinus picea*.

Cogido con una mano á la hermosa crin del Roncador cual si tuviese necesidad de aquel punto de apoyo para sostenerse en la silla, el coronel Tres Villas sofoecó un grito de felicidad. En seguida ocultó en su pecho un objeto que le dió el mensajero quien á su vez, á una palabra de don Rafael, dió un salto prodigioso que atestiguaba la loca alegría que le embargaba.

Entonces el coronel sacó su puñal; y sus jinetes oyeron que decía al Zapote á media voz:

— ¿Dios no quiere entonces que este hombre muera, puesto que es ahora cuando te envía hacia mí?

Y olvidando que al fin tenía en su poder á su más mortal enemigo, al asesino de su padre; olvidando su juramento de odio para no acordarse, en medio de las deliciosas sensaciones de que estaba lleno su corazón, sino del juramento de clemencia que hiciera á la misma Gertrudis, don Rafael se inclinó sobre la grupa de su caballo y cortó el lazo que amarraba al miserable á quien la llegada inesperada del Zapote acababa de salvar la vida.

El coronel, sin dignarse siquiera de oír los agradecimientos que le dirigía el bandido inmóvil sobre la arena, se volvió hacia el mensajero:

— ¿Dónde está la que te envía? — le preguntó.

— Allá — respondió el Zapote enseñando con el dedo una litera que se ponía en marcha escoltada por cinco hombres á caballo.

Desembarazado del cuerpo humano que lo espantaba, el Roncador no se resistió esta vez á correr en dirección del punto en que las cortinillas de la litera de Gertrudis, ondulaban á los últimos rayos de la luna.

CAPÍTULO X

LO FANTÁSTICO Y LA REALIDAD

Sin embargo, cual si los alrededores del lago de Ostuta, hasta entonces tan desiertos, se hubieran hecho de repente el lugar de una cita general, brillaron luces á lo lejos; y se presentó otra litera de brazos en dirección distinta de la que seguía la de Gertrudis.

Una media docena de indígenas la precedían, iluminando el camino con ramas encendidas de *ocote* (1) que llevaban en la mano.

Á la voz de don Rafael, la escolta de Gertrudis había hecho alto y en aquel momento las angarillas que habían llegado también á la orilla del lago, se detuvieron asimismo. Los Indios que las acompañaban, se pusieron entonces á registrar el cañaveral á favor de sus antorchas.

Una distancia de dos ó trescientos pasos separaba á los grupos formados alrededor de las dos literas.

Furioso al ver que las orillas del lago se poblaban otra vez, Costal se lanzó hacia ese lado y arrancando á uno de los Indios la antorcha que llevaba, dirigió vivamente su caballo hacia las angarillas.

(1) *Pinus picea*.

A la vista de aquel jinete que se echaba sobre ellos con el rostro desfigurado por la cólera, las riendas entre los dientes, una antorcha en una mano y en la otra una espada sangrienta, se espantaron los cargadores de las angarillas, las dejaron caer por tierra bruscamente y echaron á correr á toda prisa. Un grito sofocado partió del fondo de la litera, cuyas cortinillas se apresuró á apartar el capitán que había seguido á Costal. A la luz de la antorcha del Zapoteca, apareció un rostro cadavérico manchado de sangre. Don Cornelio reconoció inmediatamente al joven español víctima de la ferocidad de Arroyo y de la avaricia de su cobarde cómplice. El moribundo se estremeció al ver á Costal; y con voz casi apagada:

— ¡Oh! ¡no me hagan daño! ¡Tengo tan poco tiempo de vida!...

Lantejas hizo seña á Costal de que se alejara; y con palabras afectuosas calmó las quejas del desgraciado joven.

— ¡Gracias, gracias! — le dijo éste. Luego, volviendo hacia él sus miradas suplicantes: — ¿No la ha visto Ud.? agregó.

Estas palabras fueron un rayo de luz para don Cornelio: el fantasma huyendo de la hacienda de San Carlos y la blanca aparición entre los cañaverales del lago, fueron á sus ojos una misma y desgraciada criatura. Dos veces había visto viva aún, á la que el español no volvería á ver sin duda alguna sino muerta. Con el alma turbada por los recientes acontecimientos de la noche y temiendo también amargar aún más los últimos instantes del moribundo, don Cornelio no sabía qué contestar.

— No sé — dijo vacilando. — No he visto á nadie... sino á los bandidos, dos de los cuales están tendidos sin vida.

— ¡Búsqueda por el amor de Dios! — replicó el español. — No debe de estar lejos... Hablo de mi mujer... Hallamos por allí este pañuelo de seda... luego este

zapato. ¡Ah! ¡si pudiera al menos abrazar á Marianita antes de morir!

Y al hablar así, el joven atormentado por la angustia y con aspecto desgarrador, enseñaba los dos objetos pertenecientes á aquella, á quien probablemente los cañaverales del lago devolverían sin vida.

El capitán dejó caer las cortinillas de la litera y se reunió á Costal que continuaba exhalando todo el furor que le inspirara la cruel contrariedad que acababa de experimentar.

Don Cornelio quiso comunicarle los temores que le embargaban á propósito de la joven señora...

— ¡Ud. está loco! — le dijo el Indio en tono de mal humor. — La mujer que Ud. vió entre las cañas, es Matlacuezc... ¡Y ya iba yo á enlazarla entre mis brazos cuando ese infame bandido la hizo desaparecer! — agregó con rabia.

— ¡El loco es Ud. desgraciado pagano! ¡La pobre criatura que sin duda fué herida por la bala destinada á Ud., no es otra que la esposa de ese pobre joven!

Mientras que con los ojos fijos en la litera el capitán trataba de desvanecer las ilusiones que alimentaba Costal, los portadores de antorchas y los de las angarillas, repuestos ya del susto, practicaban investigaciones por las orillas del lago.

De repente uno de ellos lanzó un grito horrible.

— ¡Aquí está! — exclamó.

Luego, á este grito siguió un fúnebre aullido al estilo indígena, aullido que llevó al español la noticia de la desgracia que habrían querido ocultarle.

El capitán oyó que lo llamaba y corrió hacia él. Se había medio incorporado, espantados los ojos, la boca abierta.

— ¡Muerta, muerta! — exclamaba.

— Espere, espere Ud., tal vez ese hombre se equivoca.

— ¡Muerta le digo! — Y, después de una corta pausa, volviendo á su rostro la calma: ¿Qué más puedo esperar? — agregó. — Ha escapado á los ultrajes y yo tam-

bién voy á morir. ¡Ay amigo mío! ¡La muerte es para mí más dulce que la vida! ¡Ella me unirá á la que he amado más que á mí mismo!

Y, como esos moribundos que se acomodan para morir, el joven recostó suavemente su cabeza sobre la almohada y con una mano llevó hasta los ojos la coleta que lo cubría. En seguida arregló con la otra mano cuidadosamente un lugar á su lado como si hubiese querido preparar el lecho fúnebre de la que jamás volvería á ver.

Don Cornelio corrió á reunirse con Costal; y arrastrándole hacia el lago:

— ¡Venga — le dijo — y verá!

Ambos se dirigieron al punto de donde había partido el grito.

Una saya blanca desgarrada por las zarzas, manchada de sangre y de verdusco limo, envolvía como en un sudario el cuerpo inanimado de una joven á quien los Indios habían depositado sobre un lecho fabricado con cañas. Algunas hojas verdes, que sobresalían alrededor de su cabeza, constituían su último adorno.

— ¡Es bella como la diosa de las aguas! dijo Costal. — ¡Pobre don Mariano! — concluyó. — ¡Allí está muy lejos de pensar en que ya no tiene sino una hija!

Y se alejó con la cabeza baja y pensativa; el capitán lo siguió.

— ¡Y bien! — le preguntó. — ¿Sigue Ud. creyendo haber visto á la esposa de Tlaloc?

— Yo creo lo que mis padres me enseñaron á creer — respondió el Indio con tono de desaliento. — Creo que el hijo de los caciques de Tehuantepec morirá sin haber podido recobrar el antiguo esplendor de su familia. ¡Tlaloc no lo ha querido!

Fácilmente se explicará cómo, turbado el espíritu hasta el vértigo por el terror que le inspiraban los bandidos de Arroyo, se había extraviado la joven esposa de don Fernando.

Cuando llegó al lago, le pareció que el espeso cañaveral que crecía en sus orillas le ofrecía un seguro asilo al

cual nadie iría á buscarla. Así pues, allí se refugió.

Así también, fácilmente se explicará la presencia de Arroyo y de su tropa en el mismo lugar. Siguiendo las huellas que tras sí dejara la desgraciada criatura á quien perseguían, llegaron hasta aquel refugio, dejando á su vez sus propios rastros que pronto hallaría don Rafael. Uno de los hombres del guerrillero distinguió á Costal nadando en el lago y próximo á prender á la que su loca imaginación le representaba como la diosa de las aguas. Ardiendo en deseos de vengar la muerte del Gaspacho, el bandido disparó sobre el Indio; pero mal dirigida la bala, hirió á la víctima inocente que, buscando en el lago fatal un asilo contra los ultrajes que la amenazaban, no debía encontrar sino la muerte.

La súbita é inesperada presencia del infortunado don Fernando en las orillas de aquel mismo lago, parecerá quizás más inexplicable, pues que dejamos al desgraciado joven preso en su casa y casi expirante en medio de los tormentos que su verdugo le hiciera sufrir. Algunas palabras bastarán, sin embargo, para dar al lector una completa explicación.

La mujer de Arroyo á quien los celos tornaban clarividente, no se había engañado acerca de las culpables intenciones de su marido con respecto á doña Marianita.

Pensando que don Fernando, tan pronto como se viera libre, hallaría tal vez el medio de substraer á su joven esposa de la avidez del bandido, la marimacho se apresuró á darle libertad lo mismo que á algunos de sus servidores. Se quedó con los otros réhenes. Esperaba además que con eso, que ella consideraba como un acto de clemencia, se desarmaría la cólera del vencedor.

Una parihuela en la que se había depositado á don Fernando sirvió para transportarle fuera de la hacienda. Los Indios que le precedían, siguieron á favor de sus antorchas, las huellas que la joven dejara en su fuga; y esas huellas lo mismo que los dos objetos que encontraron, les condujeron naturalmente hasta el lago. Allí debía casi confundirse el último suspiro de don Fernando

con el de la pobre Marianita que apenas le precedía algunos instantes. ¡No lloremos á aquellos á quienes la parca une; lloremos, sí, á los que ella separa!

— ¡Es una brava hembra! — había dicho el teniente catalán refiriéndose á la mujer de Arroyo, al saber la libertad que diera al joven español. — Así pues, la colgaré por la cabeza... aunque no sea sino por decencia...

Agreguemos, para concluir con toda explicación, que al día siguiente al rayar el alba, el catalán se apoderó á viva fuerza de la hacienda; y que, hecha excepción de la marimacho que fué colgada por el pescuezo, todos los bandidos lo fueron por los pies, tanto los vivos como los muertos. El bravo é implacable teniente había jurado utilizar toda su provisión de cuerdas y á fe que cumplió religiosamente su juramento.

Diós, sin duda, quiso preparar y fortificar el alma del padre contra la desgracia que iba á herirle, haciéndolo testigo de la dicha de la hija que le quedaba como su ángel de consuelo.

Al buscar al coronel en San Carlos, supo Gaspar el saqueo de la hacienda por los bandidos, la huida de Marianita y el cruel suplicio á que se sujetó á don Fernando y comunicó á su amo todos estos sucesos, pues le reconoció perfectamente á la luz de la luna cuando llegó á las orillas del lago.

Temiendo sin embargo que si le veía don Mariano retirase la orden de llevar el mensaje de Gertrudis á don Rafael, ó por lo menos que se demorase, atrevió el bosque para llegar cuanto antes al lugar en que estaba el coronel; y he aquí por qué, temeroso de que le reconocieran por la voz, no contestó al llamado del Zapote.

Las orillas del lago poco ha tan bulliciosas, se sumergieron otra vez en su sombrío silencio. Se aproximaba el instante en que debían quedar en su muda soledad.

Don Cornelio y sus dos compañeros habían desaparecido.

El cortejo fúnebre se había puesto ya en marcha hacia la hacienda de San Carlos. Una muerte cruel acababa de

unir para siempre las almas de los dos jóvenes esposos; una misma camilla debía reunir también sus cuerpos inanimados. Los Indios que la conducían, marchaban en silencio.

Don Mariano, acompañado de sus servidores á los cuales se habían unido Gaspar y el Zapote, seguía el convoy. Tras ellos y á larga distancia, cerraban la marcha los jinetes de la escolta de don Rafael.

El solemne silencio de la muerte reinaba por todas partes.

Ahora, nada nos impide oponer al cuadro fúnebre que acaba de pasar bajo nuestros ojos el de la más sublime felicidad que haya sido dado gozar al hombre en la tierra: ¡éxtasis deliciosos de un amor correspondido, con frecuencia precedidos de largos y crueles tormentos, pero que jamás se han comprado demasiado caros!

Solos, á igual distancia de don Mariano y de los jinetes del coronel, dos personajes cambiaban en voz baja palabras que ningún oído indiscreto podía escuchar.

Absortos desde que se juntaron, en los sentimientos de la dicha que se desbordaba de sus corazones, parecían extraños á cuanto pasaba á su alrededor. Don Mariano, devorando en silencio su dolor, les dejó en la ignorancia de la doble desgracia que acababa de herirle. Sabía el tierno cariño de Gertrudis hacia su hermana y temió que, en el estado de debilidad en que se hallaba, sería para ella golpe mortal, sin haberla preparado previamente, la noticia del triste fin de Marianita.

Don Rafael, á caballo al lado de la litera que conducía á Gertrudis, se inclinaba sobre su silla para no perder el más leve de sus acentos y recoger cada una de sus palabras con la avidez del viajero que, devorado por la sed, se arroja al fin hacia la fuente con que soñaba para aspirar á grandes tragos el agua pura y límpida.

Una vaga y confusa claridad que penetraba apenas en la litera á través de las cortinillas medio cerradas, permitía á don Rafael apreciar los contornos indecisos del rostro de Gertrudis.

Esta semi-obscuridad, tan favorable para la joven, le servía para ocultar su dicha y su confusión, que se traducían en el vivo encarnado de sus mejillas, tan pálidas hasta entonces.

Arrebatada por la violencia de su pasión, lanzaba miradas furtivas á su amante para apreciar si los tormentos de la ausencia, habían impreso sus huellas también sobre su rostro.

Pero, digámoslo sin rodeos, el incurable amor en que el coronel se consumía, marcó su huella por una profunda melancolía extendida en todas sus facciones; y en aquel instante, su fisonomía irradiaba de dicha. Es que don Rafael no dudaba del amor de Gertrudis; Gertrudis dudaba del suyo.

La joven suspiraba; y sin embargo, aquel amor purísimo, cuyas explosiones veía impresas sobre el rostro de su amante á favor de los íntimos rayos de la luna, debía haberla tranquilizado y disipar hasta la más ligera de sus desconfianzas. Don Rafael se ocupaba en esta dulce tarea.

— Yo no puedo creerle, Rafael — decía Gertrudis — pero respecto á la sinceridad de mis palabras, Ud. no podía dudar, ¿no es verdad? Pues ese mensaje le decía claramente que yo no podía... vivir... lejos de Ud... Entonces vino Ud... ¡Oh Rafael! — agregó exhalando un sollozo de dolorosa dicha que en vano trató de sofocar. — ¿Qué me dirá Ud. para convencerme de que me ama siempre?

— ¿Qué diré? — replicó sencillamente don Rafael. — Nada, Gertrudis: yo le juré que, aun en el caso de que tuviese levantado el puñal para herir á mi más mortal enemigo, mi mano quedaría suspensa y sin herir para seguir á su mensajero. He venido y aquí estoy.

— Ud. es generoso, lo sé, Rafael; pero... Ud. lo había jurado... ¡Oh Dios mío! — exclamó Gertrudis con espanto. — ¿Qué oigo?

Un horrible grito de auxilio acababa de resonar en la llanura y repercutido en las rocas del Monapostiac con tan lúgubre entonación que la joven se estremeció de espanto.

— No es nada — respondió el coronel. — Es la voz de Arroyo. Arroyo es uno de los dos asesinos de mi padre ante cuya cabeza separada del cadáver y aún sangrienta, juré perseguir al monstruo sin misericordia... ¡Chut! ¡Gertrudis! No tema Ud. nada — añadió como para responder á un nuevo gesto de espanto que hizo la joven. — El bandido está agarrotado sobre la arena. Tenía en mi poder al hombre á quien inútilmente había perseguido durante dos años, cuando llegó su mensajero... Entonces corté el lazo que amarraba al asesino á la cola de mi caballo... para acudir más de prisa hacia Ud...

Gertrudis casi desfalleciente, dejó caer la cabeza sobre los cojines de su litera; y como don Rafael espantado se inclinó hacia ella:

— Su mano, Rafael — dijo con voz ahogada — por la inmensa dicha que me da!

Y don Rafael sintió, temblando de placer, la dulce presión de los labios de Gertrudis sobre la mano que se había apresurado á alargarle.

Pero muy pronto también, avergonzada por aquella confesión de su amor, Gertrudis cerró rápidamente las cortinillas de su litera para gustar en la sombra y sólo ante la mirada de Dios, la suprema felicidad de verse amada como ella amaba, felicidad que la ahogaba, es verdad, pero á la cual sentía deber la vida.

Como esos fantasmas que á veces evoca la imaginación ó que el sueño pone á nuestra fantasía, y que parecen desvanecerse uno á uno, los diversos personajes que acabamos de ver sufrir, amar ó combatir: Fernando y Marianita tendidos sobre su lecho funerario; Gertrudis en su litera renaciendo á la vida, don Rafael, don Mariano y su servidumbre, todos se alejaban poco á poco de la escena en que los hemos contemplado por última vez. Don Cornelio, Costal y Clara, lo hemos dicho ya, habían desaparecido. El último de los jinetes de la escolta del coronel que cerraba la marcha fúnebre, se perdía á su vez tras el velo de cedros que borda el Ostuta por el oeste.

Sobre la desierta orilla del lago, sólo quedaban dos cuerpos inmóviles: uno muerto, era Bocardo. El otro, vivo, era Arroyo, destinado, según que su hora hubiese ó no sonado, á ser el pasto de los buitres, á expiar sus crímenes bajo el puñal de algún realista ó á excitar la piedad de algún insurgente.

La luna había desaparecido tras las colinas y se había apagado ya la vidriosa transparencia que su luz prestara, como un simulacro de vida, al cerro encantado. Sus rayos no se quebraban ya sobre las aguas del lago. El Monapostiac y el Ostuta habían recobrado, el uno, su aspecto sombrío y lúgubre, el otro su triste y melancólica tranquilidad: era la espantosa calma de la muerte en medio de la soledad.

EPÍLOGO

La doble tarea de narrador y de historiador que nos habíamos impuesto, está próxima á terminar; y no nos queda sino muy poca cosa que agregar á nuestro relato para completarlo.

Ante todo, debemos hablar de la misión del capitán Lantejas; y á este efecto creemos que nada mejor podemos hacer que transportarnos á la época en que el buen canónigo de Tepic, don Lucas Alacuesta, nos contó sus aventuras. Prestaremos á su propia narración lo que se refiere al asunto que nos ocupa.

« A mi llegada á Oaxaca — me dijo don Lucas — adonde no pude penetrar sino después de correr gravísimos riesgos, me fui á casa de mi tío, quien había creído prudente dejar su hacienda de San Salvador é irse á la capital de la provincia en tanto que duraran las agitaciones que devoraban al país. Había notado en sus diversas conversaciones, cierta tendencia á criticar los actos del gobierno y me había parecido ver en él alguna simpatía por la causa de la insurrección. Me decidí entonces desde los primeros días, á franquearme con él, dándole á conocer mi posición con Morelos, lo mismo que la comisión de que me hallaba encargado. Pero ¡cuán torpemente me había equivocado! Apenas concluí de hablar cuando mi tío con los ojos inflamados de ira, pudiendo apenas contenerse y persigñándose cual

Sobre la desierta orilla del lago, sólo quedaban dos cuerpos inmóviles: uno muerto, era Bocardo. El otro, vivo, era Arroyo, destinado, según que su hora hubiese ó no sonado, á ser el pasto de los buitres, á expiar sus crímenes bajo el puñal de algún realista ó á excitar la piedad de algún insurgente.

La luna había desaparecido tras las colinas y se había apagado ya la vidriosa transparencia que su luz prestara, como un simulacro de vida, al cerro encantado. Sus rayos no se quebraban ya sobre las aguas del lago. El Monapostiac y el Ostuta habían recobrado, el uno, su aspecto sombrío y lúgubre, el otro su triste y melancólica tranquilidad: era la espantosa calma de la muerte en medio de la soledad.

EPÍLOGO

La doble tarea de narrador y de historiador que nos habíamos impuesto, está próxima á terminar; y no nos queda sino muy poca cosa que agregar á nuestro relato para completarlo.

Ante todo, debemos hablar de la misión del capitán Lantejas; y á este efecto creemos que nada mejor podemos hacer que transportarnos á la época en que el buen canónigo de Tepic, don Lucas Alacuesta, nos contó sus aventuras. Prestaremos á su propia narración lo que se refiere al asunto que nos ocupa.

« A mi llegada á Oaxaca — me dijo don Lucas — adonde no pude penetrar sino después de correr gravísimos riesgos, me fui á casa de mi tío, quien había creído prudente dejar su hacienda de San Salvador é irse á la capital de la provincia en tanto que duraran las agitaciones que devoraban al país. Había notado en sus diversas conversaciones, cierta tendencia á criticar los actos del gobierno y me había parecido ver en él alguna simpatía por la causa de la insurrección. Me decidí entonces desde los primeros días, á franquearme con él, dándole á conocer mi posición con Morelos, lo mismo que la comisión de que me hallaba encargado. Pero ¡cuán torpemente me había equivocado! Apenas concluí de hablar cuando mi tío con los ojos inflamados de ira, pudiendo apenas contenerse y persigándose cual

si hubiese descubierto en mí los cuernos y los cascos de que habló el venerable obispo de Oaxaca, me ordenó desocupar inmediatamente su casa, lo mismo que el negro y el Indio que me habían acompañado. « ¿Y se cree Ud. tan dichoso, señor don Cornelio Lantejas — agregó golpeándome los hombros — que ligado por el cariño que tengo á mi hermano, no entregaré á la vindicta pública á su miserable hijo que deshonor nuestra casa? »

« — Tío mío — le dije — le suplico...

« — ¡Yo no tengo sobrino entre los enemigos del rey de España! » exclamó con tanta cólera que temí por un instante correr la misma suerte de Ochoa que, pidiendo gracia á su hermano Luciano en la batalla de Acuicho, recibió de él un golpe mortal acompañado de estas palabras: *¡No tengo hermano entre los insurgentes!*

« Tal fué el resultado de mi primera tentativa de enganche, que me enseñó á conocer mejor en lo de adelante, á las personas cerca de las cuales debía ejercer mi misión.

« Poco tiempo después, Oaxaca se hallaba en poder de Morelos, á quien esta última conquista hacía pacífico dominador de una inmensa y rica provincia, de toda la costa del sur y de casi toda la parte del territorio mexicano bañado por el Pacífico.

« La fortuna del ex-cura de Carácuaro había llegado á su apogeo. Los nombres de Morelos y de Galeana — continuó el buen canónigo con aire de profunda melancolía — resonaron hasta donde aquellos dos ilustres campeones de la independencia podían desear; pero no estaba lejos el momento en que los dos iban á desaparecer de la escena que tan gloriosamente habían llenado. Menos de seis meses después (1) la batalla de Puruarán fué la tumba de la gloria militar de Morelos; y algunos meses más tarde (2), asistí al último combate que sostuvo el intrépido Galeana.

(1) El 5 de enero de 1844.

(2) El 27 de junio de 1844.

« ¡Ah! ¡Aquel fué un momento sublime! Agobiado ya por la superioridad del número, pero blandiendo orgullosamente su lanza y lanzando al enemigo su terrible grito de guerra: « *¡Aquí está Galeana!* » el mariscal se arrojó al galope y vió dos compañías abrirse ante el pecho de su caballo y dejarle paso. Durante un momento esperamos la victoria; pero arrebatado por su ardor, don Hermenegildo, al volver á la carga, se golpeó la frente contra la rama de un árbol; y de los dos robles que chocaron, el roble humano sucumbió. Vi al mariscal vacilar sobre su silla y caer; catorce dragones lo rodearon, uno de los cuales descargó á boca de jarro su fusil sobre su robusto pecho. Mientras que con mano desfalleciente el mariscal intentaba sacar su espada de la vaina el dragón echó pie á tierra y le cortó la cabeza. La boca del héroe no proferiría más su grito victorioso de guerra; y bien pronto vi aquella noble cabeza, pálida y sangrienta, en la punta de una pica como el más glorioso trofeo que el enemigo había conquistado para enviar al virrey.

« A veces hay singulares coincidencias en la vida del hombre — continuó don Lucas. — Galeana había nacido en Teipam; pasó una parte de su vida en su hacienda del Zanjón; fué de esta heredad de donde sacó el cañón *el niño*; fué de allí de donde salió ignorado y fué en la batalla de Teipam en donde fué á morir lleno de renombre, él, que tan obscuro fuera cuatro años antes.

« Dios debía una recompensa á quien, siempre misericordioso, jamás hizo derramar una gota de sangre después de la victoria: por eso le envió una gloriosa muerte, casi dulce por lo rápida. Le otorgó también el consuelo de entrever en sus últimos instantes, los vagos contornos de los lugares que le vieron nacer.

« No estaba reservada á Morelos la misma suerte.

« Galeana, cuya lanza y cuya espada no habían herido sino en el campo de batalla, debía, cuando sonó su hora, terminar noblemente su vida y morir de la misma muerte que tantas veces diera él al enemigo.

« Morelos que por el contrario había abusado con tanta frecuencia del triunfo con respecto á sus prisioneros, debía á su vez conocer una después de otra, todas las angustias y todas las torturas que el vencedor sin piedad inflige al vencido.

« Prisionero él mismo después de Tesimaluca (1), fué arrastrado de prisión en prisión, con grillos en los pies, juzgado por el tribunal de la Inquisición y condenado como clérigo rebelde y disoluto, á ser pasado por las armas, después de ser degradado de sus sagradas órdenes. Escuchó su sentencia con calma: y ni un solo instante se desmintieron su bravura y su grandeza de alma. Pero su muerte física, si me es permitido expresarme así, fué más cruel que su muerte moral. Herido por cuatro balas, lanzó un grito horrible; se levantó para volver á caer; y sus miembros que golpeaban convulsivamente la tierra después de la segunda descarga, indicaban cuán dolorosa era su agonía y cuán terrible expiación le reservó Dios para su última hora. »

Y al pronunciar este juicio severo pero imparcial, el buen canónigo inclinó la cabeza cual si su corazón gimiera ante las confesiones que su conciencia le arrancaba al hablar de su querido general. Pero enderezándose en el acto sobre su asiento, exclamó con firme voz:

« Si cometió inútiles crueldades cuando la clemencia era tan fácil y nada le habría costado, si frecuentemente negó el perdón que se le pedía, rehusó también la vida que le ofreciera un amigo valeroso por no comprometer la de un carcelero y arrebatar á su familia sus medios de subsistencia. Un solo instante de debilidad suya, habría puesto en peligro las cabezas de más de mil personas: ¿no es todo eso una compensación? ¿Impiden las manchas de su carrera política y militar el considerarlo como el más grande de los jefes de la insurrección mexicana? »

La historia ha confirmado el juicio del canónigo.

(1) El 13 de noviembre de 1815.

Este último me dió á conocer también al terminar su narración, lo que le concernía personalmente.

Después de la muerte de sus dos jefes de quienes jamás había podido resolverse á separarse, dejó el servicio activo, sin acogerse sin embargo al indulto del gobierno español. Aprovechando con el nombre de *Alacuesta* que tomó definitivamente el asilo que le ofrecían, ya en una, ya en otra provincia los sucesores armados de Morelos, emprendió de nuevo sus estudios teológicos abandonados durante cerca de cinco años.

Después de muchas dificultades llegó á hacerse conferir las órdenes y gozaba al fin de un dulce retiro que tan bien se armonizaba con sus gustos por el estudio y la paz.

Costal soñaba siempre con el antiguo esplendor de sus antepasados. Y aunque hacía frecuentes excursiones, jamás abandonó á su viejo capitán, llegando á ser el huésped, el cómensal, el amigo del buen canónigo.

En cuanto á Clara, más tarde se reunió al Zapoteca, su viejo compañero de aventuras. Sus aficiones de vagabundo le hicieron rehusar la hospitalidad que le ofrecía don Lucas, en cuya historia apenas figurara y quien le pagaba con creces su deuda atendiendo á sus más urgentes necesidades.

Don Rafael unido á la mujer á quien durante tanto tiempo había deseado, había llegado al colmo de su dicha. Su juramento de combatir sin tregua la insurrección mexicana, le obligaba á mantenerse en el servicio. El grado de general que obtuvo aunque tarde, era la recompensa muy merecida de su bravura y de su consagración á la causa realista. Su vida se había preservado en medio de los azares de la guerra, aquella vida que le habría sido tan doloroso perder ahora que podía por intervalos, como el marino después de largas y peligrosas navegaciones, ir á gozar en su hacienda del Valle los demasiado cortos instantes de felicidad que Gertrudis le reservaba.

Pocos días antes de la última derrota de Morelos,

Arroyo que desde hacía tanto tiempo gozaba de impunidad de sus crímenes, fué asesinado por uno de los bandidos de su guerrilla.

Se creyó aniquilada la insurrección. Desligado desde entonces de su juramento, el general Tres Villas dejó el servicio.

Pero la tranquilidad que casi por todas partes llevó el restablecimiento de la autoridad real, no era sino una engañosa apariencia: la insurrección por un instante reprimida, debía estallar de nuevo.

Morelos con sus numerosos éxitos había enseñado al pueblo mexicano á conocer su fuerza; y fué sobre esta indestructible base que debía apoyarse más tarde la emancipación del país.

Tal ha sido este dique gigantesco (1) que la mano del hombre ha levantado en nuestros días en medio del océano para defender nuestras flotas contra el furor de las olas del mar: más de una vez, antes de surgir, ha sido derribado ó conmovido por la tempestad; pero los bloques enormes de granito amontonados á todo costo para formar la base, han quedado inmovibles. Hábiles y atrevidos obreros toman de nuevo valerosamente el trabajo después de la tormenta: las olas están vencidas... y como si el fondo del abismo le vomitara, ¡el dique apareció de repente! Bien pronto vióse erguirse orgullosa su cresta por encima de las aguas; y desafiando en lo de adelante la ira del océano, se rió de la onda impotente que rugé y se estrella contra sus flancos. ¡Tal aquella memorable revolución que, después de una lucha encarnizada y sangrienta, salpicada de éxitos y de reveses, arrancó al fin para siempre á la nación mexicana del dominio de España; y libertó á los pueblos que habitan aquella vasta porción del continente americano en donde por tres siglos flotó orgullosamente el pabellón ibero!

(1) El dique de Cherburgo.

FIN

ÍNDICE

VIDA Y OBRAS DE GABRIEL FERRY. VII

INTRODUCCIÓN

El mástico de la Sierra Madre. 1

PRIMERA PARTE

EL DRAGÓN DE LA REINA

CAPÍTULO PRIMERO. Los dos viajeros	17
CAP. II. El descendiente de los caciques	32
CAP. III. El genio de la cascada	48
CAP. IV. La inundación	59
CAP. V. La hacienda de Las Palmas	76
CAP. VI. Don Quijote y Sancho Panza	93
CAP. VII. El amor en los Trópicos	108
CAP. VIII. Haz lo que debes.	124

SEGUNDA PARTE

EL FAROL DEL PUENTE DE BORNOS

CAPÍTULO PRIMERO. El cura de Carácuaro	135
CAP. II. Donde el estudiante de Teología quiere marchar sobre Madrid	146
CAP. III. Una expedición nocturna	160
CAP. IV. La Guadalupe	173

Arroyo que desde hacía tanto tiempo gozaba de impunidad de sus crímenes, fué asesinado por uno de los bandidos de su guerrilla.

Se creyó aniquilada la insurrección. Desligado desde entonces de su juramento, el general Tres Villas dejó el servicio.

Pero la tranquilidad que casi por todas partes llevó el restablecimiento de la autoridad real, no era sino una engañosa apariencia: la insurrección por un instante reprimida, debía estallar de nuevo.

Morelos con sus numerosos éxitos había enseñado al pueblo mexicano á conocer su fuerza; y fué sobre esta indestructible base que debía apoyarse más tarde la emancipación del país.

Tal ha sido este dique gigantesco (1) que la mano del hombre ha levantado en nuestros días en medio del océano para defender nuestras flotas contra el furor de las olas del mar: más de una vez, antes de surgir, ha sido derribado ó conmovido por la tempestad; pero los bloques enormes de granito amontonados á todo costo para formar la base, han quedado inmovibles. Hábiles y atrevidos obreros toman de nuevo valerosamente el trabajo después de la tormenta: las olas están vencidas... y como si el fondo del abismo le vomitara, ¡el dique apareció de repente! Bien pronto vióse erguirse orgullosa su cresta por encima de las aguas; y desafiando en lo de adelante la ira del océano, se rió de la onda impotente que rugé y se estrella contra sus flancos. ¡Tal aquella memorable revolución que, después de una lucha encarnizada y sangrienta, salpicada de éxitos y de reveses, arrancó al fin para siempre á la nación mexicana del dominio de España; y libertó á los pueblos que habitan aquella vasta porción del continente americano en donde por tres siglos flotó orgullosamente el pabellón ibero!

(1) El dique de Cherburgo.

FIN

ÍNDICE

VIDA Y OBRAS DE GABRIEL FERRY. VII

INTRODUCCIÓN

El máncico de la Sierra Madre. 1

PRIMERA PARTE

EL DRAGÓN DE LA REINA

CAPÍTULO PRIMERO. Los dos viajeros	17
CAP. II. El descendiente de los caciques	32
CAP. III. El genio de la cascada	48
CAP. IV. La inundación	59
CAP. V. La hacienda de Las Palmas	76
CAP. VI. Don Quijote y Sancho Panza	93
CAP. VII. El amor en los Trópicos	108
CAP. VIII. Haz lo que debes.	124

SEGUNDA PARTE

EL FAROL DEL PUENTE DE BORNOS

CAPÍTULO PRIMERO. El cura de Carácuaro	135
CAP. II. Donde el estudiante de Teología quiere marchar sobre Madrid	146
CAP. III. Una expedición nocturna	160
CAP. IV. La Guadalupe	173

CAP. V.	El hombre del capote	188
CAP. VI.	El puente de Hornos	201
CAP. VII.	Donde el deber es más fuerte que el amor	213
CAP. VIII.	Donde el amor es más fuerte que el deber	226
CAP. IX.	Valerio Trujano	239
CAP. X.	Entre dos fuegos	252
CAP. XI.	El orgullo y el amor	268

TERCERA PARTE

EL LAGO DE OSTUTA

CAPITULO PRIMERO.	El vado del Ostuta	279
CAP. II.	Donde el más asustado no es quien se piensa	294
CAP. III.	El picoverde y el árbol muerto	306
CAP. IV.	Donde don Cornelio cree haber perdido la cabeza	323
CAP. V.	El coronel de los coroneles	338
CAP. VI.	Donde Juan el Zapote siente vacilar su virtud	353
CAP. VII.	El Reverendo Capitan	366
CAP. VIII.	La colina encantada	380
CAP. IX.	La divinidad de las aguas	392
CAP. X.	El mensaje	405
CAP. XI.	Lo fantástico y la realidad	419
EPILOGO		429

